

Póker de ases



El azar de Taylor



Jéssica A. Gómez

Póker de ases

Jéssica A. Gómez

Edición de 2017

Tentaciones...
Va por vosotras

Prólogo

30 de marzo de 2017

Bellagio, Las Vegas, Nevada

La primera vez que vi una pistola fue a los veintiún años. La segunda hace tres, pero del chaleco del tío no pasó. La tercera, fue hace menos de dos semanas. Esa vez me acojoné. Hoy, por *tramposo*, la misma apunta a mi cabeza.

—Te crees muy listo... —espeta Wong Chen—. Incluso más que yo —Empuja mi sien con el cañón de su arma, atemorizándolo al resto—. Confiaba en ti. Confié mi dinero en ti.

—He sido yo quien durante años le ha hecho ganar miles de dólares.

—¡Los miles que me debes! —Golpea mi cráneo con la culata—. ¡¿Crees que puedes engañarme?! —grita enajenado.

—Yo no lo he engañado —replico aturdido—. No soy un tramposo, sino un gran jugador.

Lo desafío con la mirada, y él se ríe en mi cara. Mientras tanto, un hilo de sangre desciende por mi rostro.

—¡¿Un gran jugador?!... —Vuelve a encañonarme y aprieta mi sien, más fuerte—. Quizá lo fuiste, pero ahora solo eres un desgraciado que tendrá que devolverme lo que me debe para seguir viviendo. Si no lo haces, ella morirá —amenaza según alza la mano ordenándole a Xiong que agarre a Mei.

Mientras tanto, el resto de asistentes intenta huir de la sala.

—¡Ding, sácalos de aquí! —ordena Chen.

—¡Ya habéis oído! —grita Ding empujándolos—. ¡Largaos si no queréis acabar como él!

Acojonados, Gutierrez y sus amigos se marchan bajo la atena mirada de Ding, que sonríe ladino e impide al croupier que nos abandone. Este, amedrentado, regresa a su lugar en la mesa. Entretanto, Ding se acerca a los dos chinos tontos que custodian la puerta principal.

Ya solo quedamos: el mentiroso de Zhao; los dos chinos de la entrada; otros dos, detrás de mí; Xiong, “el oso”, mano derecha del ejecutor, Ding; el susodicho, al que odio a morir; el capo, Wong Chen; mi oriental preferida, Mei Ling; y yo.

No vengas, hermano...

—Ahora nos ocuparemos de ti, Taylor Carter —dice Chen mirando a Mei, que permanece con las manos a la espalda y con la pistola de Xiong apuntando a su cuello.

—Su ltala. Ella no tiene nada que ver con esto —impongo rehuendo el acercamiento de Chen.

—Te equivocas... —replica él—. Ella es mi seguro para que t  cumplas con el pago de tu deuda.

— No la toques, Xiong! —grito furioso, y los chinos tontos me agarran de los hombros y me mantienen pegado al respaldo de la silla—.  Su ltala!

— No est s en disposición de exigir! —grita Chen mientras empuja mi sien con el ca n de su arma—. L vatela —ordena a Xiong, y este se oculta con Mei, detrás de la cortina.

— Mei! —grito temiendo por ella.

 Pum!... Cierran de golpe la puerta trasera.

— Mei!

— C llate! —grita Chen en mi oído y, a continuación, me golpea en la coronilla.

Mi cabeza cae, estrepitosa, sobre la mesa. A continuación, un intenso zumbido en mis oídos y... Murmullos, pasos, golpes y portazos.

—Se acabaron las excusas, Taylor —susurra el capo, alza mi cabeza y me enca na, de nuevo, mientras noto cómo me atan los pies a las patas de la silla—.  Sujetadle la cabeza e inclinadla hacia atrás! —ordena apretando más fuerte contra mi sien—. Abre los ojos, o ser  yo quien te los saque de sus cuencas.

¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!...

—¡Sin interrupciones! —grita colérico mirando a Ding, que se aproxima hacia la entrada principal.

¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!...

—¿Taylor?! —exclama mi hermano.

—¡Lárgate, Erik!

—¡Ven aquí!... —grita Ding llevando a mi hermano a punta de pistola hacia el interior de la sala.

—Justo a tiempo... —murmura Chen, satisfecho.

—Pero ¿qué coño?... —espeta mi hermano con el rostro desencajado según camina hacia la silla que hay enfrente de mí, en donde Ding lo obliga a sentarse.

—Tranquilo, Erk, saldremos de esta...

—¿Tranquilo?!... —vocifera perplejo.

—¡No seas nenaza! —grita Ding manteniéndolo contra la silla y le golpea en la cabeza con su pistola.

—¡He dicho que esto es cosa mía! ¡Dejadlo en paz! —grito colérico.

—A lo que tú llamas esto es un problema para mí. Un gran problema —espeta Chen—. Te aconsejo que hagas lo que debes, Taylor Carter. La vida de tu hermano está en juego.

—Erik, no les hagas caso. Yo lo solucionaré —expreso sonriente, y él intenta abalanzarse sobre mí, pero Ding lo frena.

—Lo volveré a repetir, Taylor —continúa Chen según toma asiento, junto a mi hermano—. Pero, esta vez, escúchame con atención. —Echa un vistazo a las cartas que hay sobre la mesa y comienza a mezclarlas—. Te crees muy listo, Taylor Carter. Siempre te lo has creído, pero tu tiempo se ha agotado. Hoy es el día de tu fin.

—¿Mi fin?... —espeto orgulloso— ¿Crees que me importa que todo acabe aquí?... —Escupo sangre y, al levantar la vista, veo a Erik atónito—. Demasiadas veces creí que cualquier día podía ser el último, mi fin. Ahora, por mucho que intentes hacerme creer que mi hermano y yo vamos a morir, más te importa a ti tu dinero, que dos tíos desgraciados como nosotros, por

tanto, no creo que nos mates si antes no he saldado esa maldita deuda.

—Como he dicho, te crees muy listo —reitera—. Quizá por esa razón te contraté. Supe ver tu hábil perspicacia, tu excesiva concentración en los contrincantes, tu peculiar método de observación e incluso esa chispa innata que solo los grandes jugadores de póker poseen —opina certero—. Pero aunque admire tus virtudes, las que sin duda he sabido utilizar para mi propio beneficio, no seré tu flanco a timar como lo han sido, esta noche, todos los que ya se han ido. ¡Sujetadle la cabeza!

Los dos chinos tontos me atrapan. Yo miro a Erik que no ha dejado de pestañear. Según intento evitar que me inmovilicen él se restriega los ojos.

—Veamos qué tenemos aquí...

Chen abre mi párpado izquierdo, desorbitándolo. Mientras tanto, con el derecho observo a Erik.

—¿Estás triste, nenaza?... —ironiza Ding empujando la sien de mi hermano—. Eres un mierda y estás hecho de la misma mierda que ese.

Me señala, y yo le sonrío y le hago un guiño. Al volver la mirada hacia mi hermano, mi sonrisa se esfuma. Está rabioso y no para de mascullar, entre dientes.

—¡Aaargh!... —grito dolorido al sentir cómo Chen fuerza mi párpado—. ¡Joder!...

Presiona mi pupila.

—Será cabrón... —espeta observando su dedo, en donde se ha quedado pegada mi lente—. Puto tramposo...

—¿Tenía razón? —pregunta Ding, expectante.

¡Zas!... Chen me da un puñetazo en la mandíbula.

—¿Responde eso a tu pregunta?

—Y tú eras su cómplice... —dice Ding estirando el pelo de Erik, sin que mi hermano responda.

—Compruébalo tú mismo —Chen le da la lente, y Ding se la pone—. Ya sabes lo que quiero y cuándo lo quiero. Y no olvides darles su merecido —ordena y golpea la mesa con los puños—. ¿Querías tiempo, Taylor? Te daré tiempo, no porque me des pena, sino por ella —dice señalando a Mei, sin que yo me atreva a mirarla—. Tienes dos semanas, Taylor. Catorce días para ser

exacto. Ni uno más, pero sí de menos. Eso dependerá, tan solo de ti. Y recuerda, si no pagas tu deuda, Mei morirá, tu hermano morirá, y tú serás testigo de su muerte, antes de que yo mismo me deshaga de ti. Creemé, Taylor. No dudes de que me encargaré, personalmente, de que así sea. Tengo un nuevo capricho. Obligarte a pagar, ¿lo entiendes?

—Mei se queda conmigo —impongo.

—¿Crees que soy idiota! —grita escupiéndome.

—Creo que...

—¿Crees que porque te la tires, Mei está enamorada de ti?

—Apostaría por el sí —respondo engreído.

—Mei Ling es una gran mujer, Taylor. Una gran y poderosa mujer, y aunque hubo un tiempo en el que creí que juntos os adueñaríais del mundo, ella se merece algo más que a un miserable como tú —opina asqueado—. Ella sabe qué es lo que más le conviene. Y tú no le convienes, Taylor Carter. Su mayor capricho es el dinero. Yo no me preocuparía tanto por ella o por ese amor que crees que ella siente hacia ti. Quizá no sea tan sincero —comenta sonriendo ladino mientras le da la pistola a Ding—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Taylor Carter, por tanto, habrás comprobado que yo no soy como tú. Yo soy un hombre de honor. Mi palabra está por encima de todo. Incluso por encima de las personas. La señorita Ling se queda conmigo hasta que me pagues todo lo que me debes. Tú y el nenaza de tu hermano buscáos la vida, devolverme lo que es mío y todo irá bien. Cumple con tu parte y yo cumpliré con la mía. Os dejaré vivir.

—Podríamos negociar...

—¡Cumple, Taylor! —Golpea la mesa, de nuevo—. Dos semanas —reitera desafiante.

Con su ultimátum dando vueltas alrededor de mi cabeza, lo veo acercarse a Ding y susurrarle al oído mientras me observa, y su lacayo sonrío como un perturbado. Tras marcharse, en la pequeña sala tan solo quedamos: los cuatro chinos tontos y obedientes; el mentiroso de Zhao; el gordo de Xiong; el ejecutor de Ding; mi hermano; y yo. Demasiados para dos.

—Ahora voy a disfrutar... —murmura Ding acercando su rostro al de mi hermano—. Has sido rápido, nenaza —musita agarrándolo del pelo—. Qué pena que os perdiera de vista en la sala principal. Si ella no se hubiera

inmiscuido... —gruñe, entre dientes, asqueándome—. Si hubiéramos llegado cinco minutos antes, ahora la lente no sería un caos de interferencias. Te has dado mucha prisa en deshacerte de ella, nenaza...

—No sé de qué me hablas —dice Erik, cabreándolo más.

—Esto es cosa mía, Ding —increpo captando su atención, y él se aleja de mi hermano—. Sé que te gustaría, pero esto no es una de tus películas de ninjas.

—¿Crees que soy imbécil?! —grita colérico según camina hacia mí para golpearme en la mandíbula.

Me resiento del golpe, entre dientes.

—¿Sabes?... —murmura alzando mi cabeza mientras siento la sangre recorrer mi lengua—. No me caes bien.

—Tú a mí tampoco.

Le escupo a la cara, y él se la limpia, con gusto.

—Perfecto... —susurra vil y se inclina hacia mí—. Así será más sencillo acabar contigo.

—Tu jefe ha dicho...

—¡Cállate! —arremete contra Erik, que enmudece—. ¡Dale su merecido! —ordena a Xiong, y este agarra a mi hermano y se lo lleva afuera—. ¡Sin marcas, oso!

—Sin marcas, Ding —afirma Xiong.

—¿Ese es tu hobby? —pregunto sarcástico.

—¿Qué coño dices?! —exclama Ding.

—*Sin marcas*... Tu especialidad, ¿no?

—Mi especialidad son los gilipollas como tú —gruñe en mi cara.

—Lo único que se te da bien...

—¡Soltadlo! —ordena rabioso—. Ahora verás lo que se me da bien.

—Lo estoy deseando... —musito y le hago un guiño, y él me empuja para que empiece a caminar.

Yendo por delante de él, que me apunta por la espalda, salgo a la calle y camino hacia el callejón hacia el que me dirijen.

Mi oriental preferida se marcha, junto a Chen, que se inclina cordial y respetuoso ante mí haciendo honor a su tradición, antes de subir a la limusina. Cabrón...

En un callejón, tres de los chinos taponan la entrada, los otros dos la salida, Xiong está al lado de Zhao mientras este mantiene agarrado a mi hermano, a pocos metros de mí, y yo me mantengo en el centro, objetivo del arma de Ding, que me apunta a la cabeza y comienza a dar vueltas a mi alrededor.

—Elige, Taylor, eso se te da muy bien. ¿Por dónde prefieres que empiece?, ¿las piernas, los brazos, la cabeza?...

—¿Y no hay otra manera de solucionar esto? —sorprende Erik, y Xiong y Zhao se echan a reír.

—La única solución para un tramposo como él es el puño de acero —afirma Zhao asustando a mi hermano—. Ha estado engañándonos, durante toda la noche.

—Yo no soy un tramposo —replico decidido a encararme a él, pero Ding me frena.

—Señores —sorprende Erik, de nuevo—. Somos adultos y tenemos un problema común, del que todos queremos salir beneficiados o, por lo menos, con vida, ¿estamos de acuerdo?

—Empecemos por él —dice Ding—. A ver si cierra la boca, de una puta vez. Todo tuyo, Xiong.

—Ding —intervengo—. Nos conocemos. Los dos sabemos que cumpliré con mi parte, déjalo ir. Mi hermano lo único que ha hecho ha sido ayudarme, no merece que “el oso”...

¡Zas!... De un puñetazo lo deja *k.o.* Al hacer intención de ir a socorrerlo, Zhao y los chinos me atrapan y me ponen de cara al perturbado de Ding. Mientras tanto, “el oso” arremete contra mi hermano, un par de veces más. A continuación, como un loco viene hacia mí y me golpea en el estómago. Me derrumbo.

Encogido, pero bien agarrado por Xiong, el ejecutor golpea mi espalda con su puño de acero.

—¡Aaargh!...

Según siento que pierdo la razón, golpe a golpe, noto cómo empiezo a

sangrar mientras me quedo sordo y ciego. Al volver la mirada hacia mi hermano lo encuentro tirado en el suelo, sin moverse. Está inconsciente.

—Hecho —oigo susurrar—. Sí, señor. ¡Xiong, al rincón!

Noto cómo estiran de mis piernas. Cómo me arrastran.

—Recuerda, Taylor. Dos semanas, un millón doscientos mil dólares y el tonto de tu hermano seguirá vivo —murmura Ding pegado a mi cara—. Un paso en falso, un día de retraso, y yo mismo me encargaré de tu amiguita y del nenaza —afirma y me da una patada en el estómago.

Yo escupo, toso, me retuerzo y me cabreo.

—Te estaré vigilando —murmura y me escupe a la cara.

—Erik... —susurro—. Erik...

Y da igual. Nadie me oye. Ni siquiera yo.

¿Qué valor tiene el tiempo si desconoces si pasa o no?...

—Taylor...

Intento abrir los párpados.

—Taylor, ¿estás bien?...

Siento caricias sobre mi cara.

—Taylor, despierta.

Abro los párpados a duras penas y entreveo una sonrisa.

Sé quien intenta ayudarme.

—Erik... —balbuceo entre saliva y sangre que escupo.

—Lo solucionaré hermano —musito débil—. Te prometo...

—Déjate de promesas y levántate. Llamamos demasiado la atención. No quiero más problemas de los que ya tenemos.

—Siento mucho...

—Taylor, se acabaron tus lo siento y los prometo que nunca cumples. Llevas diciendo eso toda la vida, ¿a quién quieres engañar?

—A mi hermano mayor —murmuro, lo miro y sonrío, y él endurece el semblante—. Lo siento. Siento ser tu hermano de mierda.

Me ayuda a levantarme.

—Eres algo más que un hermano de mierda. Eres un cabrón con muchos huevos —dice, entre dientes.

—Puedo explicarlo, Erik.

—Siempre igual...

—Puedo solucionarlo.

—Eso me dijiste. Por eso vine. Pero míranos. Mírate. No sé si quiero saber más de lo que ya sé, que parece ser nada. No sé en qué estaba pensando cuando decidí venir y ayudarte. Me has usado como siempre has hecho y..., ¿sabes qué?, que tanto he sido tu baza de usar y tirar, que ya no tienes excusa para lo que ha pasado ahí dentro. Por cierto, ¿qué ha pasado ahí dentro, Taylor? —pregunta desconcertado mientras se deja llevar por su furia repentina—. ¡Tenías la noche en tus manos! ¡El dinero de Yisel en nuestras manos! ¡¿Qué has hecho, Taylor?! ¡¿Qué has hecho, esta vez?!

—Si me dejas que te lo explique, quizá puedas entenderme.

—¡¿Entenderte?!

De pie, con su rostro enfrente del mío, a punto de salir del callejón, Erik se arregla el traje, respira profundo, se peina hacia atrás con mucha calma y me mira intimidante o hasta el punto de ponerme los huevos de corbata. Han sido contadas las ocasiones en las que he sido testigo de su cólera. Ver cómo la contiene, con la templanza que lo caracteriza, no es un buen augurio.

Mi hermano me desconcierta. Y me dice con la mirada que, esta vez, no habrá quien me salve. Ni siquiera él.

—Iremos a nuestra casa —sugiere ignorante—. Sacaré dos billetes de avión para el primer vuelo hacia Madrid. Una vez allí, si tienes lo que hay que tener, pondrás tus huevos encima de la mesa para enseñárselos a tu hermana mientras le cuentas el porqué de tu visita. La has utilizado para salvarte el pellejo como has hecho conmigo. Y debería darte más miedo ella que esos chinos. Te aseguro que, si los mafiosos no acaban contigo, será Yisel quien lo haga. Entretanto, si quieres que te escuche, lo haré, pero no me pidas que comparta o que respete lo que sea que me cuentes. No volveré a ser tu jóker, Taylor. Tengo mis propios problemas.

—Cómo quieras, pero la solución no está en Madrid. Y esos tíos no se rendirán hasta que recuperen todo su dinero.

—¡Me importa una mierda! ¡Yo no he hecho nada, joder!

Me amedrenta. Me intimida como nunca.

—Tranquilo, ¿de acuerdo?... —balbuceo, escupo sangre y, de repente, algo duro invade mi boca.

Es una muela. Ese chino de mierda me ha sacado una muela del sitio.

—Tápate la cara y vámonos —impone al verme con ella en la mano.

En silencio, por detrás de él camino, pero sin llevar su ritmo.

—Erik...

—No, Taylor. Ahora, no.

—Pero...

—¡Estoy pensando!

Mejor me callo. Lo haré como tantas veces recuerdo haber hecho cuando era pequeño y él me amedrentaba con solo mirarme.

Echo polvo intento caminar más deprisa, pero el temblor de mis rodillas me obliga a frenar, en varias ocasiones.

—No te quedes ahí parado —murmura agarrando mi brazo para erguirme.

—Erik, necesito tu ayuda.

Frenados en la acera, me observa de arriba abajo.

—Necesito ayuda..., necesito ayuda... —repite, una y otra vez, con desprecio—. No quiero ayudarte.

—Erik, nuestras vidas penden de un hilo.

—¡Estoy hartos! —grita en plena calle repleta de turistas que nos miran atemorizados—. Esta será la última vez que lo haga. Y no es por ti, sino por nuestra hermana. Me siento culpable. Un desgraciado ruín. Y te juro que esta será la última vez que lo haga, Taylor. Lo juro, por nuestros padres.

Palabras mayores.

—Gracias, hermano.

—No me las des, aún no sabemos de dónde vamos a sacar un millón doscientos mil dólares ¡Un millón, Taylor!, ¡y en dos semanas!, ¡es de locos!

Sabiendo que lo es, no solo la locura será su próximo estado mental, sino que, según nos aproximamos a nuestra casa, la de nuestros padres, no sé cómo explicarle que ya no está ni es como antes. Entretanto, con mucha calma

camino por detrás de él, sin hablar, a expensas de conocer cuál será su reacción llegado el momento. Así funciona. Según el momento. Y de intensos momentos ha estado repleta mi vida hasta hoy día. De momentos en los que he creído saber cuál era la razón de mi obsesión, por ganar más y más dinero, y por competir contra cualquiera que estuviese a mi altura o por encima de mí. Soy un adicto a la competición. Soy el mejor rival a batir, si es que hay alguien capaz de vencerme. Y solo existe una razón que justifica mi supuesta adicción. Satisfacer mi caprichoso ego.

Si juego, nunca tengo suficiente. Soy avaricioso, ambicioso y muy orgulloso. Estoy hecho de instantes y de momentos gloriosos. A ellos me debo y por ellos funciona. Y lo hago en base a uno que destaca sobre el resto aunque muchos hayan sido cruciales, a lo largo de los años. En ese primer momento, supe con certeza qué era lo que más me gustaba, por encima de todo. El dinero. Me gustaba el dinero. Me sigue gustando. Me gusta mucho, pero, en algún momento, dejó de ser único. Y no lo entiendo. No sé cómo pude perder la cabeza por algo mucho más etéreo que mi bien amado dinero.

El azar de Taylor

Las Vegas, 1998

—Erik...

—Ahora, no, Taylor.

—Erik...

—Taylor, tengo que estudiar.

—Siempre estás estudiando...

—Y tú siempre estás jugando.

—Papá y yo vamos a echar una partida, ¿vienes?

—Te he dicho que no.

—Pero..., ¿por qué?, ¿por qué no quieres aprender y ver cómo hace malabares con las cartas?

Al otro lado de la puerta de su habitación, espero sentado.

—No me interesa el póker y tampoco los malabares.

—No me interesa el póker ni los malabares... —burlo, y él abre la puerta.

—Tengo mucho que estudiar, Taylor. Déjame en paz —dice conteniendo su rabia aunque me amedrente con la mirada.

—¡Taylor, deja a Erik y baja!

—¿Has visto, enano?, hasta mamá sabe que me incordias...

—¿Sabes, Erik?, eres un aburrido.

—Lárgate...

Murmurando lo estúpido que es echo a correr hacia la escalera, me siento sobre la barandilla y descendo resbalando por ella hasta llegar abajo, en donde mi padre permanece estático y mirando hacia arriba como esperando algo.

—¿Papá?...

—¿Sí?... —responde, sin apartar la mirada de la planta superior.

—Yo sí que quiero jugar.

Satisfecho se gira para mirarme, y yo le sonrío impaciente por saber, de primera mano, cómo se comportan y qué hacen los jugadores a los que mi padre reparte las cartas, cada noche, en el “Bellagio”.

Nacido en la ciudad del juego, su único objetivo en la vida era el de ser un gran croupier. Dada su infancia y la adicción al juego de su padre, o se convertía en lo que ahora es o seguía los pasos de mi abuelo, de día cocinero de bar de carretera y de noche borracho jugador en locales clandestinos y casinos de poca monta. Mientras tanto, mi abuela, bailarina de striptease en un local de mala muerte, al poco de llegar a Las Vegas tuvo que abandonar los escenarios, tras quedarse embarazada de mi padre. Hijo único, aprendió a manejarse en el mundo del juego, llamando así la atención, desde bien niño. Y aunque no era de extrañar porque mi abuelo le obligaba a que fuera su repartidor de cartas en las timbas que organizaba, sí que es cierto que mi abuela se empeñaba en que debía centrarse en los estudios para ser alguien en la vida. Sin embargo, mi padre tenía decidido a qué se dedicaría, sin que le importaran los consejos de su madre, o la adicción al juego de su padre. Eso sí, algo bueno sacó de su mala vida. Él jamás jugaría. Él solo repartiría las cartas.

Ahora yo, nieto del más claro ejemplo de la vida cotidiana de esta ciudad, e hijo del descendiente del juego, a mis quince años puedo decir que mi padre es un gran croupier. Estoy muy orgulloso de él.

Tras dedicar toda su vida a los tacos, mi padre es uno de los mejores croupiers del estado, de ahí, que, a principios de este año, recibiera una llamada del dueño del “Bellagio”, un nuevo y espectacular gran casino, imponente y destacado y que hace poco abrió sus puertas, para ofrecerle la oportunidad de trabajar como jefe de sector y, más adelante, como jefe de sala, lo cual lo llevaría a ganar propinas más altas y cuantiosos beneficios anuales, imposibles de rechazar. Eso dijo una mañana recién llegado del casino, en donde hasta ese día ejerció su oficio, alegrando a mi madre y a mí, pero no a mis hermanos, Erik y Yisel. Ellos no son como yo, pero tampoco como mi padre.

Las cartas son parte de él. No hay momento del día en el que no lo vea con

una baraja en las manos haciendo lo que mejor sabe hacer. Mezclarlas, sentirlas y controlarlas hasta el punto de incluso adivinarlas. Y yo, que desde hace mucho tiempo siento predilección por todo lo que pueda y quiera enseñarme sobre la baraja y su buen manejo, también siento capricho por el juego, siendo lo único que me diferencia de él. Sin embargo, con un hermano mayor como el mío poco puedo hacer, si de los dos yo soy el raro como dice Yisel. Pero ¿qué sabrá ella, con tan solo once años... A su edad, yo ganaba más apostando con los niños del barrio, que la suma de nuestras tres pagas semanales. No obstante, aunque lo niegue, a ella le gustan más los dibujos de Erik, que los vestidos, los zapatos, los bolsos y esas chorradas de chicas o de sus amiguísimas amigas, ante las que disimula la admiración que siente por él y por sus extrañas pinturas. Y yo soy el enano raro...

—Norah, ¿cambiaste el turno? —pregunta mi padre a mi madre según mezcla la baraja, metódico.

—No he podido. Mi compañera está enferma. Erik tendrá que hacer de canguro.

—No creo que sea buena idea, Norah. Mañana comienza los finales y ya sabes lo importantes que son para él.

—¿Y qué quieres que haga, John?, lo he intentado.

—Perdona, cariño —dice levantándose para ir hacia ella y abrazarla—. No pasa nada. Erik estará en casa y Taylor y Yisel, ya son mayorcitos para cuidarse solos, ¿verdad, Taylor?

—Claro, papá —asiento entusiasmado y agarro la baraja.

Mientras mis padres se besan yo mezclo pausado las cartas intercalándolas, las distribuyo en siete montones, luego las apilo en dos y, por último, vuelvo a intercalarlas, en uno solo.

—Tienes que practicar mucho más —dice mi padre—. Me gusta cómo las tocas, sin embargo, mira —Agarra la baraja y me enseña algunas cartas—. Las has marcado y eso no debe suceder jamás. Ahora, para jugar, he de estrenar otra baraja.

Y lleva razón. En los laterales de algunas cartas se muestra mi falta de atención. Del cajón en donde mi padre guarda bajo llave sus cientos de barajas a estrenar, extrae una y la deja sobre la mesa.

—Bien, Taylor, ¿preparado para aprender a jugar al póker, de verdad?

—Por supuesto que sí —respondo expectante—. Pero yo ya sé jugar al póker.

—Entonces, ¿por qué no aprender a ser croupier como yo?

—¿Croupier?... —espeto—. No te enfades, papá, pero es un poco aburrido.

—¿Aburrido? —Se asombra—. Yo no lo creo.

—Siempre es lo mismo. Barajar, repartir y recoger.

—¿Eso es lo que crees?

—Creo que es más divertido jugar y ganar.

—No siempre se gana, hijo.

—Lo sé, por eso quiero que me enseñes todo lo que sabes. Llevas toda la vida en las mesas dando juego y repartiendo a muy diferentes jugadores, supongo que habrás visto...

—He visto perderlo todo en una sola jugada —impone serio e, incluso, rehusando enseñarme.

—Papá, solo es un juego ¿qué hay de malo en que juguemos y me enseñes algo más?

Sonriente y con esa actitud orgullosa que siempre muestra, cuando se da cuenta de lo mucho que nos parecemos, mi padre accede y deja sobre la mesa y boca arriba la baraja.

—Agarra esa —Señala la baraja marcada—. Es para ti. Practica y familiarízate con las cartas hasta que sean parte de ti y tú de ellas, ¿lo has entendido?

—Reparte ya...

—Ja, ja, ja, ja... —Me da unas palmaditas en la espalda, se sirve una taza de café y a mí me da una vaso de agua—. Está bien, pero no olvides lo que he dicho, ¿de acuerdo?

—Sí...

—Picas, tréboles, corazones y diamantes. Sepáralas y no pierdas de vista las figuras. El joker, como sabes, está fuera de juego —comenta observando cómo las separo—. El póker es un juego de apuestas en el que el ganador del total acumulado es quien logre la mejor combinación de cartas.

—Papá, ya lo sé...

—Hay varias modalidades de juego.

—¿Tapado o descubierto?, elije —replico impaciente, y él frunce el ceño.

—Esto es importante, Taylor. No te vendrá mal un pequeño recordatorio.

—Pero, papá...

—Hay varias modalidades —reitera—. Y, en mi opinión, puestos a elegir, el póker tradicional es el más arriesgado. No solo dependes de las cartas, sino que, también, y, sobre todo, de cómo las juegues y de cuál sea tu actitud, en cada mano. En el descubierto, la suerte es la que decide quien será ganador y, a mi parecer, no es la modalidad más adecuada para aprender a tener una actitud acorde a tu juego. Y eso solo te lo enseña el póker tapado. Quien aprende a ciegas el descubierto lo tiene chupado, ¿qué, te interesa?

—Me interesa.

—En ese caso... —murmura según deja sobre la mesa las cartas en el orden que revaloriza la jugada—. Empieza.

—No es necesario, papá.

—Sí lo es —impone y se yergue.

—Cuatro jugadores o más, por mesa —expongo aburrido, y él me alienta a seguir—. Cinco cartas para cada jugador. El orden es: *Carta alta. Pareja. Doble pareja. Trío. Escalera. Color. Full.*

—Explícalo —ordena al ver mi desinterés.

—Se forma con un trío y una pareja. La siguiente jugada es el *Póker*. Son cuatro cartas del mismo valor. Por encima está la *escalera de color*. Cinco cartas consecutivas y del mismo palo. Y, por último, la *escalera real*. Una escalera de cinco cartas consecutivas del mismo palo y del diez al as.

—Preciosas combinaciones... —expresa fascinado al verla sobre la mesa y en diamantes, nada menos—. Todo jugador se merece una de estas en su vida...

Al mostrarla en abanico, sí. Yo quiero una de esas.

—Vale, papá. Gracias por hacer memoria, ¿repartes ya?

—Está bien —Asiente y, de manera asombrosa, comienza a barajar—. Tú vas de mano. Hay un descarte. Para empezar hay que apostar de salida. La

apuesta mínima, dos alubias. ¿Juegas?

—¿Y por qué no jugamos con dinero? —sugiero.

—Taylor...

—Sería mucho más interesante...

—Si juegas conmigo, lo harás con mis condiciones.

—Vale...

Arrastro dos alubias hacia el centro de la mesa.

—El resto no habla hasta que se repartan las cartas. El pie ve la mitad de tu apuesta —dice acercando una lobia del jugador invisible de mi izquierda, último en hablar—. Comienza el juego.

—Voy a ganar —afirmo convencido.

—Eso está bien. Hay que creer en uno mismo.

Observo la rapidez y destreza de sus manos, en el reparto.

—Por ser mano puedes reservarte para que hable el jugador de tu derecha. A partir de entonces, si va, igualará tu apuesta o la subirá. Eso dependerá de su jugada. El resto hará lo mismo hasta que hablen todos los jugadores. Una vez llegue tu turno, tendrás que igualar si deseas descartarte. Si no, retírate.

—Retirarse es de perdedores.

—Te equivocas. Aún es pronto, acabamos de empezar, pero no subestimes tu ambición. Un buen jugador saber retirarse a tiempo. De lo contrario, deja de serlo y se convierte en un yonki del juego. Cuando eso sucede, uno no suele acabar bien. No sé si me explico.

—Claro, papá. —asiento desinteresado.

Mis caratas: una qu, una jota y un siete de diamantes, junto a una qu de picas y un ocho de corazones.

—Jugar es tan simple como llenarte los bolsillos. Subo tres.

Arrastro las alubias seguro de mi jugada.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?, los demás aún no han visto tu apuesta.

—Claro, papá —respondo abstraído en mis qs.

—¿Por qué no esperas?, podrías observar a tus contrincantes y juzgar sus

actitudes, antes de aumentar la apuesta. Hacerlo revelaría mucho de su juego. No olvides que vas de mano y que eso es una ventaja.

—Voy a ganar —aseguro.

—Eso habrá que verlo. Mis tres y las de estos.

Tras ilgualarme, observa sus cartas. Mientras tanto, una de dos: o yo voy a por el trío de qus; o a por la escalera de color.

—Cuántas —impone recio.

—Espera un momento.

—Muy mala respuesta. Vas de listo y ahora te lo piensas.

—Me pones nervioso, papá. Tú no te mueves. Ni siquiera parpadeas. Además, no soporto ver boca abajo las cartas de los invisibles. Es imposible saber cuáles son porque no hay a quién observar. Creo que el descubierto me gusta más.

—Cuántas —insiste, agobiándome.

—Tres.

Me desprendo del siete, de la jota y del ocho para ir a por el trío. Mano a mano, aunque los invisibles y sus cartas hagan del juego mi incertidumbre, mi padre tan solo rechaza una carta mientras yo deseo que, entre las que me dé, haya otra qu.

Las reparte y..., joder..., otra jota, otro siete y un as.

—Tú hablas —dice sonriendo perspicaz.

—Subo dos —expreso disimulando mi desilusión, pero con la apariencia de quien lleva un trío.

—Veo tus dos y subo dos más.

Durante unos segundos, lo pienso. Mi pareja de qus puede ser ganadora. Mi padre sonrío demasiado. Quizá no lleve nada.

—Las veo —Añado dos alubias, sin estar convencido.

—Trío de nueves —revela.

—Mierda... —Le enseño mi pareja—. Si me llega a salir...

—Nunca deposites toda tu confianza en las cartas. El azar es un conjunto de variables que se escapan a nuestro control. Las cartas son tu baza, pero eres tú

quien las juega. Si te hubieras quedado con la figura... —Señala la jota que rechacé—. Si te la hubieras quedado, habrías aumentado tus posibilidades de ganar. Has de buscar la jugada.

—O el trío o la escalera de color, papá.

—La doble pareja no es tan ambiciosa, pero es superior a la tuya. Deberías haberla considerado. Lo mismo digo del color. Lo has descartado, de antemano. Ni siquiera te ha parecido una opción. Llevabas tres diamantes y no lo has considerado. Me hubieras ganado, hijo.

—Ya no importa. He perdido.

—Solo intento hacerte ver que has desperdiciado una jota que podría haber tenido mucho juego. Imagina que llego a darte, en tu descarte, otra qu y otra jota. Hubiera tenido un full ganador.

—¿Te imaginas que me das las tres que me faltaban para la escalera de color?

—Habría estado bien... —admite sonriendo, con cautela.

—¿Seguimos? —sugiero entusiasmado.

—Claro —afirma satisfecho—. Habla este—. Señala hacia mi derecha y arrastra las cinco alubias del invisible hacia el centro de la mesa—. Subiremos la apuesta inicial, ¿de acuerdo?

—Vale.

Tras igualar, por ser pie, mi padre reparte, vemos nuestras cartas, volvemos a apostar para el descarte, él reparte nuevas y, con mis cinco cartas, mi suerte en el juego comienza a verse.

—Bien, Taylor. Veamos cómo se te da.

Y, normalmente, se me suele dar muy bien. Eso es lo que mi padre no sabe o lo que no quiere saber. Que sé jugar muy bien. No obstante, necesito mucha más agilidad, destreza y algún truco que me ayude a ganar y a ser imbatible. Eso es lo que quiero. Que mi padre me enseñe a jugar, de verdad. Y si tengo que disimular y aparentar que el juego solo es una afición interesante, pero no adictiva, lo hago, sin vacilar. De hecho, hacerme el ignorante a él le satisface, y más, tras la decisión, desesperante para mí, de no jugar conmigo hasta que cumpliera quince años. Eso decía. En mi opinión, decidir la edad en la que enseñarnos en qué consistía su trabajo solo fue un arrebato incoherente por ser

quien es y dedicarse a lo que se dedica, y que le dió el día en el que me pilló jugando contra unos niños del parque, a la edad de seis años, obviando en dónde vivimos y con quiénes convivimos como si Las Vegas fuera cualquier ciudad convencional.

Los desvalijé. Ese fue mi primer gran triunfo. Y mi padre, en vez de felicitarme, me echó un sermón y vació los cajones de mi cuarto, en donde escondía mis barajas. A partir de ese momento, la única excusa que daba para negarse a enseñarme a jugar era que la edad es primordial para según qué cosas. Y se empeñó hasta el punto de prometerse a sí mismo alejar a sus hijos del juego hasta verlos preparados. Eso le hubiera gustado, lo sé, pero no pudo cumplir su promesa, y menos con mi hermano, a quien siempre quiso enseñar, sin convencerlo. Erik se niega a aprender porque considera el juego como un pecado capital. Ese fue el pretexto que usó mi padre para adelantar esa línea roja de la edad. Pero yo sé que, en realidad, lo hizo porque sintió la necesidad de ver si su otro hijo había sacado alguna de sus aptitudes. Por tanto, antes de lo previsto, mi padre me mostró, sutilmente, diferentes jugadas a modo de juego infantil que no le hicieron intuir lo que en mí se estaba despertando y que reconozco como mi único yo. Esa necesidad de jugar y de ganar mucho dinero, caprichosa, atrayente y adictiva, junto a la excitante sensación de estar en continua competición, con quien me rete o se crea mejor que yo.

En la segunda partida, mi padre vuelve a ganar y con unas dobles superiores a las mías. A continuación, sin decir nada, se lleva todas las alubias y vuelve a barajar y a repartir.

Esta vez tengo que ganar. Ya está bien de disfrazarme. Lo mío empezó hace mucho. Y he esperado hasta hoy para jugar al póker, por primera vez, con mi padre, quien mejor puede enseñarme. Desde niño, supe ocultar las partidas que organizaba, a los ojos de mis padres, que no a los de mi hermano mayor. Y hasta hoy día me ha ido muy bien, pero por fin conozco, en una tarde cualquiera y de su mano, qué he de hacer para ser invencible. Eso es lo que quiero. Ser un gran jugador, rico e imbatible. Me gusta el juego y me gustan los retos, pero lo que más me gusta es el dinero. Hasta ahora he ganado bastante para los quince años que tengo, y aunque la calderilla de los que son más pequeños que yo no me supone un logro a valorar, y los contrincantes que se atreven conmigo no están a mi altura o se retiran a la primera de cambio, ya es hora de aprender más porque ya es hora de empezar a ganar y a ganar hasta

que, algún día, en mi bañera solo hayan cientos y cientos de billetes verdes y yo mismo sobre ellos.

Siento más predilección por el dinero, que por las chicas, y eso es de ser muy raro, según Yisel, pero yo prefiero eso, a lo que opina Erik, que cree que el juego es el infierno del hombre.

Si fuera cierto, yo sería uno de sus demonios. Pero no puede ser porque Erik qué sabrá, si lo único que hace es empollar y pintar, pintar y dibujar, y demonios, precisamente.

—Vigila tu actitud, Taylor —sorprende mi padre—. Sé que te gusta filtrar con las probabilidades, pero te aseguro que la actitud es más importante —insiste—. Mírame —impone, y lo hago—. Has de controlar tu respiración, los latidos de tu corazón. Debes ser el dueño de tus manos, de tus impulsos, de tus nervios y de tu calma. Lo que has de hacer es expresar que no sientes. Así, el contrario no sebrá de qué vas. Has de ser frío y calculador, sutil e impredecible, arrogante y, a veces, más de lo que se cree, has de ser muy humilde. Puedes engañar, que no hacer trampas. A los tramposos se les pilla, Taylor. Y no salen bien parados. Jamás hagas trampas. Engaña al contrincante, sé fiel o infiel a tus cartas, analiza cada jugada, cada movimiento, disimula, retiraté o, simplemente, observa y actúa. Pero no olvides que para llegar a ser un gran jugador has de ser inquebrantable. Tu autocontrol y firmeza ha de ser primordial y tu mejor baza.

—¿Tú lo harías? —pregunto curioso.

—Yo decidí no ser jugador para no tener que plantearme cómo he de ser, si lo que deseo es ser yo mismo y no un siervo del dinero.

—Yo no quiero ser un siervo del dinero. Y ya sé la historia del abuelo. Lo que quiero es que me digas, si fueras jugador, qué harías tú para ser ganador.

—Haría todas y cada una de las cosas que he nombrado y más, muchas más. Hay un principio, pero no un fin, tan solo la práctica, el control, la agudeza mental, la cautela, la honradez en el juego y la observación, pero, sobre todo, hay que creer en uno mismo. Solo importas tú y y el cómo usas tus cartas.

—Voy con todo.

Decidido a ganar esta partida acerco todas mis alubias hacia el centro de la mesa mientras mi padre me mira atónito.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

—Alto y claro —respondo orgulloso y sonriente.

—¿Crees que vas a ganar?

—Estoy seguro. La suerte está de mi lado.

Aparento llevar algo más que una pareja de jotas.

—La suerte no se puede controlar. Veo tus alubias y...

—¡Espera! —grito frenando su intención de subir la apuesta.

—¿Qué ocurre?, has dicho que estabas seguro de tus cartas.

—Y estoy seguro, pero no puedo igualarte. No puedo seguir jugando, si no tengo más alubias.

—Pon tu reloj sobre la mesa y verás mis cartas —sugiere retándome, ante mi asombro—. No creas que en la mesa solo se juega con lo que ves...

—Ya sé que no, pero...

—Ahí quería llegar yo —dice, extrañándose.

—Mejor lo olvidamos.

Arrepentido, intento recuperar mis alubias.

—No. Ya no puedes retirarte. Iguala mi apuesta.

—Está bien, lo haremos a tu forma —Dejo el reloj junto a las alubias, con rabia—. Pero me lo devuelves.

—Si gano será mío.

—No me ganarás.

Mirándonos fijamente, observo cómo entorna los ojos y ríe.

—Pareja de ases.

—No puedes ser...

Cabizbajo, retiro mis cartas.

—¿No vas a mostrarlas? —pregunta intentando agarrar mi mano—. Vamos, Taylor..., solo es un juego...

—No me gusta perder, nunca me ha gustado, ya lo sabes, así que ¿por qué no nos concentramos en la actitud y en cómo ganar, sin llevar una jugada?

—No se gana con las manos vacías. Quizás en una ronda o dos, la suerte esté de tu parte y haga que esa posibilidad se cumpla, pero si esa es tu

expectativa, no importa la actitud. Si se sabe mantener el estilo en el juego, controlar las emociones y usar bien las cartas, se puede ganar mucho dinero, pero recuerda que igual que se gana también se pierde.

—¡John, me marcho! —sorprende mi madre.

—¡Hasta mañana, cariño! —exclama mi padre—. Yo también tengo que irme. Me esperan para una partida especial y no quiero llegar tarde.

—Pero ¿y la nuestra?... —pregunto estupefacto.

—Seguiremos en otra ocasión. Ahora ve a buscar a tu hermana. Está en la casa de la vecina.

—¿En casa de la señora Flint?

—¿La señora Flint? —reitera extrañado—. Taylor, ¿en qué mundo vives?, la señora Flint se mudó hará un par de meses. Ahora tenemos como vecina a la señorita Davis y su hija Lucy.

—Me da igual —replico, con rabia.

—¿Algún problema, Taylor?

—He perdido mi reloj —confieso enfado y salgo disparado hacia la escalera.

—Ve a buscar a tu hermana, Taylor —insiste, y no tengo otra que hacerle caso.

Estoy harto de hacer de niñera de Yisel.

—¿Por qué tengo que ir yo a buscarla?, ella sabe el camino, solo tiene que cruzar el jardín de la vecina y el nuestro.

—Taylor...

—No entiendo por qué tengo que ir yo —murmuro al salir.

—¿Crees que serás capaz de cuidarla hasta que tu madre y yo volvamos de trabajar?!

—¡Eso díselo a Erik! ¡Él es el mayor y el más responsable!

Lleno de rabia camino a pasos agigantados hacia la casa de la señorita Davis, con la esperanza de que no sea una vieja gorda y apestosa como lo era la señora Flint.

¡Ding, dong!...

—Hola —saluda una chica.

—Hola, soy el hermano de Yisel, ¿le puede decir que salga?

—Claro —Me sonríe—. ¿Quieres pasar mientras busco a mi hija y a tu hermana?

—No. Mejor la espero aquí. Gracias —respondo cohibido por su escote, por su minifalda y por lo buena que está para ser una madre.

—Cómo quieras. Enseguida vuelvo.

—Vale.

Tras entornar la puerta, me la toco porque la tengo dura.

La señorita Davis..., muy joven para ser mamá...

—Las encontré —sorprende, y dejo de tocármela.

—Sí, claro... —Sintiéndome un imbécil me acerco a Yisel y la agarro del brazo—. Vamos, papá tiene que irse.

—Adiós, Lucy —dice mi hermana soltándose de mí.

—Adiós, Yisel.

—¡Volved cuando queráis! —exclama la madre buenorra.

Avergonzado y sin volver la vista regreso a mi casa mientras Yisel viene por detrás de mí.

—¡Taylor!

Al girarme, me hace una foto.

—¿Quieres parar? —inquiero molesto.

—No.

—Te pones muy pesada con tus dichosas fotos —reprocho.

—¡Taylor!

Al girarme, de nuevo, vuelve a fotografiarme.

—¿A que la rompo?! —grito yendo hacia ella.

—¡Papá, papá!...

—Serás niñata...

Pasando de ella y de sus contínuos chivatazos, entro en la casa y subo a mi cuarto para familiarizarme con las cartas y practicar con ella. Pero al recordar

a la vecina, lo que hago es masturbarme.

—¡Taylor, baja!

Joder..., hoy no encontraré un estilo ni al tocarme...

Con la baraja entre mis manos porque no puedo tocarme los huevos, me despido de mi padre y me quedo con mi hermana.

Unas pizzas para cenar... Yisel y yo vemos una peli mientras Erik estudia y pinta... Unas palomitas para la segunda parte mientras Erik continúa en su cuarto, supongo que estudiando y pintando... Yisel se duerme sobre mí y yo bostezo al taparla... La tele me despierta y la apago para seguir durmiendo... Me tumbo y me enredo con mi hermana, sin que ella se entere... Y sueño con la vecina, con sus piernas, con su escote, con sus melones y con... La imagino desnuda y...

Y me duelen los ojos.

—¡Buenos días!

De un salto me despierto, y Yisel se cae del sillón.

—¡Au!

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?! —grito al ver a Erik abrir las cortinas.

—Hoy es un gran día, hermanito.

—Dentro de poco lo será —reprocho, ofendiéndolo.

—Ojalá sea como dices, pero hasta entonces..., ¡buenos días hermanos! —grita más fuerte, enfureciéndome.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunta Yisel agarrando la mano de Erik mientras se toca la cabeza, tras el golpe.

—¿Qué te apetece?, ¿cereales con leche o tortitas con miel?

—Las dos cosas —responde ella compartiendo su sonrisa mientras yo me siento fuera de lugar, o como digo yo, fuera de su mundo.

No son como yo o como nuestro padre. Ellos son de nuestra madre. Y lo que no entiendo es de dónde han sacado ese gusto por la pintura, en el caso de Erik, y por la fotografía, en el caso de Yisel. Y aunque ella es una cría, lo de Erik va en serio. Hace un par de semanas envió la solicitud de acceso a la Universidad de Nevada, junto a una carta de recomendación de su profesor de

la academia de pintura para estudiar Historia del Arte. Hoy comienzan los exámenes finales y va sobrado. Lo digo por las becas que todos los años le han otorgado gracias a su peculiar, única y extraordinaria manera de pintar. Para él los finales son cruciales y la mejor carta de presentación para hacer lo que verdaderamente desea. Erik quiere ser pintor y, en mi opinión, en el mundo no hay hueco para la creatividad, sino para el dinero. Sin embargo, apostaría lo que fuera a su favor. Estoy seguro de que logrará su sueño. Dentro de un mes recibirá la respuesta afirmativa, eso desea, o negativa, de la que dependerá su futuro, entretanto, el hecho de que mi padre sea jefe de sector del “Bellagio” ha beneficiado a nuestra familia y mucho más a Erik, que disfrutará de una educación privilegiada, de la que todos esperamos que saque un buen provecho.

Yo sí que saco provecho de mi paga, cuando me la juego y gano, me la juego y gano, me la juego y sigo ganando. No hay nada más atractivo que un buen puñado de billetes. Y lo de los cuadros, pues... ¿Cuántos murieron siendo nadie?...

Mi pretensión es demostrar que el dinero hace la felicidad mientras los demás intentan hallarla en la creatividad porque son incapaces de aceptar que viven en un mundo hecho por y para el dinero. Y respecto a la manía obsesiva que le ha entrado a Yisel por fotografiar todo cuanto pasa por su lado, bueno, con once años a mí también me daban neuras que ahora ya he olvidado porque llevan a ninguna parte, así que, con evitar que a mí me haga fotos, que ella haga lo que quiera. Yo solo quiero que me dejen tranquilo como yo hago con ellos. Pero, aun sabiendo que pertenecen a un mundo totalmente diferente e incompatible al mío, siento envidia de ellos.

—¡Taylor, ¿tortitas o cereales?!

—Huevos, Erik. Lo mío son los huevos.

—Los tuyos no caben en la sartén.

—Ji, ji...

—Los tuyos sí, ¿verdad, Erik?... Y tú no te rías Yisel, que no tiene gracia.

—Pues a mí sí que me la ha hecho —replica sabihonda.

—Paso de los huevos. Me voy al instituto.

En bici, qué ganas tengo de conducir un coche, lleno de rabia recorro la calle hasta llegar al semáforo.

Enfrente de mí, a una distancia de diez millas, la ciudad que nunca duerme, la ciudad del juego. Detrás de mí, la casa de mis padres. A mi izquierda, otra calle repleta de restaurantes. En esa calle trabaja mi madre. Y a mi derecha, después de pasar una urbanización lujosa y amurallada, el instituto. Quizá, si logro controlar mi rabia, logre vencer a unos cuantos ineptos.

Actitud, Taylor. Lo más importante es la actitud.

Entrando en el recinto estudiantil en dirección al hueco en donde siempre dejo la bici, cuatro chicos del último curso me obligan a frenar, antes de hora.

—¿Eres tú el jugador del que hablan? —pregunta un gordo.

—No lo sé. Eso dependerá de quién lo pregunte.

—No me vengas con gilipolleces, chaval —Me agarra de la chaqueta y me baja de la bici—. Vamos, tenemos una partida pendiente.

—¡Yo no tengo partidas pendientes! ¡Suéltame!

—La semana pasada desvalijaste a mi hermano. Y tiene dos años más que tú.

—No conozco a tu hermano —respondo soltándome, y el gordo me empuja para siga caminando.

¡Ring!...

La alarma del instituto.

—Tengo que ir a clase.

Intento traspasarlo, pero me lo impide.

—Hoy harás pellas —impone según señala hacia las gradas.

Debajo de ellas hay tres jugadores del equipo, compañeros del gordo que me empuja para que siga caminando.

—Taylor Carter, ¿es ese tu nombre?

—¿Quién lo pregunta? —inquiero orgulloso.

—El capitán del equipo —revela y sale de su escondite para plantarse ante mí—. He oído que quieres ser un gran jugador de póker y que serlo es tu aspiración en la vida, ¿es cierto?

—Habladurías.

—Entonces, ¿no eres tú el que todas las semanas desvalijas a sus propios

compañeros, a los de cursos inferiores o a los más mayores, como el hermano de mi amigo y el mío, jugando a las cartas en los vestuarios?

—No sé quien es el hermano de este —espeto chulo, ante el gordo—. No lo he visto en mi vida.

—Te crees muy listo, Taylor Carter, no deberías perder el tiempo con rivales que no están a tu altura.

—En eso te doy la razón. No he encontrado a nadie capaz de ganarme.

—¿No se merece una hostia?... —sugiere el gordo—. Yo creo que sí.

Se acerca para dármela, y el capitán del equipo lo frena.

—Primero, nos quedaremos con su pasta —dice el capitán, y el gordo se ríe—. Después, si no sale huyendo y llorando como una nenaza, le daremos su merecido.

—No pienso jugar con vosotros.

Intento escabullirme.

—No tan rápido —Me agarra del brazo—. Quiero ver de qué palo vas, aspirante a jugador. Toma.

Me da una baraja pegajosa.

—Están marcadas.

Se la devuelvo y saco la mía.

—Empiezas bien, chico. Ahora saca la pasta.

—No llevo mucho, solo veinte pavos.

Dejo el billete en el centro del círculo.

—Seguro que hay más por aquí... —dice uno de sus amigos agarrando mi mochila para vaciarla—. ¿Qué es esto? —Recoge del suelo mi pequeño saco negro—. ¿Qué hay aquí?... —Al volcarlo, sobre su mano se le caen un par de billetes—. Vas a perderlo todo, chaval.

—Yo no estaría tan seguro...

Desafiándolos, no sé si seré capaz de controlar tantas cosas como ha dicho mi padre, de hecho, las manos me tiemblan y no los miro. Solo presto atención a la baraja. Estoy acojonado, pero no pienso mostrar mi cobardía.

Mientras tanto, según mantengo las cartas entre las manos e intento

esconder un as debajo de la manga de mi chaqueta, ellos cuentan mi dinero.

—¡Docientos cincuenta pavos!, ¡muy bien chaval! —grita el gordo golpeando mi hombro—. ¡Hoy la ronda nos saldrá gratis, chicos!

—Eso está por ver —murmuro y busco el as que quiero.

No lo veo. Y no me sale hacer trampas. No van conmigo, pero me acojona que este tío me amenaze mientras me rodean sus amigos, de los cuales tres jugarán al póker mientras el resto se queda a mi espalda, vigilantes.

—¿Barajas?, no tenemos todo el día.

—Preferiría no hacerlo —respondo entregándole mis cartas.

—¿Acaso no sabes?...

Todos ríen.

—No quiero dejarte en evidencia —replico.

—Ahora sí que te mereces esa hostia...

Me la da. Yo apoyo la mano en el suelo, entonces, sin poder evitarlo, el as de trébol se desprende de la baraja.

—¡Serás tramposo! —grita mientras me empuja evitar que agarre la carta—. ¡¿Y tú quieres ser un gran jugador?!

—No quiero ser un gran jugador.

—¡Y aunque quisieras, jamás lo serías! ¡Eres un tramposo, Taylor Carter!

—No soy un tramposo. Lo que quiero es que me dejéis en paz.

—Johann, vámonos de aquí —dice uno de sus amigos—. El entrenador está dando vueltas al campo. Este imbécil no vale la pena, pero su dinero, sí.

—Debería darte vergüenza. Eres un tramposo —amenaza Johann—. Eres la oveja negra del croupier más solicitado del “Bellagio” —afirma encarándose—. ¿Un gran jugador?..., tú lo único que eres es un desgraciado —gruñe en mi cara—. Deja de retar a todo el mundo y de hacerte el gallito con tus cartas, o te las verás conmigo, Taylor Carter.

Al levantar la cabeza, veo es a siete tíos sobre mí.

Uno me agarra de la chaqueta y me levanta. Otro me empuja y me empotra contra la madera de las gradas. Otro se acerca y me da una hostia. Haciendo cola veo al gordo sonreír mientras Johann permanece alejado. El siguiente en pegarme lo hace en las piernas y me tira al suelo. Cuando me recogen, entre

cuatro me llevan afuera medio arrastras y me obligan a ver cómo destrozan mi bici.

—Así aprenderás.

Orgullosos y gilipollas, los del último curso me dejan tirado, junto a lo poco que queda de mi bici. Sus hermanos dicen...

No los olvido. Siempre recuerdo a quién me enfrento, pero más, a quién gano. Y yo les he ganado a todos. No hay nadie, en todo el instituto, que se haya enfrentado a mí y me haya vencido, sin embargo, los del último curso conocen a Erik. A ellos no me enfrento porque no me apetece escuchar un sermón de mi hermano. Por eso, me he comportado como un imbécil.

Lo que sí tendré que hacer, cuando llegue a casa, será dar explicaciones, no solo por mis heridas, sino que, también, por haber faltado a clase y por la bici.

Vaya mierda..., ya no tengo reloj, ya no tengo pasta y ya no tengo bici...

—¡Taylor!

Joder..., ¿pero tú no tenías exámenes finales?... Erik viene hacia mí, pero yo me desví del camino.

—¡Taylor, espera!

No corras...

—¿Qué le ha pasado a la bici? —pregunta asombrado.

—Lo solucionaré.

—¿Qué te ha pasado? —Me frena—. Taylor...

—Déjame. Ya te he dicho que lo solucionaré. Esto es cosa mía.

—Pero ¿quién te ha hecho eso?

—Tú los conoces muy bien.

—¿Qué has hecho esta vez, Taylor?

Paralizado ante mí, sé que espera mi confesión.

—¿Qué tal el examen? —pregunto cohibido.

—Bien. ¿Qué te ha pasado?

—No importa. Ha sido una chorrada. No volverá a suceder.

—¿Eso es lo que le dirás a mamá?

—Existen los accidentes, Erik.

—¿Y crees que se lo tragará?

—Eso me da igual.

—Taylor...

—Te he dicho que lo dejes. ¿Por qué no vuelves a ese taller pintoresco del que nunca sales y me dejas tranquilo?

—¿Por qué lo pagas conmigo?, solo me preocupo por ti.

—Tú siempre tienes solución para todo. Eres perfecto, Erik. Educado, responsable, amable, humilde, simpático, bueno, interesante... Eso oí decir a las chicas de tu curso mientras te veían en la pista de atletismo. Incluso, incomprensiblemente, eres pintor, pero no un pintor de esos que vienen a casa y te manchan la pared creyéndose extraordinarios. No. Tú aspiras a ser inmortal mientras yo voy en dirección contraria.

—¿Inmortal?

—Sí, Erik. Inmortal.

—Estás flipando, Taylor.

—Sí, yo flipo, pero mira, resulta que, de los dos, es a ti a quien se le da todo bien, ¿no me ves o qué?

—Siempre estás metido en líos. Te los buscas tú solito. Y lo peor de todo es que siempre dices que lo solucionarás cuando, realmente, lo único que haces es volver a jugar obsesionado con ganar.

—Y gano, Erik, les gano a todos —replico orgulloso.

—Deberías replantearte tu futuro. Eres el mejor del estado en matemáticas y en estadística. Tus notas te avalan.

—Eso es verdad.

—Ya lo tienes, Taylor. Aprovecha tu rapidez mental y tu gran capacidad de cálculo. No malgastes tus aptitudes jugando al póker. El juego te atrae, pero oculta tus otras aspiraciones.

—No me vengas con trascendentalismos. Quizás a ti te valgan, pero a mí no me sirven.

—¿Eso es lo que crees?

—Lo que yo crea no importa, pero sí lo que sé. Y lo que sé es que cuando

yo me meto en líos tú siempre apareces y me haces sentir mal.

—¿Entonces, prefieres que pase de ti?

—Pues deberías.

—Soy tu hermano mayor, jamás pasaré de ti.

—Cuando te marches, no habrá hermano mayor —reprocho, y él se extraña—. Ahora, deja de seguirme.

—Todo es cuestión de actitud, Taylor.

—Eso es muy fácil decirlo, cuando eres perfecto.

Universidad de Stanford, California, 2004

Toc, toc, toc...

Al abrir la puerta...

—Katrina...

—Hola, Taylor —saluda la ucraniana—. Feliz cumpleaños.

En el umbral, mirándome fiero, Katrina desata el nudo de su gabardina blanca y me enseña su cuerpo desnudo.

Ufff..., desnudo y muy depilado...

—No te quedes ahí...

De la cintura la agarro, tiro de ella hacia mí, cierro la puerta de golpe y, voraz, le como la boca.

—Deja esa baraja —susurra apartando mis manos de su culo, y yo tiro las cartas al suelo—. Ahora me toca a mí.

La subo sobre mis caderas para empotrarla contra la pared.

—No tendrías que haber venido —Agarro su pelo y tiro de él—. Podrían expulsarnos.

—¿Y desde cuándo te importa eso?

Frente a sus ojos de gata azul claro, sé que está loca por mí.

—Ya me la he jugado bastante, ¿no crees?...

Arrastro mis dedos por sus labios, y ella los lame.

—Yo seré tu última apuesta... —Chupándolos distrae mi atención—. Así me gusta... —murmura tocándomela.

—Ven aquí...

Con una facilidad increíble y acariciando la humedad de su entrepierna, deslizo mis dedos por sus labios, y ella empuja mi mano para que se los meta.

—Tranquila, nena...

—¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando esto? —inquiére desesperada.

—¿Cuatro años? —respondo sonriente, y ella me abofetea.

Mientras yo alucino ella sigue empujando mi mano hacia adentro según me mete su lengua en la boca. Sin resistirme, le sigo el juego. Katrina araña mi espalda. Yo le muerdo en el cuello. Ella suelta mi mano y la enreda en mi pelo. Yo lamo sus pezones. Ella inclina la cabeza y entreabre la boca. Yo la beso feroz, al oírla suspirar. Ella vuelve a empujar mi mano hacia dentro desesperada de más, y yo sigo besándola. Y mientras ella sigue arañando mi espalda, y yo me deshago en sus labios, su orgasmo se desliza por mis dedos, y yo lo siento su eco en mi lengua.

¿Lo mejor?... Sus gritos sordos de placer, en mi boca.

—Vas de mosquita muerta, Katrina... —confieso al verla chupar su propia eyaculación.

—¿Te pierdes tantas cosas, Taylor Carter?

Yendo de niña buena, no me sorprende, pero obscena...

—Te voy a dar lo que en cuatro años me he perdido.

—A eso he venido, Taylor.

Mantiéndola sobre mis caderas, le doy cómo desea. Fuerte y duro aunque se escuchen sus gritos y los golpes. Entonces, en un arrebato incontrolado, ella mueve sus caderas contra las mías, ansiosa.

De la pared a la cama, la llevo a horcajadas porque no puedo con su empuje salvaje.

Al tumbarla sobre el colchón, parece extrañarse. Al instante, se levanta y me señala. Me pide que sea yo quien se tumbe. Y como ella manda, como las mujeres mandan, yo obedezco, saco un preservativo del cajón y me lo pongo, y espero a que siente sobre mí.

—Espera —dice alejándose—. Jugaremos, mientras tanto.

Recoge del suelo algunas de mis cartas y viene hacia mí.

—Las marcarás, rubia...

—Como si eso te importara...

Ufff..., sentada sobre mí y yo muy dentro de ella...

—Nena..., estás muy caliente...

Katrina sonrío, me cabalga despacio, pone dos cartas sobre mi pecho, sin dejar de moverse y...

—Adivínalas... —suspira y gime.

—Dos ases, rubia...

—¡Sí!...

Alzando los brazos por la explosión sexual que la domina, Katrina se mueve cada vez más deprisa, con más fuerza y con un arrojo desmesurado que me obliga a mantener mis manos en sus caderas para controlar su desbocado galope y, así, evitar que se me salga. Pero demasiada humedad resbala por sus ingles.

—¡Sí!..., ¡sí, sí, sí!...

—Chss...

Le tapo la boca, y ella abre los parpados y desorbita sus ojos mientras fieramente continúa cabalgándome, y yo intento que no se me escape.

—Oh..., nena...

Yo ya me he ido, y ella sigue y sigue cabalgándome más y más fuerte mientras yo se lo permito, incapaz de controlarla.

—Nena...

—¡Sí!...

Otra vez, la ucraniana de la que he pasado tantas veces en cuatro años de carrera como de tantas otras hasta que ellas se han metido en mi cama ansiosas de mí, lujuriosa se toca los pezones y pasea la lengua por sus labios en su goze, sin notar que yo ya he terminado y hace un rato.

—Para —impongo, pero no me hace caso—. Para.

Al frenarla, tras su tercer orgasmo, se ríe y se desploma sobre mí, totalmente desfallecida.

—Me gustas, Taylor...

—Sí, nena.

Acariciando su pelo la beso llevado por la impaciencia de hacer lo que he venido hacer. Estrenar una de mis barajas y practicar con ella para derivar mi nerviosismo sobre su tacto mientras me dirijo hacia la entrada del campus.

Hoy cumplo veintiún años. Me he escapado de mi propia fiesta sorpresa para hacer realidad mi primer sueño. Ir al casino, por primera vez, y jugar al póker. Al póker de verdad con jugadores de verdad. Pero estando en mi habitación, tras elegir la mejor de mis barajas, las cuales escondo en un cajón bajo llave para evitar, otra vez, una bronca del rector, Katrina, la ucraniana.

Por fin la tengo en mi cama... La noche no podría haber comenzado mejor... Sonriendo mientras ella descansa sobre mí, el tiempo se me hecha encima. Como tú, rubia...

Intentando que no se despierte, me deshago de sus brazos y me deslizo sobre el colchón hasta caer al suelo. Al levantarme, la tapo con la sábana y, a continuación, sigiloso, me visto.

—Lo siento... —susurro en su oído y beso su frente.

Tras agarrar la segunda mejor baraja, a estrenar, salgo de mi habitación con el presentimiento que ya no será lo mismo.

Lo tenía todo planeado. Desde siempre deseé tener veintiuno para entrar en un casino y jugar al póker. Hoy, mientras de día deseaba que llegara la noche para cumplir mi deseo, resulta que una fiesta sorpresa, a la que he ido engañado, y una rubia salida que va de virgen, han retrasado mis planes. Son las diez de la noche. Dos o tres horas jugando estarán bien aunque no sean las cinco que tenía pensado.

—¡Taylor, ¿dónde estabas?!, ¡te estábamos buscando!

Mis colegas, en el jardín de la fraternidad, cargan cajas de cervezas, del coche a la casa.

—¿De dónde habéis sacado eso? —pregunto curioso al ver una cachimba enorme tirada sobre el césped repleta de un líquido marrón.

—Tienes que probarlo —dice Roy golpeando mi espalda.

—¡Qué peste echas!...

Lo empujo, asqueado.

—He subido a las nubes, tío. —confiesa mirando hacia el cielo, con las manos en la cabeza—. Es alucinante...

—Me voy a mear.

—¡El baño está dentro, Taylor! —grita al ver que me alejo.

—¡Ahí hay demasiada gente!

Sigo caminando hacia los árboles para despistarlo y, así, continuar con mi plan. Tengo ganas de salir de aquí y entrar en mi mundo. La economía es mi vida pública. Mi destino, según mis casi finalizados estudios, es la bolsa. Ser bróker y hacer ganar millones mientras yo me llevo un buen pellizco es a lo que decidí dedicarme. Tengo la mejor nota de mi promoción y, gracias a mi compañero de habitación, tendré la oportunidad de trabajar para la empresa de inversiones de su padre, una vez finalizada la carrera. Solo faltan dos meses para que llegue ese día. Tengo ganas de que llegue ese día...

Mientras tanto, dejo mi impronta en Stanford. No solo me recordarán por mis matrículas de honor o por licenciarme un año antes de lo previsto, sino que, también, por mi otra faceta.

El póker es mi otra vida. La oculta, pero sincera. La que más me gusta. A la que más deseo dedicarme y por entero. A la que me entrego dos noches por semana en una vieja caseta del campus que usan los jardineros porque ya no queda otro sitio en donde hacerlo a escondidas y sin que hayan chivatos que me lleven de cabeza al rector. Ser un gran jugador sigue siendo mi capricho más innato aunque mi familia se crea que ya no. La última vez que los vi fue en la licenciatura de Erik. Y, desde entonces, mi independencia y autonomía han sido y son la base de mi vida. Sin embargo, estoy en contacto con ellos, pero no por mí, que paso bastante, sino por ellos, que son los que me llaman. Mi madre sigue en el restaurante, pero ahora tiene más privilegios que antes y cobra más. Mi padre, al que ascendieron a jefe de sala, hace un par de años, le ofrecen nuevos contratos procedentes de otros casinos, que se niega a aceptar, debido al status que ha adquirido y que, agradecido, sabe demostrar, ante el dueño del “Bellagio”, que suele igualar las diferentes ofertas que ponen sobre su mesa, todas dirigidas hacia el mejor croupier de Las Vegas. Erik, con el que casi no hablo, está en Madrid haciendo el doctorado. Por lo visto, le está yendo muy bien. Es admirado. Y como creí, se ha convertido en un gran pintor que, según mamá, algún día se lo rifarán en las casas de subastas, en los museos más destacados y en las galerías de arte de renombre. Si bien él demuestra que triunfa, yo también lo hago, y aunque Erik intuya que yo no he dejado de jugar al póker como bien sabe reprocharme cada vez que hablamos, la carrera de económicas la tengo en la palma de la mano y no hay miembro de mi familia que se atreva a decirme que lo del póker debo olvidarlo.

Ellos creen que no estoy viciado por el juego, pero dudan de si sigue

siendo mi mayor predilección. No sé por qué lo hacen conociéndome como me conocen... Deberían estar seguros.

Sus dudas van bien encaminadas. Mi capricho son las cartas que mantengo entre mis manos según las mezclo, lento y sutil. Lo mismo que mi padre. Difícil me sería olvidar para qué he nacido. Y ellos lo saben. Lo saben de la misma manera que el capricho de Erik son los cuadros, y el de mi hermana... Con Yisel es con quien menos hablo. Nunca nos hemos entendido ni llevado muy bien, pero hablamos, muy poco, pero hablamos.

Sigue yendo a todos lados con su cámara captando lo que para ella es la vida en sí. Por mucho que yo no creyera en ella, a finales de año comenzará los estudios de arte y fotografía becada por la propia universidad. Ya ves..., lo que a mí siempre me pareció una afición temporal, con el único propósito de sacarme de mis casillas con sus dichosas fotos a cualquier hora del día, va a ser que no. De hecho, según mamá, Yisel es una artista de los instantes que forman y deforman la existencia. Y si ella lo es y mi hermano también, entonces, ¿quién es, de los tres, el que juega al juego de la vida?... Yo, Taylor Carter, el único que piensa que el dinero es parte fundamental de esos instantes y que, si se deforma, con estirar los billetes basta.

Ese sí que está deformado...

Enfrente de una mansión casino de la 82, aparco el coche y me quedo mirando al gordo desproporcionado de la entrada, que acaba de abrir la puerta y observa a tres hombres trajeados, a los que cachear, escrupuloso. Hacia ese tío voy yo, con el carnet de identidad en la mano, pero oculto entre la baraja.

—¿Adónde crees que vas? —Me frena—. Estoy harto de los niñatos como tú.

—Lo siento, pero esta noche tendrás que soportarme.

Con el taco en una mano arqueo la baraja y desprendo las cartas, una a una, dejándolas caer sobre mi otra mano, ante la mirada pasiva del gordo deformado que, airoso, observa cómo sobresale de ella mi carnet de identidad.

Te la has comido...

—Te doy media hora, niñato —afirma—. Cuando salgas desplumado, lo haras con el rabo entre las piernas, niñato.

—¿Eso te gustaría?...

—Piérdete...

El gordo rabioso abre la puerta. Yo paso de él y accedo a la mansión. No hay mucha gente. Es pequeña aunque a mí me parezca enorme. Será la novedad y no conocer la distribución de las mesas y de las máquinas de juego. Sin embargo, desde la entrada, mi vista abarca los diferentes usos a los que está dedicada. Amplia y bien iluminada, la planta baja está dividida en cuatro zonas diferenciadas. A la derecha de la entrada, hay algunas máquinas tragaperras y la barra de bar, en donde varios hombres apuestan a las carreras de caballos que ven por la tele y una mujer despampanante bebe sola mientras observa al personal y, en concreto, a mí. Buscona...

Obviándola miro al frente, en donde muy pocos apuestan a la ruleta. Cuatro mesas y un par más, de dados de mesa, no llaman mi atención, sin embargo, al mirar hacia mi izquierda...

Dos mesas de póker me esperan.

Eres el mejor, Taylor. Serás el mejor. No lo olvides.

—Caballero...

Alguien toca mi hombro y me doy la vuelta, sorprendido.

—¿Cuánto? —pregunta una chica morena enseñándome el cajón que lleva colgado del cuello como antiguamente.

—Quinientos —respondo nervioso, y ella cuenta las fichas.

—¿Tragaperras o mesa?

—Póker.

La morena asiente y me sonrío, y cambia mis quinientos por fichas de diferentes colores.

—¿Es la primera vez que viene? —pregunta perspicaz.

—¿Tanto se me nota?

Me pide que me acerque.

—No debería hacer esto, pero... —musita y pestañea, delicada—. La mesa uno es la más entretenida —Cabecea señalándola, con disimulo—. El del sombrero tejano es un habitual. Tiene mal perder. El más alto suele tener mucha suerte. La mujer es una aficionada. Y el gordo está sin blanca. No tardará en irse.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Me caes bien —susurra y me hace un guiño—. Cuando necesites más fichas guiña un ojo y, ahí estaré.

—De acuerdo... —musito en su oído y lo beso, y ella encoje los hombros.

—Suerte.

Al darse la vuelta y alejarse, me fijo en su minifalda negra, en sus medias de rejilla y en esos dos bultitos del culo que se entreven al caminar y que me piden a gritos que los abofetee, desconcentrándome de lo que he venido hacer. Jugar al póker.

Cómo se me dé bien..., la morena no se me escapa.

Antes de acercarme a la mesa, voy hacia la barra y pido una copa. Junto a mí hay dos borrachos que han perdido el sueldo de esta semana. Al otro lado hay tres tíos que alardean de sus ganancias mientras esperan un taxi. Con mi copa en la mano y con la intención de acercarme a la mesa, al ver que el gordo se levanta, sorprendiéndome, la buscona de la barra se interpone en mi camino.

—¿Has venido solo? —pregunta tirándome el humo de su cigarrillo.

—Sí. Y, por lo visto, usted también.

—La vida es aburrida —dice alzando su copa para brindar.

Al hacerlo, se acerca demasiado y coquetea conmigo.

—¿Nos conocemos? —pregunto confuso creyendo haberla visto antes.

—Si nos conociéramos, lo recordaría, guapo —responde acariciando mi pecho intentando seducirme.

—Lo siento. Me esperan para una partida.

La rechazo, y ella se ofende.

—Podría ser tu amuleto... —sugiere la cincuentona, y yo me echo a reír—. Si folláramos, no te reirías tanto —susurra con su mano en mis huevos.

—Seguro que no.

Aparto su mano y me voy a jugar.

De camino a la mesa, me cruzo con la morena, le guiño el ojo, y ella me sonrío y estimula mi orgullo.

—Buenas noches, caballeros —saludo a los componentes de la mesa según arrastro la silla libre y me siento mientras mis contrincantes me observan, escrupulosos.

—Hola, guapo... —dice la mujer.

—Chico, ¿estás seguro de lo que vas a hacer? —pregunta el del sombrero—. Somos de la vieja escuela...

—No veo impedimento... —respondo, divirtiéndolo.

—¿Dispuesto a perder? —increpa la mujer sonriendo al tío del sombrero.

—Ni que fueras una ganadora, Rose... —dice este según se levanta y alarga su mano para saludarme—. Me llamo Roni.

—Carter, Taylor Carter.

Estrechamos las manos y lo mismo hago con el más alto, que cabecea en silencio, y con la mujer, que sonrío suspicaz.

—Voy de mano, Joil, a ver si te esmeras.

—Siempre lo hago, Roni —dice el croupier que baraja las cartas con soltura, pero sin carisma, estilo o devoción.

Si mi padre estuviera aquí, lo dejaba por lo suelos.

—Cien.

—¿Intentas amedrentar al nuevo, Roni?

—Siempre tan sutil, Rose...

—Se te ve venir. Veo tus cien.

La mujer deja sobre la mesa la mitad de la apuesta, a la espera de que llegue su turno para igualar. Yo, con mis cinco cartas en la mano... Tres cuatros, un dos y un seis. Con mis cinco cartas boca abajo y sobre la mesa...

—Voy —afirmo decidido a ganar.

—Novato, esta noche puede ser muy interesnate... —dice Roni, alegremente, mientras golpea la mesa con dos dedos.

—Lo veo —dice Rose, interesada.

—Perfecto, Rose..., ¿y tú qué? —pregunta Roni al más alto, sin que responda, pero sí que vaya—. Joil..., quiero dos. Ya puedes esmerarte.

Roni se descarta, el alto también y de tres, Rose de otras tres, y yo lo hago

de dos.

Con las nuevas en mis manos... Una qu y un siete, que no ayudan a mi trío de cuatros, sin embargo, motivado por mi trío observo detenidamente al resto de jugadores intentando intuir su siguiente paso. Rose se retira. El más alto se mantiene en silencio y pensativo. Roni parece decepcionado, entretanto, Rose me observa y sonrío seductora.

Dos golpes en la mesa se Roni y...

—Cien más —dice el más alto, impasible y serio.

—Tus cien y otros cien —replico desafiante.

Amontonando fichas en el centro de la mesa, el más alto ve mi apuesta y sonrío orgulloso.

—No pienso retirarme —Roni iguala a la mesa—. Esta vez no has sido generoso conmigo, Joil, maldito cabronazo.

Roni, furioso, desparrama sus cartas sobre el tapete. Solo lleva una pareja, aunque de ases. A continuación, impaciente por saber qué lleva el alto que no deja de observarme intrigado, convencido de que gano doy la vuelta a mis cartas.

—Una pena... —dice llevándose el acumulado tras ganarme con otro trío, pero de cincos.

Joder...

—Me gusta... —murmura Rose—. Sigamos jugando.

—Interesante, Carter. Esta noche será muy interesante...

Roni me sonrío, con suspicacia.

Mientras el croupier recoge las cartas y las baraja, durante un par de minutos, el alto permanece más callado que una puta, y Rose alardea de mujer de armas tomar, sin serlo. Creo que la noche ya es interesante aunque la primera partida no haya sido mía.

—Ciento cincuenta.

El más alto, de mano, en una nueva ronda, cuenta sus fichas y me mira de reojo, desafiándome. Así comienza una noche en la que debería de estar en mi fraternidad emborrachándome y follándome a cualquier tía, tan solo porque es mi cumpleaños y porque ellas creen que me lo merezco. Mujeres...

En menos de media hora jugamos cinco partidas que pierdo, no obstante, de las siguientes hasta estar tres horas jugando, la gran mayoría las gano o, en total, dos mil setecientos dólares para mí. Entretanto, disfrutaba de los coqueteos de la morena cada vez que se acercaba a la mesa, y mi vista la clavaba en su culo cada vez que se alejaba. Interesante, sí. Muy interesante...

—Bad game —espetea Roni intentando sostenerse en pie de lo borracho que va—. Avísame la próxima vez que vengas por aquí, Taylor Carter. Odio marcharme con los bolsillos vacíos.

—El juego es el juego... —expreso sonriente y orgulloso, ante su resentido gesto de decepción.

—Novato...

Rose acaricia mi cuello, alza la mano despidiéndose de mí y se contonea mientras camina por detrás de Roni.

—Ha sido un placer compartir mesa con usted.

Alargo la mano para estrechar la del hombre silencioso y muy alto, pero él pasa de mí y se marcha molesto.

—Hacía dos meses que nadie le ganaba —dice la morena de las fichas—. Enhorabuena. Has logrado sacarlo de sus casillas.

—¿Lo dices en serio? —pregunto asombrado—. Pero ¿tú lo has visto?, solo se mueve porque respira.

—Te aseguro que lo has cabreado —insiste convencida y muy sonriente.

—¿A qué hora sales? —pregunto acercándome a ella, que deja de sonreír y me mira de reojo.

—En un cuarto de hora —responde sonrojada.

—Una copa y nos vamos —sugiero intimidándola—. ¿Vives por aquí?

—Dos calles más abajo.

—¿Isa?! —gritan, desde la barra—. ¡Las copas!

—Tengo que limpiar las mesas —dice la morena recogiendo los vasos.

—Te espero en la barra, Isa.

Al girarse, me sonrío dulce, y yo le doy un beso.

—Me llamo Taylor.

—Lo sé. Me lo has dicho en las tres ocasiones en las que te he servido una copa —confiesa, desconcertándome.

No lo recuerdo. Pero me da igual. Ya es mía. Mientras ella recoge y lo hace junto al camarero, yo celebro mi victoria con una última copa, mi baraja en las manos, el deseo de follar con la morena y las ganas de pellizcar su culito. Cuando llegue al campus y le cuente a Roy lo bien que se me ha dado mi primera vez..., nos vamos a Las Vegas. Estoy excitado y no solo por estar mirándole las tetas y el culo a la morena, sino por saber que el juego de esta noche ha sido mi primera prueba y el empuje que me hacía falta para, este verano, viajar a la ciudad que me vió nacer y demostrar que ya estoy preparado y puedo ser el mejor.

—¿Nos vamos? —dice Isa tintineando las llaves de su casa.

De la cintura la llevo hasta mi coche. Mientras conduzco, si pensaba que era tímida, su mano y su boca no lo son. Me la chupa. Interesante...

—Esa es mi casa —dice señalando una adosada a otra.

Al salir del coche, por detrás de ella camino mirándole el culo y ese contoneo provocativo de sus caderas. Ella, astuta, se da la vuelta, en dos ocasiones, incitándome a seguirla más de cerca. En el primer escalón, se frena y se inclina hacia delante mientras yo me quedo pasmado observando el hilo de su tanga que me pide a gritos que tire de él. Ella se entretiene en su pie, y yo me acerco y le doy un cachete.

—Te estás pasando, morena...

—Apostaría a que todavía no has tenido suficiente... —dice morbosa y con su culo en mi entrepierna.

—Apuesta ganadora, muñeca...

Mientras mis manos aprietan sus ingles para mantenerla pegada a mí, ella inclina la cabeza, y yo muerdo su cuello. Una risa contagiosa, su piel erizada, y mis manos se pierden por la humedad de su tanga.

—Bienvenido a mi casa, Taylor Carter...

De la entrada no pasamos. Sobre el mueble más cercano la siento y me deshago de su tanga. Frente a mí hay un espejo en el que me miro y me veo orgulloso de esta noche mientras ella desabrocha mi camisa y me derrite con feroces besos por el pecho. Tirando de su pelo la obligo a mirar su obscena imagen mientras yo deslizo mis dedos por su ombligo y desciendo, lentamente.

Sin que fuerze mi ímpetu me dejo arañar porque está ansiosa de mí y procura, sin conseguirlo, dominarme. Estar contra la pared la impacienta.

—Vamos a mi cuarto... —susurra estirando de mi cinturón.

—Yo te llevo... —Al bajarla del mueble, se desnuda y comienza a andar hacia atrás mientras yo me deshago de los pantalones—. He dicho que yo te llevo.

La agarro de la cintura y la aferro a mí para besarla y tocarla y manosearla como intuyo que desea hasta que, desesperado, la subo sobre mis caderas para entrar muy duro en ella.

—Condomes... —murmura abrazándome—. Cajón...

No puede ni hablar. Su voz entrecortada, dulce y repleta de gemidos, su respiración extenuada, su potente palpitar, el sudor de su cuerpo, la humedad de sus labios, de arriba y de abajo, la sed de su boca, la risa contagiosa que desboca mi virilidad, la angustia sexual que se adueña de ella y el encarnizado deseo que despierta en mí, me eran inimaginables, en la mansión.

—Eres una fiera...

Viéndola irse, en su rostro extasiado de gestos lascivos y de cientos de suspiros me entretengo le digo que esconde al deseo.

Mientras tanto, ella grita y sobre mí noto su clímax.

Sin esperarlo, frena su empuje y me mira salvaje.

—Me gusta... —jadea incontrolable según pasea la lengua por sus labios y toquetea sus duros y prominentes pezones.

—Y te gustará más...

Decidido a que me recuerde, en un arrebató la tumbo boca abajo y la agarro por los brazos para ponerlos a la altura de su cabeza. Con una mano sujeto sus muñecas. Con la otra me ayudo a entrar. Y en su culo, precisamente.

En mi vigésimo primer cumpleaños, siento vanidad.

Una rubia muy potente y demasiado suelta... Una partida de póker y mi primer triunfo amateur... Una morena muy fiera y morbosa, junto a su culo prieto... Y un montón de pasta en mis bolsillos, de soberbia y de orgullo me llenan.

Las ocho de la mañana, y en la carretera solo está mi coche, en el cielo el

amanecer, en mí el haber sido durante unas horas una gran jugador y un gran amante, y en el campus algún que otro empollón que no se enteró de que anoche hubo fiesta.

—¡Taylor! —grita Roy viniendo hacia mí—. ¡Taylor!

Extenuado, se agacha para respirar.

—¿Qué haces, Roy?

—¿Que qué hago?... eso digo yo...

—¿Dónde están todos? —pregunto confundido al ver la casa de la fraternidad totalmente vacía.

—¿Dónde te metiste, Taylor?

Lleva un ojo amoratado.

—¿Qué te ha pasado?

—Olvidalo —reniega—. Te llamé, te busqué por el campus fui a nuestra habitación, por si habías regresado. pero en vez de hallarte a ti ¿sabes a quién me encontré?

—Deja que lo adivine...

Haciéndome el sueco y obviando a la ucraniana, sonrío y me enorgullezco mientras él se queda parado mirándome serio y con el rostro desencajado.

—Taylor, el rector te espera en su despacho.

—¿Qué?!

Roy cabecea afirmando. Ya no importa el dinero, el juego o las tías. Esto puede ser mi fin.

—¿Qué pasó anoche? —pregunto aturdido.

—Al rato de haberte ido a mear, llegó Katrina a la fiesta. Dijo que la habías dejado tirada y que quería una explicación. Te buscó como una loca. Le dije que se tranquilizara, pero estaba rabiosa. Me dijo que te llamó, pero que no respondías. Entonces, mientras me bebía unas cervezas con estos, la vi hablar con el imbécil de Mark.

—Nooo..., como lo pille lo mato...

A punto de entrar en el edificio, Roy me agarra del brazo.

—Katrina llevaba en la mano una de tus barajas —revela, asombrándome

—. La seguí, al ver que se iba con Mark. Se metieron en nuestra habitación, Taylor. Esa zorra había dejado la puerta entrabierta. Aparentemente, cerrada, pero sujeta con cartas para poder abrirla. Cuando me asomé para ver lo que hacían, los pillé revolviendo en los cajones. También en el de seguridad. Lo destrozaron a patadas.

—¿Qué se llevaron?

—Todas tus barajas, las lista de jugadores universitarios, tanto de Stanford como de la universidad de California, y tu libreta negra, la de los morosos.

—Joder...

Me restriego la cara, cabreado.

—No pude hacer nada —conitnúa Roy—. Todo pasó muy deprisa. Mark me golpeó, y yo caí al suelo. Ellos se fueron corriendo. Volví a la fraternidad y avisé por si se armaba, pero Mark y Katrina ya te habían delatado. Media hora después, teníamos al rector echando el cierre.

—Gracias, Roy.

Golpeo su hombro conteniendo mi rabia y las ganas de darle de hostias a Mark, sin olvidar a la rubia guarra de la ucraniana, que se merece...

—Lo siento, Taylor.

—Tranquilo. Existía esta posibilidad. Una, entre mil, pero existía. Ahora, solo puedo esperar a que la suerte me acompañe como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Dónde estuviste?

—En una de esas mansiones clandestinas jugando al póker. Gané dos mil setecientos de los grandes como dios.

—¿Dos mil setecient...

—Chss..., sí. Dos mil setecientos —murmuro, y él abre los párpados, perplejo—. Con la pasta en los bolsillos me fui con la camarera a su casa, una morena con un culito muy travieso. Ya sabes, Roy... —palmeo su espalda—. De esos que te dicen, “muérdeme”...

—Qué cabrón..., pasas de las tías y ellas se abalanzan sobre ti como si fueras el único tío del mundo. Yo las escucho y soy paciente, y ellas se van contigo. Con el chulo que juega al teto.

—Cuestión de suerte, Roy, pero sigue así, seguro que algún día darás de beber al pajarito.

—¡Señor Carter! —grita el rector, desde las escaleras del edificio principal.

Tras despedirme de Roy, espero que por poco tiempo, detrás del rector camino hasta su despacho, en silencio, pero con el eco de nuestros pasos rebotando en las paredes ornamentadas y decoradas por los retratos de decenas de norteamericanos que estudiaron en esta prestigiosa universidad y que han sido o son grandes personalidades, con mucho poder, influencia y dinero.

—Adelante.

Al entrar, me viene a la cabeza las dos ocasiones en las que tuve el inestimable privilegio de estar aquí. Todo sigue estando en su sitio y sigue siendo ostentoso y antiguo.

—Están permitidas las fiestas hasta las tres de la madrugada, señor Carter —dice—. Usted sabe, a la perfección, que no me opongo a sus excéntricas formas de celebrar esas fiestas y eventos multitudinarios y extraordinarios, siempre y cuando, respeten las zonas comunes, las casas dormitorio, los centros de estudio, los salones de congresos, la biblioteca y, en general, los espacios públicos, al uso de todo aquel interesado en el estudio, además, de todo lo concerniente al paisaje que conforma esta gran y prestigiosa universidad como así se ha venido haciendo y demostrando, desde el primer día en el que Stanford abrió sus puertas.

Mientras me echa la charla de siempre, pasea de un lado a otro, con las manos a la espalda. Yo, que hago oídos sordos, observo una carta que hay sobre su mesa, en donde puedo leer mi nombre y mi apellido, junto a su firma, a pie de página.

—Reconozco que es un alumno aventajado, señor Carter. Su amplia capacidad de estudio le ha otorgado el privilegio de adelantarse, en un año, al resto de estudiantes de su promoción, sin embargo, tal hecho, sin duda inusitado, lo ha convertido en un presuntuoso que cree estar por encima de las personas y de las normas. He de confesar, que jamás me enfrenté, en todo mi mandato, a nadie tan arrogante, ególatra, avaricioso y veleidoso como usted, sin contar con su extrema ambición. Y no serán sus extraordinarias calificaciones, sus excelentes exposiciones verbales, su precisión al crear discordia en circunloquios políticos o macro económicos, o su pericia y

curiosa forma de negociar, los que me impidan cambiar mi decisión.

—Si soy admirable y mis aptitudes excepcionales, quizá sí se deba replantear su decisión, sea cuál sea. En dos meses me licenciaré en económicas, con la mejor nota de mi promoción. Una fiesta no es razón para tomar una decisión trascendental que afecte a mi futuro más inmediato.

—A su futuro, señor Carter. Cercano y lejano.

—¿Qué quiere decir?

—Puede ir despidiéndose de su licenciatura, señor Carter.

Me da la carta para que la lea.

—No puede echarme...

—Sí puedo. Diría más. Es mi deber.

—Su deber es asegurar que todos los que acceden a esta universidad salgan siendo los mejores del estado.

—Mi deber es asegurar que personajes como usted no manchen la reputación de mi universidad. Es la tercera vez, en este año, que se encuentra en mi despacho por organizar timbas clandestinas en el interior del recinto universitario.

—Yo no he organizado timbas.

—Quizás esta noche pasada, no. Pero estaba sobreaviso, señor Carter. Su expediente académico es intachable, pero su actitud, falta de compromiso y...

—¿Falta de compromiso?!

—Su falta de respeto hacia las normas de esta universidad le han traído hasta aquí, señor Carter. No consentiré que nadie subestime sus obligaciones, por muy beneficioso que sea para nosotros. ¿Sabe cuánto tiempo llevo escuchando rumores sobre partidas ilegales perpetuadas por usted, entre estos muros?

—¿Cree que soy el único que infringe las normas?

—No me subestime a mí también, señor Carter. Tengo la facultad de decidir qué hacer con usted. Le aconsejo que, al salir por esa puerta, lo haga de manera honorable. No hay vuelta atrás. A las pruebas me remito — Desparrama sobre la mesa mis listas—. ¿Esto es suyo? —pregunta mientras hojea mi libreta negra.

—Ya sabe que sí.

—¿A cuántos has engañado?

—Yo no he engañado a nadie. Yo juego al póker. No tengo la culpa de que esos sean unos ineptos por enfrentarse a mí y creer que me ganarán. Además, no puede expulsarme por unos nombres y unos números.

—He hablado con algunos alumnos.

—Querrá decir que los ha coaccionado...

—¿Me está acusando de algo, señor Carter?

—No se me ocurriría...

—En tal caso, continuemos. Según algunos de los alumnos, usted organiza partidas e, incluso, incita a jugar. Mi pregunta, señor Carter, sigue siendo la misma, ¿a cuántos de esta lista ha engañado para usted quedarse con su dinero?

—Ya le he dicho que yo no los he engañado. Ellos deciden jugar y arriesgar. Yo solo aprovecho sus debilidades y les hago creer que son buenos. El resto viene rodado. Yo soy ganador. Ellos, no. Lo creen, pero no lo son. Esa es la diferencia. Yo no les engaño. Son ellos los que se engañan a sí mismos, al creer que son mejores que yo y que pueden ganarme.

—Ya veo... —murmura—. Se lo diré de otra manera...

—Estoy deseando saber qué se le ocurre...

—Ha venido a mi despacho, Katrina Volyniak. Dice que usted la llevó a su cuarto, engañada.

—¡Será zorra!

—¡Contrólese, Señor Carter, no le consiento esa clase de vocabulario en mi despacho!

Mi silencio esconde insultos humillantes. El suyo desdén.

—A su favor, le diré que no la he creído. Estaba ebria y se contradecía. El alumno, Mark Spencer, ha dicho que es muy imaginativa y que, cuando se excede, cómo lo diría...

—¿Se vuelve muy puta?

—Preferiría decir que la confunde el libertinaje.

—Llámelo cómo quiera.

—No tomaré en cuenta el suceso de la chica, pero sí le pido que se replantee una pregunta muy simple.

—Si me echa, a la mierda sus preguntas.

—Tanto Mark como Katrina, al igual que los alumnos con los que hablado, han coincidido en algo. Todos han utilizado la palabra engaño para definirlo, ¿por qué cree que es así?

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

—Me importa una mierda. Yo no he engañado a nadie.

—Está bien. No insistiré. Pero le aconsejo que madure y que se replantee su futuro. Intuyo que desconoce la honradez.

—Y usted qué sabrá...

—Cierto. No sé mucho sobre usted, pero me alegro de haber descubierto su verdadero rostro.

—Si ya ha terminado...

Me levanto de la silla dispuesto a largarme, cuanto antes.

—Enseguida podrá irse, señor Carter —impone, y vuelvo a la silla—. Le comunico que, en una semana, me verá obligado a comunicarle a sus padres su expulsión definitiva.

—No es necesario que se tome tantas molestias.

—No es molestia. Le estoy invitando a marcharse de esta universidad, por voluntad propia, pero si no acepta, me verá obligado a seguir el protocolo de actuación.

—Ya...

Me restriego la cara, incrédulo y lleno de rabia.

—Como sabrá, esta inapelable decisión contrae la negación al derecho de presentarse a los finales y, en consecuencia, su ausencia en la ceremonia de fin de carrera.

—No puede expulsarme...

—Mi decisión es irrevocable.

—¿Y qué dice el consejo?

—El Consejo no cuestiona mis decisiones, y menos si son por el bien de Stanford.

—Por el bien de Stanford...

—Usted no merece el honor de perternecer a...

—¿Sabe lo que le digo?...

Golpeando la silla lo hago callar. Me levanto y me acerco a él, amenazante. Entonces, frente a su debilucho cuerpo ingrato, siento al odio y me corroeo. No obstante, se esfuma, y la burla me domina al ver la foto del portarretratos que hay junto a la carta. Sabía que la había visto antes...

—¿Es su esposa? —pregunto suspicaz.

—No le incumbe.

—¿Es o no es su mujer?

—Sí, lo es. Y repito, no le incumbe —insiste y vuelca el portarretratos.

—No, no me incumbe. En eso le doy la razón, pero la vida es un pañuelo, ¿no cree?

—Lo que yo crea no importa. No sé qué pretende, pero no entraré en su juego, señor Carter.

—Jamás jugaría con usted a nada. Sin embargo, su mujer sí que lo haría conmigo y no al póker, precisamente.

—¿Qué está diciendo?

—Esta noche he tenido la oportunidad de conocerla en una mansión de la 82, ¿la conoce?, no es muy llamativa, pero los asiduos son..., ya sabe, jugadores como yo.

—Ya puede marcharse, señor Carter. Su tiempo en Stanford ha concluido —dice nervioso—. La semana que viene se hará efectiva su expulsión y...

—Por lo visto, a su esposa le van más los juegos de barra. No sé si me entiende.

—¡No consentiré su falta de respeto, Carter!

—Con consentir unos cuernos bien puestos le es suficiente.

—¡Fuera de mi despacho!

—En cuanto revoque mi expulsión, me iré encantado.

—¡Está loco! ¡Jamás revocaré su expulsión!

—Debería considerar los chismorreos o humillaciones hacia su persona si, por algún casual, llega a saberse la aficción de su querida esposa a...

¡Pum!... Sus puños contra la mesa.

—Salga de mi despacho, inmediatamente, si no quiere que lo saque a patadas de mi universidad.

Sorprendiéndome, la puerta de su despacho se abre y en el umbral hay dos guardas de seguridad que me esperan.

—¡A la mierda su universidad! ¡A la mierda usted!

De la mano le quito mi carta de expulsión, deslizo el brazo por su mesa y tiro al suelo todo lo que hay sobre ella. Estoy furioso. A continuación, desafiante me acerco a él y le digo que es un necio y que su mujer es muy puta o muy libertina, según prefiera. Él se mantiene firme, pero tiembla de miedo. Está aterrado. Entretanto, le susurro que volverá a verme, que terminaré la carrera en Stanford y que, algún día, seré un gran jugador, pese a quien pese, para mi orgullo y satisfacción.

Ante su pavor, me dirijo hacia la puerta con los brazos en alto y le hago un corte mangas según lo mando a tomar por el culo, y los guardas me siguen hasta la salida.

—Que pase un buen día, señor Carter —dice sarcástico uno de ellos, al que conozco muy bien.

—Me debes 300, Ricky. Vendré a buscarlos.

Al girarme veo, en el rostro de Ricky, el odio que me tiene mientras soporta la murga de su compañero. Ya tienes el lío, Ricky... Y por gracioso...

Hoy serán dos los expulsados.

Las diez de la mañana y el campus ya está a rebosar.

—¿Taylor?...

—Ahora, no, Roy.

—¿Adónde vas?

—A darle una paliza a Mark Spencer.

En el aparcamiento, muy cerca de donde siempre deja su deportivo, mi amigo Roy y yo lo esperamos.

—¿Expulsado?!

—Sí, Roy. Así de simple.

—Pero ¿y la graduación?, ¿y tu discurso final?, ¿y tu futuro en la empresa de mi padre?, ¿nuestro futuro?... Nueva York, Taylor, Nueva York. Tú, yo y los miles que íbamos a ganar...

—¿Crees que no lo sé?!

—Claro, Taylor. Lo siento.

Él lo siente. Yo también lo siento. Pero sentirlo de verdad lo sentirán mis padres cuando se enteren. Todo el dinero que han invertido en mí para que yo les defraude, de esta manera. Mis hermanos son virtuosos, o lo serán, mientras tanto, yo solo soy el reflejo de los pecados del hombre. Así es la vida, Taylor. Lo tuyo es el juego, el dinero, lo real y tangible. No la eternidad.

—¿Qué harás, a partir de ahora? —sorpende Roy.

—De momento, deshacerme de esto —Saco el móvil y, sin encenderlo, le quito la tarjeta y la quemo—. Si lo quieres es tuyo. Yo me compraré uno nuevo.

Al dárselo, Roy lo tira a la basura. Mientras insiste en qué es lo que haré y adónde iré, sin que yo responda, vemos llegar a Mark, a tres de sus colegas y también a la ucraniana, que va cogida del brazo de Mark.

—Será mejor que no te metas.

Aparto a Roy, pero, al instante, se sitúa a mi lado.

—No voy a pegarme —dice dando dos pasos hacia atrás.

—Por estar aquí puedes meterte en un lío.

—Tranquilo. Solo me quedo por si tengo que separarte.

Al mirarlo, encoje los hombros y alza la barbilla señalando hacia mi objetivo.

—Hazlo, Roy, pero cuando le haya reventado la nariz.

Me giro imprevisible y... ¡Pum!... Mi gancho de izquierda sobre la nariz de Mark y se pone a sangrar, a borbotones.

—¡Será cabrón!

—Ven aquí, nenaza...

Lo agarro de la camisa y tiro de él para llevarlo hacia los árboles mientras Roy frena a los otros.

—¡Suéltalo, imbécil! —grita la ucraniana.

—¡Tranquila, solo le destrozaré la cara! ¡El resto seguirá igual de flácido que ahora!

Estrujo sus testículos, y él grita, pero, en ese momento, sus tres colegas me agarran de los brazos y me separan de él.

—¿Qué mierda haces?! —gritan al yo escapar de ellos.

Voy a por Mark. Le doy un puñetazo en el estómago, y él se cae y se retuerce de dolor. Una patada en las costillas y otra en sus huevos, y a mí me agarran, otra vez.

—¡Dejadlo! —grita Roy—. ¡Soltadlo, joder!

—Dejadlo —balbucea Mark levantándose—. Lo esperaba, Taylor, y me has defraudado. Pegas como una nena —Escupe y se limpia la sangre—. ¿Todavía por aquí, Carter? —inquieta, y yo me como su puño—. Bye bye, nenaza... Por fin, ya estás por detrás de mí.

—¿Eso te gustaría?, ¿qué te diera por el culo?

—Lo que me va a gustar es dar tu discurso de fin de carrera y tener la mejor nota de mi promoción. Te crees muy listo por haber terminado la carrera un año antes de lo habitual, pero ¿sabes una cosa?, por fin estás en donde debes. Por detrás de mí. Como debería haber sido desde el primer día en el que entraste por esa puerta. La misma que, antes de tiempo, te verá salir. Te recuerdo, jugador de tres al cuarto, que yo seré, en dos meses, lo que tú nunca serás. Entonces, cuando te des cuenta de que eres nadie, no habrán cartas o juegos que te salven.

—¡Soltadme de una puta vez!

Estiro de mis brazos y me acerco a él.

—¿Qué me vas hacer, Carter?

—Déjalo, Taylor —interviene Roy impidiendo que avance hacia Mark—. No vale la pena.

—¡Eso, Taylor! —exclama la rubia—. ¡Lárgate!

—Márchate antes de que te echen a patadas. —dice Mark, con dos guardas

de seguridad a su lado, mientras alrededor de mí hay un gran círculo que me convierte en el epicentro de su mundo y su objetivo a batir.

Cosido a balazos que imagino, sin más que marcharme, subo a mi coche decidido a no parar de conducir hasta...

—¿Taylor?! —grita Roy—. ¡Taylor, espera!

Ignorándolo, acelero y acelero hasta la salida.

—¡Taylor, ¿adónde vas!?

Callado y furioso, acelero más y más. No sé adónde voy, pero me largo de aquí.

San Diego, California

—Erik.

—¿Taylor?... ¿eres tú?

—Sí, Erik, soy Taylor.

—Me sorprende tu llamada, ¿cómo...

—Erik, escúchame. Ha ocurrido algo.

—¿Qué quieres decir con algo?... disculpe, caballero, pero si me tapa la visión no podré continuar con mi dibujo.

—¿Te pilló en mal momento?

—No, no. Solo le decía a un turista que se apartara.

—¿Dónde estás? —pregunto intrigado.

—En el Prado, ¿y tú?, ¿desde dónde me llamas?, no tengo grabado este número.

—Y no hace falta que lo grabes. El teléfono no es mío. Se lo he tomado prestado a una amiga.

—¿Qué ha pasado con el tuyo?

—Lo he perdido.

—Ya. Bueno, cuando te compres uno me...

—Erik, escúchame. Llevo cinco días fuera de Stanford y...

—¿Cómo que...

—Ahora no tengo tiempo para explicaciones.

—Pero..., ¿Qué ha pasado?, ¿estás bien?...

—Sí. Estoy mejor que nunca.

—No entiendo...

—Me han expulsado, Erik.

—¿Qué?

—Puedes gritarme, echarme la murga o decirme lo inepto que soy, pero eso no cambiará el hecho de que estoy fuera y de que se me niega la posibilidad de licenciarme.

—No pueden hacer eso.

—Pues lo han hecho, y necesito tu ayuda.

—Necesitas mi ayuda...

—Sí, Erik, tu ayuda, ¿me vas a echar una mano o no?

—¿Y qué ha pasado para que, a punto de finalizar la carrera y un año antes de lo previsto, la universidad haya tomado una decisión tan drástica y perjudicial para ti y para tu futuro?, ¿qué has hecho, Taylor?

—Ha sido un cúmulo de cosas que...

—Sigues jugando, ¿verdad?

—Nunca lo he dejado, Erik, ya lo sabes.

—Pero ¿en qué estás pensando, Taylor? —gruñe en voz baja—. ¿Tienes idea de cuánto les cuesta a nuestros padres nuestra educación?... —inquieta furioso aunque no alce la voz mientras yo escucho cómo lo mandan callar—. Lo siento, lo siento... —susurra—. Taylor, has tirado tu carrera y tu vida a la basura.

—Te he llamado para que te comportes como un hermano, no como si fueras papá.

—Y hablando de papá, ¿ya se lo has dicho?

—Esa es la ayuda que necesito.

—Claro, no podría ser de otra manera...

—Erik, dentro de dos días el rector llamará a los papás para decirles que me han expulsado, y, por mucho que ellos quieran, no podrán contactar conmigo. Ahí es en donde entras tú.

—¿Acaso quieres que mienta por ti?

—No, exactamente, pero...

—Yo no miento jamás, Taylor, lo sabes. No me pidas que lo haga para

salvarte el pellejo, después de haberte tirado tú solito al precipicio.

—Solo te pido que tranquilices a mamá y que le digas que lo solucionaré.

—¿Y cómo piensas arreglarlo?

—Aún no lo sé, pero te aseguro que lo solucionaré.

—Siempre igual, Taylor. Siempre metido en líos...

—Esto ha sido una encerrona. Han venido a por mí.

—Ya..., han ido a por ti...

—Sí, Erik, como lo oyes, pero si no me crees...

—No importa si te creo o no. Estás fuera de Stanford, eso es lo que importa. Que ya no serás...

—Gracias, Erik. Tengo que colgar, mi amiga me espera.

—Taylor...

Lo ignoro y cuelgo, pero, tras un corto silencio, recibo una llamada suya. Ignorándolo, de nuevo, apago el móvil de la tía que está en mi cama durmiendo.

Llevo en San Diego seis días y cinco noches, en un hotel de lujo, gracias al póker. Estoy en racha. Mejor dicho, tal y como yo lo veo, estoy demostrándome a mí mismo que soy bueno, que soy un gran jugador y que puedo ser mejor y ganar mucho más dinero. De hecho, he perdido la cuenta de llevo ganado hasta el momento.

No obstante, es mucho más de lo que imaginé que ganaría en solo unos días.

La noche, el juego y las mujeres, sin contar con las fiestas a las que acudo, tras ganar las partidas, están haciendo que tenga, si cabe, mucha más confianza en mí mismo. Es más, rebose de felicidad y de entusiasmo. Me siento invencible y un gran rival a batir. Y no tengo remordimientos por estar en San Diego y no en Stanford. Y aunque temo por el qué dirá mi familia, me deshago de mi mala conciencia, en cuanto pongo un pie en el casino.

Desde que llegué no he sentido la necesidad de plantearme la posibilidad de regresar a la universidad porque, por fin, estoy haciendo lo que verdaderamente deseo, sin embargo, no puedo negar la realidad e ignorar que, en algún momento, mi familia sabrá qué sucede conmigo, por tanto, y como buen hermano, confío en Erik y en la excusa que le dará a nuestros padres

para, así, yo seguir haciendo lo que deseo, sin que nadie se interponga en mi camino. Ni siquiera ellos. Pero de la misma manera que deseo cumplir con mi verdadero ser no puedo obviar lo evidente. Soy un estudiante ejemplar. Lo he sido hasta que el niñato de Mark se valió de mi mayor debilidad para entregarme al rector y, así, lograr lo que siempre ha deseado. Estar por encima de mí. Pero por mucho que crea estarlo o por muy lejos que yo esté de Stanford, Mark Johann nunca estará por encima de mí. Eso, por mucho que le joda, siempre será así. Incluso aquí, en San Diego, a cientos de millas de él, Mark sabe que yo le supero en todo aunque él alardee de discurso y de honores.

Y la guarra de la ucraniana..., me tomó el pelo. Será zorra...

Cabreado, pero con decenas de billetes verdes sobre la mesa de la suite, paso de Stanford. Lo que me recuerda...

Al darme la vuelta, observo a la tía que me tiré, anoche. No recuerdo su nombre, pero está buena. Asoman sus piernas por debajo de la sábana aunque el culo lo tenga tapado.

Sus brazos son muy blancos y algo pecosos, y sus manos, de dedos finos y huesudos y con las uñas negras y sin anillos, menos mal porque antes de ayer me tiré a una mujer casada, en cierta manera, me tranquilizan, pero me ponen nervioso. No recuerdo que llevara las uñas pintadas de negro. Creí que eran rojas. Pero no solo eso. Al ver que tiene el pelo corto y de un rubio casi blanco, me acerco despacio para mirarla a la cara.

Anoche, subí a mi habitación acompañado por un tía de pelo largo y pelirrojo, con las uñas pintadas de rojo, y esta tía es rubia, con el pelo corto, y con las uñas negras.

—¿Oye?... —susurro cercano a su rostro, en un intento por despertarla—. Perdona... —La zarandeo despacio—. ¿Guapa, te acuerdas de mí?, porque yo de ti no.

Toc, toc, toc...

—¡Servicio de habitaciones!

—¿Has pedido el desayuno? —expreso aturdido, y la tía mueve la cabeza, pero sin despertarse.

Tranquilo porque parecía una muerta, me levanto y veo en el suelo una peluca pelirroja.

Toc, toc, toc...

Confuso camino hacia la puerta.

—Creo que no hemos pedido... —digo al abrir, delante de un tío bajito que lleva puesta una chaqueta de piel hasta las rodillas y unas gafas de sol de cristal de espejo en el que me veo reflejado.

—Te presento a Glock, mi nueve milímetros —Me enseña su pistola y la zarandea alrededor de mí—. ¿Puedo pasar?

Se acerca, y yo doy dos pasos atrás. A continuación, el tío entra en la suite y la observa, detenidamente.

—Mire, no sé quién es y no quiero saberlo, pero creo que se equivoca.

—Está aquí... —musita señalando con la Glock hacia el interior.

—No sé lo que busca, pero le aseguro que...

—¡No me vengas con gilipollices! —grita viniendo hacia mí—. Sé que ella está aquí y que tú te la has follado, así que, o me das la pasta y me pagas por los servicios prestados, o te meto en lío de cojones. Tú elijes.

—¿Servicios prestados?

—Por lo que veo eres tonto —Me apunta, y yo levanto las manos—. A las putas se las paga. Y esta no es barata, y menos para ti, pardillo —Observa la suite, con desdén—. Para ti será un poco más caro de lo habitual.

—¿Una puta?..., ¿cómo que una puta?..., ¡yo no sabía que era puta!

—¡¿Qué no lo sabías?!... —grita nervioso—. ¡¿Qué no lo sabías?!..., —Zarandea la pistola, desvariado—. ¡Kim, sé que estás aquí, sal ahora mismo!

La chica aparece y se queda plantada, en medio de los dos.

—Lo siento, Taylor. Olvidé decirte cuánto cobraba —dice la muy zorra mientras camina hacia nosotros—. Pensaba hacerlo al despertar y esas cosas, ya sabes, después de chupártela para que no te enfadaras. —Me acaricia el pecho según da vueltas a mi alrededor.

—¿No le dijiste al pardillo que eras una puta? —pregunta su chulo, aturdido.

—No. Iba hacerlo, te juro que sí, pero estaba tan salido que no me dió tiempo.

—Serás zorra... —expreso, con desidia, y su chulo acerca la pistola a mi

pecho.

—Chss..., calla, pardillo. Y dime, ¿dónde tienes la pasta?

—Está en la mesa de su habitación, cariñín —revela la mal nacida.

—Muy bien, nena... —musita el chulo abofeteando el culo de la tía—. Vé y traémelo.

Al besarla, su chulo descuida su atención en mí, entonces, ver que baja la mano con la que sostiene la pistola, aprovecho su distracción para agarrar su antebrazo y doblárselo hasta pegarlo a su espalda. Sin pensar, le doy un puñetazo en el estómago y lo obligo a que suelte el arma. Al instante, cae al suelo. Tras recogerla, le doy al tío una patada en los huevos que lo derrumba, entonces, mientras él permanece encogido, con las manos en los testículos, yo apunto hacia su pecho.

—Fuera —impongo, aterrizándolo—. Fuera de aquí.

—Tranquilo, ¿de acuerdo?, ya nos vamos, ¡Kim, ven aquí!

—¿Qué pasa? —pregunta la puta rebotando de mis billetes.

Al vernos, espantada los tira al suelo y se acerca a nosotros.

—Nos vamos, nena —dice el chulo levantándose.

—¡Fuera! —grito colérico, y ellos echan a correr.

En la puerta, esperando al ascensor, mientras yo les apunto se oye el timbre del ascensor contiguo. Enseguida, se abre. Tras ocultar la pistola en mi espalda, la puta y su chulo se van. Del otro ascensor sale un camarero del hotel y se dirige hacia mí.

—Buenos días, señor Carter. Le traigo el desayuno. El hotel tiene el placer de invitarlo, durante el día de hoy, a disfrutar de todos sus servicios, completamente gratis.

Perplejo, lo dejo entrar.

—¿Y a qué se debe esta invitación?

—Los clientes como usted tienen ciertos privilegios.

—Los clientes como yo...

Sonríó con astucia, y él lo hace abiertamente.

—Jugadores, ya sabe —dice entusiasmado, supongo que por la propina que cree que le daré—. Sobre la mesa de la entrada he dejado un par de entradas

al evento que se celebrará esta noche y en el que se espera su asistencia.

Nuevamente asombrado, le acompaño hasta la puerta, le doy cinco dólares, él me mira con desidia, y yo cierro de portazo.

—¡Disfrute del desayuno! —grita, desde el pasillo.

Con la espalda pegada a la puerta de la suite, la pistola sigue en mi mano y yo solo hago que mirarla. En cinco días he aprendido muchas cosas. La última, que he de tener más cuidado con las tías que me follo y que he de ser mucho más cuidadoso de en dónde dejo mi dinero.

¿Y ahora qué hago con esto?..., no me gustan las armas.

Observando la Glock, lo único que se me ocurre es quitarle el cargador y dejarla sobre la mesa, junto a mis billetes. Tras cerrar con llave y aislar la suite, me doy una ducha. Después cuento el dinero que llevo ganado y, a continuación, lo divido en montones de diez mil.

—Esto es la leche...

Hablando solo, me balanceo en la silla y observo el pasiaje surfero de la costa californiana mientras mis manos acarician el papel más cautivador y poderoso del mundo.

—Y pensar que he estado a punto de quedarme sin él...

Al recordar a la puta y a su chulo, lo primero que me viene a la cabeza es lo inútiles que son. Sin embargo, también pienso que más necio he sido yo, al caer en manos de unos imbéciles.

Decidido a cubrir mi espalda guardo los montones dentro de la caja fuerte que hay detrás de la madera interior que recubre el vestidor. Ya hacen siete con estos, y todos permanecerán ahí hasta que sepa de qué va esto de la invitación. Será entonces, cuando decida si quedarme o marcharme.

Respecto a la Glock..., con ella bajo al Hall.

—Buenos días —saludo a la recepcionista—. ¿Podría llamar al director del hotel?, tengo una queja —Al dejar la pistola y el cargador sobre la recepción, la chica se espanta y se levanta de la silla mientras se tapa la boca con las manos—. Tranquila, no es mía. La víctima he sido yo, en mi propia suite. La seguridad de este hotel deja mucho que desear.

Aparentando estar más tranquila, la chica agarra el teléfono y habla en voz baja.

—Enseguida baja —dice temblando.

—Muchas gracias —expreso sonriente mientras ella se aleja y cuchichea con sus tres compañeros.

Sin evitar que los turistas recién llegados no vean la Glock, mientras espero examino un cartel de la entrada que anuncia el evento al que estoy invitado y en el que se espera mi presencia, resultando ser demasiado atractivo.

“Primer torneo de póker amateur”

Interesante...

—Señor Carter... —sorprende un hombre.

—Buenos días —saludo observando la placa que lleva en la solapa—. Señor Hackman, he sufrido un intento de robo.

Le enseñó la pistola, y él me la quita. La esconde debajo de su americana.

—Señor Carter, si hace el favor de acompañarme...

—Por supuesto.

Vamos a su despacho.

—No sabe cuánto lo siento —dice señalando un butacón en donde me pide que me siente—. Le pido disculpas, no entiendo cómo ha podido suceder.

—Me estaban vigilando. Su seguridad está falta de medios, señor Hackman. Quizá debería denunciar los hechos.

—Le agradezco que haya acudido a mí, en primer lugar, señor Carter. Quizá podamos solucionar este incidente de una manera mucho más beneficiosa para ambos.

—No lo he hecho para recibir privilegios por mi silencio, señor Hackman, sino para recordarle que su obligación es la de proteger a sus clientes. Los que han intentado atracarme eran unos aficionados, y yo no soy entendido en delictos, pero si en lugar de robarme a mí lo hacen a una pareja de ancianos, le aseguro que hoy tendría a todo el cuerpo de policía rodeando su complejo.

—El hotel le está muy agradecido, señor Carter.

—Debería instalar detectores en todas las entradas y salidas, señor Hackman. Y más cámaras en los pasillos. Anoche me engañaron delante de las

narices de su personal. Y no solo eso. He creído que acabarían conmigo.

—No tengo palabras para expresar mi consternación, señor Carter, le aseguro que hay dedicados más de cien mujeres y hombres a la seguridad del complejo. Sabemos todo lo que ocurre en las mesas de juego, a tiempo real. Pero he de confesar que no tengo explicación para lo sucedido.

—Eso significa que esos hombres y mujeres no son tan buenos como usted cree, señor Hackman. En mi opinión, lo que necesita es un buen equipo que sepa leer los rostros de sus clientes, no las timbas que organiza para llamar la atención de jugadores como yo para aumentar la reputación de un casino, falto de la seguridad que requiere.

Dejo las dos entradas para el evento de esta noche sobre la mesa.

—Tiene razón, señor Carter y, si me permite, le diré que me sorprende su perspicacia, dada su juventud.

—Nací en Las Vegas, señor Hackman, nací para el juego. Sé más de lo que imagina.

—En ese caso, ¿acudirá al torneo de esta noche?, le aseguro que no tiene desperdicio.

—Tras lo sucedido...

Disimulo mi interés.

—Es la primera vez que se organiza un evento de estas características en la ciudad de San Diego —continúa al verme interesado—. Y dada la buena racha que lleva acumulada, quizás esta sea una buena oportunidad para llevarse un buen pellizco, señor Carter —Me mira fijamente, y yo alzo la cabeza orgulloso—. Todos los participantes son menores de veinticinco años. El coste de la inscripción es de cinco mil y el primer premio es de trescientos mil dólares.

—Trescientos mil...

Me acaricio la barbilla tentado a jugar.

—Sí, señor Carter. Trescientos mil dólares, en efectivo, ¿le interesa?

No. Eso debería decir. El problema es que no sé negarme porque mi respuesta para el juego siempre es un sí.

—Si el riesgo es sufrir otro intento de robo...

—Le aseguro que haré todo cuanto esté en mi mano para que la policía detenga a esos ladrones —impone furioso—. Y en cuanto a usted, para mí será un placer invitarlo a permanecer en el hotel durante dos semanas más, con todos los gastos pagados.

Aparentando que dudo, lo que hago es reirme por dentro.

—Se lo agradezco, señor Hackman. Es muy generoso por su parte —Me levanto, con arrogancia y firmeza.

—No tiene que agradecermelo. El privilegio es nuestro, por tenerlo entre nosotros, señor Carter. Espero que su decisión sea la de permanecer en nuestro complejo disfrutando de todo lo que les ofrecemos a los clientes y a los jugadores como usted.

Hackman me acompaña hasta la puerta y estrecha mi mano, con firmeza y entusiasmo, a pesar del sudor de su frente y del desconcierto que yo creo que en él.

—Gracias, señor Hackman.

—A usted, señor Carter.

Al salir, sintiéndome poderoso, regreso a la suite y guardo todo mi dinero en una bolsa de deporte, excepto cinco mil, lo necesario para el torneo. A continuación, me marcho al banco más cercano para ingresar todo lo demás. Entretanto, pienso en esas dos semanas de lujo y me siento por encima del resto. El torneo puede ser mi mayor reto. Mi obsesión por demostrar que estoy hecho para el juego podría materializarse, esta noche.

Sin dudar, participaré. Será el primer torneo amateur del que saldré vencedor y más, en California. Ya me conocen en tres de los mejores casinos de San Diego y en alguna universidad, por tanto, invitarme a este evento no será más que la prueba fehaciente de que soy bueno. Muy bueno. El trato que recibo aquí es contrario al de Stanford y, si aquí me elogian, ¿para qué voy a volver al lugar del que me han echado?

Actitud Taylor, todo es cuestión de actitud. Y de paseo por la playa, mi actitud es altiva y presuntuosa, pero reconcomida por mi familia. No tengo idea de cómo solucionar mi pequeño problema con el rector. No hay más que aceptar que jamás estaré en Nueva York ganando miles y miles de dólares. Y aunque sé que moviendo el dinero de ricos inversores podría hacerme rico..., Roy. Quizá deba llamarlo.

De vuelta al hotel para comer, obvio a Roy, a mi familia y a mi problemilla. Necesito emplear toda mi capacidad de juicio, de observación y acción, en una cosa. En el torneo de hoy.

En la suite, a solas, con tres barajas sobre la mesa y mi total concentración en los tacos, barajo las cartas, las mezclo, las cuento, practico jugadas, una y otra vez, sin descanso, hasta la hora del evento.

Toc, toc, toc...

—¿Quién es?

—Señor Carter, traigo su esmoquin —dice una mujer.

—¿Mi esmoquin?

Al abrir, aturdido observo a la mujer que tengo delante, y ella, sonriente, entra en mi habitación, deja el esmoquin sobre el respaldo del sofá y comienza a desnudarse.

—¿Cómo prefiere el masaje, señor Carter?

—¿Me vas a hacer un masaje? —pregunto sorprendido y me acerco a ella.

—Tailandés, chino, hindú, japonés...

—¿Cuál me recomiendas?

Con su rostro enfrente del mío, me deshago del cinturón, lo doblo por la mitad y lo agarro con fuerza.

—Dependerá de sus gustos, señor Carter —jadea al sentir que mis labios rozan los suyos.

—Mis gustos son..., ¿cómo lo diría?... —Agarro su cuello y la arrimo a mí—. Lujuriosos... —Muerdo su labio—. Ven aquí...

La llevo hasta la cama y la dejo a los pies.

—¿Empezamos por delante? —Me tumbo—. Esta no sabe esperar.

Al tocármela, mientras ella observa cómo lo hago desliza los dedos por su cuerpo, lentamente. Al alcanzar su entrepierna, se masturba. Quiero tirármela, ya. Necesito descargar y deshacerme de mi nerviosismo. Pero ella se entretiene con sus propios dedos teniéndome aquí.

—Ya está bien de tonterías.

Al levantarme, la agarro de la cintura y le digo que se ponga a cuatro patas.

Me da igual si prefiere por delante o por detrás, y menos cuál de las dos formas le gustará más. A mí lo que me importa es que mi inquietud disminuya para que se transforme en ambición desmedida.

—Elijo por detrás... —jadea poniendo su culo en pompa.

Y a mí por detrás me gusta más. Puedo azotarle el culo y deshagorame, mientras tanto. Y no solo yo me quedo a gusto.

—Gracias, guapa —La beso a punto de echarla—. Ha sido un placer disfrutar de tus manos, pero más de tus nalgas.

Le doy un cachete, y ella da un brinco.

—Me gustas, Carter, quizá regrese para darte alguno de mis masajes más especiales.

—Cuándo quieras, guapa.

Sin que se dé por aludida aunque yo empuje la puerta para que se vaya, cuanto antes, hasta que saco la mano y la empujo, la tía parece no enterarse.

—Exagerada... —murmuro tras perderla de vista debido a sus gritos y aspavientos descontrolados mientras me la tiraba y a mí me gustaba, pero muy poco o casi nada.

Esta es una mandada para tener contentos a clientes. Una más de tantas que rondan por el casino, usada y desgastada.

Una ducha me despeja y me centra. Esta noche es crucial. El esmoquin aumenta mi fe en mí. Demostraré que soy un jugador inquebrantable. Siento que lo soy. Y trescientos mil hacen de mi avaricia una virtud. Saber que hasta hora la suerte ha estado de mi lado y que lo aprendido con mi padre ha valido para ser ganador, en mí despierta la atractiva sensación de que puedo convertirme en el triunfador del torneo. Y mi baraja más nueva, entre las manos, me tranquiliza y me lleva a la victoria mental y hacia el triunfo más público y notorio.

En la entrada del gran salón, los periodistas me inquietan.

—Buenas noches, señor Carter —saluda el director—. Ya puede hacer efectiva su participación, en la mesa de cambio.

Señala hacia la zona más concurrida.

—Parece que será un éxito, señor Hackman —comento, sin perder de vista a los medios—. Me sorprende la cantidad de periodistas que se harán eco de este evento.

—Este tipo de torneos suelen captar la atención del gran público, señor Carter. Son la primera puerta hacia el paraíso de los grandes jugadores. El mundial de póker.

—No me interesa el mundial, pero sí demostrar que sería el único ganador —opino altivo.

—¡Señor Hackman! —grita una mujer que, micrófono en mano viene hacia nosotros seguida de un tío que corre detrás ella, con su cámara sobre el hombro—. Señor Hackman, un par de preguntas...

—Por supuesto, señorita Clarisse.

Mientras el director atiende a la periodista yo me escabullo.

No me gustan las cámaras. No me gusta que me hagan fotos, y menos que me graben. No me gustaba cuando a mi hermana le daba por fotografiarme, sin que yo me enterara, o eso creía ella. Y concentrado en el juego lo que no necesito es una masa de curiosos con cámaras alrededor de la mesa. Odio, de manera incontrolable, a quien intenta enfocarme. Ojala no haya uno de esos, por aquí.

—Disculpe —Alguien toca mi hombro—. ¿Usted participa en el torneo?

Periodista...

—Sí. Y no haré declaraciones.

Lo empujo para alejarlo de mí y continúo caminando por el gran salón, en donde los primeros jugadores ya están ocupando su sitio, en sus respectivas mesas. Entre ellos, yo.

—Buenas noches —saludo a los componentes.

La mesa diecinueve. Esa me ha tocado. Junto a mí están otros cinco jugadores, todos hombres, y el croupier, que, aunque maneje con soltura y rapidez la baraja, no muestra ser extraordinario.

Todavía no he encontrado algún repartidor comparable a mi padre. Me llena de orgullo.

—Señoras y señores, en unos instantes dará comienzo el primer torneo amateur de póker descubierto de la ciudad de San Diego —anuncia Hackman,

desde el centro del salón

Entretanto, según el director se encarga de que los que faltan ocupen sus asientos, mis contrincantes y yo permanecemos en un estado de concentración que nos abstrae del resto.

Me he marcado unas pautas a seguir para saber qué hacer en cada momento. Eso es lo que he venido haciendo durante días y lo único que me ha hecho ganar miles de dólares jugando. Es lo que me ha traído hasta aquí, junto a mi estilo de juego. Y para no perder la costumbre, la primera de mis pautas es la observación previa al reparto. Después, seré meticuloso para distinguir y destacar las reacciones y gestos de mis contrarios, en el momento en el que ellos vean sus cartas. Así sabré cómo se comportan, cuando se llevan una decepción, cuando mienten o cuando llevan algo que vale la pena. Discurrir qué hacer, a consecuencia de la primera pauta a seguir, es el mayor reto. No quiero perder. He de estar seguro de con quién juego y de en qué momento puedo usar mi suspicacia.

Me concentraré en ellos hasta que llegue el mejor momento para sacar mi artillería. Me dejaré ganar hasta entonces.

—¡Señoras y señores, que comience el torneo! —exclama Hackman, entusiasmado.

De entrada, dejando blanco a más de uno, cuando vuelve el turno al jugador de la izquierda del cropuier, dobla la ciega.

Este me traerá problemas...

Con rostro afilado y esquelético, el hombre que hay sentado enfrente de mí mantiene una postura firme y recta, mientras la gorra y las gafas de sol que lleva puestas me impiden adivinar en qué piensa. Las manos las mantiene unidas y sobre la mesa, a poca distancia de él. Y entre que no se mueve y que sonrío astuto, su expectación por saber cómo reaccionamos el resto parece divertirme. De todos los jugadores de mi mesa este es el único rival a mi altura. Arriesgo y veo su apuesta, sin ver mis cartas. Entonces, él inclina la cabeza, satisfecho.

La primera mano se la lleva. Las siguientes hasta diez son las que yo uso para conocer contra quiénes me estoy batiendo, ganadas la mayoría por él. A partir de la doceava, una hora y media después, con la mitad de la pasta comienzo a jugar de verdad y a ganar alguna que otra mano, en las que el esqueleto suicida de las ciegas no va.

—Subo, trescientos.

Llevo una pareja de ases. No demuestro sorpresa. No expreso alguna emoción. Los trescientos del esqueleto acompañan a los míos. El croupier se deshace de una carta. Después, enseña tres. Un cuatro de picas, una jota de diamantes y un rey de corazones. Al ver que tres jugadores se retiran, yo aumento la apuesta. Trescientos más. Me siguen mis dos contrincantes. En ese momento, el croupier muestra un dos de picas, y el cuarto jugador se retira. Entonces, confiando en que la suerte esté de mi lado aumento la apuesta en trescientos más. Como habría de esperar, el esqueleto la ve.

Sí... Conteniendo la emoción, tras ver la última carta, solo nos queda enseñar las nuestras.

—¡Arg!... —gruñe el esqueleto—. Contra *dos balas* poco hace *King Kong*...

Con mi pareja de ases, *dos balas*, y el as de la mesa, mi trío gana al suyo. De reyes, por cierto. Arrastrando el bote hacia mí, el temblor de mi corazón y los impulsos cardíacos que recorren mis venas mi sangre acelera y mi ego engrandece.

Poco a poco, vamos siendo menos. Las siguientes jugadas siempre acaban enfrentándonos al esqueleto y a mí. El resto no se atreve con las ciegas. Y si lo hacen, farolean o se retiran, con las tres primeras descubiertas. Así, durante cuatro horas y media o hasta solo quedamos nosotros dos. El esqueleto y yo.

Casi compartiendo el bote comienza una ronda de manos en las que subimos las puestas de salida, sin remilgos. Los miles de dólares que oscilan de un lado a otro nos mantienen durante dos horas más jugando como lo haríamos en una final. Ninguno es capaz de saber quién ganará. Y la expectación del resto de jugadores, del resto de mesas, es tan silenciosa y efusiva que hasta las cámaras y los periodistas se han hecho eco y ya rodean la mesa según radian y comentan cada mano.

Me ponen nervioso todos estos...

—Mil quinientos.

Los murmullos alrededor de mí, tras la dura apuesta de mi adversario, me ponen más nervioso.

—Los veo.

Tres diamantes..., dame tres diamantes...

Con mi jota y mi siete tendría color. Si no, pocas serán las partidas que me queden. Un dos y una qu de tréboles, y un ocho de corazones. Otros mil quinientos sobre la mesa y la presión sobre mí. Voy. Sale un nueve de diamantes. Después, con todo va el esqueleto. Mientras tanto, a mí se me ponen de corbata.

Otro diamante y se me escapa un suspiro. Al darme cuenta de que he conseguido color, miro a mi rival y le veo entreabrir la boca, decepcionado. Mi color sobre la mesa. Mi espera impacientándome. Sus cartas boca abajo. Su dinero es mío.

Como buen perdedor, o como así entreveo por debajo de su gorra y por detrás de sus gafas de sol, al darle la vuelta a sus cartas las esparce sobre el tapete mostrando su, casi, full.

—¡Enhorabuena! —gritan a mi espalda.

—Con lo obtenido jugará en la siguiente fase, señor Carter. Le doy la enhorabuena —dice el señor Hackman palmeando mi hombro—. Venga conmigo. Hay un descanso de media hora. Nuestro jefe de sala se encargará de sus fichas.

Sorteando a los periodistas llegamos hasta una sala privada en la que permanecen los otros ganadores del resto de mesas hasta hace un total de treinta y seis. En la segunda fase habrán seis mesas compuestas de seis jugadores, cada mesa. Todos nos enfretaremos hasta que seis ganadores que serán participantes de la final. Y para mí, que he visto cómo se vaciaban las mesas, una tras otra, creo que el mejor de todos los que hay alrededor es el esqueleto. Los demás no le llegan a la suela de los zapatos. Y de los míos, menos.

Estaba furioso el esqueleto y creo que consigo mismo. Se ha marchado despreciando a todo aquel que se le acercaba. Y no sé lo que ha podido sentir, pero debe de joder y mucho, eso de perder, cuando todo el mundo te aplaude.

—Ha sido todo un espectáculo verlos jugar... —dice un tío gordo, con el número tres en su etiqueta.

—Ya... —respondo desinteresado—. Si me disculpa...

Estoy muy nervioso. Y cuando estoy nervioso, según Roy, soy muy gilipollas. No hablo, no miro, no respeto y no quiero que nadie esté a mi lado. Un gilipollas ambioso y presumido.

En el baño, refrescándome, intento controlar los latidos de mi corazón. Puedo ser ganador. Llevo días jugando y ganando a destajo. Me veo en el mundial ganando miles de dólares y demostrando lo que siempre he deseado. Que soy el mejor. Sin embargo, no puedo obviar a mis contrincantes. Ellos ansían tener mucha suerte. Yo también. Sé que existe la posibilidad de perder. Y no quiero perder ni pensar en perder.

—La suerte está conmigo... —musito y me planto en el salón dispuesto a ganar.

—Señoras y señores, ocupen sus asientos, por favor.

En la mesa cinco y acompañado por cuatro hombres y una mujer, con solo un par de partidas ya sé de qué pie cojea cada uno. Ellos mantienen la compostura, pero no paran de hablar con los que están alrededor como despistando, sin embargo, a mí no me la clavan. Casi siempre van de farol, por tanto, las ciegas suelen ser todas mías aunque la mujer me siga el juego, de vez en cuando. Es la única a valorar de entre tanto inepto y aficionado, y aunque creí que la segunda ronda sería más lenta y complicada, mi sorpresa es monumental cuando, después de una hora y media, tan solo quedamos tres jugadores. La tía es una de ellas y pasa todo el tiempo con la mano izquierda cultando sus dos cartas mientras la derecha la desliza sobre el tapete, hacia arriba y hacia abajo, velozmente. Lleva puesta una gorra muy parecida a la de mi anterior contrincante. Me impide adivinar su estrategia. Le gustan las ciegas. Eso lo sé. Es muy atrevida y sabe farolear muy bien. De hecho, en más de una ocasión, me ha ganado, llevando de mano una pareja de baja numeración. No obstante, a mí me queda más dinero que a ella, y aunque el otro adversario también suele arriesgar, poco le queda para abandonar la mesa. Es más, con una doble pareja, la tía vuelve a ganar. Adiós al tercero. Ya solo quedamos ella y yo. De nuevo, como si no existiera el resto de mundo, nuestra mesa es rodeada por los vencedores de las otras y por los periodistas de turno. Entretanto, ella sigue con su deslizar de mano, y yo con mi mirada clavada en su boca.

De vez en cuando, creo que es la sutil demostración de que lleva algo, la tía humedece sus labios y muerde el inferior, pero sin que apenas se note. Sin embargo, yo la he visto. Yo sé que es un gesto airoso y el reflejo del poder de sus cartas, por tanto, yo, que me siento ganador y afortunado, aprovecho sus vacíos comedidos y serios si es que, inesperadamente, ralentiza el deslizar de su mano derecha. Poco a poco, en un silencio que desconcierta y aturde, pero

que ayuda a mi concentración, si no es por las cartas, me habría revelado en contra de las cámaras.

Nos enfocan y no dejan de hacerlo. Somos el centro de atención. Y eso de estar bajo tanta presión mediática y pública no va conmigo. A mí me gusta la discreción y el misterio del juego. No ser la comidilla. Pero tengo que soportarlos.

En la siguiente mano, la jugada en la que más confundido me siento porque llevo unas dobles y muy bajas, me lleva a volcar mi estrategia, sobre la suerte. O sale un tres o un cuatro, o la tía se lleva ocho mil pavos. Solo tengo ojos para las manos del croupier. Solo para las cartas que él descubre. Solo ojos para los labios de la tía. Solo para el reverso de las dos cartas que faltan por salir. Y la primera no es de las mías. A ver la segunda...

—Full.

Descubro mi cartas, y la tía, ofendida, lanza las suyas. Su farol, por el que casi me retiro, al final me hace ganador. En la siguientes manos, la desvalijo haciendo que mi orgullo, tras finalizar la partida, no pueda ser mayor. Estoy en la final. No puedo creerlo, pero estoy en la final. Y por estarlo me llevo veinte mil dólares como mínimo. Ni lo cuento. Mis fichas las recojen los empleados. Las contarán ellos. Yo solo quiero salir del foco expectante de los asistentes. Otra vez al baño. Otra vez a refrescarme. Otra vez, no quiero saber nada de nadie. Otra vez, después de un breve descanso, ocupo mi asiento en la única mesa. Frente a mí hay cuatro tíos con gorra y otro como yo con la cara descubierta como lo están las cartas con las que jugamos.

La primera mano, la gana uno de los que llevan gorra. Un chaval que tendrá mi misma edad y que muestra su simpatía como estilo de juego. La segunda, yo. La tercera, la gana otro con gorra y con una barba enredada muy larga. La cuarta, la vuelvo a ganar yo. Así, hasta lograr que tres seamos los que destaquemos sobre los demás. El chaval de la gorra; el de la barba; y yo. La suerte está conmigo. La siento. Pero algo la enturbia. No es como era antes. Percibo que se distancia de mí.

Comenzamos y las ciegas no me benefician. Y no porque no se admitan, sino porque mis contrincantes son pacientes y prefieren esperar hasta ver sus cartas aunque por obligación las vean. Con lo que, por mucho que insista, no suelen salirme bien. Descartada esta opción, su calma me desespera, su fiabilidad en las cartas me sobrepasa y su control sobre ellas espanta a mi

azar. Lo único viable y en lo único en lo que yo confío.

Se ha marchado. El azar no está de mi parte. Más bien, del lado del chaval de la gorra. No sé cómo lo hace, no sé de qué manera, pero nos está ganando al barbas y a mí. Lo hace una y otra vez y, una y otra vez y, una y otra vez, sin piedad.

Con la mitad de mis ganancias entre mis codos, y unos cinco mil en las manos del otro, el chaval ya tiene más de doscientos mil. El resto es nuestro. Y teniendo en cuenta que las apuestas han de superiores según avanzamos, o este y yo ganamos, o estamos fuera.

Un siete y un cinco..., con esto poco puedo hacer...

Sobre la mesa, dos ochos y un cinco. Él sube la apuesta, yo, al tener pareja, la veo. El de la barba también. El croupier descubre una qu. El de la gorra guarda silencio. Nosotros hacemos lo propio. Esperamos la siguiente carta callados como putas. Otro cinco. Mi trío me obliga a ver su apuesta. Dos mil más. El tercer jugador se une al carro. Pero cuando el tío de la gorra va a enseñar su cartas vuelve a subir la apuesta.

Observando su sonrisa picaresca, lo entiendo. Voy a perder.

El otro jugador no va. No le quedan muchas fichas y, en la próxima jugada, se marchará con el rabo entre las piernas.

Prefiere eso, a imitarme. Yo veo las cartas del chaval. Lleva un póker de ochos.

Taylor Carter, no sé si han sido las cámaras, los focos y los murmullos, pero estás a punto de palmarla.

Con mi mierda de trío, cabizbajo y agarrando mi cabeza, me cago en mis muertos porque me jode perder. Me jode mucho.

En la siguiente mano, el de barba abandona la mesa. Tras un par de jugadas en las que la suerte me abandona, yo lo pierdo todo. Si antes era muy gilipollas y había ganado, ahora soy un capullo que rebanaría las cabezas de todos los que me observan mientras me levanto de la silla y estrecho la mano de los dos finalistas. He perdido. Peor aún. He quedado el tercero. Y estoy muy cabreado. No debería, pero es así. Me llevo cien mil en efectivo por ser el tercero, pero me jode haber hecho el ridículo como un aficionado.

Del salón hacia la salida solo miro hacia abajo mientras pienso en cuál fue el momento en el que perdí el control del juego. Pienso en las jugada y en cada

apuesta intentando hallar al culpable de mi fracaso, no solo por no haber ganado, sino por haber salido derrotado, públicamente. He ganado, por mí mismo, en tan solo cinco días, casi la misma cantidad de lo que me he llevado siendo tercero. He sentido que la suerte estaba conmigo el momento en el que los periodistas se metieron por el medio. Así que la culpa la tienen ellos, sus cámaras y la expectación que han creado alrededor. Lo tengo claro. Si he perdido ha sido por su culpa. No por la mía.

¡Pum!... Tras golpear el ascensor, me avergüenzo de haber demostrado, ante decenas de personas que, de vez en cuando, pierdo. Me largo de aquí. En la suite, vacío la caja fuerte. Pero, de repente, me llaman. Hackman quiere verme. Dice que es importante. Pero a mí me da igual.

—¡Señor Carter! —grita al yo salir del hotel—. ¡Señor Carter, espere, por favor!

Echa a correr y me alcanza.

—Sé que puedo quedarme, señor Hackman, pero mi tiempo en su casino se ha agotado.

—Usted decide, señor Carter, pero no lo he llamado por eso.

—¿Ocurre algo?

—Si me acompaña, podrá comprobarlo usted mismo.

—¿Hay algún problema? —pregunto confundido.

—Tiene una llamada de video conferencia.

—¿Para mí?...

Desconcertado, accedo a acompañarlo. En su despacho, con ver quién me llama, mi pequeña burbuja explota.

—Hola, Taylor.

—Papá...

—Les dejaré a solas —dice Hackman según se marcha y cierra tras de sí.

—¿Cómo estás, hijo? —pregunta sonriendo amable mientras yo miro el suelo y me reconcome verlo—. Taylor, yo...

—¿Qué pasa, papá?, ¿no puedo dar un paso en falso sin que tú te enteres?

—Si crees que te he llamado para...

—¿Para qué me has llamado? —replico.

—He visto el torneo.

—¿Ah, sí?... entonces, estarás satisfecho del resultado.

—No. No estoy satisfecho. Esperaba que ganaras —confiesa desconcertándome—. La partida de la mesa cinco ha sido formidable, pero ¿qué ha pasado después, Taylor?, ¿qué ha pasado en la final? —pregunta, creo que interesado, pero yo me resisto a responder—. ¿Un golpe de mala suerte?

—Debí imaginar que lo verías... —murmuro incapaz de mirarlo—. Tantas cámaras...

Cabeceo sintiéndome idiota.

—Taylor, sé cómo te sientes.

—¡No lo sabes! —grito furioso—. ¡Yo también creí que ganaría! ¡Soy mejor que ellos!

—No lo dudo, pero no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata, papá?! ¿De llamarme para decirme que lo sientes y de hacerme sentir culpable por jugar al póker en vez de estar estudiando?!

—Quizá tienes mala conciencia, pero yo no te he llamado para eso.

—Seguro que no... —musito yendo hacia la puerta decidido a marcharme.

—Taylor, escúchame.

—Tengo que irme, papá.

—¿Y adónde irás?

—No lo sé.

—Taylor, escúchame. Después, decide.

A punto de marcharme... Es mi padre.

—Está bien. Pero no te prometo hacer lo que me digas.

—No es necesario.

No sé lo que pasa con los padres, pero se pasan toda la vida soltándonos sermones. De pequeños nos cuentan rollos que dan giros de ciento ochenta grados a una situación para calmarnos, ya sea conflictiva o de confusión, si lloramos. Ellos saben sacar una sonrisa de la nada con simples muecas divertidas o con fantasías que pueden incluso reflejar sucesos comparables a los reales para, así, enseñarnos a enfrentarnos a la vida, según su visión de las

cosas. Después, durante mi adolescencia, a pesar de ser el enemigo, siguen influyendo en nuestros particulares mundos. Más tarde, tras aceptar que crecemos y que no seremos sus pequeños retoños toda la vida, pegados todo el día a ellos, resulta que son o empiezan a ser, sutilmente, de nuestra confianza.

En mi opinión, un fiel reflejo de que, en la distancia, todo se valora mucho más. Pero sea cuál sea la razón, la verdad es que, de una manera u otra, los padres influyen en nosotros y hasta los límites del pensamiento, de la ética y de la paradójica idea de que la ironía es un arma de doble filo.

Sabía para qué me llamaba mi padre. Y no me arrepiento de haberlo escuchado. Pero sé que si no hubiera sido por él, yo no estaría conduciendo hacia Stanford. Eso sí, con ciento sesenta y cinco mil dólares acompañándome. Y él lo sabe.

La suerte es un conjunto de variables que escapan a nuestro control. Podemos controlar nuestras aptitudes, aumentarlas y mejorarlas. Podemos controlar las emociones, el pensamiento y nuestra personalidad. Controlamos qué decimos, qué tocamos o qué miramos. Pero es imposible ser la baza del azar o intentar luchar en contra de los deseos. Mi deseo es el de ganar mucho dinero. Me gusta el dinero, su color, su tacto, su olor y el poder añadido que contrae ser rico, muy rico. Y, por ahí, si mi padre habla conmigo, por ahí hay mucho que decir. Ser jugador de póker a tiempo completo puede llevarme a ganar miles de dólares. Puede llevarme hacia una vida llena de lujo y de vicios. Mmmm..., tentador, sin duda...

Pero, igual que un día repleto mi bañera de billetes verdes y la hago rebosar, al día siguiente, puedo estar en una fuente intentando restregar la roña del deshaucio y de la peste.

Sin embargo, como sé controlar mis aptitudes y me queda toda una vida por delante, quizá deba apartar esa necesidad de jugar para reemplazarla, sin olvidarla, por otra de las cosas por las que destaco, desde niño. Los números. Ellos sí que pueden hacerme ganar miles, millones de dólares...

Son fiables y no dependen del azar. Ellos pueden llevarme a esa bañera del verde que deseo mientras la baraja tontea y tontea entre mis manos, de vez en cuando.

Jugar con el dinero. Ganar mucho dinero. Jugar y ganar.

No sé qué es lo que pasa con los padres, pero hablar con el mío me ha recordado qué es lo que más me gusta y lo que más deseo, desde siempre.

Quiero dinero. Mucho dinero.

Enfrente del monumental edificio en donde se encuentra el despacho del rector, quiero dinero y no para vivir al día, sino para tenerlo durante mucho tiempo, sin embargo, pasar por esto hace que me arrepienta de estar aquí y de no haber hecho lo que mi padre me dijo, de manera perspicaz y sutil.

“Sé quien desees. Elige, entre todos tus yo, aquel que te haga feliz. Lucha por ser tú mismo. Y sé fiel a tu persona. Pero no olvides que el tiempo cambiará tu visión del mundo en el que vives y que las personas que te rodean pueden trastocar todos tus planes. Tienes la posibilidad de afianzar tu futuro. Después, si decides cumplir con el que crees que es tu destino, hazlo. Tu madre y yo te apoyamos”.

Eso, con los miles que guardo en mi bolsa, suena mejor.

—Señor Carter... —saluda el rector, orgulloso—. Adelante.

En su despacho, sentado en la silla de siempre, en silencio y pensando en que ni de coña le pediré perdón...

—Mantuve una charla muy interesante con su hermano, señor Carter.

—¿Con mi hermano? —pregunto desconcertado—. ¿Con mi hermano, Erik?

—¿Tiene otro hermano?

Gilipollas...

—También hablé con su padre. Un hombre al que respeto, por encima de los prejuicios y de las falsas valoraciones.

—Respeto su dinero.

—Creo que su actitud, altanera y pretenciosa, no es la mejor a adoptar, dadas las circunstancias, señor Carter.

Y no.

En realidad, lo mejor es que me calle y que asienta lo que dice. Pero el sermón que me echa me entra por un oído y me sale por el otro. Al fin y al cabo, dentro de poco me habré licenciado aunque sin honores, gracias a mi hermano. LO que me diga este me la suda.

—Actitud, señor Carter. Todo es cuestión de actitud y de responsabilidad.

Nueva York, 2009

—Taylor...

—Chss... —Mando callar a Roy—. Por supuesto, Donovan. Te aseguro que, en dos semanas, habrá triplicado su valor. Es el mejor momento para este tipo de inversiones bursátiles y de muy alta rentabilidad, a corto plazo —convenzo a uno de mis mayores clientes mientras Roy se sienta enfrente de mí y toquetea mi dólar de jade—. Le enviaré la documentación para su firma. En unas horas se hará efectiva la compra.

—Señor Carter, si continúa tentando los bolsillos más acaudalados, dé por llenos los suyos. Hice bien en confiar en su criterio. Es arriesgado, pero hasta ahora no me ha defraudado y mis beneficios han aumentado en los últimos tres años. Espero que este sea uno más, de sus muchos logros.

—El agradecimiento es mutuo, Donovan. No olvide que, si a usted le va bien, a mí también. Puede seguir depositando su confianza y su dinero, en mí.

—Estoy seguro.

Tras colgar, Roy sonrío impaciente, y yo lo temo.

—¿Por qué tengo la sensación de que vas a hablarme de tu hermana? —pregunto intrigado.

—Quizá porque llevas toda la mañana escaqueándote.

—Ya te he dicho que no funcionaría. No es mi tipo.

—¿Desde cuándo te importa eso?

—Tu hermana no es la mujer de mis sueños, Roy.

—Eso ya lo sé, además, lo prefiero. No estoy de acuerdo con esto, pero lo hago por ella.

—¿Ella te ha pedido que me convenzas para que me la tire?

—No seas capullo..., solo me ha dicho que, si vas a ir solo a la cena, ella

podría acompañarte.

—No quiero ir acompañado, Roy. Ese no es mi estilo.

—Está bien, no insistiré. Pero no te pases, ¿vale?

—Tranquilo, no le meteré mano.

—Taylor, lo digo en serio. No me gustaría que mi hermana fuera una más de tu lista de mujeres decepcionadas.

—¿Decepcionadas? —repito incrédulo—. ¿Decepcionadas por qué?, que yo sepa no hay quejas sobre mí.

—Quizás he debido decir tracionadas.

—Vale, Roy, ¿qué ocurre?, ya te he dicho que paso de tu hermana, así que ve al grano.

—Pasas de ella, pero le das coba.

—¿Qué le doy coba?

—Sí. Tonteas con ella, ella se lo cree y, luego, nada de nada.

—Si se lo cree es su problema.

—¿Por qué eres tan capullo? Solo te estoy pidiendo que no juegues con ella como haces con todas las que se cruzan por tu camino. Es mi hermana, no una de las amigas de mi novia.

—A ver, Roy, ¿cuál es el problema?, ¿te molesta el hecho de que no tenga pareja y de que me tire a quien me plazca mientras tú haces planes de futuro o qué?

—No eso —musita cabizbajo y, enseguida, me observa intranquilo—. ¿Te has tirado a mi hermana?

—No, Roy. No me la he tirado. Ya le gustaría a ella...

—Joder, Taylor...

—Roy, déjalo ya, ¿de acuerdo?, no me arrastres contigo. Yo no estoy hecho para compartir mi vida con alguien, y menos con tu hermana. Díselo, ¿vale?, hazme ese favor.

—Díselo tú. Ese es tu problema, no el mío.

—Está bien. La próxima vez que la vea le diré que paso de su culo y que se busque a otro.

—Eres tan cabezota que resulta imposible hacerte razonar...

—Roy... Al grano.

—Está bien. ¿Vendrás a la cena o no?

—Iré, Roy. Iré porque es el cumpleaños de tu novia y porque estoy seguro de que habrán muchas mujeres a las que encarles el diente, además, de tu hermana.

—Procura cortarte delante de ella, ¿de acuerdo?, le gustas, Taylor, ya lo sabes, no quiero que le hagas daño.

—Lárgate, Roy...

—A las ocho, en el Black Blues.

—Allí estaré.

—No la liés, ¿vale?

—Yo no la lío, Roy. Las mujeres me lían.

—Seguro que la lías... —musita según sale de mi despacho.

Lleva razón. Lo más probable es que la líe, pero no por mí, sino por las mujeres que se cruzan por mi camino. Desde que llegué a Nueva York, hace cinco años, mi vida ha sido una constante de logros, económicos y sexuales, cuyos frutos he ido recogiendo a un ritmo vertiginoso. Me han llevado a ser un hombre de éxito. Soy un tiburón blanco, no solo en el ámbito de los negocios. Con las mujeres soy más voraz, si cabe. Pero a mí me interesa más el tema laboral.

Desde que llegué, hace cinco años, lo único que he hecho ha sido ascender y ascender, sin saber lo que es el fracaso.

La demostración de ello es el dólar de jade que hay sobre mi mesa. Una escultura de treinta y cinco centímetros que avala cada uno de mis movimientos, en el mundo de las inversiones.

A los dos años de entrar a formar parte de la empresa del padre de Roy, una multinacional adherida a uno de los bancos más importantes de Estados Unidos, dedicada al cien por cien al movimiento de activos financieros, conseguí ser el primer intermediario entre mil, en operaciones de compra y venta de acciones. De ahí, el dólar de jade, obsequio del casa. Un trofeo codiciado y envidiado, y que tan solo unos pocos privilegiados como yo poseemos. Algunos dicen que mi forma y mi estilo de vida no es vivir porque

mi tiempo lo dedico por entero al trabajo y no hago otra cosa que pasar horas y horas, dentro de mi despacho, pero para mí no es un sacrificio. Yo soy feliz así.

El dinero y yo somos felices así.

Durante quince horas al día, no hay quien me interrumpa, a no ser que vaya a ofrecerme una oportunidad de negocio que me haga ganar miles de dólares. Millones de dólares. En mi despacho, colgado al teléfono y paseando de un lado a otro mientras hablo con viejos y fieles clientes, o con nuevos y futuros inversores, me siento poderoso. Solo salgo para acudir a las citas con los clientes, para subir a la última planta y hablar con el jefe, o para asistir a las reuniones de los operativos a los cuales dirigo. Soy el coordinador de operaciones extranjeras y tengo a mi cargo a veinticinco hombres y mujeres muy capaces de llegar a lo más alto si logran, algún día, superarme. Me envidian, y me alegro. No obstante, mi próximo objetivo es ascender y ocupar la gerencia y dirección de todas las inversiones provenientes del extranjero y cuyo responsable actual es Manson RJ, un viejo amigo del dueño que se jubilará a finales de este año. El sueldo anual es de tres millones, y aunque el mío ya es uno de los más altos de la empresa, quiero esos millones en mi cuenta y, si pueden ser más, mejor.

Como dirían algunos, vivir para el trabajo es un sacrificio, pero para mí es lo contrario.

Las decenas de conversaciones que mantengo a diario, los objetivos marcados, el estrés, la responsabilidad y la presión que supone ser uno de los mejores brokers de Nueva York, no son un sacrificio para mí. Son mi beneficio. Vivo para mi trabajo y me enorgullezco de hacerlo. Gracias a mi esfuerzo y a mi obsesiva entrega he llegado hasta aquí. Gracias a eso soy influyente en según qué decisiones del consejo. Por eso estoy en donde estoy. En uno de los escalafones más altos de esta empresa. Y solo gracias a mi manera de vivir, según algunos triste, solitaria y muy golfa, me he convertido en un hombre afortunado y con una fortuna que levanta ampollas.

Envidiosos...

Un hombre de éxito. Eso soy. Y no solo en el ámbito de los negocios. Mi racha en el sexo va en paralelo a mi vida laboral, diría incluso que trascurre de manera mucho más boyante y fácil. Es más, no hacen falta horas y horas de conversación interminable para convencer a una tía de que se meta en mi

cama. No hace falta invertir todo un día en complacer a una tía para tirármela. Y no hace falta reunirme con ellas para que me la coman. Por tanto, exitoso, rico, joven y soltero, la inversión de tiempo, de dinero y de cortejos es mínima para que, casi cada día, me acueste con una tía. Todas diferentes, eso sí. Mi lema siempre ha sido el mismo y siempre lo será.

“Al amanecer, no te dejes ver”.

Quizá por esa razón, Roy insiste en que su hermana no sea una más de tantas. Pero quizá deba tirármela..., así se daría cuenta de lo que intento evitar. Si me la tiro, cuando ella despierte, yo no estaré. Y no la llamaré. Nunca lo haré. Con ella no haré una excepción, y aunque cada vez que la veo noto cómo intenta seducirme, a pesar de yo seguirle el juego, cuando se pasa de la raya, le dejo claro que con ella nada. Es la hermana de mi mejor amigo. Con eso no juego. Hablando de jugar... Esta noche tengo partida. Esta noche, Roy celebra una fiesta de cumpleaños, la de su novia, que, por cierto, me odia.

Como si sus amigas no supieran decir que no... Solo me he tirado a tres de las cinco, pero desde que lo hice, soy el demonio en persona.

Toc, toc, toc...

—Adelante.

Mi secretaria, Betty, a quien tampoco me he tirado por cuestiones de decoro, entra en mi despacho, apresurada.

—Señor Carter, le esperan en la sala de reuniones.

—Gracias, Betty, enseguida voy —respondo—. Llama a Roy y dile que comeré con él.

Me levanto y me pongo la americana.

—De acuerdo —asiente sonrojada al ver que me sitúo a su lado—. Ha llamado el señor Smith. Me ha pedido que cancele la cita de mañana y que la traslade al viernes, a mediodía, pero el viernes tiene la reunión con los nuevos inversores y no tiene hueco hasta el martes. Lo tengo al teléfono, ¿qué le digo?

—Dile que, si tanto le interesa pertenecer al pequeño grupo de grandes inversores que se está abriendo en el mercado de Brasil, no hay más oportunidades que la reunión de mañana. Si no es él será otro. No perderé el tiempo por unos míseros cien mil dólares de beneficio.

—Está bien —musita intimidada.

—¿Algo más? —pregunto mirándola fijamente mientras ella mira hacia abajo, avergonzada—. Betty...

—Perdón, señor Carter —dice aturdida—. Hay algo que...

Mientras rebusca entre decenas de folios que lleva sobre el brazo, yo continuo mirándola porque me encanta la sensación de poder que ejerzo sobre ella y la tímida y perturbadora emoción que se despierta en su interior. ¿Debería tirármela para que perdiera la vergüenza o, si me la tiro, se convertirá en una desvorganzada?

—Aquí está... —Me pasa una carpeta—. La documentación firmada del señor Flint.

—Donovan se ha dado prisa... —comento hojeándola.

—He guardado una copia en el archivo.

—Perfecto, Betty —Le devuelvo la carpeta—. Tu trabajo es excelente. Como siempre.

Le hago un guiño y le muestro la mejor de mis sonrisas.

—Gracias, señor Carter.

Detrás de ella camino mirándole el culo, faltaría más, hasta que me desvío en dirección hacia los ascensores. En la última planta, ocupo mi asiento junto a Roy, en la sala de reuniones.

—Quizá me retrase —murmuro acercándome a él—. Es miércoles, tengo partida.

—No sabía que los miércoles también jugabas —reprocha en voz baja.

—No me vengas con esas. Raro es el día que no juego.

—Entonces, no te retrases.

—No cuentes conmigo para la cena. Solo iré a las copas.

—Taylor... —gruñe enfrentado a mí.

—Señor Carter —sorprende Manson JR—. Según he oído ya ha cerrado la compra de valores de la Indian Royal Cotton.

—Cierto, señor Manson. De ahí, mi retraso. El traspaso de fondos se está haciendo efectivo, en estos instantes.

—Enhorabuena, Carter —dice satisfecho—. Creo que le gustará mi despacho.

—¿Su despacho?

—Sí, Carter —afirma Donald Miller, padre de Roy, dueño de todo—. Acabas de justificar, si cabe, tu ascenso.

—¿Y tú, Manson? —pregunto desconcertado—. Todavía faltan meses para...

—El tiempo suficiente para enseñarte a mover los hilos de esta gran empresa. Te enseñaré su trasero, pero también su palco vip. No sé si me entiendes...

—Claro, Manson. Haré el trabajo sucio hasta que te jubiles, solo entonces podré sentarme en primera fila.

—Ya eres de primera, Carter —sorprende Miller—. Bien. Ahora, las malas noticias —silencia a la sala—. Caballeros, la competencia es dura y no pasamos por el mejor momento. La bolsa ha descendido a mínimos históricos y el gran inversor busca nuevos mercados. La crisis solo acaba de empezar. Si queremos seguir a flote, debemos aprovechar nuestra solvencia y busca nuevos proyectos e ideas que susciten el interés de nuestros inversores. De los viejos y de los nuevos, sobre todo, de los nuevos. Por esa razón se llevará a cabo, en el plazo de un año, una reestructuración de la plantilla incluidos altos cargos que, sin duda, repercutirá de forma beneficiosa en el futuro de esta empresa.

Mientras los murmullos repiten sus palabras y a raíz de estas surgen preguntas que yo ni me planteo, Roy está petrificado en su asiento, y su padre lo mira, con tristeza.

—¿Me he perdido algo? —pregunto en voz baja.

—Pensé que no sería capaz de hacerlo —musita cabizbajo.

—¿El qué, Roy?, ¿una limpieza en casa? En mi opinión, debió hacerla hace mucho, pero más vale tarde que nunca.

—No es una limpieza, Taylor. Es el despido de más de dos tercios de los empleados. Y, por lo visto, tu nuevo cargo no está en la lista.

No esperaba esto de Roy. Me ha dejado en blanco.

—Tengo que irme —dice levántandose enérgico.

Dejando perplejo a su padre y no solo a él, Roy se marcha de sala. En ese preciso instante, todos se callan y miran a Miller, que vuelve a mostrar su perfil de empresario listo y precavido, que yo también sería.

Durante una hora continuamos reunidos sin interrupciones, pero, en mi caso, abstraído de todo lo que se comenta debido a la decepción que me he llevado con Roy. No puedo creer que le joda que me hayan ascendido. Pero lo más increíble es que se niegue a aceptar que hay que tomar medidas drásticas si el objetivo es sobrevivir en un mar repleto de tiburones. Y más tratándose de su futuro, de su empresa. Roy debería entender que la reducción de personal es totalmente justificable.

—Bien. Esta tarde quiero una lista con los nombres —dice Miller, desconcertándonos—. En los próximos días, se enviará una notificación de despido, a cada uno de los propuestos por ustedes, junto al cheque correspondiente a su indemnización, si la hubiera.

Al ver que la sala comenza a vaciarse, me acerco a Miller.

—Enhorabuena, Taylor —Estrechamos las manos—. Hemos esperado hasta el último momento. Creí que no lo lograrías. Incluso aposté en tu contra —confiesa—. Pero perdí. Y me alegro, seré sincero. Los negocios son los negocios. Y usted es el eslabón perdido.

—Señor Miller, le agradezco el ascenso. No le defraudaré.

—Eso espero, chico. He depositado en ti buena parte de mi confianza. Tengo expectativas, Carter, buenas propuestas que dependerán de tu suspicacia y buen hacer.

—Es un honor, señor Miller. Por mi parte diré que asumo la responsabilidad, así como el nivel de exigencia que conlleva aceptar este cargo.

—Lo sé, Carter, por eso es tuyo.

—Gracias, señor Miller.

Tras palmear mi espalda con fuerza y sonreír, Miller se marcha. A continuación, regreso a mi despacho, pero al entrar encuentro a Roy sentado en mi sillón.

—No me mal interpretes —dice adelantándose a mí—. No he dicho lo que has oído.

—Está bien. Repítelo, y yo lo decidiré.

—He dicho que tu nuevo cargo no entraba en la lista, no que tú no estuvieras en ella. No es lo mismo. Y si me dejas te lo explico.

—No hay nada que explicar —Me acerco a mi mesa—. Y baja las piernas de ahí. Estás rayando la madera con la suela de tus zapatos —Aparto sus pies—. ¿Por qué te gusta tanto tocarlo? —pregunto al ver que tiene mi dólar de jade entre la manos.

—Me gusta el color.

—Déjalo en su sitio. Y hazte un favor. Cómprate unos zapatos nuevos.

—¿Qué les pasa a estos?, los eligió, Gloria. Se suponen que son los mejores del mercado.

—¿Ya elige tus zapatos?, ¿qué será lo próximo?, ¿los calzoncillos y los condones?

—Los condones los compra ella. Y los calzoncillos... —Se mira por debajo del pantalón—. Estos los compró ella, sí.

—Esa es una de las razones por la que no tengo novia.

—No es nada malo. Al revés. Así no tengo que ir a comprar.

—Eso es lo malo, precisamente, Roy. Que tu mundo gira a su alrededor y que te olvidas de ti.

—¿Ya estás con el tópico del soltero de oro?

—¿De verdad no ha sido intencionado decir que yo soy prescindible? —pregunto intrigado.

Después de un silencio que evidencia de qué pecamos, Roy se levanta de mi silla y se enfrenta a mí.

—Por mí estás aquí. Si yo no quisiera que estuvieras, no estarías. Por tanto, como tú dices, gracias a mí, en parte, ahora ocuparás un cargo que, a priori, dejaría de existir en cuanto diera comienzo lo que tú llamas limpieza en casa.

—Roy, yo...

—Taylor, eres mi mejor amigo. Te quiero a mi lado, cuando yo dirija esta empresa. Mi padre confía en ti. Yo confío en ti. Jamás desearía que tú fueras uno de esos chupópteros a los que echaremos. Pero tienes que entender que dos tercios de la plantilla es más de lo necesario para ir tirando. Creo que esto puede traernos graves consecuencias que no sé si mi padre se ha planteado.

—Si sirve de algo, yo estoy totalmente de acuerdo con él.

—Raro sería que no lo estuvieras. Eres como él.

—No soy como él, solo me gusta lo mismo.

—Entonces, seré yo, que cuando hablo con vosotros me siento como si siempre estuviera confundido.

—Roy, creo que le das demasiadas vueltas. Al fin y al cabo, la empresa acabará en tus manos. Qué mejor que dejarte un buen legado, a una ruina que podría haberse evitado a tiempo. Eso es lo que está haciendo tu padre.

—Yo creo que existen alternativas menos extremas e igual de beneficiosas.

—¿Y se las has planteado?

—Sí, pero hay prescindibles e imprescindibles, y los puestos más bajos, más dos altos cargos, son prescindibles.

—Entonces, ¿por qué insistes?

—Porque me jode tener que despedir a quienes han estado a mi lado, durante cinco años.

—La vida es dura, Roy. Algún día tendrás que aprender a tomar decisiones aunque no te gusten.

—Pareces mi padre...

—El mundo de la trata de valores es muy complicado. Muy ruidoso. Y nosotros no tendremos la oportunidad de que nos recuerden mucho, así que tenemos que ser muy claros y saber qué queremos contar sobre nosotros.

—Stanford. Discurso de clausura de Steve Jobs para nuestra promoción.

—Lo recuerdas, eh...

Roy asiente.

—¿Tú qué quieres contar de tu empresa? ¿Qué quieres que se sepa de ti? ¿Quieres que hablen del prometedor futuro del joven Miller y su gran imperio, o prefieres ver, en las portadas de los periódicos, como el prometedor y joven Miller arruina a su familia por no tomar las decisiones oportunas, a su debido tiempo?

Su nostalgia se transforma en aflicción.

—¿He dicho ya que te parece mi padre?

—Roy...

—No te retrases. En punto como un reloj, en el Black Blues. Y..., enhorabuena, director de operaciones extranjeras...

—No te prometo nada, pero te agradezco seguir a tu lado.

Según estrechamos las manos, Roy sonríe aunque con cierta pena que yo aprovecho para que se olvide del tema. Le digo que, si esta noche su hermana se pierde las copas, mucho mejor. Él me reprende. Me da igual lo que diga. Le confieso que tengo planeado celebrar mi ascenso, y con su hermana por el medio..., pues bueno, intentaría controlarme con las otras, pero él sabe que hay un problema. Yo no sé decir que no, a una mujer. Si ellas vienen a mí, yo me dejo querer.

—No me la lées, ¿vale? —insiste, aburriéndome.

—Llegaré con retraso.

Cierro en sus narices y regreso a mi sillón, en donde pienso mejor, sobre todo, si es en la pasta que voy a ganar, a partir de ahora. Entretanto, mientras me imagino conduciendo el Ferrari que me comparé con el próximo sueldo, el mes que viene, acaricio mi dólar de jade. A mí también me gusta su color, pero mucho más lo que significa.

La mañana ha sido excepcional. La tarde promete. Estamos a la espera de realizar los primeros contactos con el equipo económico y operativo de un nuevo inversor oriental, al que conoceré el viernes y del que dicen que es muy rico y que está interesado en la inversión en países emergentes, a través de la compra de tierras agrícolas para su explotación. Mi objetivo es ganármelo. Al equipo completo, sin excepción. Convencerlos para que seamos nosotros los intermediarios. Y por lo que conozco de los chinos, no hay más opción que la de darles lo que deseen si se puede. Son buenos negociadores, exigentes y, en ocasiones, miserables, pero si algo les gusta de verdad, si despierta su interés, son generosos, dóciles y, en ocasiones, derrochadores. Yo solo tengo que observarlos y adivinar si mis ofertas les seducen. Y si sé jugar mis cartas, tan solo me hará falta observarlos, una vez más, y adivinar cuáles pueden ser sus vicios. Todos tenemos un lado oscuro. Si yo lo conozco, date por vencido. A más de uno he conocido en la mesa de juego y, más tarde, ha formado parte de mi cartera de clientes, por tanto, si alguno de los chinos tiene debilidad por el juego, el contrato es mío.

Betty me llama.

—Carter —respondo.

—Roy Miller, por la dos.

—Gracias —Espero un par de segundos—. ¿Roy?...

—Dice Gloria que si no vienes a la cena, a las copas, menos.

—Dile a tu novia que esta noche celebro mi ascenso en el Blak Blues y que seré generoso con ella y con sus amigas.

Cuelgo dejándolo con la palabra en la boca y me marcho a la joyería más cercana. Cinco amigas y Gloria. Cinco pulseras de brillantes y unos pendientes. Ya puedo presentarme en el Blak Blues, a la hora que me dé a gana. En cuanto Gloria y sus amigas vean mis regalos caerán a mis pies. Todos tenemos un precio. Todo se compra y todo se vende. Algunas mujeres también. Yo solo hago honor a sus debilidades.

La noche promete. Para empezar, me dará la oportunidad de ganar unos cuantos miles como casi cada noche, siendo mi otro yo. Ese jugador obsesionado con ganar y del que me valgo para volver a empezar cada mañana, entre cuatro paredes y con línea abierta, las veinticuatro horas. El piso franco al que acudo los miércoles es mi segundo hogar. Las partidas que juego el resto de noches suelen ser rápidas, en lugares concurridos y con un límite de apuestas. Pero los miércoles, mi día preferido, puedo sentir la apasionante emoción del póker sin límites y frente a rivales que, en más de una ocasión, me han vapuleado. Llevo dos años yendo al mismo lugar, sin que haya un miércoles igual a otro. Por esa razón, aunque Roy me lo haya pedido y sea mi mejor amigo, no puedo faltar a la partida de hoy. Él lo entenderá, y su novia, si no lo entiende, se dejará agasajar con mis brillantes y sonreirá aunque me odie.

Exultante, regreso al despacho, pero antes de entrar, Betty me avisa de que los chinos ya han llegado y de que me están esperando en la sala de reuniones. Se han adelantado.

Toc, toc, toc...

—Adelante.

—Siento llegar tarde.

Tras ocupar mi asiento y ver que diez chinos me observan, con desdén, miro a Miller y lo veo torcer el gesto, disgustado.

Lo que me faltaba...

La visita de los chinos es como una fuerte ráfaga de viento de la que no puedes escapar y que te arrastra con ella hasta dejarte desnudo y junto a un árbol como un poste. Claros, concisos, breves, realistas, cautos y tacaños, por lo visto y escuchado tampoco tienen vicios. Y dado que han venido antes de lo previsto, han propuesto en diez minutos, han escuchado en otros diez y se han marchado igual de rápido, no he tenido tiempo para escapar de lo estrictamente formal y adentrarme en lo íntimo y personal. En cualquier caso, la reunión del viernes sigue en pie, y con el mandamás, así que... Me voy a jugar al póker, antes de que Roy me enganche.

—Buenas noches, Taylor —saluda el mastodonte que custodia la entrada.

—Buenas noches, Peter.

Estrecho su mano.

—Hoy no hay mucho movimiento, Taylor —dice abriendo la cortina—. ¿Podrás conformarte con dos mesas?

—En realidad, debería estar cenando con unos amigos. Dos mesas estarán bien.

—Tuyas son...

Al entrar, el camarero levanta la mano y me saluda, las tres chicas de siempre se acercan y me besan, y los dueños del piso, un matrimonio joven y dado a los porros, me piden la cuota de socio. Doscientos para ellos, y cinco mil para empezar a jugar.

Mis contrincantes de hoy son cinco conocidos y habituales del piso. A mi derecha, *el muelas*. Lo llaman así porque solo le queda una. A su lado, *el naipe*. Un tío muy alto y fino. *La sisa* es una tía que juega silbando, en todo momento, y está sentada enfrente de mí. No me gusta, pero es lo que hay. Junto a *la sisa* está *el débil*. Y como bien lo apodan, ve todas las jugadas. Y a mi izquierda, con cara de pocos amigos está *el camicace*, con el que no merece la pena jugar, una sola mano. Le gusta ir de farol y subir la apuesta, sin control, a sabiendas de que perderá.

Y a mí debería alegarme. Su dinero llenaría mis bolsillos como si nada, sin embargo, yo juego al póker porque me gusta el riesgo, el misterio del azar y la intriga de no saber qué lleva el rival de enfrente. Y *el débil* y *el camicace* no despiertan en mí ninguna de esas emociones.

Conclusión: esta noche, en esta mesa, el único ganador soy yo.

Para comenzar, apuesto fuerte. Gano cinco manos y pierdo dos. Una hora después, *el débil* se ha queda sin blanca. Media hora más tarde, los seis mil del *muelas* son para mí. Ya solo quedan tres. Entretanto, la *sisa* me pone nervioso con su silbidito. Por pesada, en tres manos me la quito de encima. Con *el camicace* no tengo problema. Él se echa de la mesa por su propia cuenta. Tres mil más que acaban en mi bolsillo. Y por último, como casi siempre ocurre cada vez que me hallo en la misma mesa que él, *el naipe* resulta ser mi hueso a roer. Gana, una y otra vez. La suerte parece estar de su lado, y aunque si yo pierdo no serán más de unos siete mil pavos, jamás, desde que lo conozco, me había costado tanto vencerlo.

La otra mesa ya está vacía. Llevo más de quince minutos perdiendo y mi paciencia está al límite. No he dejado de recibir llamadas de Roy, mientras tanto. He silenciado el móvil para no perder la concentración. Tres manos más y estoy a punto de desvalijar al *naipe*. Si le aprieto, no tardaré en quedarme con todo su dinero.

—Tres mil.

Lo sorprendo. Mientras arrastro decenas de billetes hacia el centro de la mesa él solo sonríe, orgulloso.

—Tus tres mil y cinco mil más.

Levanto la ceja y observo mis cartas disimulando. Actúo de forma reflexiva mientras cuento billetes.

Esta puede ser mi oportunidad para machacarlo. Llevo un rey y un as de tréboles, a falta de ver la última carta por salir.

En la mesa, dos qu, un as y una k. Si *el naipe* lleva una qu, su trío vence a mis dobles de mesa. Y si saliera otra qu, de manos del croupier, su póker acabaría conmigo. Su sonrisa da a entender que puede ser así. Si lo fuera, me haría perder los miles que cuento, más lo apostado.

No las tengo todas conmigo, pero esto tiene que acabar. O *el naipe*, o yo. Roy vuelve a llamarme.

—Los veo.

He venido con cinco mil y me iré con veinte mil setecientos más. Que no salga una qu...

As de trébol sobre la mesa.

—¡Sí!

Mi full, ases y reyes, contra su trío de qus.

—Es imposible vencerte —murmura arrastrando la silla con fuerza mientras empuja su dinero hacia el mío, con desidia y rabia.

—¿Nos vemos la próxima semana?

Tras mi desafío, sus patadas a la pared.

—¡Tranquilo, ¿de acuerdo?! —grita Peter—. Te acompaño hasta la salida.

Lo agarra del brazo y lo lleva afuera. Ahora, Roy.

—Taylor...

—Calla, Roy. En quince minutos estoy ahí.

—En quince minutos nos habremos ido.

—No te muevas de ahí. Te he dicho que iría a las copas y eso estoy haciendo.

Abro el coche, lo arranco y salgo disparado.

—Taylor, están a punto de cerrar.

—Por eso no te preocupes. Tú esperáme.

Tras colgar, acelero y esquivo adelantando a todo el que se cruza por mi camino hasta llegar al club restaurante. Una vez allí, pasando desapercibido, dono al dueño mil dólares para que cierre dos horas más tarde de lo habitual. También pago varias rondas para todos los invitados del cumpleaños de Gloria. Y por último, para cumplir con lo prometido, regalo a sus amigas las pulseras que compré por la mañana, y a ella los pendientes.

—No te perdono, Taylor. No por mí, sino por Roy. No te lo mereces. Es demasiado bueno para ti —dice ofuscada, pero mirando cómo le quedan los pendientes.

—Feliz cumpleaños —Le doy dos besos—. ¿Te gustan?

—Sí, Taylor. Tienes un gusto exquisito. Creo que es lo único bueno que tienes.

Serpiente...

—Vamos, Roy, te invito a una copa —Agarro su brazo y lo llevo a la barra—. Al final no ha sido para tanto.

—No puedes comprar a la gente, Taylor.

—Ya has visto que sí —respondo altivo y sonriente.

—¿Sabes?, cuando te conocí supe que no seríamos amigos.

—¿Por qué no? —pregunto sorprendido mientras echo un vistazo alrededor, en busca de una presa.

—Somos muy diferentes.

—Tu hermana va muy corta, ¿no crees?

—Olvida a mi hermana.

—Y tú olvida esas chorradas de la amistad, Roy. Hoy es el cumpleaños de tu novia, además, yo celebro mi ascenso, ¿por qué no lo olvidas y disfrutas? ¿Has visto a esa?

Señalo a una chica que baila, junto a su novio.

—Es la prima de Gloria. Se casará el año que viene.

—Tiene un buen polvo...

—Dinero y sexo, lo único que te importa.

—Y el póker, Roy, no olvides el póker.

Me alejo de él y me acerco a las chicas que bailan, en mitad de la sala.

Una copa... Unos tonteos... Una charla distendida con un Roy borracho... Otra copa... Dos chupitos con la que se casará el año próximo... Una charla incómoda con su novio... Otra copa... Un chupito para la hermana de Roy... Otra charla excitante con una de las amigas de Gloria... Recuerdo el día que me la tiré mientras bebo otra copa... Unos besos en el baño con la chica que se casará el año que viene... Su novio nos descubre... Nos peleamos en el váter de las chicas y...

Cuando salgo, tengo a todos mirándome, alucinando.

—¡Taylor!, ¡¿dónde estabas?! —grita Roy, entre la multitud.

—Vámonos, Roy —increpa furiosa la serpiente de su novia.

—¡¿No la habrás liado, verdad?! —pregunta divertido según pasa su brazo por mi hombro—. No me encuentro bien...

Vomita, a sus pies.

—Vamos, te llevaré fuera.

Como si fuera mi comitiva, los invitados caminan por detrás de mí. Tras meter a Roy en el coche, su novia arranca y se marcha, hecha una furia. Sus amigas la siguen. Los novios, futuros esposos, se marchan discutiendo y a gritos. Y mirando la carretera estoy yo, a punto de marcharme.

—¿Por qué a mí no me has regalado una pulsera?

Al darme la vuelta, la hermana de Roy está enfrente de mí esperando una respuesta.

—No sabría explicarte por qué.

—Por algo será.

—No quiero que te lo creas.

Mi frivolidad la hierde. Avergonzada y cabizbaja, la oigo llorar.

—Buenas noches, Taylor.

—¿Adónde vas? —Agarro su brazo, y ella me mira—. No te dejaré volver sola a tu casa. Vamos, sube —La llevo hasta la puerta del copiloto—. ¿Estás bien?

—¿Y a ti qué te importa? —Se suelta y sube a mi coche, con rabia—. Vamos, Taylor. Cuánto antes te pierda de vista, mejor para mí.

Durante el trayecto, no hablamos. Sé que le he hecho daño, pero es la mejor forma de hacerle entender que, aunque no me importaría tirármela, ser la hermana de Roy es un obstáculo, y eso, sin contar con lo que ella espera de mí, algo que jamás le daré como tampoco al resto de mujeres que me han pedido más de lo que estoy dispuesto a dar. Una noche de sexo, de buen sexo y punto. No más. A partir de ahí, adiós, muy buenas.

—Es ahí —dice señalando un edificio rojo del Soho.

—Lo sé. No es la primera vez que te traigo a casa.

—Pero sí la última.

Mientras hace amago de marcharse, yo necesito saber que tiene las cosas claras, respecto a mí.

—Espera —Agarro su mano—. Tu hermano me ha dicho...

Con su lengua en mi boca no puedo hablar.

Joder..., cómo besas...

—Para.

Intento respirar, pero con su lengua en mi boca y mi mano en su culo, no puedo hacerlo, mucho menos volver a hablar. Y encima, aprieta, sí, aprieta las nalgas...

—Para.

—Dime que no tienes ganas y pararé.

Con su lengua en mi boca, mi mano en su culo y la otra en su pelo...

—¿Qué quieres? —pregunto excitado.

—Lo sabes, Taylor...

Pero lo único que sé es que sus manos desabrochan mi pantalón y que su boca lame mi pene mientras yo empujo su cabeza.

—Para.

Se alza furiosa y sus ojos son lascivia.

—No puedo. Roy me mataría —confieso, cabreándola.

—Vete a la mierda.

Por fin, se marcha. Cabreada, pero se marcha. Sí. Hoy tendré que celebrar mi ascenso, con un cinco para uno. Y ella..., ella no volverá a dirigirme la palabra. Pero mejor para mí.

En mi apartamento, como pocas veces, duermo solo.

—¿Roy?... —respondo al móvil, sin que haya amanecido.

—Taylor, los chinos están a punto de llegar.

—¡¿Ya es viernes?!...

Me falta un día.

—No. Se han adelantado. Hemos cancelado todas las citas para ocuparnos de esto. No lo esperábamos, pero es lo que hay.

—En quince minutos estoy ahí.

Quince minutos después, entro en mi despacho y acaricio mi dólar de jade para que atraiga la suerte hacia mí. Una llamada de Miller y me dirigo hacia la sala de reuniones. Al entrar, despertando en mí una furia desmedida que me excita y me provoca, solo tengo ojos para una persona. Mientras tanto, a Miller y a Roy los rodean un montón de chinos.

Tacón fino y muy alto. Zapatos negros y brillantes. Medias negras con una

línea recta que asciende por sus piernas, largas y esbeltas, pero que se esconde por debajo de la falda, estrecha, negra y hasta la rodillas. Con un culo de infarto, muy prieto, redondo y pequeño, una blusa semi transparente color crema y una larga melena negra, totalmente lisa, brillante y perfecta, recogida en una coleta muy alta, la mujer que pasea de un lado a otro según mira a través del cristal es la causante del dulce aroma que invade la sala de reuniones y la culpable de que mis ojos no sean capaces de mirar nada más que su caminar, el deslizar de sus pies por la alfombra, su contoneo seductor, sus gestos delicados y su pequeño tatuaje de la nuca, causante de mi curiosidad, de mi intriga y de mi falta de aire.

Habla en chino. Sinuosa no deja de andar. Su voz es débil, fina y muy agradable a mis oídos. Su delgada cintura acentúa la curva de sus caderas. Su cuello incita a morderlo. Y, a no ser que sea una defesio, la mujer que me mantiene expectante, entretiene a mi imaginación. Me gustan las mujeres orientales.

Espero que tú lo seas.

—Señor Carter... —sorprende Miller.

—Buenos días, señor Miller —me acerco a él, sin perderla de vista—. Caballeros... —saludo inclinando la cabeza como hacen ellos conmigo.

—Taylor, te presento a, Wong Chen, director general de Lee and Wong Enterprise. Señor Chen, este es mi mejor operativo, Taylor Carter, actual director de inversiones extranjeras.

—Es un placer, señor Chen.

Inclino la cabeza y estrecho su mano.

—Me han hablado muy bien de usted, señor Carter. Confío en que mi dinero esté en buenas manos, si al final decidimos que ustedes nos representen.

—Si me permite un minuto, señor Chen, podrá comprobar que somos su mejor opción.

Lo invito a sentarse. Yo lo hago a su lado. Le comento, a groso modo, nuestras propuestas. Creo convencerlo. Mientras tanto, según conversamos sobre las directrices a adoptar en el caso de que seamos nosotros los encargados de gestionar su gran inversión, yo no he perdido de vista a la chica, que no ha dejado de hablar, de espaldas a la mesa.

—Sin duda, su oferta es la más tentadora, señor Carter. Y he de decir que, hasta el momento, es la que más se adecua a mis deseos.

—Hemos trabajado en esto durante meses, señor Chen —dice Miller, orgulloso—. Estamos preparados.

—No me cabe la menor duda, pero si me permiten, he de pensarlo. —Se levanta, y los chinos lo copian—. Tengo que regresar a mi país, pero volveré, a principios de año. Dejaré al cargo de las negociaciones a mi responsable financiero y mano derecha en los negocios, la señorita, Mei Ling, que les visitará un mes antes de la firma del acuerdo para gestionar y ultimar los detalles, en el caso de que acepte nuestro compromiso con ustedes.

Cehn se acerca a Mei Ling, al ver que sigue al teléfono. Yo no la he perdido de vista, un solo instante, aunque fuera con el rabillo del ojo. La he observado, cuando pasaba por delante de mí, para ver si podía mirarla a la cara, pero no se deja ver. Sin embargo, tras inclinarse para escuchar a Chen, Mei Ling cuelga el teléfono y alza la cabeza.

Mmmm... Preciosa...

Solo por verte merece la pena jugársela...

Mei Ling..., de todas las orientales que he visto tú eres mi preferida.

Mostrando aptitudes de mujer fatal en su caminar, en su rostro, en su manera de moverse, en su mirada felina y en su contoneo de caderas, asombra por su fiero arrojo, imponente y frío, y por su poderosa imagen indomable y carismática.

Entretanto, yo solo tengo ojos para ella, que se presenta con la firmeza y la templanza que la soberbia, la inteligencia y la predisposición a mandar confiere, de manera natural, sin mostrar emociones o algún sentimiento oculto. Y entretanto, yo solo tengo ojos para ella mientras habla de cifras, de las posibles pérdidas, de los obstáculos a solventar, dadas las circunstancias económicas que atraviesa el país, y de los cuantiosos beneficios que nos llevaríamos, en el caso de que fuéramos socios y todo saliera según lo previsto.

Me encanta su voz... Me encanta escucharla... Habla despacio y es elocuente. En su discurso, totalmente realista aunque esperanzador, de vez en cuando, añade una ligera y comedida sonrisa, creo que para entibiar su monólogo. Pero es tan sutil el entreabrir de sus labios, un corazón alargado y

sonrosado que mordería sin fin, que tan solo es la mueca de la simpatía negociadora que se trae entre manos. No mira a nadie en concreto, y yo solo hago que mirarla a ella. No hay nadie que atraiga su atención, siquiera yo, que ya me estoy excediendo en mis imaginativas súplicas arrodillado ante su figura. De hecho, permanezco atento a todo cuanto hace, dice o insinúa, pero no va más allá de lo que un hombre como yo haría en una sala como esta y con hombres tan poderosos y ricos como Wong Chen, al que observo por si hallo en él algo a destacar extra oficial para usar como baza y, así, llevármelo al huerto. Sin embargo, me estoy dando cuenta de que Chen no hace nada si no lo avala ella. Mei Ling. Así que ella ha de ser mi objetivo y no solo porque sea la mano que mece la cuenta bancaria de Chen, sino porque hasta hoy no ha habido mujer que se resistiera a mis encantos, y ella...

Ella ni me mira.

—Mei, ¿qué opinas? —pregunta Chen, intrigado.

—En febrero, podríamos realizar la primera compra. Si en un par de meses obtenemos resultados, hablaríamos de la segunda adquisición. A grandes rasgos es factible. Y aportará grandes beneficios, tal y cómo lo ha planteado el señor Carter.

Por primera vez, contacto con ella, que sonrío, y yo también, pero con frialdad. Ella baja la mirada, y yo mantengo la mía en su rostro esperando volver a ver sus ojos, oscuros y rasgados. Y son eternos los segundos que pasan hasta que regresan a mí.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señorita Ling. Si me permite...

—Disculpe —interrumpe y responde una llamada.

Eso me ha dolido... ¿Y yo que creí que te tenía?...

—Señor Miller, le agradezco el esfuerzo que ha supuesto el reunirnos antes de lo previsto —dice Chen estrechando la mano de mi jefe.

—Si el resultado es un buen negocio para ambas partes, todo esfuerzo es mínimo.

—Carter... —murmura Roy—. Carter, ¿anoche qué pasó?, Gloria me ha contado que...

—Chss..., espera un momento.

Obsesionado con saber por qué la china ha pasado de mí, en el mismo

instante en el que me ha parecido ver su rubor, paso de lo que me está diciendo Roy. Me ha dolido su desprecio. Y aun así, solo tengo ojos para ella. Pero ella pasea, me obvia y habla. Mei Ling mantiene la mirada fija al frente y habla. Y entetanto, yo la observo y espero a que, en algún momento, crucemos las miradas. Pero ella solo tiene voz para el aire que yo respiro mientras la escucho, y ojos para el techo y el suelo, pero no para mí.

Sé que sabes que te observo... ¿Por qué no me miras?... Yo solo tengo ojos para ti.

—Taylor, Taylor...

Roy me zarandea, y lo miro aturdido.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Carter —sorprende Chen—. Volveremos a vernos, muy pronto.

—Por supuesto, señor Chen —Estrecho su mano, un tanto despistado—. Puede confiar en mí. Su dinero está en buenas manos.

—Lo sé, señor Carter, y no es a mí a quien debe convencer, sino a ella — Señala a Mei Ling, y yo vuelvo a no tener ojos para nadie que no sea su esbelta figura, su andar y su cruce de piernas—. Si me lo permite, le daré un consejo—dice acercándose—. No se encapriche demasiado, solo hay una cosa que despierta su interés —Mi corazón se acelera—. El dinero.

Sonreír se me da bien. Y ante su reveladora información, sonrío presumido. Empiezo bien... Mei y yo coincidimos en algo. Y es de color verde. Bendito dinero...

Los chinos se marchan. Mei Ling los sigue según habla por teléfono, y yo voy detrás ellos hasta que Roy me agarra del brazo y me lleva a mi despacho.

—¿Has visto eso? —pregunto excitado.

—Yo y todos, pero olvídala, ¿de acuerdo?

—Eso no se olvida, pero no te preocupes, Roy, lo tengo todo controlado.

—Eso es lo que más miedo me da.

Se marcha y cierra tras de sí.

Obviando cualquier cosa que no haga referencia a Mei Ling, estoy ansioso por empezar a trabajar con ella. Creo que ya ha llegado la hora de decir que mi vida está siendo lo que siempre soñé. Quizá mi próximo reto sea ella...

—¿La has visto, Taylor? —pregunto al reflejo de mí mismo, sobre la piedra de jade con la que está hecho mi dólar—. Pues si la has visto no la olvides.

Toc, toc, toc...

—Adelante.

—Señor Carter, su hermano, por la línea uno.

—¡Erik! —exclamo feliz—. ¿Cómo estás?, tengo mucho que contarte...

—Y yo, Taylor, y yo —solloza.

—¿Ocurre algo? —pregunto inquieto.

—¿Has visto las noticias?

—No, ¿qué canal?

—Cualquiera que hable de sucesos y no de economía.

—Espera...

—Taylor, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con papá o con mamá? —pregunta, y lo oigo suspirar—. ¿Hablaste con ellos, antes de que se fueran e vacaciones?

—¿De vacaciones?... Erik, ¿qué...

Al poner la tele, la noticia del día es la pérdida en el radar de un avión. Un vuelo internacional, Singapur, Los Ángeles.

—¿Por qué me preguntas eso? —inquiero nervioso, y su silencio me inquieta.

—Lo que estás viendo es referente al vuelo de regreso.

—¿Vacaciones?... ¿qué vacaciones?... ¿de qué vuelo me hablas?

Confuso, los lloros de Erik me hacen temer lo peor.

—¿Desde cuándo no hablas con ellos? —insiste.

—¡Déjate de misterios, Erik! ¡No sé cuándo fue!

—Ayer hablé con ellos. Parecían felices. Preguntaron por ti.

—Hablas como si...

Callo al ver sus nombres en la lista de pasajeros colgada en la web de la compañía aérea.

—Erik, ¿dónde están?

—Ya no están, Taylor. Ya no están.

—¿Cómo que no están?!

—Lo siento, hermano, pero no puedo hablar...

Mi hermano cuelga, entre gemidos que a mí me mantienen inmóvil y con el teléfono en la mano, totalmente incrédulo ante la pantalla del ordenador, con un fuerte dolor en el pecho que profundiza y que me golpea, que me ahoga y que me hunde en mi sillón, que me acurruca y que me encoje, y que me pierde en la oscura sensación de la dejadez y de la soledad.

Mis padres han muerto. El avión en el que regresaban a casa está sumergido en el mar, a una profundidad que impide que los cuerpos puedan ser rescatados y devueltos a las familias, víctimas del fallecimiento de sus seres queridos.

Mis padres han muerto. Tengo un agujero en el pecho.

Las Vegas, 2010

Mis remordimientos de conciencia no me dejan dormir. Y las drogas, de vez en cuando, tampoco. Pero eso es lo de menos. No sé ni por qué las tomo. En realidad, quiero olvidar, y con esto lo único que hago es pensar y pensar.

Me hago una raya más y me dejo caer sobre el sillón.

—Voy a darme una ducha —dice una de las dos tías que me tiré anoche, asqueándome al verla.

—Dúchate en tu casa.

La agarro del brazo y la levanto.

—¿No lo dirás en serio? —inquire asombrada mientras yo la llevo hacia la puerta.

—Espera aquí —Regreso al sillón e intento despertar a su amiga —. Vamos, levanta —La llevo sobre mis brazos hasta la puerta—. Toma, por las molestias.

Le doy un montón de billetes de cien a su amiga y abro la puerta, con desaire, mientras ella alucina observando el dinero, y su amiga durmiente me mira furiosa.

—¡Eres un cabrón!

—Gracias por todo.

Las empujo afuera y cierro con llave. Qué asco...

Recogo la cocaína que hay esparcida sobre la mesa, limpio el cristal y, una vez me he deshecho de ella tirándola al váter, me meto en la ducha y lleno de cólera rompo a llorar.

Desde el día en el que me reuní con mis hermanos para asisitir al falso entierro de nuestros padres, el arrepentimiento y la desazón se apoderan de mí, junto a la angustia de no saber quién soy y qué estoy haciendo conmigo. Y

aunque sé que no debería plantarme cuestiones irrelevantes porque no hacen más que confundirme, lo innegable es quién he sido hasta hace poco más de tres meses. Un hombre de éxito, feliz y con el mundo a mi entera disposición. Sin embargo, mi actitud y mi forma de ver y de vivir la vida replantean mi futuro como si hasta ahora no hubiera sido capaz de ver la realidad. Tanto estar pendiente de mí obviando lo que dejé atrás ha hecho que mi fe en mí se haya quebrantado hasta el punto de no ver más allá de lo que poseo entre mis manos. Un taco. Una baraja a estrenar o cincuenta y dos cartas que hacen que el juego sea el placebo del recuerdo. Mientras tanto, la nostalgia oculta que hay al otro lado de mi soberbia innata.

Hacia meses que no hablaba con mis padres, cuando me enteré de que habían sufrido un accidente de avión. Ni siquiera sabía que se iban de vacaciones a Singapur. Y, de repente, sin haber tenido la oportunidad de enmendar mi dejadez, ellos desaparecen.

Nunca he sido un hombre familiar. Mi relaciones personales no van más allá de mis propios intereses. Incluso me atrevo a decir, que con Roy no es diferente. Y aunque me conoce de Stanford, no sabe de mí. Yo soy su amigo, pero antes que él estoy yo, siempre yo. Y conmigo, si es que necesito compañía, siempre estará el dinero, y no sabe de amistad. Mi elección, por encima de todo, siempre será el verde. No soy un hombre de relaciones duraderas. Quizás intensas, pero no eternas. De ahí, mi desapego hacia las relaciones personales.

Desde que me marché de Las Vegas para ir a la universidad, al otro lado del continente, siempre tuve una excusa para evitar acudir a los ínfimos encuentros que mi familia organizaba. Yo estaba, pero en el ordenador. A través de una cámara era testigo de cómo estaban y de qué hacían. Sin embargo, ese abrazo...

Recuerdo la última vez que abracé a mis padres. Fue en la licenciatura de Erik. Desde ese día, nada. Ni siquiera les permití asistir a la mía, o a la misma a la que yo no fuí, por no sentirme avergonzado. A partir de entonces, más dejadez.

En Nueva York fue peor. Mi entrega absoluta al trabajo era la razón, comprensible para ellos, de no ir a casa por navidad, pero, en realidad, las fiestas navideñas las pasaba jugando al póker, sin tener mala conciencia. Y tiene una explicación. Mis noches de partida son lo único que me hace feliz. Por eso estoy aquí. Pero los remordimientos de conciencia y las drogas no me

dejan dormir.

Ahora bajaré a la sala y volveré a gastarme la pasta en lo único que se me ha dado bien, siempre. Jugar y ganar. Por tanto, más que gastar, mi inversión en mí mismo me hará ganar los miles que he perdido hasta el momento, sin que lo entienda.

Actitud, Taylor, todo es cuestión de actitud.

Despejado, pero sin haber dormido en las últimas cuarenta y ocho horas, regreso a la mesa y apuesto dos mil, en la ciega pequeña.

—Por fin me hago contigo... —dice Roy tras responder al móvil—. ¿Taylor?...

—No vas a creerte las pasta que acabo de ganar en una mano... —miento, tras perder los dos mil y cinco mil más.

—¿De verdad vas a hablarme de cuánto has ganado, después de no haber respondido a ninguna de mis llamadas, en meses?

—No te pongas en plan madre... —increpo susceptible.

—Taylor, no debería decir esto, pero tus hermanos están muy preocupados por ti.

Callo y alejo el móvil de mi oreja lleno de ira.

—Hasta mañana —Me despido de los jugadores y me voy a mi suite—. Roy, al grano, por favor.

—Mira, sé que me mandarás a la mierda, pero escúchame.

—Tranquilo, nada de lo que digas puede afectarme.

Mientras su silencio engrandece mi soberbia, contrariado por mi inestable carácter cuento billetes, con ganas de colgar el maldito teléfono. Sin embargo, no lo hago.

—La semana que viene regresa Wong Chen.

Paro de contar y recuerdo mis días de gloria.

—Estoy despedido, ¿recuerdas?

—Vaya..., escuchaste mis mensajes...

—Todos, no —replico brusco.

—¿Qué esperabas, Taylor?, se supone que en una semana volvías al

trabajo. Pero llevas meses desaparecido.

—¿Te mando ya a la mierda?

—Está bien. Retomaré la conversación.

—Si lo que esperas es que vuelva...

—No espero que vuelvas, pero si lo haces, no será por lo que te diga, sino por ti mismo. Eso es lo que espero, Taylor, que pases página, pero no en Las Vegas, sino aquí.

—Ahora ya no tengo nada que demostrar. Ya no tengo a nadie a mi espalda diciéndome lo que está bien o mal. No me hace falta ser un ejecutor senior para que me reconozcan. Y tampoco una vida codiciada y envidiada para ser feliz.

—No sabes lo que dices...

—¿Qué quieres, Roy?

—Quiero darte la oportunidad de regresar.

—Ya te he dicho que...

—¡Sé lo que me has dicho! ¡deja de hacerte la víctima y piensa en los demás, ¿de acuerdo?! ¡Nos has dejado en la estacada, has desperdiciado la oportunidad de ser prestigioso y de obtener grandes beneficios con un gran negocio del que no solo tú dependías! ¡¿Crees que hago esto por mí, por mi padre o por mi empresa?!

—No lo sé, Roy... —respondo intimidado.

—Te estoy llamando a expensas de mi padre. No quiere verte ni en pintura, Taylor. Él depositó su confianza en ti y le has defraudado. Entiende tu dolor, a causa de la gran pérdida que sufriste, pero la vida sigue, Taylor, y tu vida está aquí, al cargo de la cuenta de Wong Chen y bajo el amparo del nombre de mi padre. Solo quiero que te des cuenta de que no puedes desaparecer, así como así. Te debes a muchas personas que han hecho que seas reconocido por tu disciplina y gran entrega al trabajo. No tires por la borda todo por cuanto has luchado.

—Mi lucha siempre ha estado dirigida hacia un mismo objetivo.

—Sí, Taylor, ser un gran jugador. Me lo has dicho muchas veces.

—No es tan malo...

Mi ironía lo hace reír.

—¿Crees que esta es la mejor forma de hacer las cosas?, ¿un borrón y cuenta nueva?

—Así duele menos... —musito, y el silencio me reconcome.

—El martes iré al aeropuerto para recibir a Mei Ling.

Vaya..., no la había olvidado, pero oír su nombre...

—¿Crees que por una mujer volveré, cuando ni me importa el dinero que ganaría?

—Sí. Así eres. Tres millones anuales y la oportunidad de trabajar con ella. Te ofrezco tu antiguo puesto.

—Vaya..., tenéis que estar muy desesperados...

—No hagas que me arrepienta, ¿de acuerdo?

—¿Y tu padre no lo sabe?

—Esto cosa mía.

—¿Por qué, Roy?, ¿por qué haces esto?, yo no soy amable contigo. Ni siquiera te he demostrado ser tu amigo.

—¿Recuerdas el primer año en Stanford?, yo daba asco, ¿te acuerdas?

—No dabas asco.

—Eras el único que lo pensaba.

—No exageres...

—¿Cuántas veces me salvaste de una buena paliza?

—No las he contado...

—Yo sí. Fueron siete. Y nunca te importó lo que pensarán de mí y de ti. Por eso lo hago. Es mi forma de devolverte el favor.

—No lo hice para que me debieras favores.

—Lo sé. Y no me defraudes.

Dejándome blanco, Roy cuelga el teléfono.

Soy especial en algo. Suelo defraudar a los demás. Lo hice de pequeño, cuando desobedecía a mis padres y me saltaba las clases para ir a jugar al póker. Lo seguí haciendo en el instituto ganándome el apodo de *Littel player*

hasta el punto de que mi padre tuvo que influir para que el director no me echara, de la misma forma que hizo con el rector de Stanford.

Económicamente hablando, mis padres donaron varios miles para que yo pudiera licenciarme. Pero ese hecho no rectificó mi forma de pensar o de actuar. Y ahora, a pesar de que Roy es consciente de que yo suelo ser fiel a la decepción que causo en los demás, lo que espera de mí es que no le defraude.

Si supiera lo que es sentirse defraudado...

Ver a mis hermanos sí que fue una gran decepción para mí, pero solo lo sé yo. Ellos mantenían una relación con nuestros padres que yo jamás podría haber tenido. Mantienen una relación entre ellos que ya se preveía desde pequeños. Y yo jamás supe ver que, quizás, había un hueco para mí. Son tan distintos a mí, que no parecemos hermanos. Todo lo contrario a ellos, que sí que lo parecen. Por tanto y como siempre, yo soy el bicho raro.

Sus constantes llamadas mostraban su preocupación. Lo que me ha dicho Roy no es nada nuevo. Ellos saben que no soy dado a llamarlos, pero también es cierto que, tras decidir que en Las Vegas estaba mi futuro, una semana después de verlos, bien podría haberles dicho que Nueva York no era para mí. Lo mismo que podría haberle confesado a Roy. Pero tengo una duda y, por no darle solución, evito hablar más de la cuenta sobre mí. No sé lo que pasa con la suerte, pero cuando menos lo esperas llama a tu puerta.

No me importó abandonar mi vida en la gran manzana para dedicarme al juego. Sabía lo que dejaba atrás y lo acepté. Creí que ya había llegado el momento de liberar a aquel jugador que solo de noche podía disfrutar de su astucia y misterio. Pero al llegar aquí, la suerte se esfumó, de la misma manera que mis padres. Un así, después de aceptar el hecho de que mi vida discurre y transcurrirá en soledad, una llamada despierta al azar que yo escondía y me hace replantarme mi situación.

Esos tres millones en mi cuenta no estarían mal...

He perdido demasiado. Debo recuperar lo que tenía. El lujo de una vida despreocupada.

Mei Ling en mis ojos no estaría mal...

El día que decidí no volver a Nueva York, ni siquiera pensé en ella. Fue tan fría durante su escueta visita que, si regreso, no estaría mal calentarla y despojarla de esa apatía oriental. Y sobre mi cama, precisamente.

Mientras hago la maleta, Erik me llama. Seguro que es cosa de Roy...

—Hola, Erik.

—¿Cómo estás, hermano?, te he llamado varias veces, y Yisel también.

—Ella, menos.

—Ya sabes cómo es...

—¿Cómo está?

—Relativamente bien. Se ha venido a vivir conmigo. Le está costando mucho superarlo.

—Dale recuerdos de mi parte.

—De acuerdo, hermano. Por cierto, Roy me ha llamado.

—Me lo he imaginado.

—Taylor, sé que estás pasando por un mal momento.

—No estoy tan mal...

—Eso es lo que dices, pero yo te conozco y sé que cuando estás mal te refugias en ti mismo y, lo que es peor, en la parte más oscura de ti, en tu adicción al juego.

—Oscura..., adictiva... —reitero pensativo—. Siempre he jugado, Erik, no puedes decir eso.

—¿Recuerdas el día en el que tu mejor amigo, el de la bici roja, se mudó a otra ciudad?

—Pero ¿qué os pasa a ti y a Roy? ¿Os ha dado por estar nostálgicos?...

—Taylor, escúchame, por favor.

—Erik, eso ocurrió cuando yo tenía diez años.

—Sí, pero estabas tan triste que creíste que lo único que podía consolarte eran las cartas. Te escapaste de casa. Estuviste dos días desaparecido. Y cuando la policía dió contigo estabas en las afueras, en una casa deshabitada, jugando al póker con tres borrachos. Perdiste tus ahorros y lo ganado en meses, a escondidas de los papás. Según Roy, estás ganando, pero yo no me lo creo. Te conozco, soy tu hermano, y sé que no confías plenamente en ti, ¿cuánto has perdido?

—No sé a qué viene esto ahora...

—Viene a que no puedes refugiarte en tu deseo tal y cómo estás. No sabes centrarte. Lo haces para escapar y no para jugar como más te gusta. No lo disfrutas. Y lo malo es que no te das cuenta de lo que dejas atrás.

—¿Y quién te ha dicho que no esté disfrutando?... ¿sabes, Erik?, me estás agobiando.

—No me cuelgues, ¿vale?

—Erik, estoy bien. He reservado un vuelo para Nueva York. Vuelvo al trabajo.

—Me alegro de que sea así. Se lo diré a tu hermana.

—Me parece bien.

—Por fin, has abierto los ojos.

—Tres millones hacen milagros.

—Por lo menos ves algo. Aunque sea el dinero...

—Tú lo harías por un Picasso.

—Por un Bosco, mejor.

—Tú ya me entiendes.

—Confío en tu palabra.

—¿Algo más, Erik?, tengo que hacer la maleta.

—Nada. Si regresas a Manhattan y dices que estás bien, no tengo más opción que creerte. Te deseo un buen viaje.

—Gracias. Adiós, Erik.

—Adiós, Taylor.

Hay días que comienzan de manera incomprensible. A las seis de la mañana estaba perdiendo miles de dólares tras meses de juego ininterrumpido y sin límite, gracias al polvo blanco y a mi obsesión por ganar, sin contar con las mujeres con las que me he acostado. Cada día diferente en cuanto a ellas, pero no en cuanto a mis pérdidas.

Hay días que acaban de manera increíble. A las dos de la madrugada estoy en mi apartamento de Manhattan tirado en la cama y con mi cuenta bancaria a la espera de recibir los tres millones, sin contar con la extraña sensación que se despierta en mí, la más disuasoria, si es que vuelvo a ver a esa mujer. Me gusta el dinero, por eso regreso, pero las mujeres me pierden, lo mismo que el

juego.

Estar más de un día durmiendo pone en orden mi cabeza. Al tercer día de estar en Nueva York, me presento en las oficinas a primera hora. Durante toda la mañana, escucho la murga del padre de Roy. Tengo que darle la razón, en todo. Pero eso no significa que vaya a cambiar. Por supuesto, callado otorgo. Y en cuanto a Roy, que está presente y como yo, más callado que las putas, con solo ver que estoy aquí, se da por satisfecho.

A la hora de comer, comienzo a ponerme nervioso. Hacía mucho que no me alteraba. Que yo recuerde, la primera vez que acudí al piso franco. A partir de ahí, nada. Y sentir que quizá no pueda controlarme me inquieta.

—¿Preparado? —pregunta Roy, con temblor en las manos.

—¿Y tú?

—Si esto sale mal, los dos estamos fuera, ya has oído a mi padre, así que ¿preparado, Taylor?

—Siempre, Roy.

—Olvídate de cómo sería en la cama y centraté en lo que importa, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, Roy, lo tengo todo controlado.

A los pies de la escalera del avión particular de Wong Chen, Roy y yo esperamos a Mei Ling, en mi caso, deseando ver sus piernas y ese culo prieto y... ¿a estrenar?...

—Bienvenida, señorita Ling, espero que el vuelo haya sido de su agrado —saluda Roy estrechando su mano, entre una decena de chinos que la rodean.

—Gracias, señor Miller ¿Todo listo?

—Por supuesto, señorita Ling —respondo alargando la mano para saludarla, pero ella, que me observa de arriba abajo, lo que hace es evitarme.

—El señor Carter, supongo —dice altiva y seria.

—Puede llamarme, Taylor.

—De acuerdo, Taylor, usted puede llamarme, señortita Ling, si no le importa.

—Cómo quiera. Pensé que podríamos crear un ambiente de confianza, dadas las negociaciones que llevaremos a cabo, juntos, durante los próximos

días, pero si prefiere mantener las formas...

—No he sabido de usted en meses, Taylor —increpa, con retintín—. Mi relación laboral con esta empresa solo atañe al señor Miller, pero si él cree que usted es capaz de afrontar la responsabilidad, tras su fuga inesperada, no me opondré a ello.

—Asuntos personales —comento airoso.

—No le estoy pidiendo explicaciones, Taylor —replica molesta—. Solo que se involucre.

—Puede confiar en mí, señorita Ling.

—Hasta ahora no lo ha demostrado.

—Señorita Ling, si me acompaña... —Roy, conciliador, la lleva hacia la limusina—. He revisado su propuesta y...

Durante el trayecto, solo hablan ellos.

Solo hablan ellos, y yo escucho y observo, no porque no tenga algo que decir, sino porque no puedo decirlo. Si hablo, todo se va a pique. Si ella no está conforme con el hecho de que yo lleve su cuenta, yo no puedo hacer nada más allá de las cuatro paredes de mi despacho, en donde, al llegar, me centro en la idea de que he vuelto, de que no me será fácil retomar el papel de refutado hombre de negocios y en donde mi dólar de jade esperaba mis caricias.

Mientras ellos están reunidos, yo pienso en mi estrategia a seguir, tanto con la cuenta de Wong Chen, como con Mei Ling.

Jamás en mi vida me han tratado como a un despojo hasta que ha llegado ella. Pero jugaré a su juego. Si solo le importa el dinero, dinero le daré.

Toc, toc, toc...

—Adelante.

—Señor Carter, si no le importa, debería revisar su agenda.

—Claro, Betty. Entra y siéntate.

¿Y esa falda?...

Al cerrar la puerta, se le caen unas carpetas. Nunca la había visto con falda, y menos con una falda tan corta. Tiene un buen culo.

Acariciando mi dólar de jade, mostrando mi arrogancia y mi encanto más

sutil ante la mujer sonrojada que lee mi agenda, empiezo a notar cómo la suerte está de mi lado y así nuestro sonriente, accediendo a los cambios que ella cree convenientes.

Entretanto, sin perder de vista sus muslos y sus rodillas, si la suerte me acompaña, tarde o temprano acabaré siendo el dulce de Mei Ling. Jamás una tía se me ha resistido. Y ella, oriental y fría como el hielo, acabará derretida ante mí.

Actitud Taylor, todo es cuestión de actitud.

—Roy... —respondo enérgico y le hago un gesto a Betty para se marche.

—La he convencido para que vayamos a cenar. Tú vienes, pero no la cagues, Taylor, me ha costado la vida que aceptara que tú vinieras. Pretendía mandar a sus operativos, cuando le he dicho que tú llevarías su cuenta, pero, por lo visto, Wong Chen quiere que sea ella quien se encargue en persona.

—Muy bien, Roy... —expreso satisfecho.

—¿Sabes?, me recuerda a ti. Todo lo que exceda del trabajo parece darle náuseas.

—Eso es perfecto. ¿A qué hora has quedado?

—A las ocho, en el restaurante de siempre, y no te retrases.

—Tranquilo. Todavía, no he tenido tiempo para ir al piso y saludar.

—Cómo se te ocurra jugar y dejarme tirado...

—Seré puntual.

Regozijiéndome en mí mismo, la confianza que me transmite la cena de esta noche engrandece mi orgullo.

Un traje nuevo. Los zapatos, a estrenar. Camisa y corbata del mismo color, pero en diferente tono. El perfume, intenso y sutil. El pelo recién cortado. El afeitado apurado. Y en la mesa del restaurante, junto a Roy, espero a Mei Ling.

—¿Has ido de compras? —pregunta curioso.

—Soy un hombre nuevo.

—Seguro que sí... —dice sarcástico.

Ignorándolo, vuelvo la mirada hacia la entrada ansioso por verla aparecer. Y ahí está. Exhuberante...

Vaya con la china..., nadie diría que debajo de esa fachada fría, imponente

y calculadora, se esconde una mujer...

El restaurante merece su vestido de gala. En el mejor del Manhattan, ella es la más llamativa. Con un vestido hasta los pies, igual de negro que su larga y lisa cabellera, Mei Ling es el centro de atención de todas las miradas, sobre todo, de la mía, que observa su esbelta figura mientras habla con el metre y de espaldas a mí solo hace que tentarme.

Menudo escote... Curvilínea, no resisto el temblor de mis dedos ante su espalda descubierta. Si no fuera por su pelo, podría ver incluso esos hoyuelos de sus caderas.

Date la vuelta...

Al girarse, me encuentro con sus ojos, pero desvío la mirada mostrando mi desinterés, y ella, que camina hacia nosotros, me provoca con su andar orgulloso. Desentendido, beber calma mi descontrol, pero la sensación de estar a su entera disposición no desaparece.

—Buenas noches, señorita Ling —saluda Roy inclinándose.

—Buenas noches, señor Miller. Señor Carter...

—Señorita Ling, le agradezco que me haya reconsiderado como opción —comento y correspondo su amabilidad.

—No es una opción, señor Carter. Resulta que usted es imprescindible. Debo pedirle disculpas por la frialdad que he demostrado esta mañana, pero entienda mi posición. Me debo a Wong Chen, y a él no le gusta que lo engañen. Su ausencia ha reblandecido nuestras negociaciones, y yo he accedido a esta reunión porque él me lo ha pedido, personalmente. Cree que usted puede hacerle ganar mucho dinero, y aunque yo estoy en desacuerdo, si al señor Chen le gusta algo o alguien, a mí también.

—Estoy totalmente de acuerdo, señorita Ling —afirmo y le muestro la mejor de mis sonrisas.

—Bien. Una vez aclarado esto... —Inclina la cabeza hacia mí, y yo la imito —. Estoy dispuesta a escucharlo —añade cohibida.

Vaya..., tienes dulzura...

Y es dulce. Muy dulce diría yo, pero por mucho que intente agasajarla, personalmente, no entra en mi juego. Se limita a los negocios aunque sonría tímida. Se define mientras habla como una mujer independiente y decidida, a

pesar de ser un frío escudo, ante mis ojos. Podría decirse que el suyo es idéntico al mío. Quizá sea la razón por la que me intriga tanto. Controla cada uno de sus movimientos, y yo observo cuáles son y cómo los hace, aunque se muestre firme en su diálogo, a través de su poder de convicción.

Si habla y está convencida de lo que dice, certera en todos los casos, sus manos permanecen sobre la mesa, y su mirada, penetrante y abierta, titubea de un lado a otro mientras, de vez en cuando, conecta con la mía. Sus ojos no engañan. Y eso juega a mi favor. Sé leer las miradas. La suya me mantiene cautivado, al igual que su voz. Tiene confianza en sí misma, pero si escucha atenta, mira fijamente al interlocutor con un rasgar de ojos insinuator del deseo, que a mí me aturde y a Roy deja petrificado. A mi entender, no es más que el reflejo del pensamiento y de la reflexión. Ni qué decir tiene, que el hecho de permanecer abstraídos en su locuaz discurso, aviva y acrecienta los momentos en los que la incertidumbre arropa su autocontrol. Es entonces cuando su forma de expresar las dudas resalta en su rostro, atrayéndome. Al mismo tiempo, endurece la mandíbula e intenta no mirarnos, o no mirarme a mí. Y, en esos instantes, las manos las posa sobre su regazo y bebe vino muy despacio y a traguitos como si temiera atragantarse. Si yo hablo y la observo, mientras tanto, ella se pone muy nerviosa y retira la vista tímida y callada, aunque sus réplicas sean duras.

Pero si observo su boca... En cuestión de segundos, su lengua humedece sus labios, y la mía desearía hacerlo...

Una cena me es suficiente para empezar a conocerla. Y de ahí, a su casa...

Dentro de la limusina, mientras ella habla por teléfono,...

—Roy, pregúntale que en dónde vive —susurro.

—No pienso preguntarle eso.

—Pero el chófer tendrá que llevarla...

—Ella le ha dado una tarjeta. El chófer sabe adónde vamos.

—Perfecto. Cuando lleguemos, lo sabré yo.

—Taylor, no me metas en un lío. Olvídala. No te dará una oportunidad, además, entre ella y tú no puede haber nada.

—No eres adivino, Roy. La cena ha estado bien, y ella ya la has visto. Quizá sí que haya una oportunidad de algo más que una simple realción de negocios.

—¿Y qué es exactamente lo que tendría que haber visto?, ¿crees que ya la tienes a tus pies?... no seas necio y céntrate en los negocios, no en el sexo.

—¿Algún problema? —pregunta Mei, tras colgar.

—Ninguno, señorita Ling —respondo encantador.

—Mei, puedes llamarme Mei.

—Mei, no hay ningún problema, ¿hay algún problema, Roy?

—Ninguno, Taylor, lo tienes todo controlado —responde irónico.

—Perfecto, entonces —dice ella a punto de salir—. Muchas gracias por la cena. Ha sido provechosa.

—A usted, señorita Ling —dice Roy, satisfecho.

—Ha sido un placer, Roy. Mañana continuaremos —Mei se inclina—. Taylor...

—A las ocho en punto nos vemos, Mei.

Mirándola fijamente, ella mantiene los ojos abiertos en su rasgar constante y sinuoso. Me vuelve loco sus ojos.

Dos segundos después, sale del coche.

Mi piso no está lejos del edificio en donde ella ha alquilado un apartamento. Durante quince días permanecerá en Nueva York. Después, volverá a China, junto a Wong Chen. A partir de hoy, comienza la cuenta atrás. En quince días será mía, y hasta que no lo consiga no voy a parar. Entretanto, para no perder la costumbre, el piso franco es mi destino, tras dejar a Roy en su casa.

Sigo siendo el mismo aunque haya vuelto. Y gano al póker, eso ha cambiado, y no lo entiendo. Supuestamente, Las Vegas es el lugar en donde el azar debería sonreirme y más que nunca, pero es fingiendo que vivo para los negocios en donde la suerte me acompaña de noche, oculto del mundo. Desconcertante para mí y mis deseos, sin duda. Esta noche, aunque vuelva a ganar y vea cómo mi vida encauza su camino, tras un lapsus envuelto en la oscuridad del juego como dice mi hermano, sigo teniendo remordimientos. Y para incrementar mi angustia nocturna, Mei Ling.

Por las mañanas solo escucho su voz, y así llevo ocho días, sin poder interactuar con ella porque solo habla por teléfono o por video conferencia con sus clientes mientras Roy y yo llegamos a acuerdos con sus operativos, o

diez chinos muy dados a las preguntas incómodas. A mediodía, ella come en una mesa separada de la nuestra. Según los chinos, nadie se atreve acercarse a ella por quien es, además, de que le gusta meditar. Por tanto, el instante más frugal para nosotros resulta ser su momento de reflexión y de inusitada soledad. Me intriga esa parte. Nunca sé lo que piensa. Intuyo que la confianza que estamos teniendo en estos días, a ella la incomoda. Siempre alejada del resto. Siempre conversando, interminablemente.

Siempre a las afueras de las relaciones personales...

Me recuerda a mí, pero no me gusta verme reflejado en ella.

No es natural, pero lo intenta. Además, por mucho que evite mostrarse tal y cómo es, yo sé que hay mucho más debajo de su escudo.

Hay más, detrás esa máscara que lleva, y yo intento adivinar qué puede ser aunque ella no me deje ir más allá de una relación laboral que, por cierto, tiene los días contados.

Me gustan las despedidas. Soy un hombre de adiós porque no las doy todas conmigo si es que alguien espera volver a verme, pero con ella no sé lo que diría. Esta noche, después de un fin de semana desesperante y sin tiempo para el juego, el avión de Wong Chen aterrizará en el JFK. El jefe viene para confirmar el nuevo contrato, rubricarlo y para hacer efectivo el traspaso de fondos. A mí me da igual. Pero creo que el hecho de que venga está poniendo nerviosa a Mei. Eso de que, lo que a Chen le guste a ella le gusta, a mí me conviene, y aunque en estos días me ha ignorado, ahora que su jefe estará presente en las reuniones, no tendrá más remedio que hacerme caso. Y aunque me intriga el no saber qué hacer o cómo comportarme, eso es, exactamente, lo que más me atrae de ella. Mei nunca flaquea, y a mí me vuelve loco.

—Me gustas, Taylor...

—Claro, nena.

Le doy un beso a la amiga de esta noche, una jugadora nueva para los habituales del piso franco, y muy buena para ser una principiante, y me levanto de su cama para ir al baño.

—¿Es el miércoles tu día de juego? —pregunta curiosa.

—No, guapa. Es el lunes, hoy me has pillado de casualidad.

Te miento porque paso de ti, pero cómo decírtelo...

—Los lunes trabajo.

Mejor.

—Lo siento, nena, pero tengo que irme. No sé si te llamaré, quizá, lo haga. Tienes que marcharte, ¿lo entiendes, verdad?

—Claro Taylor, no hay problema. Pero llámame.

Me besa apasionada, y yo la correspondo.

En mi apartamento, mi culpa y mis remordimientos siguen conmigo aunque ya no sean angustiosos. Ahora duermo, pero muy poco. Tengo una razón por la que despertar y levantarme cada mañana. La pasta que me llevo a la hora. Sin embargo, algo ha cambiado. Mi reto es una mujer, de momento lo es, y lejos queda el dinero porque ya he demostrado que valgo. No obstante, una duda me acecha ¿Sé conquistar a una mujer?...

¿Sabré conquistarla a ella?... No lo sé. Y la verdad es que nunca me ha hecho falta conquistar a una mujer. Siempre han sido ellas las que se han metido en mi cama o me han llevado a la suya, por tanto, si me deshago de mi fachada, ¿qué me queda?... ¿Qué hay en mí que llame su atención?... ¿Qué hay en ella?...

Solo tengo ojos para verla sonreír según se inclina ante su jefe.

—Bienvenido, señor Chen —saludo inclinándome.

—Taylor Carter, siento mucho la gran pérdida de sus seres más queridos. El señor Miller me contó la razón por la cual se mantuvo al margen del negocio —dice sorprendiéndome y no solo a mí.

Mei Ling está desconcertada. Se le nota. Me mira aturdida y lo hace como mujer.

—Le agradezco sus condolencias —expreso entristecido.

—¿Todo listo? —pregunta impaciente—. Mei Ling me ha estado informando de todo sus pasos, y he de decir que estoy muy satisfecho con su trabajo.

—Es fácil trabajar con ella.

—Ja, ja, ja, ja..., entiendo su ironía, señor Carter...

No he sido irónico. Realmente es muy fácil trabajar con ella porque ella nunca está. Mei Ling se dedica a ordenar a sus operativos qué deben hacer. Si

lo quieres, bien. Si no, también.

Eso sí, mi tiempo y mis condiciones tienen un precio, y por ello, los chinos han pagado más de lo previsto. Por eso me es muy fácil trabajar para quien sea mientras yo me lleve mis tres millones anuales. De hecho, en un par de horas doy respuesta a todas las dudas de Wong Chen, resuelvo los puntos clave del acuerdo, y satisfago la curiosidad de los chinos con propuestas de riesgo, pero muy beneficiosas para ambos.

—Por cierto, señor Carter —dice Chen antes de entrar en su coche—. No estaba previsto, pero si no le importa, me gustaría visitar el casino, ¿alguna vez ha ido al casino, señor Carter?

—Claro, señor Chen —respondo asombrado.

—Perfecto. ¿Tiene algo que hacer el viernes por la noche?

—No, señor Chen.

—Lo dicho. El viernes me acompañará al casino. Pero antes, cerremos el contrato y brindemos por nosotros.

Palmea mi espalda, con entusiasmo y efusividad, y me invita a subir en la limusina. Dentro, mientras yo hablo con Roy, Mei enfurece. Habla con Chen, en su idioma natal, y él parece obviarla. Es más, creo que la increpa mientras ella enmudece conteniendo su ira. Entretanto, sin que sean conscientes de que espío sus gestos, de repente, como un relámpago, los ojos de Mei se clavan en los míos. Es entonces, cuando me doy cuenta de que me odia, de que mi presencia la incomoda, y de que, si yo soy del favor de Chen, ella es persona.

Acabo de ver su furia. Ya vi su dulzura. También he oído la calma de su voz. He respirado la fragancia a jazmín que solo ella desprende. Y he sido testigo de su alto poder ejecutivo y mandatario. Sin embargo, ahora conozco su rabia y descontrol, no obstante, que sea hacia mí no es lo que esperaba.

Me vas a costar mucho, chinita...

La firma del contrato se hace efectiva. El brindis de Chen nos hace sonreír. Su dinero ya está con nosotros. Su negocio saldrá adelante.

Mientras todos brindamos por el futuro, Mei se mantiene al margen. Concretamente, en la terraza de la sala de reuniones.

Vamos allá. Ahora o nunca.

—¿Puedo acompañarte? —pregunto, desde el umbral.

—Por supuesto —accede, tras enderezarse.

—¿Todo bien?

Sonríó cautivador y me acerco a ella, que se mantiene firme, altiva y seria.

—Somos socios. Yo diría que toda va según lo previsto.

—¿Siempre eres tan disciplinada?

—¿Es malo no serlo?

—No. No es malo, pero los momentos de relax también son importantes, sobre todo, para mantener la mente abierta.

—¿Soy obtusa por no mostrar mi verdadera personalidad?

—Yo no he dicho eso.

—Lo ha parecido.

—Creo que volveré a empezar —Respiro hondo—. ¿Haces algo esta noche?

—¿Perdona?

—¿Te sorprende que quiera invitarte a cenar?

—Somos socios, tú y yo nunca iremos a cenar ni nada por el estilo, ¿qué te hace pensar que saldría contigo?

—Solo es una pregunta. Pero ya veo que tienes planes.

En silencio, las cosas se piensan mejor.

—Si te he dado a entender que...

—No te preocupes, Mei. La culpa es mía por no darme cuenta de que no te van los hombres.

—¿Crees que soy lesbiana? —inquire asombrada.

—No te preocupes. A mí no me importa. Me he acostado con muchas que intuían serlo.

—Y tú las hacías cambiar de opinión, ¿verdad? —replica, y yo sonrío para disimular lo mucho que me cuesta llamar su atención.

—Yo no soy lesbiana —asegura.

—¿Y te lo has pensado o lo dices por decir?

—¡Taylor! —grita Roy, desde dentro.

—Gracias por estos días de intenso trabajo a destajo y sin un minuto para respirar, Mei Ling.

Me inclino, amablemente, y ella me imita, pero sin sonrisa y con ofensa. Media hora más tarde, la veo salir de la sala con la furia de mil panteras oculta bajo su falda.

Con la despedida de Chen hasta otro día, algo resalta en la sala y no son las copas de champagne, sino la pluma de Mei, una Nakaya con ilustraciones de una gueisa desnuda que está siendo cortejada por un samurai.

Ya eres mía...

Conduciendo hasta mi casa, observo el edificio en donde se esconde Mei, todas las noches. En el interior, alumbra la misma luz de siempre. Las mismas ganas de entrar y de averiguar si es ella la que la enciende me dominan, como cada vez que paso por delante del edificio, todas las noches. Desespero por verla de otra manera que no sea la fría y dura mujer de negocios.

Con su pluma entre mis dedos no hay dudas. Ahora o nunca.

¿Dónde estará esa baraja?... En la guantera la encuentro.

Caminando hacia la entrada principal mezclo las cartas.

Necesito calmarme...

Aprovechando la conversación que mantienen el portero y una señora gorda que lleva a su perro en brazos, sostengo la puerta y saludo sonriente y amable mientras ellos se extrañan al verme.

—Como siempre, encantadora —saludo a la señora besando su mano y, a continuación, acarico al perro, que me enseña los dientes—. ¿Un buen día, Max? —pregunto al portero, tras ver su placa—. Yo necesito un descanso.

Presuntoso, camino hacia los ascensores mientras ellos me observan, en silencio. Al entrar, con un simple guiño los pierdo de vista. La baraja entre mis manos... Su pluma dentro del bolsillo interior de mi traje... La posibilidad, una a treinta, de que en la última planta esté Mei...

Tras llamar al timbre, entre cincuenta y dos cartas elijo una mientras espero. Un siete de corazones.

—¿Sí?... —dice una mujer, sin abrir.

Intuyo que es ella.

—Taylor Carter —respondo, con firmeza.

Si sale una qu, entre cincuenta dos cartas, ella es mía...

Vuelvo a elegir una carta. Un dos de tréboles.

—Taylor...

Es ella. Entreabre la puerta.

—Buenas noches, Mei.

—¿Ocurre algo?

Apoyado en el marco la observo.

—Creo que esto es tuyo.

Le enseño la pluma.

—Mi Nakaya... —suspira aliviada y cierra la puerta para, enseguida, abrirla y encontrarse conmigo—. Muchas gracias.

Juntando las manos y entrecerrando los ojos, Mei me sonrío agradecida y se inclina respetuosa mirando hacia abajo.

—Si me invitas a una copa, estamos en paz —sugiero con la mano en su barbilla para alzar su cabeza—. ¿Te parece bien?

Tras encontrarnos, durante unos segundos, mirada felina y salvaje la mía, desconcertada y complaciente, Mei se endereza y alarga el brazo invitándome a entrar.

—¿Dónde la has encontrado?

—En la sala de reuniones —respondo observando las velas que alumbran su apartamento según respiro el aroma a incienso que ambienta el salón, intrigado en el fino colchón de piel que hay tirado en el suelo del salón.

—Creí que que la había perdido —confiesa yendo hacia el mueble bar.

—¿Sorprendida? —espeto orgulloso y con la mirada clavada en la delicadeza con la que toca los vasos y las botellas.

—Más bien, desconcertada. ¿Whisky?

—Con hielo, por favor.

Me dirijo hacia ella.

—Has sido muy amable, Taylor.

Me da la copa e inclina la cabeza.

—¿No me acompañas? —pregunto aturdido.

—Lo haré con un té, espero que no te importe.

—No, claro que no.

La observo preparar la tetera, de espaldas a mí.

Me gustaría tocarte...

Ella lo hace, sobre sí. Se toca, suavemente, su larga melena para retirarla de su cuello y pasarla por encima de uno de sus hombros. Entonces, a la vista queda su tatuaje de la nuca.

—¿Qué significa? —pregunto intrigado.

—¿Qué significa el qué?

—La flor de tu nuca.

—Es un chakra —revela y se da la vuelta.

—Y eso es...

Mirándola, con curiosidad, la veo sonreír, tímidamente. Un delicado soplo de aire a su té, un caricia en su mejilla que yo mismo le daría, y su andar la lleva a pasar por delante de mí.

Me gustaría olerte más de cerca...

—Los chakras son los centros de energía inmesurables que hay en el cuerpo —dice yendo hacia el salón—. Equilibran el cuerpo y la mente —La sigo atraído por su voz—. Rigen todos nuestros órganos y trabajan juntos como un mismo sistema aun siendo independientes.

—¿Meditación? —aludo al comentario de los chinos.

—Sí —afirma dándose la vuelta como si fuera inocencia salvaje, a descubrir—. Meditación... —Se inclina y sopla una vela—. Relajación, reflexión, concentración...

—Y..., ¿funciona? —pregunto ingenuo, y ella entrecene el semblante.

Me gusta...

—A mí me funciona —confiesa conmovida, excitándose.

En su silencio, sin contar con el mío porque ella me abstrae de todo, la observo soplar otra vela, caminar hacia la siguiente para apagarla, y, a

continuación, venir hacia mí, y porque a mi lado está la última vela que queda encendida.

—¿Eso hacías cuando he llegado?, ¿meditar?

—Sí.

Tras soplarla, se endereza y se queda plantada enfrente de mí, a muy poca distancia.

—Siento mucho haber creído que eras lesbiana —confieso avergonzado.

—No importa. No eres el primero. Y no serás el último.

Como si la hubiera ofendido, Mei le da un trago a su té, y se aleja.

—Te agradezco que me hayas traído la pluma —dice yendo hacia su habitación—. Si puedo hacer algo para compensarte...

—Sal conmigo.

Pero no responde. Solo se la oye abrir y cerrar los armarios y los cajones. Cuando por fin sale de la habitación, en sus brazos lleva un montón de vestidos que deja sobre el sofá.

—¿Te vas a algún sitio? —pregunto al verla regresar a la habitación.

—Vuelvo a China —revela al salir y con cajas de zapatos.

—Wong Chen regresará a China el sábado. Este viernes hemos quedado para cenar e ir al casino, ¿tú no vienes?

—No.

Regresa a la habitación, y yo empiezo a ponerme nervioso.

—¿Por qué no? —insisto.

Al salir, me observa, fijamente.

—Asuntos personales.

—Ya... —musito viendo cómo camina de un lado a otro, asombrado por su calma, y molesto y desesperado porque no quiere salir conmigo—. Y..., ¿volverás?

—No depende de mí.

—Claro.

Me bebo el whisky de un trago y se me atraganta, junto con la rabia. Ambos descienden por mi garganta y me la queman.

—Sé lo que intentas demostrar —comento atrevido.

Sonriendo sutil, Mei se acerca despacio.

—¿Y qué es, exactamente, lo que intento demostrar?

Con mirada felina suscita perspicacia.

—En algún momento, el frío acabará contigo.

—¿Lo dices por experiencia?

—Algo así...

En silencio, la curiosidad de sus ojos es su culpabilidad.

—Siento mucho el fallecimiento de tus padres —dice, de repente, y se inclina en ángulo de noventa grados, durante varios segundos—. No lo sabía.

—Eh..., tranquila...

Acariciando sus hombros logro que se alze, espléndida.

Ufff... Cómo me gustas...

Frente a mí, su mirada humedece. Penetrante, rasgada y en consonancia con la piel blanca de su rostro y que yo acaricio despacio, enterneciéndola, me sobra tiempo para arrimarla más a mí e intentar besarla.

—Se hace tarde, deberías marcharte —Se aleja cohibida y me desecha aunque mantenga la compostura—. Ha sido un gran honor haber trabajar a tu lado aunque no, directamente, Taylor Carter.

Alargando la mano, espera a que la estreche, y yo, que lo hago, a su vez tiro de ella. Pero se suelta y regresa a su fiel comportamiento, firme oriental.

—Lo siento —expreso lleno de inquietud y desconcierto.

Incomprensiblemente, seducido por la sutil sonrisa de sus labios, preferiría besarla a conformarme con mirarla. Entonces, de nuevo agarro su mano, sin que se resista, y, al acercarla hasta mí, le doy un beso en una mejilla, y el otro en la comisura de sus labios.

—El placer ha sido mío —susurro con mi mano en su rostro mientras la miro fijamente a los ojos, excitado por no poder tocarla más y mucho más.

Mientras tanto, ella, que tiritita débilmente según mantiene su mirada clavada en la mía, nota, junto a mí, cómo la piel de su cuello se eriza.

Respirando profundamente..., la besaría hasta morir, pero ella, que se aleja

abatida, sin saber que aumenta mi excitación, impedido de volver a tocarla tengo que conformarme con verla entornar los ojos, con calma y autocontrol impuestos, mientras mi respiración se intensifica, mi palpitar se transforma en un desbocado y continuo golpeo contra mi pecho, y el deseo de poseerla se convierte en mi mayor ambición.

—Te deseo mucha suerte —dice abriendo la puerta.

Me gustan las despedidas, pero esta...

—Yo también te deseo mucha suerte.

Contengo mis ganas de abalanzarme sobre ella, a punto de marcharme.

—Adiós, Taylor.

En el umbral, no me resisto a mirarla de nuevo. Me gusta decir adiós, pero ahora...

—Hasta pronto, Mei.

Nueva York, 2013

—Déjame ir, Roy.

—Te estoy dejando, Taylor, pero yo también voy. Órdenes del jefe.

—Es tu padre, seguro que sabes arreglártelas.

—No es cuestión de si es mi padre o no. No quiero que la cagues, Taylor. Nos jugamos mucho en esto, no lo olvides.

—¿Por qué te molesta que vaya solo?

—¿Por qué no te olvidas de ella?

—Llevo tres años...

—Yo también, Taylor —replica airoso—. Todos llevamos tres años esperando esto, pero el tiempo es lo de menos, ¿sabes cuánto dinero hemos invertido en este negocio?

—Lo sé, Roy.

—Pues no lo parece. Si esto sale mal, será nuestra ruina. La quiebra. Nuestro fin. La bancarrota, Taylor. Palabras mayores.

—Solo quiero ir a recogerla.

—Y yo solo quiero acompañarte.

—Está bien —Me levanto enérgico y me dispongo a salir de mi despacho—. Sígueme si puedes.

Me compré el Ferrari, el que deseé cuando me ascendieron, pero he hecho tantas cosas desde que Mei se marchó, que lo del coche es lo menos.

Mis partidas de póker han venido siendo las habituales. Mi único día de descanso es el domingo. El resto de noches, juego, gano, me acuesto con la primera que me entre y regreso a mi apartamento para dormir las pocas horas que puedo hasta el día siguiente. Las reuniones, a primera hora del día, han sido las mismas a las que estoy acostumbrado a asistir, junto al consejo

accionarial, el director general, y su hijo, Roy, con el que he trabajado, codo con codo y hasta la saciedad, durante todo este tiempo, para que la inversión de Wong Chen y la nuestra no sucumbieran a la crisis financiera que llevamos arrastrando desde hace años. De hecho, es cuestión de suerte como dirían algunos como yo, el que sigamos al frente del negocio. El azar es caprichoso, y hasta ahora me ha estado retando, pero hoy, inesperadamente, está de mi lado.

Mientras conduzco, al mirar a través de la ventana, los parabrisas de los vehículos a los que rebaso están cubierto por una capa de escarcha. Hace un frío que pela, pero a doscientos da la impresión de que las gélidas temperaturas solo afectan al resto. Hacía frío la noche en la que por primera vez me despedí de ella, con ganas de volver a verla. Llevo tres años con un *hasta pronto*, del que he llegado a pensar que jamás llegaría, y aunque yo he seguido siendo el de siempre, reconozco que no he visto a ninguna mujer como ella o que, por lo menos, me clavara su huella como lo hizo ella, sin que siquiera pasáramos de un simple beso en la mejilla. Hoy la visita trimestral de los chinos no será como las anteriores. Mei Ling viene a dar fe del nuevo contrato de adquisición, en la bolsa de valores, de un paquete de acciones superior al anterior y que, supuestamente, en un corto plazo habría que liquidar o traspasar para poner fin a nuestra relación, económico empresarial. Hasta hace unas pocas semanas, los chinos venían cada tres o cuatro meses para supervisar nuestro trabajo y modificar, si lo hubiese, cifras, acuerdos y cláusulas ya aceptadas, pero abiertas a imprevistos.

En todas sus visitas, Roy, el señor Miller y yo, esperábamos a Mei Ling, consignataria y mano derecha de Wong Chen, sin que ella se dejase ver por Nueva York.

Creímos, desde el primer momento, que ella llevaría a cabo las negociaciones, pero no ha sido así. Yo nunca pregunté el porqué aunque me intrigara y tampoco dejé de involucrarme en el negocio por que ella no estuviera. Es más, me concentré en el trabajo y en el juego, y la olvidé, al poco de marcharse.

Sin embargo, las ocasionales videoconferencias que con ella manteníamos me enganaban a su esbelta figura, a su voz, y a sus paseos por su despacho en Hong Kong, como si fuera mi mal karma. Mi buen karma. No lo sé. No lo entiendo del todo, pero lo entiendo un poco más que antes. Según lo aprendido, muy poco comparado a muchos, si la acción ha sido verla para que

yo no la olvidara aunque me satisficiera con otras para engañar a la sensación de impotencia que me crea el no tocarla, el efecto, después de tres años esperando verla para desear acariciar su piel blanca, puede haber llegado.

El azar me sonrío. Lo siento alrededor de mí.

Está nevando. Bajo el paraguas, espero a que la puerta del avión se abra. Ahora, sí noto el frío. Y bajo un manto de copos de nieve, dos hombres bajan del avión. Por detrás de ellos está Mei. Veo sus zapatos y sus medias transparentes. Se esconden bajo un largo abrigo de pelo negro. A los pies de la escalera esperan los dos hombres hasta que ella pone un pie en el suelo.

La acompañan hasta mí cubriéndola con una gran sombrilla.

—¿Señor Miller? —pregunta un chino alto.

—Carter, Taylor Carter —saludo sonriente mientras intento ver, entre los dos chinos, a Mei.

—Esperábamos al señor Miller —dice enfrentándose a mí.

—Está bien —interviene Mei palmeando su hombro.

—Lo siento, señorita Ling.

El chino alto e impertinente se inclina, a modo de disculpa.

—Hola, Mei —saludo efusivo.

—¿Cómo se encuentra, señor Carter? —pregunta incómoda según adelanta a los chinos—. Ding tiene razón, esperábamos al señor Miller.

—Y aquí estoy, señorita Ling.

De la nada, Roy aparece y se interpone entre Mei y yo para inclinarse y saludarla. Mientras tanto, yo no le he quitado ojo, y ella... Mejor olvidarlo.

No le intereso, de hecho, su actitud es idéntica al frío. Te cala en los huesos si no llevas un buen abrigo. Y ella ha venido recubierta de pieles, pero yo, no. Tres años creyendo que esa noche pasó algo entre los dos, una chispa de algo, para esto...

Para verla subir a la limusina de Roy, sin volver la vista o esperar a que yo los siga.

Me cabrea. Y no sé lo que esperaba, pero como mínimo una sonrisa, algún gesto de complicidad o, quizá, un guiño hacia mí por haberla mirado como si me faltara desde siempre.

Le gusta el dinero. Ha venido a eso. Y yo estoy gilipollas.

Si pensaba que la reunión de hoy sería diferente, de alguna manera, lo único que ha cambiado es que hay una mujer que me ignora y que solo sabe de números, de inconvenientes y de lo débil e inestable que está la economía mundial, primordial gravámen de esta inversión, si continúa en descenso y hacia el precipicio. Y ahí estoy yo, precisamente. Al borde de lárgarme de aquí para acariciar mi dólar de jade y, así, después, jugar unas partidas al póker.

—Mi estancia no se alargará más de tres meses —dice Mei, sin despertar mi interés—. Ese es el tiempo estimado por el señor Chen para finiquitar nuestro acuerdo. ¿Cree que será suficiente, señor Carter?

Sorprendido por que me ha mirado para hablarme, actúo con desdén.

—Sobra.

—¿Cree que acabaremos antes de lo previsto? —pregunta asombrada.

—Creo que si trabajamos al ritmo de estos tres años, tres meses son demasiados, pero si considera, señorita Ling, que es el tiempo adecuado, no me opondré —espeto clavándole la soberbia de mis ojos—. Por mí, y hablo por propia experiencia, cinco o seis semanas será suficiente, ¿y usted, señorita Ling?, ¿qué opina?

—Creo que hay que estar seguros de dónde pisamos y de cómo lo hacemos —replica altiva y orgullosa—. Andar con pies de plomo como dicen en su país, señor Carter, y más, en apuestas tan arriesgadas como esta. Y añadido, si me permite, que las cosas hay que hacerlas despacio, con astucia y cautela.

—Y eso haremos, señorita Ling —afirma Roy, con firmeza, mientras yo sigo observando la innata soberbia de Mei, idéntica a la mía—. Si me acompaña, mi padre nos espera.

Mientras Roy se la lleva hacia el despacho de su padre yo regreso al mío. Estoy cabreado. Necesito una baraja.

Toc, toc, toc...

—Adelante.

Al abrirse la puerta, los dos chinos acompañantes de Mei.

—Señor Carter, mi nombre es Ding. El suyo, Xiong.

El chino alto y yo estrechamos las manos mientras el otro, un gordo enorme,

incina la cabeza.

—Taylor —saludo precavido—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Solo queríamos que supiera que nuestra responsabilidad, aquí, es la seguridad de la señorita, Ling. Ella es la protegida de Wong Chen, y como sabrá, una de las sobrinas del ministro de exteriores de nuestro país. Con lo que, estará de acuerdo conmigo, en que su protección ha de ser severa y prudente.

—Por supuesto, pero no entiendo a qué viene esto.

—Disculpe, Taylor —dice inclinándose hacia delante para acercarse a mí como si pretendiera intimidarme—. Creo que no he sido bastante claro —Apoyado sobre mi mesa acaricia mi dólar de jade, tocándome las pelotas—. Lo que quiero decir es que, si la señorita Ling no desea que la molesten, yo no haré excepciones.

—Ya veo... —expreso levantándome para quitarle mi dólar y evitar que siga tocándolo—. No tienen por qué preocuparse, señores. Mi interés en la señorita Ling solo es económico, y se debe a la sociedad que hemos fundado de interés lucrativo. Y ahora, si me disculpan, tengo mucho trabajo.

Abro la puerta para que se marchen.

—Perfecto, entonces —dice Ding sonriendo suspicaz—. Ha sido un placer, Taylor. Volveremos a vernos.

Inclinándose se despiden los dos, pero sin que yo me incline ante ellos. ¿Una falta de respeto hacia su costumbre?...

A estos dos que les den.

—Betty, pásame con Roy.

—Pero está reunido con...

—Betty —impongo brusco—. Tú ponme con él.

—De acuerdo, lo intentaré —musita.

—¡No lo intentes, hazlo!

Cabreado, cabreado, no, furioso conmigo y colérico con todo lo que hay a mi alrededor, Betty, menos mal porque si no me cargo algo, logra pasarme con él.

—Taylor...

—Roy, olvídate de mí. Cuando me necesites, llámame.

—¿Qué coño dices?...

—Que me llames.

Cuelgo y me marcho.

Me compré un Ferrari para algo, y voy a darme el placer de sentir el rugido de cuatrocientos noventa caballos, sin que nadie interfiera en lo que hago.

Una foto. La policía detrás de mí. Mi ferrari en el arcén. Y yo frente al agente. Una multa calderilla. El falso perdón. La promesa del no. Y de ahí, al nuevo piso franco, a las afueras.

Más de diez horas jugando al póker y... Y no me hace falta más dinero que el que llevo encima porque me hago con todo.

A los que están, los echo. Juego fuerte con ellos. A los que llegan, los echo. Disimulo y se la clavo por detrás, a la primera de cambio. A los que se reeganchan, los echo. Voy a muerte. Y a los que intentan probar suerte conmigo creyendo que la mía se acabará, los echo. No tengo piedad ni con las mujeres que intentan seducirme para desconcentrarme. Con ellas soy peor, mucho peor. Las obvio e intimido revelando los gestos y las muecas que hacen y que me hacen a mí para evienciar lo que llevan. Y aunque alguna logra entretenerme, estoy tan cabreado con mi forma de actuar, irracional teniendo en cuenta de quién se esconde dentro de mi cabeza, perdida desde hacía tres años, que solo tengo ganas de jugar, de machacar al de enfrente y de no volver a ese despacho en donde he pasado años trabajando para ella, sin que ella estuviera.

Diez veces me ha llamado Roy. Es hora de ver que quiere.

—¿Dónde estás? —pregunta exaltado.

—A las afueras, ¿todo bien?

—¿Estás jugando?

—Roy, lo mío no es nuevo, ¿todo bien?

—Sí. Mañana comenzaremos con los accionista minoritarios y las pequeñas sociedades. Pasado mañana, visitaremos a...

—Muy bien, Roy. Lo tienes todo controlado —replico, con desinterés—. Voy con tres mil.

—¿He oído tres mil? —pregunta con la voz entrecortada.

—¿Te asusta?...

Sonrío, al imaginar su asombro.

—Hablas de miles como si fueran granos de arena.

—No exageres...

—Eres imposible, Taylor...

Obviándolo, observo a mi rival. Su rostro no dista mucho de la cara de tendría Roy si viera cuánto dinero hay esparcido por encima de la mesa.

—Deberías ver la cara de este..., eso sí que es alucinante.

—Mañana te espero a las ocho —impone severo.

—Si no es de vital importancia que acuda a las reuniones...

—Taylor, ¿estás conmigo en esto o no?!

—Claro, Roy —aseguro—. Tres mil más.

—¡Tres mil más!

Pasando de él, mientras Roy murmura lo codicioso que soy, mi rival suda por la cara. Acaba de perderlo todo. Diría que hasta la camisa. Y yo podría quedármela, pero está mojada y es tres tallas más grande que la mía.

—Taylor, ¿sigues ahí?

—Por supuesto, Roy. Acabo de proclamarme ganador.

—A las ocho, Taylor —insiste, agobiándome.

—No las tengas todas contigo.

—Si te digo que Mei ha preguntado por ti, ¿vendrás a la reunión? —revela, tentándome.

—No.

—¿De repente, ya no te importa?

—No. No me importa. Pero tienes razón, Roy. Tengo que centrar toda mi atención en los negocios.

—Así me gusta. Mañana a las ocho, y no te retrases.

Eso será complicado... Tal y como está yendo la noche, me extrañaría acabar en mi apartamento.

Antes lo digo...

El dinero que he ganado lo tengo que llevar en unas bolsas de basura que me han dado en el piso. Está amaneciendo, y he bebido suficiente como para dormirme al volante, pero que la última jugadora a la que he vapuleado me acompañe y mientras tanto su boca se pierda en mi entrepierna, ayuda a que no me duerma aunque me apetezca cerrar los ojos mientras con mis manos empujo su cabeza lo más fuerte que pueda.

Ya son las ocho de la mañana. Roy no tardará en llamarme, pero no me importa. Tampoco podría ir al despacho apestando a whisky barato y con el mismo traje de ayer. Y para lo que hay que ver no merece la pena perder tiempo en estar presentable.

En mi apartamento, aislado de todo, si estoy hecho para el dinero, en mi bañera vuelco las bolsas de basura. Pero como no hay suficiente, saco de la caja fuerte montones plastificados y hasta los topes la lleno del color que más me gusta.

Yo y mi dólar de jade, entre cientos de billetes, somos lo mismo. Como el papel. Débiles si el calor nos atrae aunque intentemos volar bajo un soplo de aire que, si va en la misma dirección que nosotros, realza las llamas y nos quema hasta hacernos desaparecer. Duros como la piedra aunque seamos el polvo apelmazado. Somos opacos. Si se intenta adentrar en el epicentro del material con que el estamos hechos, la bola de fuego que ocultamos, con una simple grieta por la que puedes mirar, podría hacernos explotar. Mi dólar de jade y yo somos la misma cosa. Iguales e idénticos. Lo mismo que el dinero sobre el que estoy echado, dentro de mi bañera dura y opaca.

Cuando despierto lo hago sobresaltado, por culpa del timbre.

—Ya voy...

Al ver por la mirilla que es ella, yo doy asco. Me doy asco.

—Taylor, ¿estás ahí? —pregunta acercándose a la puerta.

Sin responder, la abro y salgo disparado hacia el baño.

Mi ducha es de record, entretanto, doy por hecho que ella ha entrado. No sé a qué ha venido, pero está aquí, en mi casa.

—Lo siento, pero no estaba presentable.

La sorprendo mientras admiraba las vistas.

—Soy yo la que tiene que pedir disculpas —dice inclinando la cabeza—.

No debería haber venido tan tarde.

—¿Tarde?

Extrañado, me doy cuenta de que es de noche.

—No acostumbro hacer visitas de noche, y menos a un hombre. Pero he creído oportuno que tuvieras el dossier en el que hemos trabajado, durante el día hoy.

Me enseña una carpeta negra que deja sobre la mesa.

—Para no ser una costumbre te permites muchas molestias, ¿no crees?

—No solo he venido a traerte esto —confiesa cabizbaja y con las manos entrelazadas.

Me pone nervioso.

—En ese caso, ¿te apetece un té?

—¿Tienes té? —pregunta sorprendida.

—Té, dos velas y una colchoneta.

Sonriendo, sutilmente, Mei entrecierra los ojos y me permite traspasar esa frontera inhóspita y extraordinaria que oculta ante el mundo, detrás del rasgar de su felina mirada. El brillo diamante de sus ojos está clavado en los míos, y una chispa de pasión se cuele entre nosotros. Yo la siento.

—Tomaré lo mismo que tú —insinua provocándome.

—Entonces, whisky.

Y yo, el primero, a palo seco.

Con verla me excita. Y si me devuelve una sonrisa...

Taylor, deberías controlar la situación. No es la primera vez que una mujer viene a mi casa, de noche, pero ella... Ella me confunde. Me deja al margen de lo que he sido y de lo que soy estando a su lado. Y tres años no han bastado para olvidar su rostro, su voz o su caminar. En cualquier caso, sepa o no qué decir o qué hacer para no echarla de mi casa, este es el mejor momento para conocer que hay en mí, que a ella atraiga.

—Siento mucho no haber estado en la reunión de hoy.

Le doy su copa, y ella lo agradece inclinándose.

—Ayer tampoco acudiste a la cena que organizamos con el grupo inversor

—reprocha alzándose sugerente—. No entiendo cuál es la razón de tu ausencia, y me gustaría conocerla. Somos socios, y como tales nos debemos a nuestro trabajo, por el bien del otro.

—¿Ha eso has venido?

—Sí. Necesito saber que estás involucrado en esto.

—Llevo tres años involucrado —replico ofendido y le doy un trago al whisky.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—¿La verdad?

—Por supuesto —asegura, y yo sonrío presumido.

—Soy caprichoso —confieso mirándola, fijamente.

—En ese caso, cuanto más involucrado estés, más serán tus caprichos —comenta certera.

—¿También si mi capricho es una mujer?

Desconcertada, entreabre la boca, y yo espero a que hable, sin apartar la mirada.

—En cuanto a eso...

En silencio, Mei retira un mechón de pelo de su cara y lo pone detrás de la oreja mientras cierra los ojos e inclina la cabeza, intimidada.

—¿Dónde has dejado a esos dos idiotas que te acompañan a todas partes?, ¿y tus guardaespaldas?

—No son mis guardaespaldas, solo vienen conmigo, me acompañan.

Parece agobiada. Suspira.

—Ellos no dicen lo mismo. Ding no dice lo mismo. Por lo visto, soy una amenaza. ¿Qué ocurre, Mei?

—Mi difunto marido era socio del señor Chen. Y ahora, él vela por mi seguridad. Me protege.

—¿Acaso te persiguen?

Sonriente, Mei cruza su mirada con la mía, entretanto, no me explico el deseo angustioso que siento al observarla, y según percibo de ella el mismo deseo que yo escondo, sin más rehuye de mí y mira hacia suelo,

desconcertándome. Vuelve a su amargura.

—Nuestras familias creen que he de matener el luto por la muerte de mi marido —confiesa afligida—. El día que conocí a Roy Miller y, en consecuencia, a ti, hacía seis meses de su entierro. Falleció en el acto, en un accidente de coche, y, desde entonces, le guardo respeto. Si no lo hiciera, deshonraría a su familia y a la mía. Por esa razón he de ir acompañada. Chen se asegura de que cumpla con mi responsabilidad.

—De eso hace más de tres años.

—Lo sé —suspira y entorna los ojos.

—Lo siento —Me acerco a ella—. Siento lo de tu marido.

—Yo, no.

Asombrado, no sé reaccionar ante su firmeza.

—Nunca lo quise. Fue un matrimonio concertado desde mi niñez. Tenía dieciséis años, cuando me lo presentaron. Al año siguiente, me obligaron a casarme con él. Cuarenta y cinco años tenía. He estado casada durante doce años con un hombre al que odiaba. Y no le deseo la muerte a nadie, pero me alegro de no tener que volver a verlo —calla, endurece la mandíbula y se bebe el wisky de un trago—. Has dicho que tienes dos velas y una colchoneta, ¿me las prestas? Necesito estar en calma, relajarme.

—Claro... —afirmo desconcertado.

Al levantarse, se desprende de los zapatos, se suelta el pelo y se lo toca ladeándolo despacio. Si yo no sabía qué decir o qué hacer cuando ha llegado, ahora ando perdido entre su juventud, su matrimonio, su vuidez, sus lazos consanguíneos con un alto cargo chino, y su atrevida forma de confundirme y excitarme, sincera e inocente.

—¿Puedo? —pregunta, desde el umbral del ventanal que da a la terraza.

—Hace mucho frío.

—No importa —dice abriéndolo.

—Estás en tu casa.

Sonriendo sale y ni siquiera tiembla.

Dadas las circunstancias, creo que lo mejor es que ella sea la que decida cuándo será para mí, mientras tanto, si quiere que yo sea el refugio de sus

emociones, por mí no hay problema.

Reaccionar como nunca he hecho me llena de incertidumbre y de curiosidad. De hecho, jamás escucho a quien no tiene qué ofrecer, fuera del ámbito económico, pero en la terraza de mi casa le presto a mei toda mi atención aunque esté congelado de frío. Todo lo contrario a ella, que parece no sentir la humedad nocturna de una noche de invierno.

Codicio su autocontrol...

Mei es interesante y cautivadora, sobre todo, cuando adentra en temas espirituales, que a mí jamás me interesaron.

Ambiciono poseerla...

Me embruja su voz, dulce y sensible. Y su postura, sentada sobre la colchoneta con la espalda recta y las piernas cruzadas, alude al relax de su mente aunque comparta conmigo una charla un tanto extraña y seductora, en la que yo la miro y sonrío mientras ella mantiene los párpados cerrados.

Sin moverse, me seduce. Con el rostro pálido, las pestañas ennegrecidas y los labios sonrosados, Mei se mantiene estática, y yo la observo de arriba abajo con ganas de tocarla aunque solo fueran acariciar sus manos. Parecen estar heladas. Como las mías diría. Y las mantiene sobre los muslos y con las palmas hacia arriba incitándome a poner la mías encima. Me encantaría agarrarlas. Sostenerlas mientras a ella la levanto del suelo y la llevo hacia mi cama. Me enacantaría hacerle sentir cómo ama un hombre de verdad. Uno como yo. Y arrojarla al abismo del placer mientras su boca entreabierta suspira que desea mucho más, mucho más de mí. Entretanto, despojarla de todo lo que hasta ahora ha conocido y atraerla hacia mí es lo que más deseo porque no sabe ni conoce de pasión más que de la suya, y por cumplir con su deber. Pero ante todo, Mei es una mujer, y en cuanto a eso yo sé mucho aunque con ella no sepa por dónde tirar. No. No sé conquistar. No sé agasajar. No sé entregarme si no es para una noche y nada más. Y con ella, eso no vale. No obstante, escucharla y creer que hay una mujer que podría acariciar algo de mí hasta ahora intocable, me vuelve vulnerable y me convierte en sumiso de su feminidad. Y yo no soy así.

No se cambia de un día para otro. Y no hay un solo rastrojo de cariño en mí, que vaya más allá del afecto que siento por quienes llenan mis bolsillos. Y no sé si por ella, que ha hecho que mis bolsillos rebosen, sentiré algo especial y debido a los ceros de mi cuenta, pero la escucho porque ha logrado que yo

sienta predilección por todo lo que la rodea.

Con eso no conté, aquel día, a milímetros de su boca.

Soy caprichoso, y ella podría satisfacer mi deseo hasta que me volviera loco. Hace tres años yo estuve en su casa. Fue una visita frugal, pero intensa. Ahora, ella es la que está en la mía y a deshoras como dice, sin que sea su costumbre, y menos con el atrevimiento de mostrarse tal y cómo es, entre velas y sobre una colchoneta.

Cuanto más me involucre más caprichos tendré. Pero tú ya eres un capricho, excesivamente codiciado por mí. Lo sé. Mi avaricia tiene nombre, y mi soberbia lo envuelve, mientras tanto, mi arrogancia innata se define al decirlo, y mi ego se siente herido si no obtengo respuesta. Lo sé. Ha llegado el momento de transformar esa relajación que dice necesitar y sentir, en un torbellino de incertidumbre.

—Mei, ¿saldrías conmigo, el viernes por la noche?

Estirando las piernas contonea la cintura. Dí que sí...

Con la cabeza alzada abre los ojos y mira al frente. Dílo...

Si no tenía suficiente, mi paciencia se extralimita ante su calma.

—Taylor...

—Si vas a volver a rechazarme, prefiero que no respondas.

—Me encantaría salir contigo, el viernes por la noche.

Mirándola, fijamente, me dan ganas de agarrarla del cuello y apoderarme de su boca. Pero me controlo y le sonrío, sin ocultar mi hambre de ella. Y ella, que se enfrenta a mí como si su sed de hombre estuviera fuera de mi alcance, me tienta feroz.

—¿Otro? —sugiero alzando la copa, intimidado.

—Mejor, no —Se levanta despacio y sopla las velas—. Ya llevo demasiado tiempo aquí. Me están esperando —revela y hace un gesto con la cabeza señalando hacia el balcón.

Al asomarme, veo una limusina aparcada.

—¿Tus guardaespaldas?

—No son mis guardaespaldas.

—¿Y quiénes son? —insisto observando el coche.

—Llevan otros negocios del señor Chen en los que yo no me inmiscuyo, al igual que ellos no lo hacen en los míos.

—No me caen bien —musito embobado.

—Me marchó, Taylor.

Sorprendido, al entrar la encuentro con el pelo recogido, los zapatos puestos y el abrigo sobre el brazo.

—Espero que entiendas que mañana volveré a ser la mujer de negocios de siempre. Eso no cambiará. Mi trabajo está por encima de todo.

—Lo entiendo. Mi caso es similar —afirmo acercándome.

—Y quisiera decirte que...

Con mi dedo en sus labios la hago callar y acerco mi rostro al suyo.

—Tranquila, esto queda entre nosotros —susurro sediento de sus labios y ansioso por besarla aunque me sacie con olerla.

Cuando los abro, ella los mantiene cerrados. Me esperaba, esperaba mi beso, pero yo no se lo doy.

—Nos vemos mañana.

Sonriendo sutil acaricio su mejilla, y ella tiritó. Al clavarme el rasgar de sus ojos, yo deslizo mi dedo por su boca y me separo de ella, lentamente. Su respirar, profundo e intenso, es idéntico al mío. Me estás tocando un punto que...

—Hasta mañana, Taylor.

Tras verla tragar saliva, abro la puerta, y ella se marcha, sin volver la vista atrás. Quizás he debido besarla.

De nuevo, a solas, estoy a merced del paso del tiempo. Y no sé si tres meses serán suficientes para ella, que, aunque no la he visto tan deseosa de mí como yo de ella, sí que ha sentido ese huracán ardiente de pasión descontrolada mientras no sabíamos cómo despedirnos. Bueno, yo sí que lo sabía, y me ha costado lo mío contenerme, pero gracias a eso he podido ver en ella que puede haber algo entre nosotros.

Podría ser viernes...

Deposito mi confianza en ese día.

Con una de mis barajas entre las manos, mezclarla es la única manera de

calmarme. Entretanto, me divierte el cómo afrontar mi relación laboral con ella sabiendo que, de noche, mi traje y su fría apariencia no cuentan. Tengo un nuevo reto. Una ilusión que disimula mis mañanas y que me pone nervioso, pero que, al salir de mi despacho, no solo consigue alejarme el piso franco y aislarme del mundo, sino que, asombrándome, también me apasiona y me inquieta. De hecho, me intriga tanto que, durante tres días, llego media hora antes a la oficina, tan solo para aplacar mi temblor de manos.

Desde esa noche hasta ahora he estrenado cuarenta barajas porque marcaba las cartas, al mezclarlas. Y eso no me pasaba desde... Si no recuerdo mal, la última vez que me ocurrió algo así, lo de no controlar la fuerza de mis manos, fue a los veinte años. Acababa de superar con matrícula de honor los exámenes de todas las asignaturas de dos años de carrera, y, ese día, tras alabar por mi proeza, no hubo taco en mis manos que no forzara hasta doblarlo por la mitad. Por tanto, si desde entonces todo ha ido sobre ruedas, quizás, esta nueva etapa de mi vida vaya encaminada hacia la victoria como me pasó en Stanford, o sea una clara derrota, sin que jamás yo haya fracasado.

Llevo tres días sin ser yo porque solo tengo ojos para ella.

Llevo tres días observando cada uno de sus pasos, cada uno de sus gestos y sus diferentes tonos de voz, según la situación de la que esté hablando o con quién la esté hablando.

Llevo tres días deseando que solo hable conmigo porque cuando lo hace su hilo de voz es el más bonito de todos los que le he oído. Es de una dulzura y de una calma que me mantiene fascinado. Lo acompaña un brillo de ojos embriagador, intenso y excesivamente rasgado, que no levanta sospechas porque ella sabe disimular aunque conmigo se deje querer. De hecho, cuando habla con Roy, a pesar de actuar de forma similar, no lo mira como a mí, y eso me hace pensar. Es más, últimamente, lo que me está sucediendo no entraba en mis planes.

Debido a la furtividad con la que la observo, pendo de un hilo. Entonces, mi incertidumbre me hace dudar y, si dudo, acaricio mi dólar de jade, que está adquiriendo un tono muy diferente al resto, por la curva superior. Lo acaricio tanto y tanto y tanto intentando sosegar mi inquietud, que se resbala de mis manos y hasta lo estoy puliendo por zonas en donde ni siquiera importa su tacto. La confusión que me crea saber que Mei será mía aunque su distanciamiento recele de mi sabiduría es extremadamente atractiva. Ella despierta insípidos temores en mí que yo no valoro por supérfluos, a pesar de

saber que son mis propios temores. Soy supersticioso. Con mi dólar, más. Y, desde que ella está aquí, lo acaricio avaricioso y fetichista para sobrestimarme y confiar en mis posibilidades, sin que conozca la realidad. Mientras tanto, siento al azar rodearme. Es mi mayor adicción. Mi droga. Y me hace falta cada mañana y en la soledad de cientos instantes de reflexión. Sin embargo, según se acerca la hora de mi encuentro con Mei, la piedra oscurece, mis barajas se agotan y mis manos son el vivo reflejo de mi nerviosismo, incomprensible.

—Señor Carter.

—¿Sí, Betty?

—La señorita Ling ha dejado un mensaje para usted. Dice que sus guardaespaldas pasarán a recogerlo, a las ocho.

—¿Pasarán a buscarme?... —reitero incrédulo.

—Eso ha dicho, señor Carter.

—Está bien, Betty. Gracias.

Decidido a ser yo quien la lleve en mi Ferrari la llamo, pero el que me responde es uno de sus chinos.

—Señor Carter, su cena de negocios tendrá lugar en un restaurante oriental elegido por la señorita Ling. Sea puntual, por favor, es la única exigencia.

Sin opción a réplica, mi cita es una cena de negocios. Menos mal que tan solo lo será hasta que yo lo diga. La noche no es como el día y, si sus mañanas son como la humedad del cielo nocturno, de noche tendré que ser yo quien le dé el calor que le falta.

A las ocho en punto, discuto con Ding porque me niego a subir a la limusina. Insistiendo en ir por detrás de ellos en mi Ferrari, ineptos se niegan a desviarse de su plan de actuación, a pesar de convencerlos, de la única manera que sé y que se me da mejor. Sin enfrentarnos aunque percibamos el odio que nos tenemos. Lo echamos a suerte. Jugamos a la carta más alta. Y, sorprendiéndome, a los chinos les divierte el cómo decidir de qué manera irá al encuentro de Mei aunque pierdan. Sobre la mano de Ding, un siete de corazones. En la de Xiong, un dos de picas. Y en la mía as de trébol gigante, que arrasa con sus cartas. Mei Ling es mía. La suerte está de mi lado. El azar me sonrío. Por eso, en cuanto lleguemos, la sacaré del restaurante y la llevaré muy lejos. Mientras tanto, estos dos que me sigan si pueden.

Cerca de Wall Street, media hora más tarde, la limusina se para, y los dos chinos salen del coche para que un mozo lo lleve hasta el parking. Mi Ferrari lo aparco detrás de su coche, pero no le doy las llaves a un desconocido. Mi Ferrari es como una mujer. No se presta. Es mío, de uso a mi conveniencia.

—No tardaré —Le digo al chico—. Cuídalo.

Doscientos pavos para él, y mi coche es el único aparcado en la acera del restaurante.

—Por detrás de usted, señor Carter —dice Ding abriendo la puerta.

—Exacto, por detrás de mí —fanfarroneo, y él murmura.

Al entrar, con echar un vistazo ya sé en dónde está Mei. En una mesa apartada, sobre una encimera que la deja por encima del resto, la encuentro mirando hacia un pequeño escenario en donde dos actores disfrazados, uno de señor feudal y el otro de dragón, luchan a muerte por una mujer. Me dirigo hacia ella.

La actriz, a la que observo curioso, lleva la cara pintada de blanco, y llora desconsolada, pero silenciosa. No hay diálogos, tan solo expresiones y muecas en sus cuerpos y rostros, junto a los movimientos con los que demuestran qué sucede en cada escena. Mei contempla la obra teatral, acongojada. Yo camino hacia ella seguido por los chinos.

El señor feudal, con un casco enorme de color rojo, apuñala al dragón. Entonces, Mei se tapa la boca. Yo estoy detrás de ella, pero ella no lo sabe. Los chinos me piden paso, pero les freno. Quiero saber cuál es la reacción de Mei mientras el actor dragón se quita el disfraz y resulta ser el hombre amado por la mujer, que llora su muerte arrodillada, ante él. Mientras tanto, el señor feudal tira de ella para separarla del hombre dragón, que, muy lentamente, se deja morir según alarga el brazo para alcanzar a la mujer y, así, retenerla a su lado.

Mei se ha dejado llevar. Si observo su perfil, una lágrima desciende por su mejilla. No me resisto. Acaricio, sin más, su hombro desnudo, y ella, sorprendida, da un brinco.

—Señorita Ling —increpa Ding, cabreándome—. Siento el retraso.

Inclinándose, Ding permanece delante de mí lo suficiente para desquiciarme.

Tres segundos después, le doy un puntapie.

—Buenas noches, Mei —saludo inclinándome y mirándola a la cara—. Un final desconcertante...

—Injusto, más bien —dice inclinando la cabeza.

A continuación, algo le dice al chino, en chino, y este se da un par de pasos hacia atrás.

—Gracias, Ding.

Mei inclina la cabeza, otra vez, y los dos chinos se largan.

—Sé que en vuestra cultura es algo habitual, pero desespera tanto respeto, ¿no crees? —comento y me siento enfrente de ella.

—¿La colchoneta y las velas no han logrado calmar tu ira?

—¿Ira? —pregunto extrañado—. ¿Crees que no sé controlar mi ira?

—Tu actitud es la respuesta —dice suspicaz.

Me reta, y a mí me encantan los retos. Pero la pregunta es si ella estará dispuesta a solventarlos, con la misma frialdad con la que nos maneja en la sala de reuniones, o como yo lo hago en este preciso instante mientras la observo minucioso y en su mismo silencio.

—¿Cena de negocios o de placer?

Molesto frunzo el ceño, ruborizándola.

—Quizá debí comentar que tendríamos compañía.

—Quizá.

—Lo siento —inclina la cabeza disgustada—. No puedo dar un paso, sin que ellos me sigan.

—Quizá yo pueda echarte una mano —sugiero—. Ven conmigo —Agarro su mano, y ella se extraña—. Tengo el coche en la puerta. No podrán seguirnos. Y no quiero espías. Lo que quiero es pasar una noche contigo —confieso mientras percibo sus ganas de escapar—. Además, esto es muy triste.

—Sí... —afirma mirando hacia el escenario—. Necesito una noche...

—Vámonos. Necesitas una noche conmigo.

Me levanto enérgico y estiro de ella, que agarra su bolso y el abrigo y me sigue hasta la cocina, en donde nos dirigen hacia la puerta trasera, sin que nadie nos siga. Tras dar media vuelta al edificio, llegamos al coche. Mi Ferrari se pone de cero a cien en ocho segundos, y, en cuanto a nosotros, en

silencio huímos de allí, sin saber si los chinos nos persiguen o si mañana será el día de nuestro juicio final. De momento, Mei está en mi coche, pero callada y absorta, y yo estoy a su lado, pero influenciado por su perturbador silencio.

—¿Adónde vamos? —pregunta, bastante animada, y vuelvo la mirada hacia ella, desconcertado.

—A un lugar muy diferente.

—Está bien —afirma y sonrío—. Esta noche dependo de ti.

—Tranquila. Estás en buenas manos.

Y no sabía agasajar, pero sonreír y besar sus dedos, sí. E incluso creo que lo hago bien. Ella cierra los ojos y se deja seducir por mis lentos besos. Y ella suspira y yo miro al frente obligado porque si fuera por mí... Solo tengo ojos para ella.

No importan las camareras del Rivas Cove, un restaurante subterráneo que descubrí hace un par de años, gracias a la novia de Roy, que, interesada es, pero del paladar también entiende. Ahora, las mujeres que hace poco me tiré ni siquiera me entretienen. Dos de ellas ni me miran, y las otras dos cuchichean. Es uno de los jefes el que nos atiende y porque le he dado un donativo para que el servicio fuera extraordinario.

—Nunca había estado en un lugar como este —dice mirando hacia el techo, que simula tener estalactitas y piedras preciosas decorándolas—. ¿Sueles traer aquí a tus novias?

—¿Novias? —inquiero y me echo a reír—. Jamás he tenido novia. Y no pienso tenerla, si he de ser sincero.

Y lo soy aunque, por un momento, dude de mí.

—Quizá debí decir a tus amigas.

—Amigas tengo muchas, pero nunca las he traído aquí. Tú eres la primera, ¿satisfecha?

Cuando Mei entreabre la boca para responder, el dueño del restaurante aparece por mi izquierda.

—Buenas noches, señor Carter. Hacía mucho que no venía por aquí. Todo bien, espero —dice cortés.

—Todo perfecto, gracias.

—Les dejo nuestra carta de vinos. —Me da una carpeta de piel—. Enseguida les toma nota el sumiller.

Como los chinos, el dueño también se inclina sonriente y, a continuación, se aleja de la mesa. Por fin solos, me mantengo en silencio observando la delicadeza con la que Mei acaricia el borde de su copa vacía.

—Me sorprende ser la primera. Pero me intriga más la razón por la que las camareras nos miran con desprecio.

—Antes eran mis amigas.

—Ya...

—Y creo que es despecho y envidia, no desprecio —opino volviendo la cabeza para ver cómo me mandan a la mierda.

—¿Ya tienen su elección? —sorprende el sumiller.

No soy yo quien lleva las riendas. No lo hago en la cena, tampoco en elegir el tema de conversación ni en la predicción de sus posibles reacciones. Ya me gustaría... El tiempo que compartimos es como la débil confianza que nace entre nosotros, gracias a gestos inapreciables, a sonrisas espontáneas y al cruce de miradas, reflejo de atracción mutua. Yo hacia ella, seguro. Y solo existe una cosa capaz de despertar en mí la fascinante sensación de poder que durante toda la cena percibo en ella. El juego.

¿Incomparable, tal vez?... Lo dudo mucho.

Yo, cuando me enfrento a un rival poderoso, siento que mi egoísmo es brutal. Ser así me ayuda a ganar aunque también me ciega si la suerte desaparece. De hecho, hablando con Mei, la suerte no me acompaña. Tampoco la hecho de menos, pero si me rodeara y me envolviera de la misma manera que lo hace cuando acaricio las cartas, la incertidumbre, la confusión y el desasosiego que siento por saber qué piensa y qué esconde, detrás de sus ojos de gata, se habrían disipado. Desde que nos abrieron la primera botella de vino, no ha habido instante en el que al beber no nos miráramos. Y acabamos la segunda botella enredados en sinceros y espontáneos pensamientos que me llenan de recuerdos referentes a la primera vez que la vi. Solo tengo ojos para ella. Y me encanta verla saborear con la punta de la lengua esa última gota que resbala por sus labios. Y si sonrío porque disfruta con mis bromas...

Mmmm..., te comía la boca...

—Taylor, mira... —sorprende señalando hacia la entrada.

Al mirar, veo a unos chinos hablando con el dueño, sin que sean sus amigos.

—Tranquila, no son tus guardaespaldas.

—Creí que nos habían encontrado... —suspira aliviada.

—Ya que han salido a relucir..., quisiera preguntarte algo.

—Adelante —accede inclinando la cabeza, un tanto confusa.

—¿Qué interés tiene en ti el señor Chen para que dos de sus hombres de confianza te sigan a todas partes?

—Se siente responsable de mi seguridad. Mi difunto marido era gran amigo del señor Chen.

—Eso lo sé, pero ¿en qué atañe a tus relaciones personales?

—El señor Chen respeta mi vida privada. Jamás interferiría en mis relaciones si las tuviera. Es su desconfianza en los demás la que, de alguna manera, le obliga a responsabilizarse de mi bienestar y de mi seguridad.

—Entonces, ¿podemos alargar la noche y tomar una copa en otro lugar? —sugiero acercándome, por encima de la mesa.

—Dependo de ti —responde a milímetros de mi boca.

Ahora soy un perdedor. Mis manos agarrando su cuello están decontroladas. Y mis labios sobre los suyos sellan la fuerza con la que me deshago frente a su calor, frágil, sedoso y con sabor a dulce licor. Un leve mordisco para poder separarme de ella y respirar aunque la desee en mi cama y en este preciso instante y, al acariciar su mejilla y tocar su nariz con la mía, uno detrás otro, sus débiles besos me vuelven loco. Un loco apasionado. Si creí dominar la situación, tirar suavemente de su pelo y admirar su cuello, transforma la ferocidad de su mirada en el hipnótico embrujo en el que he caído al besarla. Mientras tanto, mientras huelo su perfume, embriagador y sutil, suscita mi ansia de saborearlo. Otro débil mordisco que la estremece, y mis labios van directos a su oreja.

—No sé si tres meses serán suficientes para mí.

Mientras derretida encoje el cuello, yo me arrepiento de lo que he dicho.

—Vámonos de aquí.

Tiro de ella y salimos afuera. De nuevo, en el coche, no hay más ruido que

el del motor. Y solo es el silencio invadido por su rugido, que aumenta como la velocidad a la vamos. Nos dirigimos hacia el centro, hacia la discreta intimidad de un lugar recóndito en donde espero tocarla mucho más y más de cerca aunque sepa que no será suficiente para mí. No debería haberle dicho el hambre que me entra cuando la tengo cerca ni que estaría alimentándome de ella, durante mucho, mucho tiempo.

En una coctelería en la que he estado centenares de veces y con mujeres muy diferentes, Mei y yo tomamos una copa, pero ella es la única que habla. Más bien, pregunta. Quiere saber qué fue lo que me empujó a estudiar económicas. Y yo, que me cuesta hablar de mí porque me vuelve vulnerable, le digo que, con dos hermanos artistas, algo tenía que hacer en la vida que no fuera mi perdición. A lo que ella, intrigada en conocer mis pecados, ahonda en mis vicios hasta lograr mi confesión.

—Soy jugador de póker. Quise ser profesional, y, todavía, tengo la esperanza de serlo. Pero mira, aquí estoy, y no en el piso franco en donde paso los viernes por la noche.

—¿Tenías partida y no has caído en tu tentación, por mí?

—Sí, pero siento defraudarte. En eso, tú no eres la primera.

—Ya entiendo...

Se ofende. Lo disimula. Me divierte.

—Ahora me toca preguntar a mí.

—Adelante.

—¿Por qué te fuiste antes de tiempo?, ¿por qué no has venido a Nueva York, en tres años?

—No quiero hablar de eso —Me gira la cara—. Me gusta más hablar de ti. Contrariándome, se echa a reír. Creo que está bajo el efecto del alcohol.

—¿Por qué te fuiste? —insisto y le acaricio la mejilla.

La observo seducido por su cerrar continuo de párpados.

—Me fui porque no estaba de acuerdo con el señor Chen. Sus otras inversiones no son responsabilidad mía —confiesa intrigándome—. Y su pretensión de usarme como reclamo me ofendió. Me tentó contigo para intentar convencerme, pero no lo consiguió. Yo no soy mercancía con la que atraer a nadie, y menos a los que estén dispuestos a jugar con su dinero.

—¿Jugar con su dinero? —pregunto confundido, y ella se muestra incómoda —. ¿Tentándote conmigo?...

—No existen las casualidades, Taylor. Todo tiene una razón de ser. Y si se trata de Chen, no hay nada que escape a sus ojos, oídos y manos. Si Chen quiere algo, lo consigue, y en cuanto a ti, bueno, si eres jugador, Chen hará lo que sea por tenerte en sus filas.

—Supongo que lo que quieres decir es que todo tiene un precio —opino, sin descifrarla, y ella, acalorada, se levanta y me invita a acompañarla.

—Espera aquí —dice dejándome en el pasillo de los baños, junto a un hombre que lleva la camisa manchada de café y se queja de lo torpe que ha sido.

Tentándola conmigo...

Cuando Mei sale a mi encuentro agarra mi mano y me lleva a centro de la sala, en donde sonrío desinhibida y empieza a dejarse llevar por la música. Con sus dedos acaricia los míos mientras contonea sus caderas muy despacio y con verdadera delicadeza. Mis dedos se entrelazan a los suyos y alzan su mano hasta encajarla a la mía, que estira de ella para acercarla más a mí. Con esas caderas provocativas unidas a las mías, la sutileza de sus movimientos me excita. Me pervierte.

Tengo una mano en esos hoyuelos que entreví hace tres años mientras apenas alcanzo la hendedura de sus nalgas. La otra no sé si dejarla unida a la suya o, por el contrario, liberarla, para perderla en su cuello, entre su pelo y su piel. Ella se mueve conmigo. Los dos lo hacemos. Sonrío al mirarme aunque, segundos después, inclino la cabeza, intimidada. Yo intento alzarla para ver cómo y hasta qué punto se siente atraída por mí. No recuerdo haber tenido una reacción en la entrepierna, tan potente como la que ahora me gustaría clavarle y, sin embargo, disimulo, debido a la extraña sensación de que, si lo hago, la pasión oculta y desenfrenada que lentamente la hace mía desaparezca para siempre.

Acalorada, con el pelo suelto y alborotado, lo recoge muy despacio según se acaricia así misma, y yo me muero por tenerla sobre mí calbaldándome mientras se lo estiro y soy yo quien la acaricio.

Con su cuerpo junto al mío, la oscura sala es como mi habitación, en plena madrugada. Y aunque aquí puedo admirar el brillo gatuno de sus ojos, diamante oscuro, deseo observarlos con ella sobre mí. No existe parte de mí

que no la desee.

Ella se ha convertido en mi objetivo más ambicioso. Ella es mi codicia. Siento que lo hecho hasta ahora y cuál ha sido mi actitud hacia las mujeres, con ella no vale. Y dice que depende de mí, esta noche, pero soy yo el que estoy dependiendo de ella. Si se aleja, yo la dejo bailar y espero a que regrese. Si al encontrarse conmigo decide arrimarse más, la rodeo con mis brazos y la mantengo fuertemente agarrada. Y si se deja, fiera adormecida que, a grandes rasgos, me permite soñar con su cuerpo desnudo y sobre mí, acaricio sus labios y la beso con un arrollador desespero que acaba con lo conocido, sentido e intuído sobre la pasión, matando al hombre que era yo y transformándome en otro.

Con mis labios en su lóbulo no resisto no moderlo.

—Me gustas... —susurro excitado—. Y eres la primera a la que se lo digo...

Sorprendida, se endereza, entonces, el terror se apodera de ella, pero mucho más de mí.

—¿Me acompañas afuera? —sugiere, aturdiéndome.

—Claro.

Yendo por detrás de ella, que ha soltado mi mano en cuanto hemos salido, su rápida caminata nos lleva hasta mi coche.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento. He sentido un mareo y necesitaba que me diera el aire —dice, sin convencerme.

—Y..., ¿te encuentras mejor?

Me acerco, y ella me evita. No me responde. Camina hacia atrás mientras me mira y endurece la mandíbula. Muestra su frivolidad. Y sé de lo que hablo porque yo soy igual.

—Lo que has dicho...

—Olvídalo. No tiene importancia —increpo resentido—. Si quieres marcharte, por mí no hay problema.

—¿Y adónde iríamos? —pregunta, aturdiéndome.

—¿Qué quieres, Mei? —Estiro el brazo, y ella acaricia los dedos de mis

manos, sin responder—. ¿Acaso tienes más ganas de mí?, hace un momento, no lo ha parecido.

Agarrando su mano la acerco hasta mí. Bien arrimada, su pelo me molesta. Se lo estiro e inclino su cabeza hacia atrás como bien he deseado, todo el tiempo, y ella, que entabre la boca, también pone su rodilla sobre mi cadera y se deja caer sobre mí, para yo hacerlo sobre mi coche. Me desea y, cuando le digo que me gusta, ella echa a correr. Conozco esa sensación de necesidad de libertad aunque se desvanezca, cuando el sexo o el dinero se interpone. Ahora Mei está encima de mí. Se deja tocar como si no importara el miedo que le ha entrado, ahí dentro. Mis manos levantan su falda y se arrastran por su culo mientras le como la boca, en un arrebató desgarrador, idomable y perverso.

No sabes cuánto he deseado esto...

Ando perdido en la poderosa figura de una mujer que me domina, sin que entienda por qué. Mi fuerza viril destruía cada uno de los sentimientos que, quizá, se despertaban en mí, en el momento de estar con una mujer, pero ahora, volviéndome loco, en sus pechos mi lengua se deleita destrozando la ideal percepción que yo tenía sobre el sexo. Ahora, desesperándome, ella restriega sus manos por mi pecho, desgarrá y desvaría el pudor que se imponía arrollando conmigo, y no sabe que perpetúa mi excitación, sin que me haya tocado, todavía.

Cómo será cuando lo haga...

Ahora, pantera y diamante en bruto como mirada, Mei se deshace en caricias que aplacan la lujuriosa ira que provoca en mí cuya calma desconozco.

—¿Adónde iremos? —jadea felina—. Tengo ganas de ti.

—Al único lugar en donde ser nosotros mismos —respondo hechizado por su dulzura.

Ya sé lo que es sentir un nudo en el estómago. Roy lo había descrito, en alguna ocasión, pero yo me reía de él.

Como en las dos veces anteriores, en el coche solo se oye el rugir del motor y hasta que llegamos a la calle anterior a la de mi casa, en donde los dos chinos esperan dentro de la limusina.

—Entraré por detrás —sugiero dando la vuelta—. Es una salida de emergencia, pero no se usa, habitualmente.

—Quizá sea un error, Taylor —comenta disgustada—. No quiero meterte en problemas.

—A mí me gustan los problemas —replico orgulloso—. Y si tú lo fueras, si tú fuera un gran problema, serías uno de mis preferidos.

Dentro del garaje, su respiración se ralentiza. Nadie nos ha visto. Y en ella vuelve a dominar su poderoso autocontrol, a pesar de agarrar mi mano y no soltarse. Parece débil, frágil e imperiosa, a su vez. El vino que ha bebido muestra una parte de ella insospechada para mí.

Bajo esa imagen fría e implacable, se esconde un torbellino de emociones intensas y desconocidas para ella, que definiría como caótico. Por eso intenta pausar su pasión y efusividad como si no supiera qué está sucediendo entre nosotros. Y a mí, que me encantan los retos, no puedo obviar estando dentro del ascensor, que no hay mayor desafío que el de intentar manejar a mi antojo a una mujer que no sabe cómo ama un hombre que la desea admirar diluyéndose orgásmica. Y no lo sabe porque mantiene la compostura, pero algo conocerá, cuando sus manos obvian su exigente saber estar. Una la tengo en el culo, y la otra agarrando mi mano, pero en dirección hacia la cremallera de mi pantalón. A su vez, si me muestro ávido, ella titubea, pero me responde con pasión. Por el contrario...

Si prefiero calmarla, ella desespera, confundiéndome.

Mi americana y la corbata en el suelo. Sus zapatos contra el espejo. Mis pantalones por la rodilla. Sus pechos desnudos en mi boca. Sus manos bajando mis calzoncillos. Y el ascensor en mi planta, y con las puertas abiertas.

—Adelante...

Le ofrezco paso inclinándome, y ella se ríe. Mientras camina despacio por delante de mí, la veo bajar la cremallera de su falda y quitársela. En mi apartamento, si hasta el momento no ha habido instante que me llevara a intuir cuál sería su siguiente paso, en mi territorio tampoco logro adivinar qué deseará o qué querrá hacer conmigo. Yo sé lo que deseo, pero ella se me resiste.

—Tienes té, ¿verdad?

—Sí, ¿quieres?

—Por favor —asiente inclinando la cabeza.

Estas costumbres chinas acabarán conmigo.

Mientras ella se tumba sobre el sofá yo preparo su té, que no el mío. Yo con el whisky, ya voy servido. Y ella, tras volverme y mirarla, permanece adormilada.

Y yo que creí que tendría una noche de sexo inigualable...

Me estás costando, chinita...

—Deberías descansar —sugiero al ir a su encuentro.

—Jamás bebo —confiesa avergonzada mientras sorbe el té.

—Puedes dormir en mi cama, yo lo haré aquí.

—No quiero dormir en tu cama si tú no estás en ella.

—No discutiré eso.

Tras beberme el whisky de un trago, la llevo en mis brazos hasta mi habitación. Jamás pensé que pudiera ser tierno, pero menos que pudiera dormir con una mujer, sin habérmela tirado.

Tumbado de costado, rodeándola con mis brazos, no sé por qué, pero beso su cabeza y la acaricio mientras ella se acurruca en mi cuerpo y se enrosca estremecida, sensible y de piel fina y blanquecina, logrando extraer de mí una paciencia infinita y mil y una caricias. Hay oscuridad alrededor de la cama, pero la luna ilumina su figura y me permite admirar cómo tiritita y engoje las piernas, y cómo aprieta fuertemente mis antebrazos para que no me separe de ella. Su suspirar me adormece al igual que escucharla respirar profundamente. Y, mientras tanto, atraído y seducido, huelo en su nuca ese aroma inconfundible a jamín, primer causante de mi atracción hacia ella, que me empuja a inhalar su mismo aire aunque no me satisfaga.

Si en vez de dormir la tuviera sobre mí...

Sentirla de cerca y no poder tocarla por donde yo quiera...

Será mejor que me levante.

Sin que me apetezca, me bebo su té. Nervioso, intento hallar algún entretenimiento que me enfríe. Quiero volver a la cama y dormir aunque solo haga eso.

Me es incomprendible admitir mi necesidad de estar a su lado mientras obvio que siempre soy yo el que me esfumo al amanecer o el que echa de mi casa a la amiga de turno. Iré a por una baraja. Pero si buscaba calma ni las cartas son capaces de soportar la fuerza que ejerzo sobre ellas, al mezclarlas.

Es más, de tres que estreno, tres que aplasto y que tiro a la basura.

Me creas una sensación de impotencia tan desconcertante...

Al cabo de un rato, tras dar vueltas y más vueltas por el salón con el índice níké y el cierre de las bolsas europeas como compaleros de fatiga, regreso a mi cuarto. Pero ella no está en mi cama. Está dentro del baño.

—¿Estás bien?

No responde. Espero a que salga. Cuando lo hace, no solo me mira con pudor, sino que, despejada y con un rasgar de ojos más pronunciado que el acostumbrado, suscita mi deseo.

—Lo siento. Jamás me he comportado de manera tan...

Mi boca silencia la suya.

—No me importa lo que hayas hecho o lo que no. Lo que me importa es lo que haces conmigo.

Y de qué manera me arrollas con tus besos...

Empujándome levemente, me obliga a sentarme sobre la cama para, así, ella hacerlo sobre mí. Aún lleva puesta la camisa aunque esté desabrochada, y mientras se deshace en caricias dadas por mi pelo, por mis hombros y mis brazos, que rodean su cintura mientras mis manos descienden virtuosas por su espalda para alcanzar sus nalgas, entretengo a mi lengua y a mi boca con sus pechos hasta ahogarme en ellos y entre ellos, con verdadera pasión y ansia.

Me gustas... Me gustas mucho...

Según alza la cabeza excitada, jadea a mis oídos sordos de susurros mientras yo lamo y muerdo su piel. Verla estremecer aumenta mi furia. Que acaricie entretenida mi pene, deleitosa de él, contrariamente a lo esperado, que no es más que poseerla cuanto antes, me contagia de su imponente calma y me nubla.

Exquisita, me provoca. Serena, me impacienta. Y entregado a ella no hago más que satisfacer su mirada si es que frena sus besos para observarme y acariciar mis labios.

Percibo su necesidad, y la desboca sobre mí. Yo la admiro, y soy incrédulo de mis anhelos. Extrañamente deseo hacerle sentir que el sexo es mucho más que un polvo de una noche. Y, extrañamente, dejándome llevar por sus jadeos y por esa pasión que oculta y que está descubriendo como yo, deseo ser lo que

ella quiera porque, por una vez, siento que puedo hacerle el amor a una mujer merecedora del mío, y amar hacerlo, a su vez. Sus manos sobre mi espalda descienden arañándola mientras adentro en ella lentamente y al ritmo marcado por el sinuoso movimiento de sus caderas, que la alejan y la atraen hacia mí, según necesita o desea.

Jamás me han hecho sentir pleitesía por el gozo ajeno, sin embargo, hacia ella resulta, en exceso, mi nuevo capricho. Ella me empuja y me incita a adorar el tacto de su piel sobre la mía, sudorosa y ardiente. Suscita mi placer al saborear la sal de su cuerpo mientras la abrazo intenso. Y ella, con esa calma que se adueña de mí, sin mostrarse autoritaria, se derrite entre mis brazos con suspiros al aire que escucho provocado, llevándome a tocar la perfección de sus curvas, la fragilidad y la osadía de su rostro extasiado, la musculatura de sus piernas que me rodean por completo, y el empuje fortuito que de improvisto la lleva a gemir, con su mirada clavada en la mía.

Te adoro...

Observándola, siento predilección por el rasgar de sus ojos mientras se entrega al orgasmo abrazada a mí. Y quiero verla, pero los entorna y no se deja según se debate entre gritar y mantener la compostura como merecedora del amor.

Siendo yo el pasivo no puedo hacer más de lo que ella esté dispuesta a ceder, pero me gusta sentir que Mei es la única mujer con la que me dejo dominar, por extraño que me resulte.

Siempre creí que las mujeres mandaban en la cama, pero solo era fachada. Si ellas deciden ser las primeras en sentirse dueñas de mí, siempre soy yo quien les deja claro quien gana y quien es el dominante.

Ahora, mi entrega es complaciente y para ella. Lo que queda es escuchar sus múltiples y seguidos orgasmos. No obstante, yo jamás me sacio, y aunque ella sea capaz de lograr de mí lo que nunca he dado, yo sigo siendo el de siempre, y su falta de mí se me hace insoportable. Agarrando su rostro para obligarla a mirarme, controlo mi ímpetu.

—Déjame amarte... —suplico cariñoso.

Virtuosa, Mei abre las piernas y pasa una por encima de mí mientras se aleja delicada para tumbarse sobre la cama y, así, yo hacerlo sobre ella.

Pero sorprendiéndola, lo que hago es levantarla y ponerla de espaldas a mí,

con la furia de la misma pantera que ella oculta y yo deseo despertar. Tengo su culo desnudo en mi entrepierna y sus manos solo hacen que perderse entre mis ingles para sentir cómo adentro en ella, de nuevo. Pero ahora me toca a mí.

Quiero verla hambrienta.

Besando su espalda, la agarro de la cintura y la elevo. Como galga furiosa y salvaje, Mei mira hacia atrás, pero yo la obligo a volver la mirada y estiro de su pelo, ávido y vigoroso.

—No te muevas...

Manteniéndola quieta acaricio sus brazos, de las manos a los hombros, dibujando el contorno de su figura en los costados y regresando al centro de su espalda para deslizarlos hacia abajo.

Su hendedura está húmeda, idéntica a su entrepierna y a su vagina.

Mientras su mano se desprende de las sábanas para invadir sus propias ingles, Mei aprieta los muslos y la dirige hacia el centro. Mis dedos son su gozo. Y su mano, usurpadora de mi intención de ser su deshaogo, desvía sus caricias hacia mi sexo, y mi otra mano es el consuelo de sus labios. El rugir de mi boca está siendo el suyo, y el suspiro de su voz la sensación de poder que retorna a mí. Un tirón de pelo la obliga a mirarme. Su lengua se apodera de la mía, y yo aprieto su cuello. Mis besos la impacientan. Los suyos me provocan. Y ni de rodillas y con sus nalgas rozándose conmigo, una y otra vez, hay forma de perpetuar mi dominio. Un mordisco en mi lengua y...

Y ella es pantera. Ladina fiera.

Jamás me he resistido a un culo, y menos a un buen culo. El suyo está prohibido. Pero, por delante, al ponerla boca arriba, su furia se adueña de mí y de mi virilidad. Ardiente y fogosa, si no fuera por la humedad que se desprende de ella y resbala por mis ingles, diría que la hoguera de mi orgullo está fraguada en su interior.

Jamás me he resistido a echar un polvo, y menos a un buen polvo. Con ella es muy distinto. Me deslizo sobre su cuerpo y la observo maravillado, en su íntimo espasmo. Sus pechos, que se mueven al ritmo, son la excusa de mi lengua para abandonar su boca y sobreexcitarme lamiendo sus pezones. Y si arqueo la espalda mientras endurezco todos mis músculos y acompaño de susurros la ambrosía de poseerla, ella jadea sinuosa, entreabre los párpados, inclina la cabeza y la ladea, arranca las sábanas y las aprieta con fuerza, se

contonea al son de mis caderas, y fiel a mí se mantiene aferrada a cada palmo de mi piel, mística y dulce, delicada y espléndida, adorada figura de indomable feminidad, y afortunada mujer observadora de mi necesidad, en mi clímax inconcebible y repleto de desmesurada energía. No lo sé, pero si creí que ella me necesitaba, estaba en lo cierto. Y en lo que a mí se refiere, jamás he despertado acompañado. Y con Mei no lo hago.

En un día oscuro, una nota sobre mi cama ocupa el lugar que ella ocupaba, esta madrugada.

»Lo siento. Quise quedarme. Lo deseé. Pero estando a tu lado no sé controlarme. Me excedo. Me excedo y... »

A continuación, unas letras chinas que yo reconozco, y no porque sepa chino.

Quise aprenderlo, y para lograrlo me apunté a una academia de mandarín hasta que decidí no volver, por mi propio bien, sin que lograsen enseñarme lo suficiente para desenvolverme en las arduas negociaciones que mantenía con los chinos. Sí, me fui. Y la culpa de que me fuera la tuvieron las mujeres, no la ineptitud del nativo, que conmigo tuvo que hacer maravillas porque no me gustan los idiomas y porque me cuesta centrar toda mi atención en algo que se puede solucionar fácilmente con un traductor o con hablar en inglés. El idioma oficial de mis negocios. Por tanto, la culpa la tuvieron ellas, a pesar de que, sin ellas y sin los mensajes que me escribieron, ahora yo no sabría descifrar los símbolos de Mei.

Los recuerdos de aquellos días son divertidos, sobre todo, los referidos al tiempo que dedicaba a resolver los enigmas que las chicas me planteaban, en un idioma que yo desconocía. Lo bueno fue que ellas, y no el nativo, supieron despertar mi interés por el chino. Me encantaban sus acertijos, y hasta que no los desdiferaba, ellas no me daban lo que ellas deseaban. Lo que desconocían era que yo, en el juego, siempre gano, con lo que, yo siempre ganaba. Es más, me las apañaba para que, al salir, ya supiera el significado de sus deseos. De los que, entre muchos, algunos destacaban.

»Hola, ¿cuándo follamos?«... »Me gustas, Taylor«... »Te la chupo gratis. Llámame«... »Me gusta que me den por detrás y muy duro«... »Deberías probarme«...

Del estilo me pasaron muchos otros, y todos los resolví. De todos recibí algo a cambio. Mi recompensa era lo escrito. Y cómo me divertí recogiendo

mis galardones...

Ahora, sin obsequio a conseguir, Mei me escribe, en chino, lo que es incapaz de decirme a la cara.

»*Me gustas, Taylor...*»

Eso dices... Y yo creo que es mejor que haya sido en tinta y no con tu mirada.

Tú también me gustas, pero no te lo diré nunca.

Jamás desperté junto a alguien por temor a sentir. Y con ella no iba a ser distinto, sin embargo, no por mí, sino por ella. Yo no la he echado como he hecho siempre con otras, y aunque en esta mañana debería agradecer mi soledad, no lo hago.

Llego tarde.

Al entrar en la sala de reuniones, nada ha cambiado respecto a los días anteriores. Ella continúa ignorándome, a no ser que mi opinión sea estrictamente necesaria. Si no es así, ni me habla. Ni qué decir tiene que, o no me mira, o solo lo hace de reojo y de forma autoritaria como a todos los demás.

Ella se mantiene distante y enrolada en conversaciones interminables mientras yo lucho con sus plebeyos chinos, y Roy, mientras tanto, no parece enterarse de lo que hay detrás de las furtivas miradas que le echo a Mei. Es más, si de mí dependiera, le echaría algo más que un simple y sutil vistazo, de arriba abajo.

Rodeada de una decena de hombres, no se siente avasallada, pero yo estoy deseando que se aparten porque sé que no hay alguno que no se sienta atraído hacia ella.

Cómo se les ocurra tocarla más de la cuenta...

—¿Almorzamos? —sorprende Roy.

—Enseguida bajo —respondo, sin perder de vista a Mei.

—Solo tenemos quince minutos —insiste acercándose—. Y ella no viene —susurra y sonrío suspicaz.

—Está bien, Roy. Te acompaño.

Al salir, ella ni se inmuta.

—¿Todavía sigues empecinado en tirártela?

No me toques las pelotas, Roy...

—Ya me conoces. Pero, esta vez, iré por otro camino.

—Te importa... —sugiere alegre—. Ella te importa...

—No más que cualquier otra.

Desinteresado, doy un paso al frente para cruzar la calle. Al dar el siguiente, un coche frena en seco a centímetros de mí.

—¡Estás loco! —grito colérico y miro al conductor—. ¡Tú!

Cabreado porque los ocupantes del coche resultan ser los dos chinos idiotas de Ding y de Xiong, me acerco a la puerta del piloto. Al abrirla, estiro del traje de Ding y lo obligo a salir.

—¿Qué has intentado hacer?! —grito, intimidándolo, y él inclina la cabeza y me pide disculpas—. No te creo, Ding.

—Me he despistado, señor Carter. No me he dado cuenta de que el semáforo estaba rojo —dice, con desidia.

—¿Qué casualidad, verdad?, tu despiste podría haber acabado conmigo, ¿qué diría la señorita Ling de tu falta de concentración al volante?

—La señorita Ling...

—Ni te molestes —replico agarrando su camisa para alzarlo y amenazarlo—. A partir de ahora, si es que deseas seguir siendo el hombre de confianza de Chen, la señorita Ling será mi responsabilidad. No permitiré que su vida quede en manos de un necio como tú ¿lo has entendido?

—Haga lo que quiera, señor Carter. Yo tengo un objetivo que cumplir. El suyo depende de usted. Ahora, si no le importa, deje de hacer el ridículo delante de toda esta gente y siga su camino.

Al mirar alrededor, somos el centro de atención. La policía se dirige hacia nosotros, pero cuando nos preguntan, Ding y yo sonreímos, estrechamos nuestras manos, y todo queda en nada.

No obstante, esto no me gusta, y preveo que los problemas de los que hablaba Mei tan solo acaban de empezar. Temer por mi vida no es algo que me satisfaga aunque sea consecuencia de mis actos, algunos merecedores de una buena paliza, pero no de una muerte segura. El asombro de Roy es como el

todos los que me siguen con la mirada, de vuelta al trabajo. No tengo hambre. Roy dice que tiene el estómago encogido. Y en cuanto a Mei... Ella sonríe al verme entrar y disimula su sonrojo. De repente, un mensaje. En mi móvil está su imagen. Quiere volver a verme, en mi casa. Sin dudar, mi respuesta es un sí claro y conciso, aunque me pierda otra noche de póker.

Una tarde estresante no debería ser un problema para mí. Sin embargo, la de hoy me desespera. No pasa el tiempo, no logro convencer a un viejo cliente de que invierta en nuestra nueva sociedad, y eso me enerva.

El tacto de mi dólar de jade es más áspero, y ya no siento lo mismo al tocarlo. Además, no sé qué significa estar con la misma misma mujer dos noches seguidas y encima desearlo.

Debería sosegar mi inquietud. Sentir que domino mi mente aunque sepa que el indomable es mi corazón.

Necesito calmarme.

Si jugara al póker con hombres osados como yo, solitarios y observadores, arrogantes, vanidosos, mujeriegos y petulantes temperamentales, incapaces de sentir algo por alguien, todo sería más sencillo para mí. Jugar con hombres así, o ser como ellos, dominantes y osados que no se dejan arrollar por caricias de dos días, es mi forma de vida o lo que he estado haciendo para sobrevivir. Pero si ella quiere verme, tendré que encontrar la manera de entretener a mis manos y a mi cabeza, sin poner un pie en una sala de juego y sin comportarme como he venido haciendo hasta que la conocí.

Oscurece.

Mei acaba de abandonar el edificio. Yo lo haré en cuanto me deshaga de los chinos. Son obstinados, pero pronto los tiraré de mi despacho. Entretanto, mientras ellos discuten, yo hablo con Ding, que se ha acercado para decirme que el incidente de esta mañana no ha sido mal intencionado y que, a partir de ahora, si la señorita Ling no lo requiere, ellos no se interpondrán entre nosotros. Por lo visto, he dejado de ser una amenaza. Pero ellos no lo ha dejado de ser para mí, de hecho, ahora lo son, todavía más.

No queda whisky.

En mi casa, el vino me satisface aunque sepa que solo ella logrará saciar mi sed. Debe estar a punto de llegar, pero mirando hacia la calle, demasiados coches veo pasar, sin que alguno pare. Recién duchado, me sirvo más vino y

escucho que golpean la puerta, suavemente. Ni qué decir tiene, que recibir su ímpetu y su sed de sexo como saludo es más de lo esperado.

Esta vez, no hay colchonetas o velas que la relajen de la misma forma que conmigo hace. Y no le importan las posturas de yoga o las que adopte sobre mi cama porque, ahora, su posición se define según su excitación y la pasión que descubre ante mí, intensa y excesiva. Ella parece una loba sedienta. Mi pantera misteriosa descubierta.

Me confunde. Me llena de incertidumbre. ¿Qué ocultas?...

Segunda noche a su lado, y segundo despertar en soledad.

En las siguientes, la espero, y ella aparece a la misma hora de siempre. Bajo el amparo de la madrugada, cuando las calles están vacías y yo no duermo para no perderme sus juegos. Ella, sin faltar a su costumbre, entra en mi casa, se apodera de mi cama, se transforma y me enloquece, se enreda, se envuelve y se endulza de mí, desinhibida, y a mí me somete como la grasa a la llama de un candil. Mei se apodera de mí, bajo la luz de la luna, y mucho antes de que amanezca me abandona a mi suerte.

Mi gata oriental me visita de noche. Si pudiera entraría por la ventana. Eso dice al llegar. Aparece, me ronronea, se pasea a mi alrededor, bebe ávida, se desnuda y se me acerca, me besa y hace conmigo lo que quiere y como quiere.

Jamás me he negado a practicar sexo. Y con ella repito, una y otra vez, y hasta que se sacia de mí. Intensa, delicada, feroz e incansable, Mei obvia cualquiera de mis intentos por llamar su atención si es de día. Pero de noche, siempre en mi casa, ella me aprisiona, y yo cierro las esposas. De noche, ave rapaz, me da caza, y yo me dejo. Y de noche, me tienta, y yo caigo, y me provoca, y yo la satisfago. Jamás he despertado acompañado. Y con ella, a pesar de que ya han pasado cinco semanas, tampoco lo hago. Mi oriental preferida viene a mi casa a deshoras siendo ya su costumbre, pero al amanecer nunca está. Me recuerda a mí, antes de estar con ella, y aunque no ha pasado mucho tiempo de aquel hombre que abandonaba una cama en plena madrugada, o de aquel que se deshacía de las mujeres que lo visitaban, algo ha cambiado.

Llevo cuarenta días con la misma mujer aunque solo sea por unas horas y solo de noche. Por las mañanas es mi jefa y no se deja tocar, ya no digo mirar. Por la tarde está más vulnerable y es preferible decirle que sí, a todo. Ya no digo si se lo digo yo, que creo que le irrita. Y al caer la noche, se apodera de mi vida y la vuelvo a encontrar tumbada sobre mi sofá, descalza, con el pelo

suelto, con la mirada perdida, la piel sedosa cuyo tacto desnuda a mis manos, y con la necesidad de satisfacerse, sexualmente, solo conmigo. Ya me ha dicho, en más de una ocasión, que le gusto. Pero yo no he vuelto a repetirlo. Querría hacerlo, pero va quedando menos para cerrar el nuevo contrato, y eso significa que no volveré a verla, por tanto, prefiero olvidar que me gusta y desechar el sonido de su voz, cuando ella me lo dice a mí.

Esta noche, como viene siendo habitual, Mei está en mi casa preparando la tetera y sirviéndome una copa de whisky. Está inquieta. Nerviosa. Confusa. No ha pronunciado una palabra en todo el día. Y si lo hacía, solo se dirigía hacia Chen.

Creo, por su tono de voz y sus reacciones, algunas violentas pero contenidas, y que mostraban su impotencia, que, debido a la presión que su jefe ejercía, ahora, ella no encuentra la forma de liberarse.

—¿Me vas a contar qué te ocurre? —pregunto yendo hacia ella, que me evita y se aparta.

—El señor Chen ha insistido en que paralizemos la nueva compra de valores hasta su llegada.

—Se le espera dentro de tres semanas.

—Adelantará el viaje.

—¿Y qué pasa con la firma de mañana?

—Habrá que posponerla.

—¿Posponerla?... se me han acabado las excusas para los sindicatos defensores de los pequeños y medianos accionistas. No podemos posponer el acuerdo. Sería un fracaso del que no estoy dispuesto a responsabilizarme.

—Intuyo que el señor Chen no trae buenas noticias.

—¿Cuándo tiene prevista su llegada?

—No ha concretado la fecha —titubea y disimula.

Me haces dudar...

—¿Te ha comenado algo que ponga en peligro el acuerdo?

—No, exactamente.

¿Qué me escondes, Mei?...

—¿Entonces?

—Está muy preocupado por la moneda —revela, y respiro aliviado.

—Lo entiendo. Es lógico, pero no creo que sea una causa de fuerza mayor que impida continuar con lo acordado.

—Él cree que deberíamos paralizar las negociaciones hasta ver qué ocurre en China —comenta, intrigándome—. Prevee una devaluación que rozaría mínimos históricos.

—¿Lo dices en serio?...

—Jamás bromeo con el dinero.

—Ni yo, pero no se corresponde a la realidad. El mejor momento para acelerar las negociaciones es ahora y, si no lo aprovechamos, podríamos perderlo todo.

Asiente agobiada. Tengo la impresión de que no ha dejado en el pasillo a esa mujer dominante del despacho. Sigue siendo la diurna, y yo deseo a la nocturna.

—¿Sabes?..., no me importaría acabar con todo esto de una vez y repartir beneficios —confiesa aburrída—. Lo olvidaría todo...

—¿Y qué harías después de olvidar? —pregunto curioso.

Al darse cuenta de que me ha afectado su comentario ni me responde. Entonces, cabreado conmigo, huyo de ella.

Voy hacia el baño para darme una ducha fría. Tengo que deshacerme del lío sentimental que me está creando. Hoy no ha venido a satisfacerse, sino a pelear. Esa gata se ha colado en mi casa y pretende adueñarse de mí. Y yo, que me dejo querer, preferiría verla desnuda frotándose sobre mi piel, a tener que escucharla como hacemos todos, todos los días.

Ni con agua fría consigo calmarme. Necesito jugar. Desafiar al contrario. Deshacerme de esta máscara diurna y ocultarme detrás de unas cartas que hace semanas que no toco. Cinco y a punto de ser seis. Antes de Mei, no había excusa para no acudir a mi cita lucrativa, sobre todo, los miércoles. Antes de ella, nada era más importante que asistir a mis partidas, después del trabajo. El póker ha sido lo único que ha logrado mantenerme a flote y en el escalafón más alto al que puede llegar un broker, y desde que no acudo a mis sesiones no soy el mismo.

Antes de ella, era feliz, y ahora lo soy, pero en momentos como este en los

que no desconecto y continúo en el bucle del hombre de negocios público de siempre, me falta algo. Y es el juego. Sentir al azar rodearme mientras me debato entre subir una apuesta o esperar a ver qué hace mi contrincante. Esa intriga... Ese misterio implacable... El atractivo desconcierto del riesgo... Todas son sensaciones que con Mei también percibo, a pesar de que me es insoportable el ser un don nadie, de día, mientras, de noche, cuando ella lo necesita, yo soy el hombre de su vida. Y a mí no me importa. Es más, yo siempre he sido arrastrado a camas ajenas porque nunca he necesitado el amor de alguien. Mi necesidad desaparecía, al cabo de una hora. Pero el deseo y a la lujuria insospechada de Mei, para mí no es un obstáculo, sino mi capricho, y yo disfruto siendo el suyo aunque me dé cuenta de que, según pasan los días, más me gusta ser suyo. No obstante, en contra de ella no lucharé. Si quiere olvidarlo todo, yo no estoy fuera de ese olvido. Y en su lugar yo haría lo mismo, pero no estoy en su lugar.

Hasta ahora lo estaba, pero tengo que aceptar que estando a su lado yo me siento víctima de mí. Yo también quiero pasar página. Caminar de nuevo. Y si este es un cruce de caminos y nada más, ¿qué me despistó del mío y cuándo?...

Me encapriché de ella. La he conseguido. Pero ahora que sé lo que es estar con una sola mujer, olvidar no es el objetivo. El mío es ser inmensamente rico, eso no ha cambiado, pero estoy dispuesto a compartir el premio con ella, y eso es algo nuevo.

Hasta ahora no ha habido mujer capaz de marcar su huella en mí. Mei supo hacerlo, hace tiempo. No la olvidé, en tres años, por un instante perturbador y enigmático. Estoy seguro de que no la olvidaré, cuando Chen se la lleve a Hong Kong, de vuelta a lo más alto del Union Square. Es más, creo que tardaré en olvidarla, por eso, mientras me ignora y me usa, yo preferiría jugar. Se me da mejor que manejar el desasosiego que crea en mí. Me vuelve vulnerable, sumiso, y yo no soy así.

—Taylor...

—Enseguida salgo —respondo, bajo un chorro de agua que golpea mi cabeza con fuerza, tratando de olvidar.

—Taylor...

Sorprendido, sus pechos están contra mi espalda, sus manos acarician mi cintura y su cuerpo se frota contra el mío.

La suerte está echada. Si me vienes así, me toca mandar. Sin que le dé

tiempo a reaccionar, me doy la vuelta, la levanto y la siento sobre mis caderas. Ella me empuja, y para evitarlo la empotro contra las baldosas y alzo sus brazos para sujetar bien sus manos. Para que no hable le como la boca como hacía con cualquier otra, a cualquier hora del día o de la noche. Ella se resiste y endurece los músculos, pero yo sigo manteniéndola contra la pared, sigo besándola desenfadado, sigo conteniendo su ira esparcida por cada poro de su piel y sigo insitiendo en que me deje desprenderla de lo ajeno excedido por lascivos juegos.

Por fin, me siento ganador. Por fin, logro ser quien he sido yo. La sumo a mis deseos. La adoro incluso durmiendo. No me importa dormir a su lado, pero al despertar...

Después de haber deseado un amanecer distinto a todos los demás, a todos los que he vivido, abrir los ojos y encontrarla a mi lado transforma mi pasión en un caos emocional demasiado incontrolable y desconcertante.

Ahora me da miedo tenerla en mi cama.

Roy me llama.

—Roy... —respondo, a las seis de la mañana.

—Tienes quince minutos. Chen está aquí.

Dejándome con la palabra en la boca temo lo peor. Chen no debería estar aquí, e intuyo que Mei lo sabía y solo me contó lo que quiso. Algo no va bien. Tengo la horrible sensación de que todo lo que ocurre a su alrededor no es casual, y menos esto.

En cualquier caso, hoy es la primera vez que no me deja tirado, antes de que amanezca, por tanto, aunque me oculte lo que ocurre, invertiré quince minutos en lo que único que merece la pena invertirlos. Admirar a mi oriental preferida.

Tumbada, de espaldas a mí, duerme desnuda. Su larga melena cubre su espalda, pero la curva de su cintura y caderas, ascendente y redondeada, descendiente y lisa, al descubierto incita a mis dedos a acariciarla. Con las piernas enredadas entre la sábana y los brazos hacia arriba, Mei invita a destaparla y a saborearla, en calma y con delicia. El despertar de hoy no acabará en la ducha como todos los días. Vuelvo a sentirme ganador, y puede ser que no vuelva a tener otra oportunidad como esta. Así que, como buen provechoso del azar que me envuelve, con una de mis corbatas le ato las

muñecas y retiro el pelo de su espalda despacio y con suavidad para no despertarla y, así, deslizar mis dedos por su contorno delineando su figura mientras, al mismo tiempo, su piel despunta erizándose. Ella no se despierta, solo suspira, entreabre la boca, se contonea, se...

Rozándome, mi pene le provoca un cosquilleo que la lleva a sonreír, todavía, con los párpados cerrados. Y en un arrebató la agarro de la cintura y la acerco a mí para que sienta cómo me pone, o más potente y más duro que cualquier otra noche.

Mejor, que cualquier de mis amaneceres.

—No sé por qué estás aquí, pero hoy no te escapas...

Al apoderarme de sus muslos, ella jadea.

—No debería, pero me alegro de no haberme marchado.

Al girarse, su rasgar de ojos es tan intenso, que no resisto adentrar en ella con mis dedos hasta verla desfallecer. Pero sus besos me impacientan, su estremecer me precipita, el éxtasis de su rostro me desboca, y es ella quien arde en deseos por que yo la posea, logrando dominarme, una vez más. Estoy muy dentro de ella, y ella tumbada sobre mí. Se desliza al son de su propio placer. Sí, nena...

Agarra las sábanas, apoya su rostro en mi pecho, endurece las nalgas, me absorbe implacable y me muerde en el cuello, voraz. Yo mantengo mis manos en su culo y la empujo, una y otra vez, una y otra vez y, una y otra vez, cuando siento que aumenta su calor interior y ella me observa salvaje. Entonces, si alza la cabeza y mira hacia el techo, son sus piernas las rocas que me aplastan. Y no tiene bastante con tres veces seguidas.

Volver a tener un orgasmo que la convierte en muñeca de trapo según silencia su respirar y transforma su rostro en el de una diosa indómita, a mí me empuja a desearla, todavía más, e incluso más que al dinero.

—Buenos días... —susurro viéndola irse adónde no puedo alcanzarla ni aunque me dejara llevar.

Pensando en Chen y en el mal augurio de la llamada de Roy consigo evitar correrme. Mei, desfallecida sobre mí, me besa y me dice al oído que quiere más, y yo, que lo sé, agarro su rostro y la miro a los ojos, con la intuición de que algo no va bien.

Son demasiado brillantes para lo acostumbrado aunque haya estado cuatro

veces sumergida en el éxtasis. No obstante, desde el primer día, Mei me desconcertó. Ahora no es menos.

Besándome como jamás lo ha hecho, se mantiene pegada a mi rostro y se desliza por mi piel, otra vez. Se dirige hacia otro de sus magníficos placeres. Hacia un lugar recóndito por el que yo le guio, a pesar de que solo ella sabe cuándo alcanzará su final. Yo distingo en qué momento llegará, y con notar cómo se desprende de ella una ráfaga de fuego que fluye de su interior y arrasa conmigo, me derrota. Destruye el muro que me mantiene potente. Me derrumba, invencible, y acaba con el esfuerzo que hago por no eyacular. Sin embargo, junto a ella lo hago, y me gusta, pero no más de lo que le gusta a ella.

Mi despertar se acaba cuando Mei lee el mensaje que Chen la ha enviado, después de haberla llamado, varias veces. Salir corriendo no lo hace. Simplemente, desaparece. Lo esperado, aunque yo hubiera preferido que se quedara conmigo.

¡Crash!...

Nooo...

Si no he tenido suficiente con verla salir despavorida de mi casa, al entrar en mi despacho para recoger la documentación del contrato, mi dólar de jade se me resbala de las manos y se me cae. Esto no puede estar pasando... Está hecho pedazos. Mi suerte se ha acabado.

Arrodillado, no puedo creer que haya acabado con el único objeto con el que llamar a la suerte, de un plumazo. Tengo la sensación de que debería salir corriendo y no entrar en la sala en donde Chen y el señor Miller discuten y se gritan. Mi dólar está esparcido por el suelo y preveo que mi destino va a dar un giro radical y no para bien.

Yendo hacia la sala de reuniones soy desafortunado. Ding y Xiong custodian la puerta. Me observan, con desidia, al entrar.

Horror.

Cumpliendo mi pronóstico y de forma brutal y devastadora, ante mí se encuentra el fin de mi carrera. De mi vida. De mi fortuna. Se cancela la segunda compra del paquete de acciones que nos iba a aportar, supuestamente, en un corto plazo, millones de dólares de beneficio. También se retiran los fondos más susceptibles aunque estén asegurados, y se liquidan las cuotas de los próximos seis meses. Por supuesto, para cerrar el círculo, se venden las

acciones adquiridas en la primera compra, así como, las de los pequeños accionistas. Y el tiempo que hemos invertido, junto al esfuerzo y el sacrificio que a más de uno le ha llevado a abandonar, no será remunerado. Por parte de Chen, una mala jugada que, a nosotros, nos lleva a la bancarrota. La visita de Chen acaba siendo una traición para Miller, aunque Roy y yo pensemos que hay algo más detrás de esta retirada de fondos que no sabemos descifrar. Según Chen, la pronta devaluación del Yuan le obliga, por el bien de sus empresas, a recuperar todo el dinero invertido, a obtener algo de beneficio de la imprevista venta accionarial y a retirar sus fondos de lo que ha sido esta sociedad. En cuanto a nosotros, las querellas, las denuncias y los juicios que esto acarrearán serán el desplome de la empresa.

Mientras tanto, Mei no ha hablado, en horas. No puedo creer que este vaya a ser mi fin. Cuesta tanto subir que es injusto caer desplomado. Como diría mi padre, igual que se gana se pierde. Pero no será por el dinero. Mei no me ha mirado en más de cuatro horas de reunión en la que observamos nuestra caída estrepitosa en la bolsa, sin que podamos hacer nada para remediarlo.

Estamos en quiebra. Sí. Hemos perdido. Y yo he perdido algo más que no puedo comprar.

Chen, antes de marcharse, se acerca a mí y me lleva afuera, en donde me dice que volveremos a vernos. Y Mei, que lo sigue, ni me mira. No se atreve. Se muestra obediente y parece sentirse culpable. No es capaz ni de hablar. Pero yo tampoco lo hago. En realidad, es mejor así.

No obstante, la complicidad de un adiós siempre me gustó, y para mí mismo me digo hasta pronto porque de ella recibo ignorancia y tanta nada como el vacío que, de repente, siento dentro de mí.

Yendo a doscientos treinta hacia el aeropuerto no hay dios que me pare. Al llegar, me cuelo por la puerta de embarque y accedo al vuelo de Chen. En la distancia, los veo subir al avión.

Se acabó.

Por la mañana despertaba solo hasta que, un día, lo hice a su lado, y aunque siento nostalgia, no lo he vuelto hacer. Ninguna mujer merece mi cama. Y su olvido no sé cómo será, pero el mío no va tan mal. Solo es en el aspecto sexual. Lo demás va como el culo. Eso sí que lo echo de menos... Ese culo suyo prieto y prohibido, por el que estoy cegado. Ahora, ya no hago otra cosa que no sea jugar al póker con el poco dinero que me queda. Tuve que pagar

más de un millón y medio de dólares de indemnizaciones para los dagnificados por el fraude cometido por la empresa del padre de Roy, que se agenció treinta y cinco de prima, desentendiéndose de todo.

Llevó a la quiebra a su empresa, pero él se benefició.

Roy no lo sabía. Como yo se sintió estafado, pero como yo, él también era consciente de que no teníamos atados todos los cabos, con lo que, este final estaba previsto aunque no tan pronto, por eso, no lo vimos venir. Confiábamos en su padre, y su padre y algunos socios nos la clavaron por detrás y a mala leche. Ojalá lo hubiéramos intuído... Si lo hubiéramos hecho, no estaríamos en donde estamos, ninguno de los dos. Él, a punto de casarse, y yo más tirado que una colilla. Roy se ocultó del mundo, junto a su familia, y no sé cuánto perdió, pero yo...

Entre abogados, consejeros, consultoras y chupópteros de cualquier índole administrativa, he perdido tres cuartas partes de mi capital. Y de lo que me quedaba perdí la mitad, en las partidas al póker que jugué, durante el primer mes, después de sufrir la gran fuga de fondos chinos.

Ahora, en este momento, tengo menos de trescientos mil dólares para cubrir unos gastos mensuales que doblan mi presupuesto. No obstante, saqué algo positivo de todo lo malo e injusto que rodeó mi vida, durante ese tiempo.

Tras romper con una parte de mí que me llevó en volandas hacia el triunfo para más tarde desplomarme, regresé a mi encanto seductor. Lo hice, hace poco más de una semana, y, desde entonces, la suerte me acompaña. No he hecho nada fuera de lo habitual. Tan solo despertar en diferentes camas, sin que me importara su dueña, y menos su nombre. A todas las he llamado fieras. Y todas han sentido serlo, sin que ninguna lo fuera. Sin embargo, he vuelto a ser el hombre que era, antes de Mei, y, poco a poco, recupero el dinero que he perdido.

No obstante, no paga mis trajes, no me llega para pagar el alquiler, tampoco para cenas de lujo o para satisfacer mis caprichos más desmedidos.

Estando en Nueva York no puedo caminar por otro lado que no sea el que me dejó en la estacada. Aquí, las partidas me sacian, pero yo quiero más.

Sin trabajo, sin amigos y sin ese fervor apasionante de enfrentarse a desconocidos implacables como yo, no hay razón que me mantenga un día más en esta ciudad. Yra conocido como jugador, en ámbitos nocturnos, y ahora sigo siéndolo, pero a cualquier hora del día. No importa si bebo y no como, si me

desvelo y me marchó a jugar, o si al mediodía se terció una partida en cualquier barucho en el que me tomé el primer trago del día. Ya soy conocido, por mi estilo, y mis contrincantes repiten, descebrados, y me aburren.

—¿El primer vuelo que sale hacia Las Vegas? —pregunto a la azafata de tierra.

—El embarque del último está a punto de cerrar sus puertas.

—No, sin mí.

La suerte está echada. Regreso a mi casa.

En primera, mientras me sirven champagne y me dan una manta yo coqueteo con la zafata y, diez minutos después, los dos estamos dentro del baño haciendo lo que mejor sé hacer.

Ella... Ella es como todas.

En mi asiento, mucho más tranquilo, de repente, recibo un mensaje de mi banco. La imagen de la pantalla es un extracto bancario. Mi capital acaba de aumentar. Tengo quinientos mil dólares más.

Vaya... No lo recordaba... Hoy es mi cumpleaños. Ya tengo treinta años. Y por ser treinta añero, acaba de hacerse efectivo el deseo testamentario de mis padres, por segunda vez. La primera fue a favor de Erik.

Ahora solo falta, Yisel.

Las Vegas, 2014

—Todo perfecto, Erik, ¿tú qué tal estás?

—Bien. Planificando navidad. Seguramente, iremos a París.

—¿Y Yisel?, hace mucho que no sé de ella.

—Estresada. La campaña navideña de la revista para la que trabaja la está saturando.

—Eso es lo que tiene ser fotógrafa...

—Creo que necesita un descanso —añade, sin que yo le dé mi opinión.

Rechazo seguir jugando una mano en la que ya he perdido demasiado, por no estar concentrado. En mi cabeza solo existe la idea de mentir. Y si le miento a mi hermano, jugar al póker, al mismo tiempo, no se me da bien.

—Taylor, ¿sigues ahí?

—Sí, Erik.

Vigilo al croupier mientras baraja.

—El año que viene podríamos vernos, ¿qué te parece?

Vigilo a mis contrincantes.

—Estoy hasta arriba, Erik, pero te prometo buscar un hueco para ese encuentro fraternal que tanto necesitas.

—No nos vemos desde el entierro, ¿te da igual?

—No me da igual —respondo agobiado—. Ya me conoces. Con saber que estáis bien y hablar, de vez en cuando, me basta.

—Lo sé, pero no estás solo, Taylor.

—¿Quién está hablando de soledad?

—Lo que quiero decir es que tienes dos hermanos a los que, de vez en cuando, les gustaría verte.

Al quedarme callado, él me dice que me quiere y que Yisel también aunque no me llame. Yo tampoco lo hago, por tanto, de nada sirve que mi hermano me diga que nuestra hermana pequeña me echa de menos, y que ninguno de los tres podemos seguir perdiendo oportunidades para continuar conociéndonos porque, al fin y al cabo, somos hermanos. Eso dice Erik, pero eso es cosa suya. Él siempre ha sido una persona necesitada de cariño. Erik tiene que sentir que su vida y lo que hace es amado y no por cualquiera, sino por su familia, al completo, sin embargo, yo soy lo contrario, y he aprendido a vivir sin ellos, de hecho, he pasado tanto tiempo solo que estoy acostumbrado a no necesitar de alguien para sentirme querido. Y lo he hecho de una manera tan inofensiva para mí mismo, que no echo de menos a mis hermanos ni de vez en cuando.

Siempre he sido víctima de mis deseos. Ahora miento por ellos.

—Taylor, ¿sigues ahí?

Joder... Qué mierda de cartas...

—Sí. Perdona, hermano.

—Vaya..., creí que ya habías olvidado que lo soy. Hace tiempo que no me llamas así.

Vuelvo a callar porque me duele, y él me pregunta que si ocurre algo.

—Lo siento, pero tengo a un nuevo cliente en la otra línea y...

—Ah..., está bien. Te dejo trabajar.

—Gracias, Erik.

Respiro aliviado, y me levanto dispuesto a ir al cajero.

—Sigue como hasta ahora, Taylor. Te noto en buena forma y con las ideas muy claras. Siempre he envidiado eso de ti, pero me alegro de que te vaya bien. Un abrazo, hermano.

—Un abrazo, Erik.

Orgulloso de mi actuación, estoy decepcionado conmigo y de mí. ¿Se puede ser capaz de todo y saber, al mismo tiempo, que eres un fracaso como persona?...

Estas serán mis segundas navidades en Las Vegas. Llevo más de veinte meses dedicándome por entero a mi mayor deseo, pero, a pesar de que la suerte me acompaña y de que estoy ganando mucho dinero, las llamadas de

Erik aunque sean contadas, me hunden y me avergüenzan de mí mismo. No le conté lo que sucedió con la empresa de Roy, pero algo tenía que contarle para que, si en alguna ocasión no respondía a sus llamadas, algo habitual en mí, él no se pusiera en contacto con Roy. Así que le conté que yo ya no trabajaba para ellos porque las diferencias entre nosotros eran irreconciliables y turbaban nuestra amistad. Y Erik, que me conoce, no se extrañó. Él sabe cómo han sido mis relaciones sociales. Sabe que siempre me cobijo debajo del árbol que más sombra da y que, si mis amistades no tienen nada qué ofrecerme, yo iré a buscar a otros amigos mucho más beneficiosos aunque sean temporales. Por tanto, cuando le dije que no me importaba lo de Roy, y que una nueva empresa me había contratado, él se alegró, y me deseó lo mejor. Mientras tanto, mientras él creía mi mentira, yo vivía a base de calderilla.

Una mentira detrás de otra. Esa es mi vida, no obstante, esta navidad no será como la del año pasado.

Por aquel entonces, no pude celebrar la entrada del nuevo año porque ni siquiera tenía para llenar el depósito.

Cené solo, brindé por mí y me deseé suerte. Toda la que mereciera y más, mucha más.

Durante los primeros meses de mi nueva vida como jugador, perdí mucho dinero. Mucho fue todo lo que tenía. Me gasté mis doscientos mil, y los quinientos mil que mis padres me dejaron, pero de los malos tiempos solo tengo el recuerdo de lo mal que lo pasé para olvidar a una mujer. Por culpa de ella no ví más allá de mi copa wisky, de alguna raya de cocaína, de follar sin que importara a quién me tirara, y de no dormir y solo jugar aunque perdiera hasta la camisa. Por culpa de su recuerdo casi pierdo la vida.

Una vez, regresé desnudo de un antro en el que, por segunda vez, una pistola me amenazaba. Reconozco que fui de listo, pero nada fuera de lo habitual en mí, sin embargo, mi rival iba acompañado, y sus cinco hombres me quitaron, a punta de pistola, todo lo que llevaba encima, tras haber perdido unas cuantas partidas yendo de farol y comiéndomelas todas, entretenido entre las faldas de una tía y las copas que bebía y bebía, sin saber frenar el ansia de más. La culpa la tuvo una oriental que no se parecía a Mei, pero que me recordó a ella, por su larga melena negra y por su inclinar continuo para asentir y ser amable conmigo. Por culpa de un recuerdo que me lleva al insomnio me cegué, me excedí y perdí. Y el tío, cabreado por mi desinteresada forma de vapulearle la pasta hasta que la suerte me dejó de lado, comenzó a

avasallarme mientras yo le prestaba atención al culo que iba y venía de la barra a mí, sin dominar el juego y mis cartas. Menos mal que el coche lo dejé en casa. No lo usaba, por aquella época. Y lo eché de menos como a mí mismo. Como a aquel hombre que con una piedra verde era el dueño de todo y, en un abrir y cerrar de ojos, resultó ser nadie. Menos mal que la mala racha como vino se fue. Ahora, el Ferrari es mi tarjeta de visita, el efectivo mi arma arrojadiza, y mi atractivo encantador lo único válido para yo no sentir. A qué mala hora me encapriché de ti...

A veces, creo verla. Es como mi mal karma o mi mal chakra o yo qué sé. Pasé de la esa parafernalia de la relajación y de la meditación. Pasé de entrar en donde me llevó para olvidarla.

Pero su sombra me persigue. Es mi mala conciencia. Y no existe, pero me persigue, me ciega y suscita mi olvido, todavía más, como si recordar esa mañana, en cada despertar, no fuera suficiente para mí. A qué mala hora decidí encapricharme de ti...

Hasta el momento, he conseguido todo lo que he querido, absolutamente, todo. Ahora, por suerte y azar, estoy siendo el hombre que siempre deseé. Pero tú sigues ahí, con tu huella clavándose en mí, sin que nada de lo que haga me sirva para olvidarte.

Frente al cajero, mi cuenta bancaria va incrementando su saldo según pasan los días. Quince mil serán suficientes para la partida de esta noche. En navidad, Las Vegas está a rebosar, y aunque podría sacarle la pasta a cualquiera, me debo a mi reputación. Mis partidas de póker me exigen, cada día, que yo sea mejor que el día anterior. Y esta noche, la partida no se celebrará en un de los cientos de casinos legales de Las Vegas, sino que, por la intrigante sensación de jugar de manera extra oficial, últimamente prefiero ocultarme entre desconocidos poderosos, a ser espiado por miles de cámaras que me graban y me dan a conocer. Y aunque así gano mucho dinero, si juego en la clandestinidad siento que el póker es mucho más que la diversión de apostar y la emoción de ganar.

Recubierto de misterio, para mí es la verdadera esencia del saber mostrar al suspicaz mentiroso que soy, al intuitivo y observador hombre que oculto y al enigmático negociador que llevo dentro. Y si a esto le añado la seductora forma con la que siempre se llevo el gato al agua, tendría que decir que, aunque pueda irme muy mal en la vida, sin póker soy un don nadie. Es parte de mí, lo necesito, y tengo que aprovechar que estoy en racha porque nunca se

sabe cuando el azar puede abandonarte.

Pero soy postivio, y, esta noche, volveré a ganar y volveré a tirarme a otra morena de ojos rasgados, siendo ya una obsesión para mí, que roza mi pasión por el dinero.

Qué pena que no estés en venta... Chen te tentó conmigo, y ese sigue siendo tu misterio.

Sorprendiéndome, Yisel me envía un mensaje.

»Feliz navidad»

Igualmente es mi respuesta. Después de eso, nada, o el simple hecho de creer que, quizás, algún día, debería quedar con mis hermanos.

En la suite en donde me hospedo porque la casa de mis padres no cubre mis necesidades, entre ellas, lujuriosas y de derroche lujoso y vicioso, las cartas divididas en montones que mezclo incansable y manejo con soltura y excesiva pulcritud concentrando toda mi energía en ellas logran apaciguar esa mala conciencia acompañada por la nostalgia fraternal que no siento, pero que otros me recuerdan. Olvido a Erik. Solo crea en mí un sentimiento de culpa. Olvido a Yisel. Con ella nunca he tenido una relación afectuosa, y no me cuesta seguir como hasta ahora. Olvido a Mei. Si no lo hiciera, perdería el control del posible calor humano que escondo. Debo ser frío. Debo indagar en la personalidad de mis contrarios para apoderarme de sus debilidades y usarlas en su contra. Y eso se hace siendo visceral, calculador, paciente y observador. Mi concentración en las cartas debe ser brutal y precisa.

Al llegar al cuarto de la parte trasera de un antiguo casino venido a menos, aunque lleno a rebosar, mi sorpresa resulta ser la presencia de dos chinos y de una mulata, que me preguntan que si tengo inconveniente en cambiar de modalidad. Póker cerrado. Por un instante recuerdo a mi padre. Respondo que no tengo inconveniente y que comencemos cuando lo deseen. Pero soy tan presuntuoso, que su desconfianza sale a la palestra.

No sé si esta noche las tendré todas conmigo...

A las primeras manos voy poco. Las más caudalosas las pierdo y otras menos suculentas las gano. Muestro de mí la inocencia de los años que nos diferencian. También intento ser cauteloso al observar sus gestos, sus muecas o algún ligero aspaviento, por si logro adivinar qué puedan llevar. Pero son de la vieja escuela, hombres como mi padre que reconocen mi atrevimiento y que

saben encaminarlo hacia donde desean para, así, fulminarme con unas simples dobles o humillarme con algún póker mientras yo, con un trío de reyes, me creo el rey del mambo.

Como hace años, mi nerviosismo e impotencia ante la incapacidad de demostrar que el hombre que ahora mismo soy y juega no soy yo en realidad, me vuelve a recordar aquella tarde en la que mi padre me intentaba explicar que la actitud es lo primordial, consciente de que lo sé. De hecho, esa ha sido la única frase que me ha acompañado, durante toda la vida, y ahora, intento redirigir mi suerte hacia un cambio de actitud que no sea el de la perplejidad o el del asombro, si no acierto en mis conjeturas. Sin embargo, por mucho que luche en contra de aquellos que crean mi propia frustración, no logro olvidar que, en un día no muy diferente a otro, una simple llamada o un simple recuerdo del pasado puede afectarme hasta el punto de cegarme.

En las siguientes manos, pierdo nueve mil dólares.

¿Por qué no consigo concentrarme?, ¿por qué, de repente, ya no me siento capaz de ganar?, ¿por qué no me dejan olvidar?

Mis hermanos. Mei...

Quiero ser como deseo. Hago lo que deseo. Y, sin embargo, mi deseo mi traiciona y cuando menos lo espero me derrota. Lo mismo que estos, que para ser chinos y haber aprendido hace dos días como aquel que dice, me están vaciando los bolsillos y de forma despiadada.

La señora se retira. Los dos chinos se inclinan. Yo, al ver su exagerado respeto, bebo whisky. No los soporto. Por ser chinos ya me ponen nervioso. La culpa es suya. La culpa de que yo esté perdiendo es suya. Si no estuvieran aquí, ya me habría hecho con la pasta de otros. Me cago en los chinos...

Al ver cómo vuelven a inclinarse mientras la mujer se marcha, y no levantarse hasta que sale del cuartucho en donde estamos encerrados, no dejo de beber. Es más, pido otra ronda e invito a los chinos que se plantan delante de mí y me piden que los acompañe.

—¡Ja!, ni de coña... —espeto, con desprecio—. Sigamos jugando. Quiero recuperar mi dinero.

Agarro la baraja y comienzo a mezclarla.

—Señor Carter, quizá le interese escuchar la propuesta de mi jefe. Está muy interesado en usted. Lo está esperando.

—A mí, solo me interesa recuperar mi dinero, después, ya veremos si quiero o no escuchar lo que sea que quiere su jefe de mí.

—Cómo quiera, señor Carter.

Al sentarse, le ofrezco el taco al chino de la izquierda para que corte. No sé lo que se traerán entre manos, pero de golpe la suerte me ronda, me inspira y me lleva a ganar unas cuantas partidas. De nuevo, un trío es mi pesadilla. Con los chinos no hay forma de saber si su sonrisa se debe a su constante amabilidad o si, por el contrario, es manifiesto de su jugada ganadora. Sin pensarlo, aumento la apuesta triplicando la ciega pequeña. Uno de ellos la ve y la vuelve a aumentar. El otro se retira. En este punto, ya no hay vuelta atrás. La tengo que ver, sí o sí.

Soy ganador. Mi trío de dieces fulmina sus dobles.

De un plumazo, recupero los nueve mil. Iba de farol. El chino ha creído que podía conmigo, pero yo he captado a la perfección su tic del ojo.

Llevo observándolo un buen rato. Cuando va de farol, su ojo izquierdo desvaría. Mi sonrisa frente a su ojo desorbitado me lleva a ganar, tres partidas más. Al cabo de media hora, vacilándolo, el debilucho se retira. Ya solo quedamos dos, y con este, las ciegas son mi mejor baza.

Durante un par de horas, jugamos un mano a mano que nos mantiene enfrentados incluso personalmente. Entre nosotros existe el odio y el ansia por demostrar quién es el mejor. Y la arrogancia innata que me devuelve al círculo afortunado en donde siempre deseo permanecer, ahora es como mi propio yo.

Siento cómo la suerte adentra en mi cabeza, a través de mis manos mientras ellas, que alzan levemente la esquina superior de las cartas que hay sobre la mesa, transmiten el azar a los naipes, acertando en cada jugada.

—Voy con todo —expreso decidido, y el chino arquea la ceja y sonrío.

—Veamos que lleva, señor Carter —dice orgulloso.

Confío en las cartas. Soy ganador. Confío en mí.

Tras desechar una, nos reparten las dos siguientes.

Confío..., confío en mí..., confío en mi suerte...

Al darles la vuelta...

—¡Sí! —grito al ver que son un as y un rey.

Suelto mis dos y me levanto de la silla, excitado. Soy el ganador de esta noche. Mi full supera su escalera, simple y birriosa. He recuperado mi dinero y no solo eso, sino que, también, lo he aumentado en quince mil dólares.

—Enhorabuena, señor Carter.

El chino estrecha mi mano e inclina la cabeza respetuoso, y yo correspondo su gesto, altivo y feliz.

—Si quiere la revancha... —sugiero mientras reuno las cartas y las amotono.

—Quizás en otra ocasión. Mi jefe lo espera.

—¿Qué quiere su jefe de mí?, ¿qué puede ser tan succulento para sacarme de aquí, en plena racha? —pregunto curioso, y los chinos sonríen—. ¿De cuánto estamos hablando?

—Si nos acompaña, podrá resolver esa y otras dudas.

—Y en vez de ir yo, ¿por qué no viene su jefe y me hace su oferta mientras echamos unas partidas?

Sin dejar de barajar, espero su respuesta, pero los chinos se alejan y murmuran. Observándolos de reojo, me doy cuenta de que uno de ellos habla por teléfono. Al cabo de un par de minutos, los dos regresan a la mesa, y el chino del teléfono se acerca a mí.

—El señor Chen prefería un lugar más discreto.

Me siento como si me hubieran golpeado en la cabeza.

Guardo silencio. Estoy perplejo. Lleno de confusión y de un inmenso desasosiego que no soy capaz de controlar aunque mi concentración esté apuntando hacia las cartas.

—¿Señor Carter?...

—El señor Chen... —murmuro resentido.

—Sí. Me ha dicho que ya se conocen.

—Sí, nos conocemos, pero de eso hace mucho.

—Entonces..., ¿qué responde, señor Carter?, ¿le interesa?

—Está bien —respondo irguiéndome—. Lo escucharé. Eso puedo hacerlo.

—El señor Chen le agradece su amabilidad.

—Que me lo agradezca con un buen pellizco.

—Le aseguro que si acepta la recompensa será satisfactoria para ambos.

—Eso ya lo veremos.

Siguiéndolos hacia una limusina aparcada un par de calles más abajo, tengo la sensación de que mi *hasta pronto* podría devolverme un pedazo de tiempo perdido y que, en ocasiones, no me importaría revivir. Pero al entrar en el coche, solo está Chen.

—Buenas noches, señor Carter —saluda plácido—. Le dije que volveríamos a vernos y..., así ha sido.

—Sí, eso lo recuerdo —replico sentándome enfrente—. ¿Me ha estado espiando, señor Chen? —pregunto chistoso.

—Algo así —revela, desconcertándome—. No como usted lo imagina, no obstante, sí que he estado siguiendo sus pasos, en la distancia.

—Señor Chen, no he venido a escuchar gilipolleces.

—¿Cree que el tiempo que empleo en conocer a mis futuros jugadores es una gilipollez? —inquire, extrañándome.

A continuación, Chen habla en voz baja con los chinos que han jugado conmigo.

—¿Ha cenado, señor Carter?

—¿Me ha espiado, señor Chen? —insisto confuso y furioso.

—Hablemos mientras cenamos.

Perseverante, Chen aprovecha mi incertidumbre para indicar a los chinos hacia dónde debemos ir. Dudo, sí. Y bastante. No sé si acompañarlo se debe a mi perplejidad por su repentina aparición, a la intrigante sensación que ha despertado en mí la supuesta oferta que quiere hacerme o si se debe a la curiosidad que siento por saber si ella está aquí. Quizá sea eso. Quizás ella esté en el lugar hacia donde nos dirigimos. Quizá Mei esté en Las Vegas.

¿Existen las casualidades?, ¿todo ocurre por una razón?...

Hasta ahora creí que no, pero existe la posibilidad del sí, cuando sucede algo que se puede explicar, razonablemente.

Yo creo en el azar, por tanto, ¿debería creer en los caprichos del destino? ... Lógicamente, no. Pero escuchar a Chen me hace cambiar de opinión, ipso

facto. Ahora me siento víctima de mí y marioneta de otros, sin ser creador de mi destino, pero sí el principal testigo de mi posible futuro.

—Yo invierto en las personas, señor Carter. Y usted llamó mi atención, desde el principio.

—Eso no es excusa para espiarme.

—No se trata de espionaje. Entiéndame, señor Carter. Mi objetivo principal es ganar dinero. Tantear el terreno antes de adentrarme en él. Asegurarme de que mis futuros jugadores sean los mejores. Puede estar tranquilo. Mis observadores no van más allá de las partidas de póker.

—¿Cuánto tiempo lleva observándome?

—Estaré encantado de revelarle en qué momento despertó mi curiosidad, pero antes...

Chen sale del coche y me invita a seguirlo hacia una gran mansión rodeada de árboles. Al entrar, decenas de personas, de chinos, se cruzan con nosotros.

—Celebro una fiesta. Espero que no le importe.

—No —respondo aturdido—. Claro que no.

Observando al personal, camino por detrás de él mientras los dos chinos jugadores abren paso entre la multitud, que se inclina y nos saluda, según cruzamos un salón gigantesco. Por detrás de mí están, Ding y Xiong. Y, a ambos lados, soy objeto de curiosidad. Entretanto, Chen se muestra afable y cordial, y no me extraña. Conocí, aquella noche de apuestas, su lado más honorable y empático. Y aunque fueron contadas las ocasiones en las que asistí a las reuniones que el señor Miller mantenía con él, en las pocas ocasiones en las que Chen visitaba Nueva York, conozco su faceta de gran empresario, de lo poco visto y captado.

Sin embargo, la noche que pasamos en el casino, hace años, me enseñó otro de sus lados que ahora y, en esta casa, vuelvo a percibir.

—Creí que iríamos a un lugar más discreto —comento al salir de la sala.

—Y este lo es, señor Carter.

Al final de un largo pasillo, Chen abre una puerta doble. Al encender las luces, y yo mirar al frente...

—Hola, Taylor —saluda Mei.

—¿Qué coño significa esto? —inquiero obviándola.

—Salid —ordena Chen a sus hombres—. Tú también.

Mei frunce el ceño mientras yo la observo lleno de rencor y Chen la invita a marcharse. Pero Mei no se va. Discute con él, en chino, y que los dos lo hagan delante de mis narices y sobre mí me toca las pelotas. Me cabrea.

—Chen, qué coño hago aquí —espeto airado—. ¿Y ella?

La miro y me cabrea, todavía más. Asombrada, Mei alza la cabeza odiándome, con esa rasgar de ojos que tanto he echado de menos, pero que ahora desprecio. A continuación, si no tenía suficiente, intuyo su decepción aunque intente ocultarla detrás de su respeto y de su estricta educación, exagerada y amable.

—Buenas noches, señor Chen —dice inclinándose ante él.

—Señor Carter... —susurra al pasar por mi lado, y yo no le dirijo la palabra.

—Siéntese, señor Carter. La cena está lista —dice Chen mientras sirve dos copas de vino.

¡Pum!...

Mis puños contra la mesa lo asustan.

—Quiero saber qué quiere de mí, por qué me ha seguido, durante cuánto tiempo lo ha hecho, qué sabe, por qué me ha traído hasta aquí, qué tiene usted que yo desee, y si he sido víctima de ella, durante todo este tiempo —impongo señalando la puerta odiando a Mei, a morir—. Y lo quiero saber ya, señor Chen. Es usted el que está interesado en mí, no yo en usted. O habla o me marcho.

—¿Puedo llamarle, Taylor?

Me desquician estas chorradas, pero la actitud es primordial.

—No —espeto severo y me siento enfrente de él—. ¿Qué hay para cenar?, creo que esto irá para largo... —Echo un vistazo a la puerta—. Necesito energía.

—Y escuchar mi oferta, señor Carter. Si le satisface, podría ganar mucho dinero.

—Por fin, algo interesante.

Hastiado, bebo vino, y mi paciencia se extralimita. Chen no parece dispuesto a hablar, ante sus sirvientes.

—¿Por qué le intereso? —pregunto inquieto.

—Es jugador de póker. Un gran jugador. Y yo busco a los mejores y a los más dispuestos a jugar para mí. Eso es lo que me interesa de usted, señor Carter, sino, ¿por qué cree que le invité al casino, hace cuatro años?

Extrañado, pienso en si fue por placer o por negocios.

—Sé por qué huyó a Las Vegas.

Me está tocando las pelotas tanto misterio.

—¿Qué más sabe sobre mí?

—Lo que me contó el señor Miller, y lo que he averiguado, a través de mis hombres de confianza.

—¿Y de qué se trata lo que ha averiguado, exactamente?

—Como he dicho, nunca excedo mis intereses económicos, su vida personal no me interesa, tan solo el dinero que pueda aportarme, con sus ganancias en el juego.

—Sea más preciso, señor Chen. Dígame qué sabe de mí, en qué consiste su oferta y a qué se dedica ella.

Vuelvo a señalar hacia la puerta turbado por el rostro esperanzador de Mei, al verme.

—Sé a qué se dedicaba su padre, señor Carter. Sé por qué su socio, Roy Miller, lo buscaba. Me relató su desesperación al no poder ponerse en contacto con usted cuando decidió esconderse aquí, en Las Vegas, tras la muerte de sus padres. Dijo que su mayor deseo era ser un gran jugador, pero que lograría traerlo de vuelta para continuar con nuestro acuerdo comercial. Y así hizo. Al reencontrarnos, me interesó tanto su otro lado, que ordené a mis hombres, Ding y Xiong, que lo siguieran. Con discreción, claro está.

—¿Y desde entonces han estado siguiéndome? —inquiero perplejo.

—Alguna vez y solo de noche si es que jugaba. Según tengo entendido, en Nueva York alguien frenó su adicción al juego, durante algún tiempo —revela perspicaz y alza las cejas—. No obstante, no tardó en regresar al hogar que lo vió crecer.

—Ya que nombra Nueva York... —murmuro—. Por su traición muchos perdimos todo lo que teníamos.

—Usted no tiene problemas, señor Carter —replica banal e indiferente—. Mírese, ¿cree que su apariencia se debe a esa gran pérdida? No lo creerá, pero usted y yo nos parecemos. No se extrañe por algo que sabía adónde nos podía llevar. Es más, me atrevo a decir que, gracias a eso, usted está haciendo lo que siempre ha deseado, ¿me equivoco?

—Le digo que no, a eso de que usted y yo nos parecemos, y le diré que sí, a lo de que estoy en dónde deseo estar, de ahí, que no necesite su dinero.

—Lo entiendo.

—Pues yo quiero entender muchas más cosas —replico ofuscado—. Mei me habló de su nueva inversión, pero jamás imaginé que pudiera tratarse de jugadores de póker. Apuestas en la sombra. Eso quiere. Que yo sea su jugador. Es de locos.

—Quizá mi oferta le interese.

—Me interesan más otras cosas, antes de seguir escuchando gilipolleces.

—Pregunte, señor Carter. La confianza es imprescindible si deseo que usted se una a mi grupo.

—¿Qué hay de los guardaespaldas de Mei, Ding y Xiong. No sé si sabrá que intentaron atropellarme —revelo, y él se asombra—. No lo sabía..., por suerte estoy aquí, con usted, ¿cierto, señor Chen? —Sonrío sarcástico—. La noche anterior a su castastrófica visita, Mei me confesó que usted la tentó conmigo. Mi pregunta es muy simple, señor Chen, ¿qué pinta ella en todo esto?, ¿es su viuda negra en busca de riqueza?

Chen endurece la mandíbula, claramente ofendido.

—Ella es mi fiel consejera. Lleva mis finanzas, solo eso. Es mi protegida. La conozco desde que era una niña y, si está aquí, conmigo, es porque siempre me acompaña allá donde voy. No crea que la he usado de anzuelo para usted, señor Carter. Ella está por encima, incluso, de mi dinero. No intente ir más allá de lo que le corresponde. Ella está al margen de esto.

No te creo, pero vale.

—Entonces, perfecto. Ahora, su oferta.

—Yo también soy jugador, pero lo soy en la sombra.

—Usted —espeto incrédulo—. No hablará en serio...

—Es totalmente cierto. Y le confesaré por qué.

—No me interesa, pero si insite...

—Insisto.

—Adelante, entonces.

Lo desafío con la mirada, y él alarga su sonrisa, con desdén.

—Yo no sé mentir, señor Carter. Soy incapaz de disimular una buena mano y de no mostrar mi consternación cuando mis cartas son pésimas.

—No es el primero ni el único.

—Lo sé. Y he intentado aprender, pero soy nefasto.

—¿Adónde quiere llegar? —inquiero aburrido—. ¿Busca un profesor? —ironizo, y él se muestra pretencioso—. No entra en mis planes enseñarle a jugar.

—Lo que quiero decir es que a pesar de aceptar que soy un jugador pasivo, no he dejado el póker. De ahí, mi oferta.

—Soy todo oídos...

—Quiero que usted juegue por mí y para mí. Por supuesto, con mi dinero, del que podrá hacer un uso personal, siempre y cuando realice los pagos mensuales correspondientes a mi parte proporcional de los beneficios. Cuatrocientos mil dólares para empezar será más que suficiente. He de ganarme su confianza, señor Carter. Usted los destinará a las partidas de póker. El cincuenta por ciento será para mí. La otra mitad es suya.

—Todos tenemos un precio, ¿verdad, Chen?

—Usted lo sabe, mejor que yo.

—No estoy seguro de eso... —titubeo desconfiado—. Hace cinco años, llegó a Nueva York y nos ofreció un negocio del que recibimos grandes beneficios. Durante los tres primeros años, rozamos la frontera legal y la rebasamos para incrementar esos beneficios. Y, a punto de hacer efectiva la nueva compra, a punto de alcanzar la cumbre, usted se presenta de improviso, abandona, retira sus fondos y, en consecuencia, nos traiciona dejándonos en la estacada. Dígame, señor Chen, ¿por qué habría de confiar en usted?

—Es muy simple, señor Carter.

—La confianza consiste en algo más que la sencillez de la que usted habla
—replico.

—Le aseguro que puede confiar en mí, señor Carter. En su momento, le hice ganar miles de dólares, ¿por qué cree que ahora sería diferente?

—¿Quizá porque puede llegar el día en el que vea peligrar mi vida, por unos cuantos miles?

—No exagere, señor Carter. Solo le ofrezco la oportunidad de ser el hombre que desea, sin gastar su dinero. Nada más.

—Ya soy el hombre que deseo, gracias.

—Lo sé, de ahí, mi oferta.

—Demasiado arriesgada, ¿no cree?

—Reconozco que no me gusta perder, lo mismo que a usted, pero el juego es el juego, y existe la posibilidad. Ahora bien, si acierto en la elección de mis jugadores, las probabilidades se reducen.

—Aun así, supongamos que pierdo su dinero ¿qué ocurriría?

—Tengo decenas de jugadores repartidos por Las Vegas. Hasta la fecha, no ha habido alguno que haya faltado a sus pagos, de usted se espera algo más, señor Carter, no lo negaré, pero estoy seguro de que sabrá administrarse ¿Qué me dice?, ¿acepta?, ¿está dispuesto a arriesgar mi dinero, el dinero ajeno, en su propio beneficio?

—Eso siempre se me ha dado bien.

—Entonces, no es tan arriesgado, ¿no?

Observándolo diría que tiene las de ganar, pero tengo dudas.

Mientras pienso en su oferta él vuelve a rellenar su copa, satisfecho de sí. No debería vacilar de algo que manejo a la perfección, pero me intriga esa mujer que hay al otro lado de la puerta, y yo pienso con claridad. Por volver a tenerla diría que sí. Por tocarla me vendería al diablo. Por seguir disfrutando de ella caería en mi adicción, a cada instante. Y por escuchar sus jadeos sobre mi cama pagaría hasta arruinarme. Por ella diría que sí. Lo sé. Pero si es mi anzuelo...

—Deme dos días.

—¿Necesita pensarlo?

—En dos días le daré mi respuesta.

Me levanto, enérgico.

—¿Ya se marcha?, quédese y disfrute de la fiesta.

—Su invitación no influirá en mi decisión.

—Y no lo espero, señor Carter. Si desea marcharse, hágalo. Yo no se lo impediré, pero si me permite, le diré algo —Se levanta y me acompaña hasta la puerta—. Creo que ha sido descortés con la señorita Ling. Ella solo pretendía ser amable. Quizá debería quedarse y resolver sus diferencias.

Palmea mi espalda mientras yo me mantengo firme. Con la puerta abierta, Chen me invita a salir, sonrío modo chino, se inclina igual, y yo ya me estoy hartando de tanta lisonja y de tanto ojo rasgado.

—Mis hombres lo llevarán hasta su coche. No olvide darme una respuesta.

—Lo haré.

—Feliz noche, señor Carter.

—Lo era hasta que usted me ha sacado de ese piso.

—Todo sucede por una razón.

Paso de él. Regreso al gran salón.

Entre decenas de personas busco a Mei, sin encontrarla. Me mezclo entre la multitud, pero no la veo. De repente, al darme la vuelta, las caderas y la larga melena negra de una mujer de su misma altura llama mi atención. A por ella voy. Se dirige hacia fuera.

—¡Mei!

Es ella, pero se gira, me mira, y pasa de mí. Continúa su camino. Entonces, echo a correr hasta alcanzarla. Al agarrarla del brazo...

—Espera.

—¿Ya eres uno de sus lacayos? —pregunta altiva.

Frente a su rostro, había olvidado su olor a jazmín.

—¿Me acompañas? —sugiero encantador—. Tus lacayos me llevarán hasta mi coche.

Señalo a Ding y a Xiong.

—Lo siento —dice soltándose—. Me voy a casa.

—¿Vives por aquí?

La hago sonreír.

—Quería decir al hotel. Hong Kong está un poco más lejos.

—¿Poco es más de un año de distancia?

Ante mi sarcasmo, su prepotencia.

—¿Qué quieres, Taylor?

—Que me acompañes y que hablemos.

—Esto no es cosa mía. Yo solo...

—Ya sé a qué te dedicas —replico acercándome—. Ahora quiero saber por qué me esperabas.

Callo, al ver que los chinos se acercan.

—Estamos listos, señor Carter —dice Ding inclinándose.

Cuando se alza, le doy un puñetazo en la mandíbula.

—Joder... —gruño dolorido—. ¡¿Qué llevas?! ¡¿dientes de hierro?!

¡Puaj!... Ding escupe, me mira de reojo y viene hacia mí, pero le frena su compañero.

—No, Ding —dice Xiong señalando hacia la entrada, en donde vemos a Chen obviando mis ganas de bronca.

Si tengo via libre...

—No me importa que sea tu trabajo, Ding —musito en su cara—. La próxima vez que se te ocurra seguirme, me darán igual las represalias. Acabaré contigo, ¿me has oído?

Él asiente, ante mi amenaza, pero cuando voy a subir en el coche, me frena y me dice que, mientras yo no me meta en líos, todo irá bien.

—¿Sabes, Ding?, no me caes bien.

Sonriente murmura, en chino. Yo paso de él. Ahora, Mei está conmigo, y no sé muy bien qué significa, pero está sentada enfrente de mí, mirando la escena, imperturbable.

En dirección hacia el piso franco, quiero romper el hielo. El suyo, precisamente.

—No muerdo... —expreso relajado, y ella disimula que se ruboriza.

Agacha la mirada, humedece sus labios y contiene el aliento.

Me fascina su obsesión por no sentir.

—Siento lo que ha pasado ahí dentro —confieso.

—No importa. Lo entiendo. En tu lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Estás segura? —pregunto levantándome para sentarme a su lado—. Yo no hubiera salido a recibirte, después de...

—¿Qué querías que hiciera?, ¿qué esperas oír, Taylor?, ¿qué quieres?, ¿una disculpa por no haber previsto la decisión de Chen de abandonar?, ¿por no despedirme de ti de otra manera? o ¿por olvidarte?

—No. No es lo que espero.

—¿Entonces?

—Quiero saber si lo de acostarte conmigo también entraba en vuestro plan.

—¿Nuestro plan?

—Sí, Mei. Quiero saber qué papel juegas en todo esto.

—Yo no me acuesto con cualquiera. Creí que lo sabías, pero ya veo que no —dice ofendida.

Soy incisivo, pero ella lo es conmigo. Y le duele como a mí su olvido, y se lo niega como yo hago conmigo.

Se siente incómoda. En silencio observa la imagen de Las Vegas, a través de la ventana, con las manos unidas y los dedos entrelazados, sobre sus muslos. Está nerviosa. Se ha quitado los zapatos. Desliza los pies sobre la alfombra y los frota, el uno contra el otro. Y, mientras tanto, yo sé que le duele que los dos no nos hablemos como a mí me duele su desinterés.

—Señor Carter —sorprende Ding—. Ya hemos llegado.

—Gracias.

Al encontrarme con la mirada confusa de Mei, no resisto su rasgar felino, que tanto he echado de menos. Quiero que venga conmigo, pero no distingo, en su extrañeza, su deseo de venir.

—Te invito a una copa —sugiero alargando el brazo, y ella sonrío insinuándose, pero escondiendo su mirada.

—¿Qué ocurre, Taylor?, ¿tienes más ganas de mí?

Si deslizas la lengua por tus labios..., sí.

—Eres demasiado provocadora como para decirte que no.

Agarro su mano y estiro de ella. Al salir de la limusina, le digo a Ding que yo la llevaré de vuelta al hotel, cuando ella quiera. Él asiente, molesto, pero como los chinos. Obediente, pero vete a saber lo que esconde. En cuanto se alejan, llevo a Mei hasta mi Ferrari. Antes de subir, inclina la cabeza y aparta su larga melena. Su cuello está al alcance de mis dientes.

—Te he echado de menos... —gruño y le muerdo voraz.

—¿Por qué crees que te esperaba? —susurra conteniendo el exhalo que la obliga a encogerse mientras la beso y mis manos se pierden por debajo de su falda—. Vámonos... —jadea.

Está muy húmeda.

—Espera.

Agarro su rostro para observarlo. No pierdo detalle de su cara. La obligo a mirarme obsesionado con la idea de que mañana se vaya y me deje solo. E incrédulo de que sea ella, realmente, deslizo los dedos por sus hombros, sus brazos, su costado, su cintura y sus caderas, por si hay algo en ella que yo no recuerdo o que me falte recordar.

—¿Ocurre algo? —pregunta extrañada mientras yo la sigo observando, intrigado.

Entoces, confusa, sujeta mi cara.

—No te he olvidado —Me besa feroz—. No he podido.

Son diamantes. El intenso y extraordinario brillo de sus ojos es la piedra más codiciada. Y su boca... La echaba de menos.

—Vámonos de aquí.

Me volverá loco... Lo hará, una y mil veces... Y no importa el tiempo... Me vuelve loco si la veo y, si no, me vuelve loco no verla. Y si la toco... Con mi mano sobre su muslo, si fue chocante la primera vez, ahora, el silencio resulta más intenso y misterioso.

—¿Cuándo llegaste? —pregunto, con cautela, pero curioso.

—Esta mañana. Es la primera vez que vengo.

—¿Y cuánto tiempo te quedarás?

—Un par de días —responde cabizbaja—. El jueves tengo que estar en Hong Kong.

—¿Qué planes tienes?

Al mirarla, sus ojos destellean.

—Ninguno.

—Perfecto —Acaricio sus ingles—. Tenemos dos días para divertirnos.

Sonriendo sutil, entristece, al instante.

—No te he utilizado, Taylor. Lo que pasó entre nosotros no tiene nada que ver con la oferta del señor Chen. Yo no soy...

—Te creo —confieso espontáneo—. No le des más vueltas, ¿de acuerdo? —Ella asiente afligida—. Ahora estás aquí.

—Está bien —suspira aliviada y retira el pelo de su espalda dejando al descubierto su nuca.

No resisto su olor...

—¿Y eso? —pregunto al ver que debajo del tatuaje hay otro similar.

—Segundo chakra —revela en voz baja.

Al cruzar las miradas, yo sonrío, y ella, sensual y delicada, complace mi visión desnudándose. A lo largo de su espalda están dibujadas siete flores de loto, desde la nuca hasta su espina dorsal. Ese último tatuaje me entretiene.

—¡Frena!

En seco lo hago, a punto de rebasar un semáforo en rojo.

—¡Mira por dónde vas! —gritan unos tíos al cruzar.

Obviándolos, regreso al cuerpo de Mei.

—Creo que deberíamos pasar de la copa e ir directamente a mi hotel —sugiero y acaricio su entrepierna, provocándola.

—Me parece bien.

Escucharla jadear mientras espero a que el semáforo esté me pone muy cachondo. Y si nos miran los que cruzan, aprieto el acelerador y los asusto. Me encanta mi coche, pero es demasiado estrecho para que ella abra las piernas, mucho más. Entretanto, orgásmica a la que adoro, con verla encoger los hombros y deslizarse por el asiento en su letargo erótico y sinuoso, ya siento

el empuje fortuito e indómito de saborear la delicia del placer que en mis dedos esconde.

No sé si dos días será tiempo suficiente para ella. Para mí ya no lo es y, si está desnuda y en mi cama, me sobra locura para encerrarme con ella, a dos días de perderla. No me canso de admirar cómo se contonea al paso de mis dedos, que delinear su costado, mientras me apodero de su cuerpo. Boca abajo y yo sobre ella, observo las siete marcas de su espalda tentado a seguir el surco lineal de su columna. Primero beso su nuca. *Yo soy*, dice ella, y agarra las sábanas, al yo frotarme hacia arriba sometido a su gozo. Mi segundo beso es para sus cervicales. *Yo comprendo*, suspira ella, que encoge la cabeza, al notar mi descenso, suave y lento. En su dorsal superior, mi beso es más caliente e intenso. Me encanta ver cómo se contraen, al tacto de mis labios. Seducida, su dulzura es mi obsesión. Mi codicia. *Yo hablo*, susurra excitada y, con mi cuarto beso, sus palabras se adueñan de mi mente. *Yo amo*, murmura, con esa fragilidad rota y seductora del hilo de su voz y que hace, de su fogosidad, mi envoltura. Con la caricia de mi quinto beso, *yo puedo* afirma ella, encaprichada con mirarme a la cara mientras yo evito que observe cómo la derrito, avaricioso de más. Sobre la curvatura inferior de su columna se arrastra mi boca, siendo la exquisita humedad que recubre su piel. Mmmm...

Tintando es el placer al que me tienta su tierno, *yo deseo*. Su gemido, ansioso de sentir cómo alcanzo, a lenguetazos, ese punto sacro que hace tiempo que no lamo, la empuja a desearme mucho más, fiera descontrolada por pasión y por libertinaje, y a invitarme a degustar el succulento despliegue de su sabor desprendido de su excitación, ardiente licor, capaz de vencerme. *Yo tengo*, jadea, después de lamerlo, excediéndose en suspiros y delicias a mi oído, que me obligan a rendirme.

Dos días.

Pasan dos días igual de rápidos que pasaban las noches, en ese tiempo en el que no veía más allá de una mesa de póker.

Dos días frugales, dentro de una habitación, sobre la cama, en el suelo, contra la pared, en la ducha, sobre la encimera del baño o en cualquier otro rincón de un cuarto.

Dos días o el tiempo suficiente para conocer palmo a palmo su piel, sin que las horas excedan el tiempo permitido.

—¿Aceptarás la propuesta de Chen?

—Buena pregunta... —Abrazándola dudo de mí—. ¿Qué me recomiendas?

—*Si montas a un tigre, corres el riesgo de no poder bajarte nunca* —dice en voz baja y, a continuación, besa mi pecho.

—Eso ya sé lo que es. Me pasa contigo —confieso y la acaricio—. Yo sé otro —revelo, asombrándola—. *Si no entras en la jaula del tigre, no puedes alcanzar a sus cachorros.*

Cómplice de mí, sé que entiende mi manera de expresar que, por ella, le arrancaría la cabeza al maldito tigre, pero hay algo extraño y desconcertante entre nosotros, y el silencio incómodo que nos mantiene observándonos parece distanciarnos aunque yo no deje de abrazarla, y ella no se separe de mí.

—En tres horas sale mi avión —dice cortante—. Tenemos que marcharnos.

Qué equivocado estaba...

Mei se levanta de la cama y se encierra en el baño.

Frívola. Así es cuando siente. Lo mismo que yo. Pero yo soy un bocazas, y la culpa de que yo ya no sea tan trivial como antes es solo mía. Me encapriché de ella y ahora lo he vuelto hacer sabiendo lo que había, incapaz de olvidarla. Le confesé que me gustaba y, jamás, lo había dicho antes. Dormí a su lado, sin conocerla, cuando jamás permití a una mujer hacerlo para evitar compartir con ella mis amaneceres. Desperté, durante semanas, junto a una mujer que, constantemente, me confunde con sus cambios drásticos de humor y con sus contradictorias emociones, que superan cualquiera de mis previsiones. Y le he dicho tantas cosas inimaginables de sentir, que tengo la certeza de que si sigo así el tiempo acabará conmigo. Ella ya lo hace, sin que no le haga falta nada más que yo mismo.

Jamás he sentido cariño por alguien que no recompensara mi tiempo y mi eventual afecto, con un cheque de más de cuatro ceros, sin embargo, otra vez vuelvo a decir hasta pronto, con la esperanza de que la distancia entre nosotros no sean años.

De vuelta a Hong Kong. Regresa a su tierra. Y su avión desaparece de mi vista, en cuestión de segundos. Yo voy de vuelta a la gran mansión en donde se encuentra Chen para darle una respuesta. Entretanto, le pido a la suerte que me acompañe para que se cumpla el único requisito que le exigiré para unirme a su clan de jugadores de póker.

—Para mí es de vital importancia su trabajo en Hong Kong, señor Carter, y

prescindir de ella durante una semana al mes...

—Quiero que sea ella —insisto—. Si no, olvídense de mí.

—¿Y si ella no quiere?

—Pregúnteselo, yo apostaría por el sí.

—Está usted muy seguro, señor Carter, pero si acepta un consejo, no debía confundir el amor, con el beneficio de una relación basada en esto.

Vuelca una bolsa de deporte de la que comienzan a caer un montón de billetes, sobre su mesa.

—Opino lo mismo —afirmo—. Pero deje que sea ella quien decida. No le vendrían mal unas vacaciones, de vez en cuando.

Bajo el sonido chirriante de su risa, esperar su respuesta me incomoda, entretanto, mientras lo veo contar billetes a destajo, dos de sus lacayos entran en el despacho y le dan otra bolsa repleta de billetes. A continuación, los dos chinos cuentan el dinero y lo amontonan, y Chen, que habla con ellos y les da un papel con un número de cuenta, les ordena que lo ingresen de inmediato y que preparen su avión para regresar a China.

—En un par de horas le daré mi respuesta, pero antes quiero saber si está dispuesto a formar parte de este fructífero negocio, al margen de lo que decida la señorita Ling.

—Usted vino a buscarme, se cercioró de que su inversión en mí fuera solvente y enriquecedora, por tanto, si desea que me una a usted, estoy seguro de que sabrá convencerla. Si lo logra, me tendrá, en caso contrario... —Me acerco a la mesa para acariciar el dinero—. Estoy fuera.

—Tome —Me ofrece uno de los montones—. Su cuenta es esta —Deja un rozo de papel, sobre el montón—. Memorícela.

—Todavía no le he dicho que sí.

Rechazo su dinero.

—Pero lo hará —insiste según arrastra el montón para acercarlo a mis manos.

Arrogante y persuasivo, lo acompaño en actitud.

De forma espontánea, estrecho su mano cerrando nuestra sociedad.

Nunca pensé en la posibilidad de vivir a expensas de la visita de una mujer,

pero Mei es única, y por ella soporto la presencia de mis dos nuevas sombras, sin que se interpongan entre nosotros. Chen tiene destinados para la vigilancia de sus jugadores a varios de sus hombres. Los responsables de mí dos viejos conocidos. Ding y Xiong.

Supuestamente, deberían ser los encargados de entregar en mano o a través de una cuenta en el extranjero, los beneficios mensuales de su jefe, el ahora mi benefactor, por llamarlo de alguna manera. Pero yo, tal y como acordé con Chen, soy la excepción. Como siempre, la culpa la tiene Mei, y, desde que ella aceptó encargarse de mí, cada día que pasa me empuja al siguiente, a la espera de que llegue el día más señalado de mi calendario. Mei llega llega un martes y se marcha un domingo, todos los meses. Yo la recogo en el aeropuerto. Ding y Xiong me siguen, todo el tiempo, en uno de los coches de Chen. Su trabajo es vigilarme para que yo no defraude a su jefe. Así será hasta que yo deje de jugar para él. Y no me importa. Cierto es que me desquician y que, en más de una ocasión, me he enfrentado a ellos por no respetar la distancia de cincuenta metros a la que deberían estar de mí. Imposición mía. Mínima, pero impuesta y aceptada. Su constante presencia, desde que amanece hasta que anochece, me incomoda y me da muy mala espina, pero reconozco que, entre miles de desconocidos, ellos se han convertido en los mismos a los que yo ignoro, a no ser que sean mis rivales en una mesa. No obstante, veinticinco días al mes siendo su objetivo está desesperándome. Pero los soporto porque el resto del tiempo, cinco míseros días, son los mejores del mes. Esos cinco días, con todas sus horas completas, los dedico por entero a Mei. Lo hago porque ella es la única razón que me ayuda a controlar mis ganas por romperle la cara al imbécil de Ding y porque es la excusa perfecta para seguir jugando para Chen. Lo hago porque ya no quiero estar solo y porque tirar de mujeres que no me aportan lo que ella, sobre mi cama, sobre y entre mis pierna, ya no me basta para sentirme poderoso.

Sin embargo, estar bajo el ojo acechante del chino largo y asqueroso...

Cuando Mei baja del avión y se acerca a mí, a Ding parece joderle. Me odia. He percibido esa envidia y ese resentimiento mandarín, en las tres ocasiones en las que ella ha venido. Pero si cree que me intimida, va listo.

En más de una ocasión me he enfrentado al chino para demostrarle que yo soy el hombre de Mei. Y en más de una ocasión incluso hasta el punto de ser víctima de los reproches de mi oriental preferida.

»Me encanta que lo hagas. Deseo que lo hagas. Pero me debo a mi

reputación, y delante de ellos no quiero que vuelvas a besarme así.»

Eso me dijo la tercera vez que vino, después de apoderarme de su boca, con la furia de mil panteras. Y ante eso, con mi orgullo por los cielos, mi respuesta fue clara y seguirá siendo muy clara.

»Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas«

A partir de ese momento, ella y yo desaparecemos del mapa, y en ninguna de sus visitas he desperdiciado la oportunidad de besarla como me ha dado la gana. De hecho, se acabaron los reproches. Que no, los celos de Ding. Que se joda.

Cinco días al mes. Eso es lo que tengo de ella, y, durante ese tiempo, yo no juego.

A ella no le atrae, ninguno de los que puedes encontrar en un casino de Las Vegas. Y yo no acudo a mis partidas, no por ella, sino por mí, que, con cinco días no tengo suficiente y mi hambre de verla solo me empuja a ser el hombre que ella desea y no el que yo ansío ser, cuando regresa a China. Cumplir con mi parte del juego lo hago, pero los días de soledad. Y doy fe de mi astucia zanjando, mes a mes, con buena parte del trato acordado. Es más, soy el mejor de todos los que juegan para Chen. Aporto más el doble de lo que cualquiera de su clan de jugadores puede soñar ganar, por tanto, puedo permitirme unas vacaciones pagadas, lujosas y lujuriosas, en las que me dedico a satisfacerme sexualmente, de la misma manera que satisfago a Mei y ella se saísface conmigo. Y no solo eso, sino que, también, por puro capricho, si podemos escapar del desierto, sobran destinos en donde estar a solas. Sin embargo, me falta algo.

Por más que lo intente, no consigo que ella se libere de esa máscara de mujer inensible, a no ser que esté desnuda y sobre mí interpretando el papel de indómita madame del placer.

Solo excitada demuestra la intensidad de su fogosidad, de su pasión y de su entrega ardiente, a mí y al sexo. Seducida, ella es la imagen de la delicadeza que oculta detrás de su frío y firme escudo. Sedienta de mí, me permite admirar su verdadero yo, pero cuando hablo, cuando pregunto o cuando me intrigan y desconciertan sus emociones, al margen de nuestras noches, Mei, introvertida y misteriosa, ignora mi curiosidad y regresa a lo que, según ella, es lo único que nos mantiene unidos. Sexo.

El sexo para mí, antes de Mei, era divertido. Pero ahora, sin que sepa por

qué, no es solo divertido, sino que, además, despierta mi hambre de ella, de froma brutal, siempre que no la tengo. Nunca me había ocurrido algo así, y me doy cuenta de que estando solo mi vacío es insufrible.

Eso no sé cómo se maneja.

—Veintres mil ochocientos dólares —dice Ding, tras contar mis ganancias del quinto mes—. Esto no cubre las pérdidas del mes pasado, señor Carter. Le recuerdo que su capital ha disminuido en las últimas semanas. Si continúa malgastando sus fondos, su dedua aumentará un veinticinco por ciento. Le recomiendo...

—Ese no es tu trabajo —replico amenazante según camino hacia la puerta.

—Tiene razón. Yo no aconsejo —insiste—. Pero pronto sabrá a qué me dedico.

Sonriendo suspicaz me invita a salir.

—A ser mi perrito faldero.

Tras dar un portazo, me miro en el espejo del ascensor, y mi superioridad es mi prepotente sonrisa, pero mi repentina mueca de asombro, causante de mi mediocridad, se debe a la llamada de mi hermano.

—¿Dónde estás, Taylor?

—¿Cómo que dónde estoy?, trabajando, Erik, ¿dónde iba a estar?

—No lo sé. Me han devuelto una carta porque, según dicen, ya no te encuentras en tu domicilio habitual.

Ya ha llegado la hora de contar una parte de la verdad.

—¿Una carta?, ¿y por qué me envías una carta?, ¿sigues en tus trece por hacer las cosas a la antigua?

—No es eso.

—¿Y por qué no me dices lo que tengas que decirme, por teléfono?

—¿Por qué no me cuentas la verdad, Taylor? —Permanezco callado—. ¿Por qué no me dijiste que estás en Las Vegas?

—En realidad, en unas horas estaré en Miami.

—¿Miami?

—Es largo de explicar.

—Ma da igual, Taylor. Deja de ignorar que tienes familia, ¿crees que no me enteraría?

—Erik...

A partir de ahí, mi confesión da comienzo a una charla que nos mantiene durante una hora hablando, sobre mí.

Entretanto, en el aeropuerto espero a que llegue el avión de Mei. En cuanto ponga un pie en el suelo, la llevaré al angar en donde nos espera un jet privado alquilado para que nos lleve a Miami, en donde pasaremos cinco días y cuatro noches.

—Me gustaría conocerla —dice Erik, asustándome—. Pero si te supone un gran problema...

—Iré solo. No es nada serio, Erik, solo una amiga.

—¿La primera amiga, en toda tu vida?

—Puede ser —admito alegre, pero desinteresado—. Tengo que dejarte, Erik, su avión ya ha aterrizado.

—De acuerdo, Taylor, pero por mí no hay problema. Si al final decides lo contrario, llámame.

—Está bien, y..., enhorabuena. Es lo que se dice en estos casos, ¿no?

—Sí, Taylor. Gracias.

—Nos vemos, Erik. Dale recuerdos a la pequeñaja.

—La pequeñaja tiene ya veintisiete años.

—Lo digo para fastidiarla.

—Lo sé, pero que ella no lo oiga.

—Está bien. Dale recuerdos a la enana de Yisel.

—Nunca cambiarás... —Al oírlo reír, sorprendentemente, tengo ganas de verlo—. Hasta pronto, Taylor.

Ahora que mi hermano sabe la verdad sobre mí aunque no toda la verdad, reconozco que el sentimiento de culpa se ha esfumado y ha dejado paso a una calma fraternal desconocida para mí. Y me gusta. Me tranquiliza, mentalmente, y deshace el nudo que siempre se formaba en mi garganta cuando Erik me llamaba y yo no sabía qué contestar o qué actitud adoptar aunque no me estuviera viendo. Así que estoy alegre y, ante la visión de mis ojos, más.

La impresionante y esbelta figura de mi oriental preferida acompañada por su extraordinaria forma de sonreír y el inusual rasgar de sus ojos, hechizantes para mí, me llenan de felicidad.

Pero el abrazo tierno e intenso que, por primera vez, me demuestra su necesidad de tocarme públicamente, me vuelve loco. Mentiría si no expresara mi arrolladora alegría, con fervor y pasión.

—¿Con quién hablabas? —sorprende—. Te he observado, desde el avión. Tu coche salta a la vista —susurra a mi oído, sin dejar de rozarse conmigo.

—Si no te estás quieta, me darán igual esos dos.

Cabeceo hacia los chinos, ante su indiferencia. Y como ella pasa, yo más. De hecho, no puedo apartar mis manos de sus muslos, de besarla, de frotarme contra su cuerpo y de disfrutar de cómo sus caderas se contonean, una y otra vez, excediendo mi hambre de ella.

—¿Nos vamos?

Me sonrío, provocativa.

—Sí, y antes de que Ding se inmole.

En mi Ferrari, yendo hacia el angar, tengo ganas de ella, pero tantas son mis ganas, que al pensarlas...

—Mi hermano se casa. La boda será en Octubre, y quiero que me acompañes.

—No sabía que tuvieras un hermano —dice sorprendida.

—También tengo una hermana. Es la pequeña de los tres. Se llama Yisel.

—Un nombre muy bonito.

Mientras conduzco acelerando el motor hasta ensordecirme lo que menos esperaba era su silencio, ante mi proposición.

Tantas son mis ganas de ella que sigo siendo un bocazas.

Las Vegas, 2016

Dicen que París es la ciudad del amor, pero yo jamás creí en esa chorradas, es más, el viaje que realizamos Mei y yo para asistir a la boda de mi hermano, no fue muy distinto a los que normalmente hacíamos, antes de ese. Para ser sincero, lo único que lo diferenció fue la compañía de mis hermanos. Respecto a lo demás, por mucho que el romanticismo adentrara en mis narices, por mucho que lo viera en cada esquina y a cada paso que daba junto a ella, y por mucho que París me supiera a un extraño sabor a cariño, por no llamarlo amor porque no sé lo que es eso, si es que existe, Mei y yo no hicimos nada diferente que no fuera permanecer en una suite de lujo, constantemente, o solo saliendo para comer, para cenar y para vivir la noche parisina. Por tanto, por mucho que mis hermanos me dijeran, una y otra vez, que de ese viaje saldría forjada mi relación con Mei, en ningún momento presentí que agrandara o aumentara lo que siento hacia ella, o que yo hubiera caído en lo que ellos llamaron “mi enamoramiento”.

Enmorarse..., ni siquiera sé lo que es... Además, si se le llama amor a: desayunar en la cama; frotarnos hasta mediodía; ducharnos y volver a empezar; comer en los mejores restaurantes; pasear de vuelta al hotel para volver a mantener relaciones sexuales; dormir abrazados y de casualidad; volver a la ducha o al jacuzzi ansiosos de más y de más sexo pasional bajo el agua caliente, si no éramos nosotros, o yo mismo quien la hacía arder en mi particular expansión de firmeza viril y de arrebatadora seducción; ir a cenar a otro restaurante en donde el refinamiento excede los niveles de la educación y de las mismas costumbres a las que ella está acostumbrada aunque para mí sean de exagerada pulcritud; beber y bailar demostrando en donde fuera y a cualquier hora que no hay razón para ocultar cuánto nos hacemos falta y más en la cama; y regresar a la habitación para volver a restregarnos el uno contra el otro mientras acepto la sumisión incomprensible a la que me someto siendo su gozo y el éxtasis que enseña su rostro cautivo según su boca arde en deseos de apoderarse de la mía y, así, hasta que amanece o hasta que volvemos a la

ducha, no lo sé y no lo entiendo, pero si ellos dicen que a eso se le llama amor y es lo mismo que decir que yo estoy enamorado, pues...

Enamorarse.

Si mis hermanos no saben distinguir que mi relación con Mei se basa en el dinero y en el sexo, en el magnífico sexo que mantenemos, debido a que yo sé lo que necesita y lo que busca, y ella sabe saciarme o incluso volverme insaciable, yo no tengo la culpa, pero a eso se le llama de otra manera y no amor, precisamente. No obstante, reconozco que, solo en París, pude verla con otros ojos. Y me fascinó. Fue inocente, sencilla, tímida, cariñosa e ingenua. Me volvió loco, de la cabeza a los pies. Transformado mi forma de ser.

Mis hermanos congeniaron con ella. Y sus palabras, en mi presencia, siempre iban acompañadas de miradas cómplices como si esperaran algo más de nosotros, algo más de lo que ya somos, porque algo somos, extrañamente para mí, hasta llegar a decir, al despedirla, que ojalá volvieran a verla. Como si fuera tan fácil...

¡Ojalá volvamos a vernos, algún día!...

Parece sencillo hacerlo. Lo mismo que decirlo. Pero es una mentira. Lo mismo que yo le cuento a mis hermanos sobre mi vida para no preocuparlos.

¡Ojalá volvamos a vernos!... ¿Y por qué tendríamos que reencontrarnos, junto a Mei, en concreto?

Eso suele decirse cuando sabes que nunca llegara ese día, y, a priori, lo entendí como una de mis líneas rojas, pero su manera de expresarlo fue tan alegre, afectuosa y espontánea, tanto en Mei como en Erik y en Yisel, que, por mucho que yo intentara, durante esos días, no mostrar más de lo que ya demostraba, que era bastante dado mi historial sexual, sobre todo, en los detalles basados en la fijación visual hacia su cuerpo entero y mucho más que miraba, ellos continuaban empecinados en que de ahí saldría algo más fuerte de lo que dicen que ya mantenemos. Pero a eso, a sus opiniones, una pregunta surgió. Si llevo dos años acostándome con la misma mujer, ¿debería llamarla novia?... Según mi hermana, sí. Pero si durante esos dos años, solo la he visto cinco días al mes, ¿también lo es?... Según mi hermano, también.

Enamorarse.

Nunca me planteé la posibilidad de hacerlo, mejor dicho, de sentirlo. Después de aquello, ni lo pienso ni lo siento. Menos mal que París ya queda

lejos...

No me gusta la palabra novia. Me ata. Prefiero pareja. No suena tan cursi aunque también me ate. Y aunque en la boda de Erik lo de sentirme atado fue beneficioso para mí, y para la envidia de los hombres que deseaban que me separara de Mei para ellos abordarla aunque fuera durante minutos, al regresar a mi solitaria y lúdica vida en Las Vegas, basada en tres semanas de espera, lo de hacer voto de castidad no es lo mío. Por tanto, Mei es mi pareja, durante cinco días al mes, pero en cuanto pone un pie en el avión que la lleva de vuelta a Hong Kong, yo, hombre de sexo, las paso canutas. No sé si ir de putas. Podría, al terminar mis partidas, cuando pierdo de vista a Ding y a Xiong, una vez contado el dinero que he ganado, si es que lo gano, ya que, últimamente, debo más que pago y acumulo y agrando los gastos a mi cuenta, pero a nombre de Chen.

Supuestamente, sus cuatrocientos mil dólares debo gastarlos jugando al póker. Supuestamente, todos los meses tengo que ingresar el cincuenta por ciento de las ganancias obtenidas.

Si hay pérdidas, supuestamente, Chen y yo hablaríamos de cómo gestionar mi deuda. Bien. En cuanto a la primera parte, todo correcto. Las partidas de póker pagadas por Chen me llevan a mansiones clandestinas o a trasteros de locales a las afueras frecuentados por ricos y poderosos desconocidos. Pero a pesar de ser los lugares en donde más cómodo y natural me siento, no siempre gano. Personalmente no me afecta porque mi dinero sigue intacto incluso aumentando. Lo mismo que la cuenta de Chen aunque, a veces, flaquee. Desde mi punto de vista, esto de jugar para él es como una pequeña inversión a largo plazo, que solo aporta beneficios y a la que no tengo que hacer caso o solo esperar mientras sube y sube y sube... No obstante, reconozco que, de vez en cuando, hago uso personal del dinero que, en ocasiones, excede lo acordado. Últimamente, más de lo que debería. Pero mientras no disminuya la cuenta de Chen hasta el punto de que no haya un céntimo, yo me sigo regalando caprichos aunque tenga que soportar al chino idiota de Ding, cuando insiste en que, si continúo a este ritmo, pronto tendré malas noticias.

Cree que me asusta. El imbécil fanfarrón, celoso de lo mío con Mei, cree que me amedrenta cuando me amenaza con que me estoy jugando el pellejo. Lo hace delante de otros jugadores como yo y de sus respectivos vigilantes. Dos, por hombre. Y Ding, que cree que ser la mano ejecutora de Chen, acojona a muchos, pero conmigo no puede, y eso lo vuelve más violento, cada día. Sobre

todo, en lo que a mí respecta aunque a mí no se me acerque. Yo lo saco de quicio y, si me amenaza, Xiong se pone a mi espalda para asegurarse de que no escape mientras él se enfrenta a mí, con cara de loco. Entonces, ante su trastorno psicopático, temporal o no, yo sonrío y le hago un guiño, y eso lo cabrea, todavía más. Cierra el puño dominado por la rabia y por la impotencia de no tener permiso para ponerme la mano encima. Mientras tanto, Xiong, callado como siempre, se mantiene pegado a mí, y Ding, que me odia, aprovecha para acercarse un poco más y, así, decirme que, un día de estos, todo cambiará y la balanza se inclinará a su favor.

Menudo imbécil...

De momento, el balance lo hago yo y del dinero que debo, sin que me importe. En dos años, le he hecho ganar a Chen más del triple de lo ganado por los otros jugadores de su clan, juntos. En todo este tiempo, el póker es lo único que ocupa mi tiempo, excepto los días en los que Mei me visita. No ha habido tarde que no hiciera, de mis partidas, madrugadas lucrativas de un lúdico adictivo. Y no ha habido día en el que mi interés por ganar más y más dinero decayera, un solo momento. Por tanto, mis deudas son razón suficiente para presionarme, pero no para intimidarme. Tengo deudas con Chen, sí, pero él ha ganado mucho más de lo que ahora me reclama, a través de sus secuaces. Y aunque entiendo que se espera de mí algo más que de los demás, más ha ganado él, que yo le debo.

La culpa como siempre la tiene una mujer. Y mi suerte, que en soledad parece envolverme aunque se disipe cuando más la necesito, junto a Mei desaparece para dejar paso a algo que no entiendo y aun así disfruto hasta emborracharme de ello.

La culpa de mi ceguera ante una baraja nueva la tiene ella, y mientras esto siga siendo *un ahora te veo* para luego echarte de menos, no creo que sea capaz de centrar toda mi atención en el juego. Aun así, cabe la posibilidad de que la balanza se incline a favor de Ding, gracias a mis deudas, pero mientras Mei siga siendo mi as bajo la manga, me importa una mierda.

—Solo quedan cien mil dólares, Taylor —dice Mei, desde el salón—. Los últimos ingresos no ascienden a más de diez mil, y aún debes cuatro meses —Desnuda, a los pies de la cama, espera a que hable, pero yo solo la observo—. ¿Qué quieres que le diga esta vez?, ¿qué me invento?, ¿qué la suerte se ha esfumado, de repente?

—Por ejemplo —respondo desinteresado—. Ven a la cama.

—Taylor, si regreso a Hong Kong sin dinero, una vez más, Chen se pondrá furioso.

—Hablaré con él.

—No se trata de eso —musita preocupada.

—Mei, esto es un juego. Depende del azar. A veces, se gana y, a veces, se pierde. Chen lo sabe. Solo es cuestión de esperar y ser paciente.

—Chen no se caracteriza por su paciencia.

—Por eso es tan malo jugando al póker —comento yendo hacia ella para abrazarla—. Vuelve a la cama —susurro en su cuello, lo beso mientras acaricio sus brazos y, al morderlo, ella encoje los hombros y tiembla.

—Si regreso con las manos vacías, no volveré —revela entristecida.

Con mis manos en su rostro la obligo a mirarme.

—No te vayas.

Al verla sonreír y rasgar sus ojos, todavía más, desesperado la beso mientras la llevo, en mis brazos, a la cama.

No importa el tiempo. Mei sigue despertando mi curiosidad haga lo que haga. Sigue siendo una pantera ingenua, disfrazada de día y descubierta de noche. Sigue intrigándome cuando calla y cuando su mirada confiesa lo que siente aunque sus palabras no sean acordes a sus emociones. Sé lo que esconde. Diría que es idéntico a lo que yo oculto. Pero en ella, sin que yo pueda adivinarlo, parece tan difuso, que evito mostrar si en mí hay algo más que un simple *me gustas*.

Yo sé la verdad. Sé que la adoro. Lo hice al conocerla, seguí adorándola aunque no la viera, y ahora lo hago a cada instante.

Cinco días al mes no es suficiente para ella. Tampoco lo es para mí. Me faltan segundos, cuando mis dedos resbalan por su piel, cuando me deshago en caricias de dulce tacto y cuando exploro su cuerpo, sediento de sexo. Me faltan minutos para hacerle el amor como merece. Como merecemos. Y las horas, a su lado, se precipitan.

Me faltan días todos los meses. Y cada mes, cuando aparece, me falta vida para ella.

Desbocada, desinhibida, despojada de todo cuánto era, Mei, entre mis piernas, desata su furia y me arrebató el orgullo. Se envuelve en sus propias caricias sentada sobre mí, paradisiaca visión, arrastrando el sudor de su cuerpo como el despertar de su fogosidad incandescente. Cabalgándome, fiera adormecida, se apodera de mí, pero no de mi avaricia. Yo quiero admirar el movimiento sensual de sus caderas mientras jadea. La deseo.

Quiero ver cómo arrastra sus manos por su escandaloso y atrevido cuerpo, angelical e inocente. La codicio.

Quiero ascender con la mirada por su monte de Venus, su cintura y su ombligo, sin perder detalle. La recelo.

Quiero ser el único que le coma la boca mientras se tumba sobre mí, endurece las piernas, contrae los músculos de sus nalgas y se desliza apasionada, una y otra vez, una y otra vez, y una y otra vez, orgásmica irresistible, viciosa del éxtasis. Yo la temo. Entretanto, y para mí, su placer se desprende de ella, resbala por sus ingles y moja mis muslos.

—No soporto tanto calor... —jadeo incapaz de aguantar la intensidad ardiente de su oscuro interior.

Con su rostro sobre mi pecho, satisfecha, siento su plácido descanso. Mientras tanto, yo creo que la quiero.

Enamorarse.

—Prométeme que lo solucionarás —dice, de repente.

—Hablaré con él. Chen lo entenderá.

—Eso espero.

Tras besarme, se levanta y se encierra en el baño.

¿Y si le dijera que siento algo más por ella?, ¿cambiaría su actitud?, ¿sería más cercana?, o ¿seguiría siendo tan superficial como intenta demostrar, sin que logre engañarme?

Cada vez que nos reencontramos, Mei se muestra ante mí de muchas maneras. Su personalidad es cambiante. Diferente, cada vez. Y aunque siempre descubro algo nuevo imposible de olvidar y que me une a su recuerdo cuando no la tengo, todavía se esconde detrás de ese escudo banal e insensible que intento derribar, sin que me deje. Al principio, mantenía la compostura como ella dice, y se mostraba, al verme, como la mujer distante que es, aunque

curiosa y seductora sutil, por si Ding se iba de la lengua respecto a su libidinosa actitud hacia mí. Pero poco a poco, Mei ha pasado de un simple beso, a efusivos abrazos y roces sinceros, sin que le importe lo que los chinos piensen de ella o lo que puedan divulgar. Sin embargo, sus emociones vacilantes todavía me sorprenden, y cuando menos lo espero regresa a la simpleza de un *hola* y, quizás, a la pregunta de *cómo estás*. Eso sí, en cuanto sube a mi Ferrari se transforma, se desata, se deja llevar por la risa y por la alegría, y se vuelve tan divina, que llega a hechizarme. Mei me hipnotiza. Y es, en esos momentos, cuando intento saber más de su pasado, y de ella, en particular. Pero me he dado cuenta de que si me excedo, se encierra en sí misma, y no hay más que hablar. Aun así, yo, intrigado por su vida, una vez le pregunté por su familia, y ella, sincera y cohibida, respondió que es hija única y que sus padres murieron al poco de nacer. Aquello le dolió, y yo dejé de preguntar para no perder la oportunidad de volver a verla, una vez más. No obstante, empeñado en conocerla, más a fondo, en otra ocasión le pregunté por su tío, el ministro de exteriores, y ella me dijo que después de la muerte de sus padres, él se hizo cargo de ella, sin que ella pudiera elegir con quién vivir. Y lo contó con una naturalidad tan despreocupada, que me puso en bandeja la siguiente pregunta.

Sin olvidar a su difunto marido, y con su voz clavándose en mi mente hasta el punto de parecerse a ese aroma a jazmín que desprende y del que no puedo deshacerme porque parece mi propio olor perpetuado en mis narices, ella, que tampoco lo olvida aunque beba whisky y evite hablar de él, me contó que su familia cumple, a raja tabla, sus tradiciones más antiguas.

»Desposar a una hija con un alto cargo es algo habitual, y yo me debía y me debo a mis obligaciones».

Eso me dijo, y, a partir de ahí, jamás volví a preguntar, por temor a que volviera a hacer lo que hizo.

Se marchó a Hong Kong dos días antes de lo que debía. Yo me quedé echo polvo, me dejó tirado y sin que le importara hacerlo, y creo que ese fue el desencadente de mi mala racha como jugador de Chen. Menos mal que no quise entrar en detalles. Si lo hubiera hecho quizá no hubiera vuelto, además, con solo mirarla supe qué tipo de obligaciones le producía más asco y repulsión. Por eso dejé de preguntar. Porque ella regresó y como si no hubiera pasado nada, o tan solo tres semanas de desesperación para mí, sin llamadas ni mensajes.

Parece mentira. Y no sé de qué me extraño. En realidad, ella y yo jamás nos hemos llamado y tampoco nos hemos enviado un mensaje, tal y como acordamos el día en el que ella accedió a ser mi contable, con el favor de Chen. No obstante, y, a pesar de lo mal que lo pasé y del sufrimiento inconcebible que día tras días arrastraba, sin saber por qué, algo bueno tuvo su desprecio ante mi confusa sensación de impotencia y de, por qué no, de dolor. Mei me reveló que después de él solo hubo un hombre. Yo. A continuación, me dijo que sigo siéndolo, y yo, en ese instante, estuve a punto de confesarle que adoraba la sensación de ser, verdaderamente, su único amante, pero, en cambio, callé, y no le dije cuánto me alegró saberlo porque me negué en rotundo a ser un bocazas como siempre mientras a ella seguía sin importarle cómo había estado y qué había hecho, tras su marcha y en su ausencia. Ese instante de mi debate emocional, a ella no le interesó más que el dinero que debía ganar para saldar mi deuda con Chen. Doscientos cincuenta mil dólares de agujero que sigue creciendo siendo solo vacío.

De la misma forma que aquel día me callé, ahora también, y más, tras sufrir sin comprender cómo me afecta el hecho de no verla, tocarla y tenerla.

Por otra parte, desde aquel día intento controlar todas mis emociones, así como, cualquier palabra que sale de mi boca. Y, sin más remedio, supero obstáculos que en mi pasado eran mi mayor pecado como si no pudiera desahogarme y extraer de mí toda la rabia que guardo.

Jamás le diré que siento la tentación de imaginarla, al borde de acostarme con otra. No lo he hecho, pero me sobran ganas, y más, si ella me hace sentir prescindible.

Cuando Mei no está las paso putas estando entre ellas y, si ella me acompaña, de la noche a la mañana, durante cinco días, me vuelvo loco por decirle que se quede conmigo, que deje a Chen y que, de una vez por todas, ella y yo planifiquemos algo, juntos. Sin embargo, incapaz de desvelar mi adicción a ella, mi silencio es mi gran baza ante un posible rechazo.

Si yo supiera qué piensa de lo nuestro, quizá, me atrevería a confesarle que la quiero.

Enamorarse.

—¿Me ayudas?

Sorprediéndome, Mei sale del baño y se pone de espaldas a mí para que suba la cremallera de su vestido.

—¿Vas a alguna parte? —pregunto aturdido, sin tocarla.

—Chen quiere que regrese.

—Mañana sale tu vuelo, ¿no puede esperar un día más?

—Lo siento, Taylor. Es urgente. Lo entiendes, ¿verdad?

Mientras sonrío y acaricia mi barbilla, yo observo en ella sus ganas de escapar. Está nerviosa, endurece la mandíbula y evita mirarme a la cara. Al darse cuenta de que su mentira no me engaña, se da la vuelta.

—¿Me ayudas? —insiste alegre y falsa.

—Claro. No vayas hacerlo esperar.

Me sobra medio segundo para subirle la cremallera, con la ira de mil demonios. A continuación, el baño es mi escondite como antes lo ha sido para ella. Entretanto, Mei hace la maleta.

Esta vez no hemos salido corriendo de Las Vegas como en ocasiones anteriores. Hemos estado encerrados en mi suite y no hemos salido, excepto para ir a cenar. Y en estos días hemos compartido, de forma personal e íntima, deseos, vivencias y pensamientos, que fortalecen lo nuestro. Pero de los dos, quien más ha hablado he sido yo como también el que más ha abierto su corazón. Sé que hay algo que la empuja a decirme que no si intento hablar de nosotros. Sé que evita sentir como lo hago yo, a pesar de estar conmigo veinticuatro horas al día, cinco días al mes. Sé que piensa, una y mil veces, cada una de las palabras que dice, sea cual sea el tema de conversación. Y sé que, a pesar de controlar cada una de sus emociones, Mei siente algo más por mí que la simple atracción sexual que intenta manejar, a su antojo. Ella sabe que me intriga. Que me perturba su manera de evitar ser natural. Que mi adicción al juego desaparece, tan solo por no perder un solo instante en estar a su lado. Pero, atormentándome, ella desconoce que me joden sus constantes idas y venidas, sin más que cinco días en los que ella intenta ser ella misma mientras yo llevo siendo yo, desde el primer día. Y lo sabe. Sabe que yo preferiría tenerla conmigo, todos los días. Y lo insinúa para no verla huir de mí como está haciendo ahora, pero parece ser que, de los dos, yo soy el único que siente. Me extraño de mí. No me conozco, pero es así.

A qué mala hora me dejé llevar por ti...

Toc, toc, toc...

—Ahora salgo —respondo enérgico.

De mi rabia contenida, al silencio de su boca, la puerta. Al abrirla, Mei está vestida, mientras tanto, yo la observo lleno de resentimiento, y ella, que desvía la mirada, cobarde, también me da la espalda, entonces, mientras me visto dándome asco todo lo que me rodea, sin que ninguno abra la boca, cabreado llamo a Ding y le digo que pase por mi hotel para recogerla y para llevarla de vuelta a Hong Kong.

—¿Por qué no me llevas tú? —pregunta perpleja.

—Lo siento, cariño —respondo presumido y me acerco a ella despacio para acariciar sus labios con mis dedos—. Tengo una partida. No quiero llegar tarde.

Un guiño, mis llaves por los aires y de vuelta a mi mano, mi sonrisa arrogante despreciando su confusión, y mi prepotencia al caminar hacia la puerta, la dejan estupefacta.

—Taylor...

—Adiós, Mei.

Se acabó el hasta pronto.

El portazo que doy me duele a morir, pero no me enamoraré de ella. Así, no.

Enamorarse. ¡Ja!...

—Señor Carter...

Ding se cruza conmigo en la entrada. Obvio a los dos chinos y salgo de mi hotel. A trescientos cincuenta por la general, con la soledad pisándome los talones, junto al polvo del desierto, la mierda que siento arrastrarse por dentro de mí me convierte en otro hombre.

Asustándome, mi móvil tiembla. Chen me llama. Frenando en seco, me quedo parado en mitad de la carretera.

—¡Señor Chen!... —exclamo falseando mi entusiasmo.

—¿Tiene un minuto, señor Carter?

—Por supuesto. Para usted siempre dispongo de un minuto.

—¿Y no dispondrá de trescientos veinte mil dólares?

—Eh..., no.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—No lo sé. Usted es el jefe.

—No intente quedarse conmigo, señor Carter. Creo que mis hombres ya le han explicado qué sucederá, en caso de no hacer frente a su deuda, la cual aumenta, día tras día.

—Pues..., lo siento, señor Chen, pero cree mal —replico orgulloso—. Sus hombres lo único que hacen es beber y follar con putas mientras yo juego para usted, gane o pierda. Así es el juego, señor Chen. Supongo que sabe de lo que hablo.

—No debería hablarme en ese tono, señor Carter.

—Creo que no le he faltado al respeto, señor Chen, y..., una cosa más. Hasta la fecha, desconozco sus métodos disuasorios, pero doy por hecho de que no exceden la legalidad, no obstante, si es tan amable de exponerlos, le daré mi humilde opinión, y llegaremos a un acuerdo —comento vacilante.

—No hay acuerdo, señor Carter. Y dada su ignorancia, le aconsejo que se despida de la señorita Ling, que procure estar del lado de la suerte, y que permanezca atento a todo cuanto le digan mis hombres. Le aviso de antemano, señor Carter. Si en dos meses no recupera mi dinero, la próxima vez que usted y yo hablemos no seré tan benevolente.

—¿Me está amenazando, señor Chen?

—Se equivoca, señor Carter. Yo le aconsejo lo mejor para usted y para sus intereses. No confunda mis palabras. Recuerde que, lo que es bueno para usted es bueno para mí, pero no me tome por un idiota, señor Carter. No pienso perder el tiempo y tampoco invertir mi dinero en alguien que no merece la pena. Ya me avisó su querido socio, Roy Miller. Usted es un riesgo, y eso me atrajo, pero si sigue así, mi arriesgada inversión será su propio riesgo.

—Haberlo pensado antes.

Vete a la mierda...

Tras colgar, acelero hasta volver al principio.

Regreso al comienzo de este sufrir constante, por no saber decidir si merece la pena continuar con algo que solo hace que exponer mi debilidad, sin más que ofrecer que no sea la soledad y una deuda. Una gran deuda que aumenta.

A qué mala hora me metí en esto por ella...

Ahora tendré que pagarle a Chen con mi dinero. A parte de eso... Mi adiós a Mei ha sido lo más acertado que he hecho.

Quizás una partida haga resurgir en mí al hombre impasible que no sentía nada o solo algo y no por alguien, sino por el dinero. A veces, echo de menos esa piedra verde con forma de dólar que, al acariciarla, me envolvía en un halo afortunado del que no salía hasta haber ganado tanto como deseaba. Sustituí esa piedra por otra. La que tengo ahora tiene forma de mujer, y la que rompí era yo petrificado. Sustituí una piedra por otra, y preferiría seguir siendo frío a amar como la he amado. Mi adiós significa que, si no regresa, mejor para mí, pero sus ojos, brillantes y miedosos, me llenan de culpa. Me arrepiento, pero eso es cosa mía. Y me he quedado con ganas de besarla como si de verdad fuera mía.

De vuelta al centro de Las Vegas, hace tiempo que no voy al Bellagio. No me vendría mal visitar el lugar en dónde mi padre pasaba horas y horas repartiendo cartas y suerte, dado que a mí no me acompaña como era costumbre, a lo largo de mis años de juego enmascarado. Prefiero perder en el Bellagio, estar sin blanca en la mansión clandestina. Así, por lo menos, perderá de vista a los chicanos, durante algún tiempo.

Treinta y cinco mil dólares es la apuesta de esta noche. En la mesa principal de la sala cuatro, mis contrincantes son cinco hombres. El premio para el ganador será un buen pellizco que podría, si resulto ser el afortunado, sosegar la impaciencia de Chen. Al mismo tiempo, aumentaría esa cuenta ya casi vacía de la que no pienso olvidarme si es que necesito darme algún capricho. No me importa qué me ocurra. En realidad, lo único que me importa es ganar.

No tengo en cuenta las posibles consecuencias aunque sean conocer, de primera mano, qué me haría Chen si pierdo, otra vez. Pero no perderé. No lo haré.

Frente al croupier, que baraja las cartas mientras la ciega pequeña comienza a subir, soy positivo y confío en mí. Creo en la suerte y en mi capacidad de controlar cada uno de mis movimientos. Sé atraer al azar para que no haya un sentimiento más atractivo que la emoción de jugar y ganar, capaz de desviar mi atención hacia otro lugar como podría ser mi cama.

Actitud, Taylor. Lo más importante es la actitud.

Pero no hay paz. No tengo poder sobre mí. En mi cabeza solo está ella

revolviendo y mojando mis sábanas.

—Seiscientos más.

Subo la apuesta inicial, sin ver las cartas. Esta noche, voy a por todas. Y no solo de forma lúdica, sino que, además, de tantas y de tantas mujeres está repleto este casino que, si no gano en la mesa, lo haré sobre el colchón de alguna de ellas.

En el lugar más acertado para el hombre del pasado que intento volver a ser, la noche comienza dándome una mano que pierdo, y otra que vuelvo a perder, más otra más, que se me resiste. Entretanto, irresistible es una pelirroja que se une a nosotros, tras sustituir a un jugador arrepentido de intentar malgastar, así ha dicho, el sueldo trimestral de su mujer.

—Caballeros... —saluda la pelirroja mientras toma asiento enfrente de mí y deja sus fichas sobre la mesa.

Habrà más de cincuenta mil dólares entre sus manos, con la marca el Bellagio. Mis veinte mil, lo que me queda tras haber arriesgado demasiado, no es suficiente para enfrentarme a ella, pero tampoco para enfrentarme al resto. Tengo la impresión de que yo soy el más necesitado, de todos los que jugamos.

Vamos..., preciosa fortuna..., ¿no ves que te llamo?...

Boca abajo están mis dos cartas, sin que las haya mirado, todavía. Me interesa mucho más observar las reacciones de los demás, al ver las suyas. Dos de ellos ni se imutan. Hasta el momento, no han hecho ningún gesto o mueca que mostrase, de alguna manera, qué podrían llevar. Y el otro, un cowboy engreído, se está quedando con mi pasta. Pero atendiendo a su pestañear incrédulo, percibo su rabia.

Primero me vengaré de ti mientras obvio a la pelirroja.

Todavía no sé de qué va. Y no destaca en algo que la haga diferente al resto o que a mí me parezca inusual. La pelirroja se mantiene impassible y mirando fijamente sus fichas mientras yo barajo la posibilidad de dejar que se arruinen entre ellos hasta que yo eche a los supervivientes, de un plumazo.

Un siete y un tres son una mierda de cartas. Joder..., esta me la vuelvo a comer...

Tengo tres mil pavos menos, y la pelirroja tres mil más.

Quizá lo mejor sea dejar que ella arruine al resto mientras yo la observo,

memorizo y analizo, todo lo que haga. Así, cuando solo quedemos ella y yo, ganarle al póker no sé si podré, pero ganarme su confianza y llevarla a la mi cama, sí.

En cinco manos, entre los dos nos deshacemos del pestañas largas. Su dinero, diecisiete mil dólares, se reparte entre; la pelirroja, que se lleva más de la mitad; los otros dos tíos; y yo, que me quedo con unos míseros ochocientos dólares que, junto a lo mío, hace un total de, doce mil. Entretanto, me cabrea ver como la tía nos vacila con decenas y decenas de fichas de todos los colores habidos y por haber.

Tengo que deshacerme de ella.

—¿Lleva mucho jugando al póker, señorita...

—Lizzy, me llamo Lizzy O'Neil. Y, sí. Llevo toda la vida en mesas de juego como esta y mejores, señor...

—Carter, Taylor Carter.

—¿He dado la impresión de ser una aficionada? —pregunta suspicaz y sube la apuesta.

—Para nada, Lizzy —respondo presumido, y ella me sonrío astuta—. Llevaba mucho tiempo sin enfrentarme a una gran profesional, de tus características.

—Y según tú, Taylor, ¿cuáles son esas características de las que hablas?

—Autocontrol, astucia, naturalidad, previsión y valentía.

Mirándome satisfecha, Lizzy me guiña un ojo. Yo, soberbio como hace tiempo, acepto el reto de ver sus cartas igualando la apuesta para que entienda que seré su mayor contrincante. Ella, atenta al resto, que nos observan disimulados, comienza a ponerse nerviosa debido a mi insistente visión, fija en su boca.

Con una pareja de ochos poco puedo hacer, pero el riesgo de no saber si le ganaré puede con la prudencia que debería tener, ante una rival como ella. No se parece en nada a Mei, pero insultando al atrevido hombre que deseo despertar, mi oriental preferida se cuelga en mi cabeza como si me reprochara que, sin verme, está en todas partes, y que, sin tocarme, puede hacer de mí un débil mártir de lo nuestro.

Otra vez pierdo, y, esta vez, vuelve a ser la pelirroja quien me gana, de

forma aplastante.

Mei revolotea a mi alrededor... No me deja ahuyentarla...

El azar, mi capricho más codiciado porque me ayuda a ganar, está junto a Lizzy. Mientras tanto, a mí me tumba, me castiga y me fulmina. Intentar dominar el juego no sirve para nada. Y nada es menos de lo que tengo, pero lo que tengo es nada comparado a lo que deseo. Y..., ¿qué es lo que deseo?...

Dinero.

Me quedan ocho mil quinientos dólares. De los dos tíos que me acompañan, uno está a punto de retirarse. El otro, que aguanta el tirón como yo, si no se va antes, será víctima de la implacable fuerza magnética que tiene Lizzy hacia la ansiada suerte que yo deseo poseer. Y, mientras tanto, mientras ellos cuentan su dinero, yo me fijo en la cantidad de fichas de la tía, con ganas de alargar el brazo para robarle unas cuantas.

¿Cómo puede ser que, de golpe y porrazo, esta tía me esté vacilando con su silencio perpetuo o con su risa contagiosa, cada vez que se lleva un buen pellizco de mi dinero?

No lo sé. No sé cómo puede hacerlo, pero según pasan las horas ella gana, gana y gana, y yo solo pierdo.

Un tío menos. Su dinero para Lizzy. Ya solo quedamos tres, y el único capaz de ganarle soy yo porque el otro bebe y juega, pero con sus fichas. De hecho, parece no importarle la partida.

Me pone nervioso. Yo, obcecado en salir del Bellagio siendo más poderoso que cuando he entrado, me estiro, agobiado, y le obligo, con el dedo enfrente de su napia, a que se decida.

—No voy —dice, exasperándose.

—Todo para eso... —murmuro viendo mis cartas.

Con un rey de picas y un dos de tréboles poco puedo hacer, a noser que me rinda.

—¡Sí! —exclama Lizzy.

Por décimo sexta vez me gana. Sonriendo efusiva, me pone cahondo. Pero no soporto ver cómo se queda con mi dinero. La suerte se ha esfumado, de repente. Me ha abandonado como lo ha hecho Mei. Vaya mierda de día y de tarde.

A ver si me tiro a esta...

—Lo siento mucho, Taylor —sorprende la pelirroja.

—No importa, Lizzy. El juego es el juego.

Le sonrío seductor disimulando que estoy jodido. Tengo ganas de destrozar algo. Mientras ella cuenta y cuenta y cuenta, y yo me atraganto con el whisky. El croupier la ayuda. Los dos tíos se marchan.

Yo me quedo sentado observando los miles que acabo de perder y que pasan por su mano pensando en qué más puedo hacer para que la suerte de un giro de ciento ochenta grados a mi favor aunque ya no me haga falta. Solo me queda largarme, con el rabo enre las piernas aunque mi cabeza siempre esté por encima de mi hombros.

—Te invito a una copa —sugiere Lizzy, alegrándome—. Es lo mínimo que puedo hacer por ganar a un rival tan...

—No sigas —replico ensordeciendo a mis oídos de posibles halagos—. Acepto la invitación, sea cual sea tu opinión sobre mí.

—Eres muy atractivo, Taylor —Se levanta y camina hacia mí—. Petulante, tal vez, pero me gustas... —susurra a mi oído, muy sensual—. Creo que eres muy caliente...

—¿Me dejarás esconder algo de mí o vas a describirme?

Agarrándola de la cintura la arrimo a mi entrepierna.

—Y esto también me gusta.

Tocándomela como si fuera a desaparecer, la fuerza que ejerce su mano, en el músculo que más quiero de mi cuerpo, no soy capaz de resistirla. Indomable la beso y muerdo su labio mientras abofeteo su culo voluptuoso. Este tengo que probarlo.

Mirándola fijamente a los ojos, sonrío.

—Lizzy, tomemos esa copa.

Que soy hombre de sexo no lo negaré, pero que las mujeres me lo ponen a huevo tampoco. Y no importa dónde, sino en qué momento.

Un baño puede ser el lugar más apropiado. El ascensor también. A oscuras, en un largo pasillo, se pueden hacer cosas maravillosas. Eso sí, los golpes contra la pared puede ser que se escuchen. Cualquier sitio vale en Las Vegas.

Aquí no hay lugar en donde escapar del sexo, sin nombrar el ignorarlo.

Hoy he vuelto a perder, pero, a cambio, he follado tres veces y en tres lugares diferentes, con una mujer que no es la que yo veía y escuchaba en mi cabeza. Lizzy se llamaba, y la olvido como a todas.

—Su Ferrari —dice el mozo del parking entregándome las llaves.

—Hoy no seré generoso. Es lo que hay.

Al darle un mísero billete de veinte, el tío murmura, en mi contra. De repente, detrás de mi coche, se detiene otro. Es Ding y el mastodonte de su compañero, Xiong, del que me pregunto si será tonto. Nunca habla, pero sujetarme lo hace muy bien.

—Buenas noches, señor Carter —saluda Ding—. Llevamos horas buscándolo, ¿todo bien?

—A ti te lo voy a decir...

Pasando de él, subo a mi coche y acelero hasta hacerlo rugir mientras mantengo el pie en el freno y las ruedas humean y lo envuelven de goma quemada. A continuación, como si fuera el *Batmovil* desaparezo de su vista, en dirección hacia mi hotel.

Al llegar, tras darle las llaves al chico, oigo gritar a Ding que espere porque la señorita Ling le ha dado un mensaje para mí. No debería, pero ella me tienta.

—Vaya..., por lo visto le interesa más de lo que esperaba...

—Al grano, Ding, no tengo toda la noche.

—Enseguida, señor Carter —dice el canalla mientras Xiong se pone a mi espalda y me sujeta, inmovilizándome.

—¿¿Qué coño haces?!

—El mensaje es este.

Ding me enseña su puño de acero. Entonces, sin que se lo espere, le doy una patada en los huevos. Cuando intento escapar, Xiong me golpea la espalda. Arrodillado en el suelo, Ding se retuerce de dolor. Bien...

Cuando me levanto, mal. Él lo hace al mismo tiempo y se me queda mirando, abominable.

¡Pum!... Me golpea en el estómago. Me encojo ¡Pum!... Me golpea en la

mandíbula. Sangro por la boca. ¡Pum!... De vuelta al estómago, en cuanto Xiong me suelta, me caigo al suelo.

—Ahora ya sabe a qué me dedico, señor Carter —susurra a mi oído—. Por cierto, lo del emnsjae de la señorita Ling me lo he inventado.

—¿Sabes? —murmuro y sonrío burlón—. No me caes bien, ¡puaj!... —escupo sangre—. Y no olvides algo, Ding —Me pongo de pie, dolorido—. Yo me la tiro. Tú ni miras.

Por vacilón me llevo otro puñetazo en la boca del estómago.

Mientras Xiong frena su intención de golpearme, otra vez, yo me retuerzo.

—Dentro de dos mes volveremos a vernos, señor Carter.

—Que te jodan, Ding —gruño.

Tirado en el suelo, no sé si hago el ridículo, pero creo que sí.

Yendo hacia mi hotel, soy el centro de atención, y como me importa una mierda porque solo me faltan los murmullos del público para incrementar mi ira, todavía más, colérico los mando a tomar por el culo. La próxima vez, no habrá acero que me impida destrozarle la cara a ese... ¡Puaj!...

—Señor Carter... —musita la recepcionista al verme entrar sangrando—. Tome...

Tras darme su pañuelo, subo a mi suite y encuentro un sobre en la entrada.

En su interior se encuentra la factura de los tres últimos meses. Setecientos cincuenta y tres mil dólares, con veinticinco centavos. Y los he de pagar, sí o sí, si mi deseo es continuar alojado en este hotel.

Bien Carter..., ahora solo debes algo más de un millón...

En la ducha, sobre mis pies flotan las gotas de sangre que caen incesantes de mi nariz y de mi boca, junto al agua fría que me hace tiritar aunque sea el calmante de mis huesos y de mi barriga. Tengo varias marcas en las costillas delanteras. El rojo de mi estómago, pronto será morado. Me duele la espalda, a morir. Tengo la cabeza repleta de remordimientos. Y no pienso en lo que más daño me hace porque no me merece la pena aumentar mi frustración y la decepción que me atosiga y que me ciega hasta el punto de obviar que, si no cambian las cosas, mi situación, tanto personal como lúdica, dará un giro de ciento ochenta grados, en mi contra. Lo que yo quiero que haga la suerte, pero a mi favor.

—¡Arg!...

Retorciéndome angustiado frente al espejo del baño, en mi rostro solo existe la imagen del hombre que soy mientras lo que ansío es ver al hombre que yo era. Superficial, decidido, frío, arriesgado, arrogante, suspicaz... ¡¿Dónde he dejado al pedante de mí?!...

¡Crash!...

Golpeo el cristal de la mampara y se agrieta.

Tengo dos meses para volver a ser el que era, y empiezan a contar desde ya. Un día y medio para pensar qué hacer, paso a paso, y no hay más remedio que afrontar mis problemas de cara y con dinero, por supuesto. Pero mi racha va y viene, sin que me dé cuenta de cuándo va y viene, a no ser que me vea en la estacada. Y esto ya lo he vivido y esta es mi vida. Yo la elegí y, si he sido rico y poderoso, mi karma, mi chakra, o como quiera que se llame o como lo llame ella, como diría ella, me obliga pagar mi ciega avaricia y caprichoso derroche.

Soy veleidoso. Y difícil de combatir y luchar en contra de lo que soy. Unas cuantas heridas no son suficiente para ignorar mis debilidades. Juego. Lujo. Mujeres... Soy veleidoso, y serlo me empuja a pagar mis deudas para seguir siéndolo.

Como parte primordial para no ser despreciado en ningún casino, así como, en ningún hotel, de la misma manera que sería incluido en una lista negra de morosos, me deshago de buena parte de mi dinero y lo transfiero a la cuenta bancaria de la cadena hotelera a la que se lo debo. Cuatrocientos cincuenta mil dólares, por dormir. Ciento diez mil, por comer y cenar. La tintorería son quince mil dólares. Y lo extras, entre ellos, el spa, el gimnasio, algunos trajes y el servicio de habitaciones, tienen un coste de ciento setenta y ocho mil, con veinticinco centavos.

Me quedo con menos de trescientos mil. Y me jode, pero le transfiero a Chen cien mil dólares para que se calle la boca y me deje en paz, durante algún tiempo. Dos meses, exactos. Ese es el tiempo y el espacio que me da.

Qué rápido pasa...

No distingo el día de la noche. Los cardenales me salieron y se fueron. Tuve cuatro hematomas internos en el abdomen, y me siguen doliendo cuando intento respirar, profundamente. Y para dejar constancia de las hostias que me

dieron, la parte inferior derecha de la mandíbula se me inflamó, junto al bulto que hiere, todavía, mis riñones.

—Señor Carter —Sorprende el director del hotel—. Ayer recibimos la confirmación del pago de su deuda.

—Pues qué bien... —expreso desinteresado.

—Si me permite, señor Carter, quisiera invitarlo al nuevo espacio de relax que hemos creado en el spa. Está dedicado, en exclusiva, a jugadores profesionales como usted.

—¿Y de qué se trata? —pregunto curioso.

—Hemos instalado una cámara hiperbárica que le permitirá aumentar su capacidad de concentración y de relajación, tanto física como mental, gracias a la oxigenación de las células.

Al mirarlo extrañado, él me invita a seguirlo. A saber qué se han inventado para tener a los jugadores más derrochadores en sus mesas de póker... Siento mucha curiosidad.

Explicándome que dormir en su interior, durante una hora, equivale a seis horas de sueño, me convence. No me hace falta seguir escuchando que, en caso de lesiones, ayuda a acelerar el proceso de recuperación. Tampoco es necesario que insista en que otros muchos ya la han probado, beneficiándolos en salud y, sobre todo, en actividad, en estado de ánimo y en el juego, ya que, desde que la usan han notado como son más capaces de mantener la concentración y la calma, en todo lo que hacen.

—Se lo agradezco, y aunque no entiendo el por qué de esta invitación, no la rechazaré.

—Aproveche esta oportunidad, señor Carter, cada sesión tiene un coste de cuatrocientos cincuenta dólares.

—Sin duda, lo haré.

Sí, me meteré ahí dentro, pero cuando cene. Así, esta noche, no habrá quien me pare. Pienso vaciarle los bolsillos a todo el que se atreva a enfrentarse a mí. Y si por alguna de aquellas, una tía me pone cahondo, no pienso refugiarme en la única culpable de mi actual situación, económica y personal.

No pienso escribirte, Mei. No pienso llamarte. Sé que te echaré de menos, pero acabarás perdiéndote entre los miles de recuerdos superfluos que

deshecho sin más porque no me aportan nada. Para mí, tú y yo hemos acabado.

Cenar, meterme en la cámara una hora, sentirme renovado, y jugar al póker resultan ser la guía que sigo, día tras día, sin que alguno cambie o sea sorprendente. Eso sí, la pasta que gano me ayuda a recuperar a aquel hombre feliz, soltero y orgulloso de sí mismo. Un día, sí, y el otro también, no regreso al hotel si no he ganado como mínimo el doble de lo que me juego. De mesa en mesa, mi huella queda marcada como el triunfador de la noche, de la tarde y, de vez en cuando, de la mañana, a pesar de que si fuera por mí jugaría las veinticuatro horas al día para no desaprovechar mi buena racha. Atrás quedan ese extraño sentir que me emocionaba hasta el punto de cegarme en el juego por Mei, a quien olvido, o eso es lo que intento.

Ya no siento. Si lo hago es cuando despierto en mi cama y mantengo entre mis manos ese músculo que adoro y que ella dominaba, a la perfección. No he vuelto a ser el esclavo sexual de una mujer. No existe doma capaz de doblegarme mientras se corre de placer, gracias a mí. Y por mucho que me lo pidan, no he vuelto a dormir con alguien que no sea un taco, tras haberlo barajado hasta el punto de doblar las esquinas de las cartas, y no porque no controle mi fuerza, sino por culpa del recuerdo.

Ya no hay baraja que resista la rabia que escondo.

Cada tres días uso la cámara hiperbárica. Me gustaría usarla durante toda la semana, pero va en contra de las normas. Ya hace más de tres que la uso, y las cinco sesiones que me daban de regalo han pasado a ser doce. Gano mucho dinero, pero también me gasto mucho dinero. Tengo la impresión de que estando solo y siendo libre soy mejor jugador. Afortunado en el juego, desafortunado en el amor.

Amor... ¡¿Cómo puedo pensar en eso si no existe?! ¡Ja!...

Creí haberlo conocido, pero me equivoqué. Pero aun así, continuó dependiendo del hombre que me presentó a la única mujer con la que sueño.

Hasta durmiendo me resulta impertinente su imagen nítida y delicada dominante de mis noches. Aparece cuando menos lo espero, sobre todo, en esos momentos en los que me estoy tirando a una tía y tengo que obligar a mi boca a callar para no pronunciar su nombre. Resulta repugnante mi forma de actuar y todo lo que le dije, frente a su desprecio, sobre todo, de las veces en las que he sido sincero y ella callaba para controlar sus emociones si yo profundizaba. Resulta decepcionante mi manera de depender de ella, cuando

ella, consecuente con sus actos y con su parco diálogo, me incitaba a seguirla, sin más que adentrar en mí con esos ojos rasgados, muestra del deseo.

Me resulta angustiada una cama en la que he practicado cada una de las posturas del Kamasutra, tan solo con ella. Me resulta agobiante, mi oriental preferida...

Menos mal que la suerte es vagabunda, que está necesitada y que yo soy el único que la comprende. Ella es mi actual pareja, y no la despreciaré. Su estado efímero, fluctúa. Su inmensidad no tiene igual y es infinita. Y sin lugar, creer en ella y ser fiel a ella es mi osadía.

Entre mis manos mantengo dos ochos de corazones tan rojos como los labios de la tía a la que me enfero. Sobre fondo blanco y con la marca del Caesar Palace detrás, mis dos ochos esperan a que el croupier se deshaga de una carta y deje sobre la mesa la siguiente. Un dos de picas. Otra más deshechada. La siguiente y última es un ocho de diamantes. Mi trío pierde frente al suyo.

—¡Por fin! —exclama alegre.

Es la primera mano que me gana.

—Enhorabuena, pero no te confíes. No hemos terminado.

Tras mi consejo, su mirada clavada en la mía.

—No me confío. Sé que perderé como todos los presentes, pero me conformo —comenta orgullosa—. No todos los días se gana al jugador del mes.

—Tiene razón —Sonríe alardeando de título, una chorrada del Palace para animar a sus clientes a participar en timbas, y me emociono—. Juguemos al póker.

Aproximo al centro de la mesa mi ciega pequeña, valorada en cuatro mil dólares, y dejo al resto de jugadores con la boca abierta, en el mejor de los casos. Entonces, dos se retiran, perplejos. Bien. Pretendo deshacerme de ellos, uno a uno. En la siguiente mano, otros dos murmuran, con temor, pero ven mi ciega. Bien también. Solo tengo que subir la apuesta, cuando el croupier reparta. Se irán acojonados. Entretanto, confío tanto en mí que no me importa lo que el azar me depare. Juego con el riesgo. Me apodero de él. Impresiono con la vehemencia que nuestro, altiva y soberbia, mientras espero a ver qué dice la tía, que cuenta sus fichas y se mantiene callada y cabizbaja.

Al observarla, detenidamente... Tampoco va.

Quiero que sea mi última víctima.

Confío en mí... La suerte está de mi lado...

Actitud, Taylor... Lo más importante es la actitud.

Mi comportamiento me ha llevado hacer, en este mes, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo. Gano dinero, mucho dinero, pero también me lo gasto, y no en inversiones seguras.

Como haré esta noche, celebrar victorias es mi perdición.

Acabo con el chulo que vió mi apuesta, sin vacilar. Cuarenta mil dólares a mi cuenta. Fulmino a los dos que creyeron estar capacitados para vencerme. Quince mil dólares y diecisiete mil, respectivamente, aumentan mi capital, y en efectivo. Y la tía, que me ha dado pena, si he de ser sincero, se ha lanzado de cabeza a mi piscina vacía y se ha encontrado con un agujero abismal. Ese pozo sin fondo era yo enfrentado a su terrible aflicción de pobre perdedora. Y sus treinta mil quinientos son míos, en un abrir y cerrar de ojos. Pero como digo, lo que gano me lo gasto y, esta noche, no será menos.

Ir de putas. No caigo, desde hace tiempo. No voy de putas, pero me tiro a las bailarinas que, si he de comparar, para mí son lo mismo aunque no cobren, o igual que cualquiera de las mujeres que me tiro, sin que les importe estar casadas o a punto de hacerlo.

Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

Con ese lema se va a todas partes, y yo estoy cruzando un precipicio sobre una cuerda floja en la que mantengo inestable, pero me mantengo, y lo hago siendo igual de arriesgado, tanto al llegar al otro lado, como al volver atrás. Además de eso, del dinero que invierto en un entretenimiento muy necesario para el hombre de sexo que soy, mis fiestas son mi otro refugio. No conozco a los que acuden a ellas. Tampoco me intereso por conocerlos. Y aunque son públicas, me importa una mierda quienes vengan con tal de celebrar mis victorias. Mi yo.

Eso es lo que hago. Una fiesta para mí mismo cuando gano, sin que los invitados sepan quien soy pero sí me conozcan, por mis batidas al póker. Y en mis propias fiestas, además de mujeres, alcohol, drogas y sexo, hay olvido, confusión y transformación.

Obviando las grandes cantidades de dinero que desparramo en mí mismo

para engrandecer mi yo también invierto en mí regalándome pequeños caprichos al alcance de muy pocos bolsillos. Conciertos, musicales, espectáculos de magia, obras de teatro y salones de streptase lo que más, no hay evento al que no acuda y en donde no tire de tarjeta como viene siendo habitual. Necesito gastar mi tiempo en cualquier cosa que no sea pensar. Mei no ha venido. Ha pasado un mes desde la amenaza de Chen y no hay rastro de ella. Tampoco de Ding y de Xiong, y aunque fui al aeropuerto el día que, supuestamente, llegarían, me quedé esperando. Sin embargo, de quien sí tengo noticias es de Chen, que me envía mensajes con la cuenta atrás de los días que me quedan para hacer efectiva la deuda. En alguna ocasión, he entregado parte de lo que gano si no me lo gasto, pero nunca es suficiente, entretanto, mis facturas van aumentando y en ceros, precisamente.

Otra vez en la cámara hiperbárica, llenar mis pulmones de oxígeno a un nivel del noventa y tres por ciento es más eficaz que hacer yoga. Consigue de mí lo que no logro mentalmente, y está siendo como aquella piedra de jade que en mis manos atraía a la suerte mientras las calmaba de su temblor, en cuanto a mi necesidad de poseer esa templanza infinita que me lleva a la obsesión. La partida de esta noche promete. Me enfrentaré a rivales con quienes ya he jugado, anteriormente. Lo de conocer al de enfrente es mi gran baza. La inscripción vale veinticinco mil dólares. La recompensa son cien mil, y cada uno puede apostar la cantidad que desee, siempre que no exceda lo estipulado. Yo, para dar fe de que fui el jugador del mes, no tengo más remedio que ir a por todas y apostar lo máximo permitido. Si me presentara a la timba con el mínimo, a parte de parecer un cobarde haría el ridículo.

Respirar profundamente me duerme. Pero ella siempre está ahí. Apoderándose de mi energía. Últimamente, dormir en mi cama es un suplicio. Si lo hago, no son más de tres horas de sueño, pero aquí, encerrado en un tubo cilíndrico, tumbado dentro y acompañado del oxígeno o lo único necesario para vivir, una hora me basta para regresar a la mesa de juego. Una hora y cuatrocientos cincuenta dólares más en mi factura mensual, a pagar, sí o sí.

Esta noche, tengo que ganar.

Revisando las cuentas, en la de Chen los ceros son cuatro, y en la mía, asustándome, los ceros son cinco, uno más que los suyos, pero el dos me toca las pelotas. Doscientos mil. Solo tengo doscientos mil.

Esta noche, tengo que ganar.

Joder...

Rodeados de cámaras que transmitirán el evento, mis rivales responden a las preguntas de los periodistas, amablemente. Yo accedo al salón cubriendo mi rostro con una gorra. No quiero que me enfoquen. No quiero sentir la presión de tener que mostrar de mí, públicamente, qué tipo de jugador soy. Me ponen nervioso que se acerquen y que me pregunten que quién soy mientras cuestionan mi presencia, mi solvencia y mis ráfagas de buena o de mala suerte. El público, mientras tanto, permanece expectante, ante mi silencio. Mi caminar, lento y firme, me dirige hacia la mesa en la que mis contrincantes me esperan. Las focos me alumbran. Yo inclino la cabeza según ellos se muestran orgullosos de ser los protagonistas, y yo, mal acostumbrado a la presencia de los medios aunque sea de lejos, siento que retrocedo al pasado y que la angustia de un día en concreto se apodera de mi positivismo adquirido. Por segunda vez en mi vida, ser el centro de atención puede empujarme al embrujo de unas cartas indesdifrables si no sé jugarlas.

—Señores, hagan sus apuestas.

El croupier mezcla las cartas. Todos vemos la ciega. En mis manos, dos cartas anuncian las remotas posibilidades que tengo de ganar, sin embargo, obsesionado en batirlos para llevarme su dinero, espero sus reacciones, sin distinguir la indiferencia de la discreción.

Cumpliendo con mi pronóstico pierdo dos mil pavos, en la primera mano. Creo que haré como hace años. Como cuando desconozco adónde se marcha el azar y que, sin venir a cuento, me abandona. Se trata de pasar y de observar. De vigilar sus movimientos y de no ir. De dejarme ganar y de ver quién de los cuatro es el que tiene más suerte. Y... ¡Bingo!... Tras siete manos en las que pierdo un buen puñado de fichas, el tío que está sentado enfrente de mí es el mejor de mis rivales. Es extrovertido. También arriesgado. Y el descaro de su actitud, sea lo que sea que lleve, invita a la duda. Es igual de suspicaz que yo, pero su constante efusividad y entusiasmo son muy contrarios a mi silencio.

Dejándolo ganar, en un par de partidas más, el tío echa de la mesa a uno de nuestros contrincantes. En las siguiente manos, entre él y yo nos repartimos la pasta de otro, a quien yo he vapuleado en la última ronda. Mientras tres nos jugamos el premio, los periodistas se hacen eco de la rivalidad y de la competitividad extrema que se respira. Se acercan. No hablan, pero murmuran. Me ponen nervioso.

El suertudo, desconcentrando a la mesa, responde a las preguntas mientras jugamos al póker, sin que muestre interés por la partida o no tanto como nosotros. Y el otro tío, que como yo se inquieta ante la expectación, ya está empezando a notar cómo sus fichas bajan de nivel.

En un par más, me quedo con el chulo orador.

Mi escalera sobre la mesa, un trío para el suertudo y unas dobles simples para el otro, me convierten en el verdugo de esta mano.

Por fin, un mano a mano, tras echar al inquieto.

Tengo treinta siete mil dólares en fichas. Mi rival me supera en más del doble. El público me avasalla. Los periodistas están acrecentando mi nerviosismo. Las tías que se agolpan alrededor de la mesa me entretienen. Sus novios me odian. Las miro y las sonrío, más de la cuenta. Ellas me corresponden, pero también escuchan los reproches de sus parejas. Las cámaras enfocan a mi rival y a mí. Dos preguntas para él que responde amable y simpático, y dos para mí que me niego a contestar. Yo, con levantar la mano y decir que no, consigo alejarlos aunque tenga que escuchar sus murmullos sobre lo gilipollas que soy.

Mierda..., Chen me llama.

—Tengo dos entradas para el teatro —dice mi rival mientras cuenta sus fichas—. Y no quiero llegar tarde.

Asombrando al público, la primera mano comienza con una ciega pequeña de diez mil dólares.

—Acabemos cuanto antes —expreso viendo su ciega, y el público aplaude entusiasmado.

Mientras tanto, yo acepto que, en la siguiente mano, gane o pierda, mi apuesta tendrá que ser superior a la primera y, así, consecutivamente. Con lo que, si todo va bien, en tres manos se dará por zanjada la final y me declararé ganador. Pero si todo va mal, en tres manos me quedaré sin pasta.

Una qu de picas y un siete de diamantes son mis cartas, y tengo que continuar porque, aquí, en esta mesa o en otra, lo de echarse para atrás, jamás lo haré, por tanto, una qu y un siete, junto al as de picas, el rey de corazones y el tres que hay en el centro, me dan por perdido. Con una triste y mísera pareja, se declara ganador de esta mano. Yo me atraganto con mi propia ira. Se me hace insoportable verlo reír mientras mi cólera me ensordece. Cómo

odio que lo esté celebrando a costa de mi dinero... Y tú...

Chen vuelve a llamarme. Yo vuelvo a colgar. Entretanto, mis quince mil de inicio dan comienzo a la segunda mano.

Mis cartas, dos ases. Bien..., algo bueno, por fin.

Controlando mi repentina emoción, aumento la apuesta, sin que el croupier haya mostrado carta. Mi rival, alardeando de su suerte, la ve y la vuelve a subir.

Joder contigo...

Chen me interrumpe, una vez más, y yo apago el móvil.

Tras aceptar la apuesta, mi rival y yo estamos expectantes según esperamos a que se descubran las cartas que faltan. Un cinco, un dos y otro cinco son las cartas comunes. El flop es un ocho. El river una k. Mis dos ases se quedan solos frente a su...

Póker de cincos.

Será cabrón...

—¡En dos manos! —exclama la periodista que hay detrás de mí, asustándome—. ¡Señoras y señores, en solo dos manos ha conseguido batirlo!

Apretando los puños parezco *Hulk*, al levantarme de la silla.

—¡Aparta! —grito empujándola—. ¡Dejadme salir!

Con tres fichas en mis bolsillos, salgo despavorido del salón sorteando a cualquiera que se interponga en mi camino, si es que no les meto miedo antes y se apartan ellos solos al verme aparecer. Un gilipollas decía Roy. Por eso mismo no hay quien se atreve a acercarse. Se alejan y rumorean sobre mi ridículo en la mesa. Yo oigo sus penosos comentarios. Y mientras se hace inmesamente largo el espacio a recorrer hasta la salida, un imbécil se para delante de mis narices y me pone el micrófono en la boca.

—¿Podría explicar...

—¡No! —grito furioso, atemorizándolo.

—Señoras y señores —musita mirando a cámara—. Esta es la actitud de un mal perdedor.

¿Actitud?...

Sorprendiéndolo, le doy un puñetazo en la nariz que lo deja más imbécil, si

cabe. Al instante, lo rodean sus dos compañeros mientras yo me marchó, enfurecido.

Afuera, esperando a que traigan mi Ferrari, me dan ganas de estamparlo. Estoy cabreado. Colérico conmigo y con el resto del mundo. Estoy hasta las pelotas del ir y del venir irracional del azar aunque sepa que la lógica no es su fuerte. Y como a alguien se le ocurra mirarme, que rece. En este momento, soy inflamable. Extremadamente volátil. Cualquier chispa podría hacerme explotar si no lo ha hecho ya.

Hoy no hay fiesta. Tampoco bailarinas. Sexo ni de coña. Y alcohol y drogas... En eso me gasto las tres fichas que he cambiado. Seiscientos dólares que no pintan nada dentro mi bolsillo, pero que, en mi riñón y en mis narices, hacen de mí una marioneta del insomnio. Con una taco entre mis manos, nuevo e impoluto, todavía envuelto en plástico, esta es una de mis más de veinte barajas a estrenar y que me incita a jugar aunque sea en solitario.

Desvelado.

La vigilia, mi estado mental y físico, tiene una duración de cuarenta y ocho horas, en las que mis manos se resienten.

Encerrado.

El oscuro e infinito agujero en el que me hallo, abismal y ruín, obstruye la capacidad de discernir entre sensaciones de espontánea emoción y reacciones de muy sutil extravagancia supérflua.

Obsesionado.

Solo y perdido entre las cartas, idénticas en imágenes que se cuelan y que adentran en mi cabeza, hacen del tiempo al uso, mi pensar. Es idéntico a un terrible huracán de remordimientos y de reproches hacia mí mismo.

Lleno del desazón más angustioso, del inflexible infortunio que me rodea y de la insensible percepción de mi futuro, se acabó el alcohol y las drogas. Lo que no se acaban son las llamadas y los mensajes de Chen y que hacen referencia a los días que me quedan para sufrir las consecuencias de mi tardío pago. Impago, mejor dicho. Eso, junto a la insistencia muy impertinente del director del hotel, al que le debo la factura de este último mes y medio, mis días de encierro están siendo mi locura.

Con los ojos abiertos como platos y el sudor impregnado en mi rostro, la necesidad de dormir se hace palpable aunque no sea capaz de mantener los

párpados cerrados ni diez segundos.

Sobre la mesa de cristal están desperdigadas cientos de cartas, junto a la huella esparcida y polvorienta de la única causante del imparable imaginar y reflexionar de mi cabeza. El el arrepentimiento perpetuo que me invade me hace culpable de mucho de lo que he hecho. Y a destacar, mi vanidad veleidosa.

—Señor Carter..., señor Carter, espere...

A punto de salir del hotel, me quedo paralizado ante la insistencia del director. Tras darme la vuelta y mirarlo, él da un paso hacia atrás, acojonado, ante mi violenta mirada.

—Volveré.

Sin más, emprendo el camino en dirección hacia mi banco.

No sé cuánto me queda, pero lo saco todo y se regreso al hotel para pagar lo que debo.

Vacío, y no hablando de cada uno de mis bolsillos, todavía me hacen falta cien mil dólares para finiquitar mi deuda, pero gracias a la comprensión del director, basada en el largo tiempo que he estado hospedado en una de sus suites y en las grandes cantidades que he gastado en sus servicios, sin contar con las apuestas que he hecho en su casino, tengo un par de meses para hacer frente a lo pendiente. Eso sí, con una condición. Tengo que irme, que abandonar el hotel, sí o sí, o me denunciará.

Para evitar más problemas de los que ya tengo, me voy con el rabo entre las piernas, pero con la cabeza por encima de los hombros, a casa de mis padres. Ese será mi nuevo hogar.

Fue mi casa, en el comienzo de mi vida. Quizás ahora lo sea para el final. Como se suele decir, estoy en la ruina. En la más completa y absoluta ruina. Y descubrir en donde me encuentro, me hnde en mi propia mierda de vida. Soy un desgraciado. Un ruín desgraciado.

Las Vegas, 2017

En su momento, al regresar al lugar en donde nací y crecí, deseé huír para no tener que sentir la presión de la inmensidad de vivencias impregnadas en las paredes, en cada habitación, y en todos y cada uno de los rincones de mi casa. Sin embargo, ahora, abandonado por el azar, este es el mejor y el único lugar en donde refugiarse a esta, mi ruinoso y desgraciado vida.

Estoy en ese punto inimaginable en el que sobrevivir a base de limosnas está siendo mi rutina diaria, muy insoportable, pero extremadamente necesaria. Yo no sé pedir, y odio hacerlo, pero en el restaurante en donde mi madre trabajaba desayuno todos los días, gracias a que el dueño me invita, y a que yo no rechazo la oportunidad de saciar mi apetito. Podría incluso, si quisiera, comer y cenar, pero me avergüenza salir de mi casa y que me vean, y sentirme como un mendigo, sin nada a valorar que no sea su admirable y afortunado pasado. Yo, para evitar mi humillación, me oculto del mundo desconociendo si hace frío o calor. Yo, sin preverlo, he pasado de boyante a ser un paupérrimo desafortunado, en un abrir y cerrar de ojos. Y si a eso le añado, mi irresponsabilidad como hermano...

Narcisista. Así me llamarían como poco.

He vendido las joyas de mi madre, la tele, los muebles de la terraza, algunos electrodomésticos, dos cuadros de Erik, unas fotos enmarcadas de Yisel, y un par de mesas de póker que mi padre guardaba porque fueron las primeras en donde ejerció de cropuier, y por las que me dieron un buen pellizco. Mis trajes de diseño también los vendí. Seis mil dólares me dieron por ellos. Una miseria si lo comparo a lo que me costaron.

Lo que me pagaron no fue lo que me hubiera gustado, pero a falta de todo...

De todo lo que hay en casa de mis padres, deshacerme de lo más valioso ha sido mi sustento. Y de todo lo que hay en esta ciudad, lo más penoso soy yo, que, dependiente del azar que no atrae a la suerte, permenezco sometido al

paso del tiempo, sin que pueda invertirlo.

Toc, toc, toc...

Extrañado, me acerco a la puerta. A través de la mirilla, solo veo oscuridad.

—¿Quién es? —pregunto, con cautela.

—Señor Carter...

Tú...

Abro, con brusquedad, y me enfrento a Ding, que sonrío ladino, entonces, abalanzándome sobre él caemos al suelo, pero yo encima suyo. Sentado sobre su pecho inmovilizo sus brazos con mis rodillas, y obcecado en hacerlo víctima de mis puños comienzo a darle de hostias hasta hacerlo sangrar por la nariz y por la boca.

—¡Suéltame! —grito al sentir cómo Xiong me agarra y me aleja de Ding—. ¡¿Qué coño hacéis aquí?!

—Tranquilo, señor Carter. Estamos de paso —dice Xiong, asombrándome.

—¡Suéltame!

Lo hace, al instante, mientras tanto, Ding se pone de pie y se limpia la sangre, con la manga de su chaqueta.

—Qué pena que no pueda corresponder su saludo.

—¿Tienes atadas las manos, Ding?, porque yo no.

Corro hacia él, pero Xiong me frena, a punto de estampar a Ding.

—Me jode, ¡puaj! —Escupe muy cerca de mis pies—. Pero no puedo tocarte, todavía, no.

—Serán por tus métodos disuasorios... —comento orgulloso y río su frustración.

—Yo, en su lugar, no reiría tanto, señor Carter. Esta es una visita de cortesía, pero en breve... —Se acerca a mí—. El señor Chen no está satisfecho con usted, y después de obviar sus llamadas nos ha enviado en su busca —dice observando mi casa—. ¿Lo han echado, o ha regresado al hogar, por nostalgia?

—Y a ti qué te importa...

—Todos podemos subir a lo más alto, señor Carter, pero lo complicado es

estar preparado para la bajada.

—Y tú qué sabrás...

—De usted..., bastante, la verdad.

—¿Desde cuándo me sigues?

—Tengo mis contactos —responde alegre—. Además, no ha hecho falta. Su mala racha lo precede.

—¡Lárgate de mi casa, chino de mierda! —grito, entre dientes, y él endurece la mandíbula lleno de rabia.

—No olvide que volveremos —amenaza—. Si llegado el momento no tiene nuestro dinero, me verá obligado a mostrarle hasta qué punto me tomo en serio mi trabajo.

—Estoy deseándolo...

Sonrío astuto, y Ding también.

—Veinte días, señor Carter.

Observando cómo se marchan, mi Ferrari es el objetivo de mi visión, sin que me guste la solución que cavilo.

Es lo único que me falta por vender, y no quiero deshacerme de él. Me sentiría más vacío, si cabe. Conllevaría ser normal, y yo no sé comportarme ni ser como cualquiera.

Las joyas no importan. Nadie las usa ni las usará, jamás. Las mesas son como las joyas. Prescindibles. El resto eran antiguallas, y los cuadros y las fotos, si no las tienen sus dueños, será porque no les interesan. Pero mi Ferrari... Lo reservé para el final porque creía en mí, pero ya no hay fe, solo tiempo a descontar, desde ya.

—¿Cuánto me das por él? —pregunto al dueño de la campa de coches de segunda mano más cercana a mi casa.

—Ciento treinta mil —dice, con desdén, asombrándome.

—No aceptaré menos de trescientos.

—No seré yo quien se los pague.

Se marcha desinteresado, y yo visito la siguiente campa, en donde me ofrecen un poco más que el anterior, pero sin ser lo que yo quiero. Tres más que visito, a las afueras de la ciudad, y en la última me dan doscientos ochenta

mil, por mi precioso coche rojo.

—Te dije que este día llegaría... —murmuro acariciando el morro.

Con efectivo en mis bolsillos opto por ocultarme como bien sé hacer. Yendo en taxi parezco simple. Uno más de tantos. En mí ya no prevalece el poder vanidoso que hasta hace poco me hacía destacar entre la gente. Soy uno más con poco a gastar, pero con mucho a desear. Soy uno más, y tengo los pies sobre el suelo. De ilusiones no se vive.

—Déjeme aquí.

Doce dólares de trayecto y, enfrente de mí, el último piso franco que visité y que sigue abriendo sus puertas. Sé que no estoy en condiciones mentales de jugar, pero no me queda más remedio. Necesito dinero.

En la mesa, tres desgraciados como yo. Sobre el tapete, la miseria de cada uno de nosotros enredada en nuestras manos. Y como fichas el dinero, sin que sea suficiente para mí.

De hecho, tras ganar, lo que me llevo de beneficio son dos mil más. Una miseria. Algo irrisorio bien ganado, pero que no soluciona mis problemas. No obstante, para recuperar el azar quizá sea cuestión de ir recogiendo, poco a poco, los despojos de su estela. Pero hay que disponer de tiempo, y yo no puedo darle más tiempo al tiempo.

En mi casa, mi antigua habitación sigue intacta. No duermo en ella, pero siempre entro para observarla. No puedo creer que todo esté igual a cómo lo dejé, pero es así, y me mantiene paralizado y perplejo, cada noche. Es más, embobado recuerdo a mis hermanos y a mis padres e, incluso, creo verlos paseando a mi alrededor como si fueran mis fantasmas del pasado. Tras ellos, la posibilidad de que las amenazas de Ding sean tan cruentas como imagino son las sombras presentes y que amenazan mi destino. Imaginar y creer mi inexistencia futura me asombra y despierta a mi cabeza para que solo piense en una cosa.

»Me gustaría que mañana no fuera el día que va ser, y no porque vaya a ser un día señalado, sino porque mañana, pasado mañana, el otro, el de más allá, el siguiente a ese y, así, hasta veinte, será un día no muy diferente a los anteriores aunque en realidad vaya a ser el principio de un camino a seguir, con final insospechado.»

Diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis, quince, catorce, trece, doce,

once, diez, nueve, ocho, siete, seis... Quedan cinco días para que Chen me reclame su dinero.

En mi casa, durante estos quince días, a pesar de ser el lugar en donde mejor descanso incluso más que en la cámara con la que estuve obsesionado, la soledad me ha ido engullendo, junto al vacío incomprensible. La ruina es tener nada. Y, después de jugar y de apostar, sin descanso, para recuperar buena parte del hombre afortunado que fui, eso es lo que me queda. Nada. La nada y yo mismo sobre ella. Ante la mala racha que llevo acumulada, el orgullo, la soberbia y la arrogancia, ya no forman parte de mí. Y la altanería...

La altivez con la que siempre me enfrentaba a mis rivales desapareció, de repente, sin que pudiera ponerle freno a la desdicha que se cernió sobre mí.

Sospechosamente, entre la impotencia y la frustración que me invade, día y noche, no hallo la manera de afrontar mi situación debido al conflicto personal que atosiga a mi atención desviando mi interés hacia la pena de mí mismo y hacia la angustia. No obstante, y gracias a la amabilidad y comprensión que todavía queda, esta noche tengo partida. Sí, jugaré al póker, y lo haré con el dinero de la camarera del piso. Por supuesto, es un préstamo, y tendré que devolverlo aunque ella me haya dicho que no tiene prisa y que confía en mí. Está buena, y sé que le gusto, pero no puedo despistarme. Esta noche, no. Si no gano, será la última vez que juegue.

Cómo era eso...

Actitud, Taylor. Lo más importante es la actitud.

Hasta ahora, jamás había sentido incertidumbre por mi salud o por mi bienestar. Y no me conviene ser arrastrado por ella, pero hace tiempo que dejé de dominar mis emociones, y no hay solución para el desasosiego que me crea el no saber qué coño estoy haciendo conmigo. Lo mismo ocurre con la implacable sensación de desconocer hacia dónde voy. Sin embargo, como suele suceder aunque yo no creyera en esa posibilidad, el ser nadie se está cumpliendo, sin que pueda evitar contagiarme de la necedad de caer al fondo abisal que soy yo mismo, por fuera y por dentro. Yo jamás dejé de creer en mí. No lo hice hasta...

Hasta que vi a Mei.

Como siempre pensé, por su culpa perdí la capacidad innata de controlarme.

Segundo mes transcurrido y sigo sin recibir la visita de la que fue mi oriental preferida.

Ya no sé lo que hacer con mi vida, pero menos conmigo.

—Hola, Taylor —saluda la camarera—. ¿Todo bien?

—No. Estoy peor que esos —respondo señalando a los dos jugadores que acababan de perder su sueldo.

—Te deseo suerte —dice acariciando mi mano—. Ve a la tres —sugiere, avispada—. Enseguida te llevo un whisky.

—Gracias, guapa.

Al besarla en la boca, ella me muerde en el labio. Quizás esta noche sea la noche.

Positivo, repentinamente, me enfrento a dos mujeres y a dos hombres que no se gastarían más de quinientos pavos. Muy poco para mi necesidad, pero satisfactorio. Su dinero podría ser mi salvavidas. Con lo que yo he sido...

Cómo me jode ser un desgraciado más perdido en mesas de póker en donde no hay rastro de hombres poderosos o de ricos hombres de negocios.

Comienza la partida, y los jugadores ven mi ciega pequeña, mínima en valor para no espantarlos. Las dos primeras manos las gano. Las tres siguientes las pierdo ofuscado en observar a mis rivales y, así, captar sus debilidades. Las cuatro siguientes las gano. Comenzando la quinta, observo a uno de ellos y me doy cuenta de que uno de sus ojos destellea. Entonces, de forma repentina y extraña, sin que mis cartas sean malas o difíciles de combinar para ganar, comienzo a perder. A perder y a perder y a perder, inexplicablemente. De hecho, tantas y tantas veces pierdo, que me reservo para no perder todo mi dinero y para averiguar qué es lo que a mi rival le molesta para que no deje de tocar su ojo irritado, a cada instante.

—¡Ejem!... —carraspea un tío que está detrás de mí.

Aturdido por su presencia, de la que no me había percatado hasta ahora concentrado en el juego, levanto mis cartas y dos jotas son mi mano.

A continuación, observando a mis contrincantes me percató de que el chico que está sentado enfrente de mí se queda mirando al tío que está a mi espalda.

En ese preciso instante, suspicaz y disimulado, cavilo el qué pueden estar haciendo. El jugador está observando sus cartas, pero asiente al otro, y el que

está detrás de mí, sin moverse del sitio, también asiente al jugador.

—¿Qué haces? —Sorprendo a este último—. ¿Este es amigo tuyo? —pregunto girándome.

—No —responde nervioso.

—Sí —responde el que está detrás de mí.

—¿Estáis haciendo trampas?

—¿Trampas? —repiten las chicas, perplejas.

—¿Ocurre algo? —pregunta el dueño de la casa.

—Estos están haciendo trampas —revelo, desconcertándolo.

—¿Es cierto? —pregunta el dueño a los hombres, que solo hacen que tocarse los ojos—. Responded.

—Ahora vuelvo —dice el que está a mi espalda mientras corre hacia el baño.

Mientras tanto, el otro es aprisionado contra la mesa y solo gime pidiendo perdón.

—¿Qué te pasa en el ojo? —insisto acercándome, intrigado.

—Será mejor que nos vayamos —dice una de las chicas, sin que le interese el dinero de los tramposos—. Vamos, Nina, es hora de irse —murmura evidenciando su complicidad.

—Vosotras os quedais aquí hasta que resolvamos este asunto —impongo serio.

—Nosotras nos vamos, si queremos —replica la más joven.

—Vosotras os quedáis, ¿está claro? —insiste el ayudante del dueño, mastodonte como Xiong, pero mejor hecho.

Las chicas, agarrando sus manos, lloran acobardadas.

—Cuida de mi dinero.

El dueño asiente, y voy al baño para averiguar qué ocurre con estos cuatro. Nos han estado engañando, y a mí, unos niñatos como estos, no me la pegan.

Vaya con la tecnología...

En cuestión de pocos meses he conocido, de primera mano, los avances más sofisticados hechos por el hombre para el uso del hombre y en beneficio

del hombre. En primer lugar, la cámara hiperbárica, y en segundo lugar, unas lentes con cámara integrada. Ese es mi saber científico hasta ahora.

Han sido muy listos. Estos cuatro ingenuos, a pesar de que su plan ha fallado, han sido listos y astutos en el método a utilizar para timar a sus contrincantes. El problema es que las lentes no se pueden usar tantas horas como a uno le gustaría, en el caso de hacer un uso indebido de las mismas. La ventaja es que, si no eres suspicaz como yo, más de uno cae en la trampa.

Su función es muy simple, y aunque está destinada para un uso medicinal en pacientes con problemas de diabetes porque está creada para controlar los niveles de azúcar, en el ámbito militar, los científicos añaden una cámara capaz de transmitir imágenes. Es decir, una lente se la pone el observador. La lente emisora. Esta graba todo lo que el ojo ve, y, con un pestañeo, de una duración mínima de dos segundos, captura la imagen preferida. Cuando el observador se sitúa a muy corta distancia de un rival, todo lo que capture será enviado a la otra lente, la receptiva. Y esta, al recibir las imágenes, hace de guía para el jugador. Así sabe qué cartas lleva su rival y en qué momento ha de arriesgar o no, si es que el observador consigue verlas.

Muy listos, sí. Han sido muy listos, pero sus lentes me las quedo yo como también su dinero.

—Gracias por todo, Bobby —palmeo el hombro del chaval y lo acompaño hasta la salida, en donde lo esperan sus amigos.

—No nos hagan daño —gimotea el otro lleno de pánico.

—¡Largáos de aquí! —grita el dueño.

A continuación, su ayudante lo empuja hacia la salida.

—Espera un momento —replico observando a una de las chicas—. ¿Las has hecho tú?

Sudorosa, dubitativa, muy nerviosa, y mirando a todos lados excepto a mí, la chica murmura, y los chicos asienten.

—Sí, las he hecho yo. Soy estudiante de biotecnología aplicada y...

—No me interesa. Tu vida es tuya, a mí solo me importan las lentes —replico lleno de curiosidad.

—No me denuncie, por favor.

—Tranquila, no os vamos a denunciar —afirmo pícaro, y el dueño se echa

a reír, junto al resto de los presentes—. ¿Puede usarlas cualquiera o solo ellos? —La chica se extraña—. Me explicaré —La separo de sus amigos, amablemente—. Si yo las usara, ¿le pasaría algo a mis ojos? —La miro fijamente, y la chica parece receptiva—. Si respondes a mis preguntas, no os pasará nada.

Endureciendo la mandíbula dice que no, con la cabeza.

—Entonces..., ¿las puede usar cualquiera?

—Sí.

—¿Y cómo se tratan?

—Con un colirio convencional.

—Perfecto... —Observo las lentes entusiasmado—. Largáos de aquí.

Corriendo regresa con sus amigos y los cuatro se marchan, entretanto, su miedo es la guisa de mis bromas jocosas mientras bebo whisky en la barra.

—Al final has tenido suerte —dice la camarera.

—¿Mil quinientos pavos es suerte?

—Mejor eso que nada.

Brindar por algo que no soluciona mis problemas no debería hacerme sonreír, pero lo hace, y junto a la camarera. Rechazar un buen polvo tampoco debería hacerme sentir en calma, pero lo hace, y junto a mi propia extrañeza. Ver a Ding y a Xiong en la puerta de mi casa debería cabrearme. Y lo hace hasta tal punto que, al bajar del taxi, echo a correr, encabronado.

—¿Adónde vas?

Sin poder frenar, Xiong estampa su brazo contra mi cabeza.

—¡Arg!...

Caigo al suelo y me levantan entre los dos.

—Las llaves. Quítale las llaves. No tenemos que llamar la atención — ordena Ding, y Xiong busca dentro de mis bolsillos.

En el interior de mi casa, sentado en una silla y maniatado a ella, los chinos pasean a mi alrededor.

—Acogedora —dice Ding.

—Te la vendo —sugiero divertido mientras él enfurece, ante mi

indiferencia—. Te la cambio por mi deuda.

—¡Ja!..., con esto no tienes ni para empezar —murmura en mi cara, apestándome—. Hola, Taylor.

—Hola, gilipollas.

¡Puaj!... Tras escupirle en un ojo, Ding se ríe, perturbado.

¡Pum!... Yo me como su puño de acero.

—Volveré a empezar —dice despiadado.

—Por mí no lo hagas...

¡Pum!... Me vuelvo a comer su puño.

—No me gusta llegar a tales extremos, pero la paciencia del señor Chen es limitada, y tú estás siendo un estorbo, ¿entiendes lo que digo, Taylor?

—Creí que el necio era el gordo, pero vale, tú también.

¡Pum!... Otra vez soy víctima del acero.

—A partir de hoy, tienes los días contados —amenaza.

—¿No me digas?... ¡Puaj!...

Vuelvo a escupir sangre. Lo hago en su cara.

¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!...

—¡Basta de réplicas! —grita enajenado y me golpea en el estómago, tres veces seguidas—. Estoy hallanando el camino, Taylor, no te resistas o será peor.

—¿Peor que tú?

Me río, y él me estira del pelo, abofetea mi cara y me obliga a mirarlo.

—Mañana te dolerá la cabeza, el pecho, uno de tus brazos, el que prefieras, y las rodillas, ¿por dónde empiezo?

—El dinero está en mi chaqueta.

—¿Crees que esa miseria es suficiente?

—Es todo lo que tengo ¡Puaj!...

Escupo un coágulo.

—¿Esto es todo lo que tienes?...

—Sí.

—Está bien, te creo, pero para que no nos olvides...

Mientras Xiong destroza mi casa y la desvalija, Ding me enseña su arma, con silenciador incluido. Apuntando hacia mi cabeza, enloquece.

—Te voy a enseñar algo, Carter.

Saca su móvil, y se cerciora de que yo vea un video.

—Todas las noches sueño lo mismo —dice mientras veo a un chino arrodillado, enfrente de Dingy y de Xiong—. Sueño que te meto un tiro en la cabeza —Empuja el cañon contra mi sien—. Luego, dos más en el pecho—. Desliza la pistola por mi cara y me obliga a ver la cara destrozada del chino del video mientras Xiong lo agarra de los brazos inmovilizándolo y Ding lo encañona—. En mi sueño, cuando caes al suelo, te vuelvo a disparar, y admiro las convulsiones de tu cuerpo —balbucea saboreando su propia desidia y me acerca su móvil a la cara para que no pierda de vista a su víctima—. Por último, en mi sueño, doy saltos sobre ti como un loco para asegurarme de que estás muerto.

—Pues sigue soñando... —replico, y él me estira del pelo y me obliga a seguir viendo el video.

Ding mira hacia la cámara, Xiong se separa del chino, y este hace amago de escapar. Pero, de repente, un balazo entre ceja y ceja lo tumba. Se me ha parado el corazón. Tengo el cañón del arma de Ding sobre mi sien, y ver cómo asesina, sin piedad, me ha parado el corazón.

—Seguiré soñando, Carter, y tú, de momento, seguirás viviendo, gracias a mí. Pero me llevaré un anticipo para que no me olvides. Xiong...

Mientras el gordo tonto continúa destrozando la casa de mis padres, yo soy un saco de boxeo en manos de Ding, que se ensaña conmigo. Su puño de acero se me clava en los huesos, a cada golpe. No importa dónde. Se me clava, se hunde en mí y alcanza mis órganos. Cuando el silencio se hace notar incluso martirizando a mi cuerpo inmóvil, de orgulloso hombre paso a ser un moribundo ciego y sordo, en mi casa. Me tiemblan las piernas. No es temblor. Pero lo parece. Es la sangre ardiente que se apodera de ellas como si fuera mi corazón latiendo enérgico. En mis manos siento el roce de las cuerdas irritando mis muñecas. Mis ojos están inflamados. Los siento palpitar...

En mi boca solo hay cobre mientras en mi cara la humedad del sudor resbala por mi barbilla. Entretanto, poco a poco gotea sobre mi muslo.

No es sudor. Es mi sangre.

Siento, pero no puedo mirar, y oigo sonidos lejanos como si en mi mente y solo en ella no hubiera otra cosa que la aguda melodía fonética de un lenguaje extraño y de ritmo lento y marcado lleno de golpes estridentes, en bocas conocidas.

Inconscientemente sonrío y... Me duele... Pero imagino a Mei gritando, y me entusiasma escucharla aunque sea la sin razón ingenua de mi angustioso y mal herido cuerpo, en manos del dolor. La escucho llamarme, gritar, dar golpes y...

La escucho caminar y la huelo. Me estoy muriendo.

—¡Taylor!...

La siento.

—Taylor...

La escucho, la huelo y la siento.

—Mei... —gimo seducido por mi imaginación.

—Estoy aquí, contigo...

La escucho, la huelo, la siento y... Me toca.

—Mira en lo que me he convertido, por ti... —balbuceo.

Dejar de escuchar su voz en mi mente precipita a mi razón, ya no digo mi corazón. Pero si oírla me volvía loco, su imagen me perturba.

¿Cómo debería interpretar lo que ven mis ojos a través de la demencia aplastante que domina a mi lógica y no soy capaz de descifrar?

Una alfombra..., unos zapatos..., la alfombra...

—¡Arg!...

Mis brazos caen desplomados.

Los zapatos... Mmm..., qué bien huele...

Algo negro y... Algo negro y blando.

—¡Mm!...

La presión de mis costillas delanteras se hace insoportable, al mismo tiempo, la angustia masificada de mi estómago revuelve mis tripas y me provoca arcadas.

—Ya casi estamos...

Y esa voz de mi cabeza, otra vez, alterando mi realidad.

—Espacio...

¡Pum!...

—¡Arg!...

Me retuerzo en el suelo dolorido y vomito.

—Lo siento, no puedo contigo.

La consciencia es el reconocimiento del yo y de sus actos. Y desconozco por qué, pero soy consciente sin hacer nada, de que estoy siendo arrastrado, mientras tanto, la escucho, la huelo, la siento, me toca, me habla, me besa, me acaricia, me desnuda, me susurra, me limpia, me cuida, me mimas y...

—Hola, Mei...

Espacio abro los ojos. Quiero que sea ella...

Mi oriental preferida, sonriendo encantadora, cautivándome con la visión de sus ojos codiciosos, en su rasgar osado y sutil, honorable y decidida, radiante y feliz, parece irreal.

—Hola, Taylor.

Acariciándome el pelo consigue que vuelva a la oscuridad, pero con calma. Abrazándome despierta mi necesidad de sentirme protegido, y, mientras tanto, mi pelo se enreda en sus dedos y sus labios acarician mi sien.

—Tienes que cuidarte. Que cuidarte mucho... —susurra compungida—. Contigo me siento libre, no puedes faltarme...

La consciencia o el reconocimiento del yo siempre va en compañía. Es fiel a las emociones. Y sentir sus lágrimas sobre mi cara es tan real como mi incapacidad de reacción.

Estoy en paz. Así continúo incluso inconscientemente.

Del calor intenso que cubría mi piel, al frescor del tacto de la humedad de unas manos, mis suspiros al aire son el exhalo de mi sensitiva intuición. Mis sueños, evocadores del deseo que intento dominar para que no se desvanezca en la nebulosa invasora de mi mente, penetrante y oscura, parecen aplacar mi dolor con gemidos del silencio. Un beso en mi pecho, unos labios sobre mis costillas, y la suavidad de la dulzura que los empuja a recorrer mi torso, atrae

a mi imaginación hacia el idilio soñado. La inercia del cumplir con la ilusión que me mantiene en la profundidad de lo posible se escapa de mi control. Y mis ojos, aniosos por averiguar si mi realidad es la soñada, impacientes se dejan llevar hacia la luz.

—Mei... —gimo dolorido—. Mei...

Estirando la mano noto que no me duele aunque me escueza, al rozarla con la sábana. El otro lado de la cama está vacío.

—Eres un necio, Taylor Carter... —murmuro desengañado.

Al intentar levantarme, el terrible dolor de mi estómago me obliga a tumbarme, de nuevo.

Como vuelva a ver a Ding...

Pegado al lateral del colchón, me sujeto con la mesita y muy despacio bajo las piernas. Encorvado consigo levantarme. Y con mi joroba insoportable ir al baño es un sacrificio para mi vientre.

El día que volvamos a encontrarnos, Ding...

¡Crash!... Algo se ha roto en la planta inferior, diría que en el salón. ¿Ellos quizá?...

Como si fuera un ladrón, a duras penas logro llegar hasta la escalera. Con bajar tres escalones me basta para averiguar quién está en mi casa recogiendo los cristales. No soy tan necio como creí, y mi sonrisa, dolorosa pero sonrisa, acelera a mi corazón aunque también aumente el dolor de mi pecho.

Ella está aquí.

Mucho más tranquilo, sigiloso vuelvo a la habitación porque no quiero que sepa que me he despertado. Tengo mucho en qué pensar. Para empezar, no sé cuánto tiempo he dormido. Y que ella se encuentre conmigo me intriga hasta agobiarme. Dentro del baño, que sea el de mis padres aunque lleve siéndolo toda la vida, y yo me haya acostumbrado a ver todas sus cosas como si todavía estuviesen aquí, me atormenta. Frente al espejo, jamás me he visto en un estado físico tan deplorable. En mis muñecas llevo la marca de la cuerda. En el vientre, los brazos y las piernas están los moratones del puño de acero de Ding. La brecha de la ceja izquierda está bien cosida, pero tan inflamada, que su dolor palpitante se me hace insoportable. No puedo ver bien. Los párpados están hinchados. Y su entreabrir, el marrón de mi iris se confunde con el rojo de los glóbulos oculares. Mis ojos están ensangrentados, y solo si cierro los

párpados se calman aunque sigan estando sometidos al enredo venoso que los recubre. Me escuecen. Los cierro. Al abrirlos, de nuevo, observo mi nariz. Parece estar en su sitio, y aunque al tocarla me duele, no está rota y tampoco parece haberse desviado. No obstante, de ahí hacia abajo, las heridas y las señales de la paliza que me dió ese mal nacio serán las suyas propias, algún día.

—Sí... —musito odiándolo a muerte—. Te juro que esta me la pagas...

—Taylor, ¿estás bien?

Sorprendido, sin tener por qué, me quedo mirando la puerta fijamente como si todavía no creyera que Mei está aquí.

—Voy a darme una ducha, enseguida salgo.

—Está bien, preparaté té.

Mei Ling... Mi oriental preferida está aquí... Conmigo...

Y está aquí porque...

Quizá porque he logrado marcarla, y dado que se encuentra en la cocina de mi casa, mi huella debe estar clavada en su médula.

Orgullosa de mí sonrío frente a las baldosas de la ducha y me duele la mandíbula, a morir. Al mismo tiempo, me entran ganas de bajar y de comerle la boca, a pesar de que no puedo mover la mía, ya no digo la lengua. Creo que tendré que esperar para calmar mi sed de ella. Lo mismo que Chen.

El día que lo conocí, hace ocho años, su interés en mí fue el mismo que tuvo por su inversión. Extremadamente cauteloso y astuto. Chen basó su confianza en mí, gracias a mi curriculum, a mis credenciales y a las referencias que le dieron mis clientes. Y para ser sincero, todo salió a pedir de boca. Nos caímos bien porque, en cierta manera y en cuanto al dinero, nos parecemos, además, compartimos la misma visión sobre los negocios. Sin embargo, poco tiempo después, la trágica muerte de mis padres fue punto y a parte para mí. Mi escapada a Las Vegas contrajo consecuencias insospechadas que ahora estoy pagando, y mi ausencia fue aprovechada por un Chen muy astuto, con la única pretensión de seguir enriqueciéndose, a base de soldados del juego como yo. Buscadores innatos de azar, listos, codiciosos y arriesgados, con nada a perder. Y en mi regreso a Nueva York, como aquel niño al que llamaban *Little player*, caí en la tentación. Mei fue el desencadenante de mi ruindad, y yo seguí cegándome con su visión hasta el punto de lograr, al cabo

de los años, que compartiera conmigo sus noches, y yo con ella mis mañanas. Recordad esos días resulta inquietante, a pesar de tener la certeza, casi al cien por cien, de que lo hizo por placer y no por negocios.

¿Qué debo creer y qué no si, por segunda vez, ella fue mi tentación, cuando Chen me propuso unirme a su clan?... No entiendo qué hace aquí, y, a pesar de quererla, tengo que estar seguro de que es por mí y no por Chen, al que veré...

No sé en qué día vivo. Tampoco me importa. No tengo su dinero, y no sé si lo converceré para que me dé más tiempo.

Eso es lo que necesito. Confianza y tiempo. La suerte es cosa mía aunque mi intuición me diga que estando en soledad la tengo y que, si estoy con Mei... Con ella se esfuma, se desvanece, y me gustaría saber por qué. Así ha sido desde el primer día que la vi y desde que me encapriché de ella.

Soy un ignorante confiado. Y enredado en el engaño del creer saber, me he dado cuenta de que desconozco el baibén apasionado del azar en el que me balanceo, inexplicablemente.

Al salir del baño, con solo una toalla alrededor de la cintura, bajo las escaleras en silencio y me dirijo hacia la cocina, en donde me quedo parado antes de entrar para observar a Mei mientras se toma su té sentada en la silla de Yisel.

Mis demonios se han jactado de mi desgracia hasta hacer que yo mismo me compadeciera de mí. Sé que, junto a ella, he dormido sereno, tranquilo y plácido como no creo recordar, y sé que, mientras tanto, sentía en cada palmo de mi cuerpo cómo ella me imponía sus manos, junto a ese aroma a jazmín que...

—¿Por qué estás aquí? —La sorprende, y tose— ¿Cómo sabías dónde estaba?

—Todos los vehículos de señor Chen emiten una señal de su ubicación — revela intimidada—. Igual que los teléfonos. Yo solo la seguí.

—¿Y qué...

—Ven, siéntate —Se levanta para ayudarme a llegar hasta la silla—. Sé hasta dónde es capaz de llegar Ding, y no quiero que te haga daño.

—¿Daño?... —repito irónico—. ¿Ahora te preocupas por mi estado físico, cuando siempre has ignorado cualquier otro tipo de dolor que yo sintiera?

—Taylor, yo...

En su silencio, yo acepto sentarme en la silla de Erik. Ella no lo sabe, pero para estas sillas son mis remordimientos.

Sin que me mire a la cara, algo que yo sí que hago, intuyo su sentimiento de culpa. Me reconcome verla afligida mientras yo espero respuestas. Tenerla aquí, conmigo, sosiega mi angustia, pero aumenta mis dudas.

—Dime que esto no es cosa de Chen. Dime que no eres mi señuelo — Cabizbaja no responde—. Bien, en ese caso, ya estoy mejor. Gracias por cuidar de mí. Ahora, márchate. Si no has venido para quedarte conmigo, lárgate ya.

Asustada y con lágrimas en los ojos, presiento que se irá.

—No puedo quedarme contigo.

—¿Por qué? —pregunto cabreado según me levanto y me acerco a ella—. ¿Qué te retiene?

—Tengo una hija —revela, asombrándome, entonces, altiva observa cómo yo doy un paso atrás y retiro la vista—. Tiene ocho años, y es todo lo que tengo.

No sé qué decir ni cómo reaccionar. Me mantengo alejado y en silencio mientras ella, en calma agarra la taza y sopla el té para, a continuación, sorberlo silenciosa.

—¿Desde cuándo no la ves?

—Desde hace dos días y unas..., cuatro horas, exactamente.

Sonriendo amable disimula su nostalgia.

—¿Llevo dos días durmiendo?

—Sí —afirma inclinando la cabeza, sutil.

—Respecto a lo otro... —titubeo confuso—. Qué decir...

—No tienes que decir nada —dice invitándome, de nuevo, a la silla de mi hermano, mientras tanto, me acerca la taza y me invita a beber, junto a ella—. Solo quiero que sepas que no huyo de ti. Ella me necesita —confiesa, con esa sencillez y esa naturalidad que ya he visto en ella, en algunas ocasiones.

Sigo sin reaccionar. Bebo té aunque no me guste.

Qué incómodo resulta adentrar en tu mundo, chinita...

—Necesito una copa.

Sin que Mei diga nada más, yo busco en los armarios alguna botella, pero no hay. En el salón, aunque quisiera, para qué iba a buscar. Está destrozado. Los muebles, algunos descolgados, están vacíos. Y el sofá en donde me he tumbado cientos de veces junto a Yisel está rajado y con la espuma esparcida sobre él, por debajo de él y por el suelo, incluida, esa alfombra que creí imaginar, siendo la de mi propio salón. Observando en qué condiciones han dejado mi casa esos mal nacidos, mi pregunta sigue siendo la misma.

—Entonces, el señuelo es tu hija —pienso en voz alta, de vuelta a la cocina—. La utilizan para chantajearte.

—Sí... y no —dice aturdiéndome—. Mi hija está bien. Vive en mi casa de Hong Kong. Y tiene todo lo que podría desear.

—En ese caso, insisto. Entiendo tu situación familiar y que desees estar con tu hija, pero no estás siendo, del todo, sincera. Yo no lo veo como un inconveniente para que...

—Tengo su custodia —replica cortante—. Pero Chen podría arrebatármela.

—No puede. Tú eres su madre —aseguro.

—Tras la muerte de mi marido, todo mi patrimonio, todas mis cuentas y todo mi capital fue traspasado a manos de Chen, y hasta que Chen lo decida será así.

—Pero la justicia está para algo. Reclama lo que es tuyo.

—Aquí, todo es más sencillo. Te aseguro que en China, si los contactos son los adecuados, no hay abogados que se atrevan a contradecir la palabra de un ministro. Además, no puedo traicionar la confianza de Chen. Si lo hiciera, lo perdería todo. No podría mantener a mi hija e, incluso, no volvería a verla. Estar aquí, contigo, para él ya es una amenaza. Le debes mucho dinero, Taylor, y está dispuesto a todo para recuperarlo.

—¿Has venido a convercerme de que le pague? —pregunto jocosamente, y ella descubre su frialdad desmedida.

—No. Es imposible convencer a alguien de que pague una deuda si está inmerso en la ruina. La única solución es quitarlo del medio, y eso, Ding sabe hacerlo.

—Me hago una idea...

Acaricio mi barbilla y me entran ganas de patear su cerebro de mosquito matón.

—He venido a comprobar que seguías aquí, y a decirte que hagas lo que esté en tu mano para saldar tu deuda con Chen. Él no será compasivo. No lo ha sido nunca, y en los negocios es un gran blanco como tú.

—Yo no voy matando a la gente por ahí. No somos iguales.

—Sabes a qué me refiero.

—Lo que sé es que te sientes culpable, por eso estás aquí.

—Sí, y no debería —admite afligida—. Lo único que he hecho ha sido dejarme llevar por algo que jamás he sentido. No soy culpable de...

Inclina la cabeza forzándose a callar.

—¿De qué, Mei?, porque yo tampoco soy el culpable de tener que esperar, obsesionado con tu recuerdo, que lo único que provoca es mi desconfianza hacia ti, ante la posibilidad de que solo estés jugando conmigo hasta el punto de que incluso yo pierda la vida. ¿Tienes idea de por qué acepté la propuesta de Chen? —pregunto osado, y ella lo niega, tímida—. Por ti. Solo por ti. Y ahora tú me pides que haga honor a mi deuda, de la misma forma que tú haces honor a los chantajes de ese loco y excéntrico. Pues lo siento. No tengo el dinero. No tengo el suyo y tampoco el mío. Lo perdí jugando. Ahora, solo me queda esto. La casa de mis padres, de mi infancia, y tengo que compartirla con mis hermanos. Pero claro, ya se han encargado los imbéciles de tus amiguitos de destrozarla como han hecho conmigo. ¿Es así como te gusta verme?, ¿tengo estar rebentado por dentro y por fuera para volver a verte?

—No, Taylor. Pero tienes que darle algo a Chen. Quizá si vendieras la casa...

—¡No pienso venderla! —grito furioso—. No estoy solo. Además, tendría que consultarlo con mis hermanos, y ellos...

—Taylor, es la única manera de que Chen te dé más tiempo.

—Olvidalo. Saldré de esta yo solo como siempre he hecho. No le hablaré a mis hermanos de mi vida o de mi pequeño problema con Chen.

—Tu pequeño problema... —burla soberbia—. Está bien, entonces, tienes un plan.

—¿Un plan? —espeto sarcástico—. Sí, claro. Podría robar un banco...

—No digas tonterías...

—¿Y qué quieres que haga?

—No lo sé, Taylor, pero tendrás que darle una solución, cuando lo veas.

—No tengo una solución.

Me revuelvo el pelo, y pienso en que no hay más que jugar y apostar hasta que la suerte vuelva a estar de mi lado.

—El viernes estará aquí. Tienes que hacer algo, Taylor.

—El viernes...

No sé en qué día vivo...

Busco un calendario, pero los que hay no son de este año.

—Mañana —revela enseñándome el calendario de su móvil.

Al mirarlo, quedan muy pocos días para que finalice el mes de marzo. Dentro de poco será mi cumpleaños.

—Mañana... —musito—. Mañana no tendré su dinero.

—¿Pasado mañana, sí?

Sin responder, le doy la espalda obviando su ironía. Yendo hacia la entrada me detengo en el pasillo para descansar.

—Espera —Agarrándome de la cintura, Mei pasa mi brazo por sus hombros y me ayuda a subir, en silencio—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Te preocupa?

—Claro que sí —responde molesta.

—Has venido, y eso juega a tu favor. El hecho de que estés a miles de kilómetros de tu hija es suficiente para mí, pero hasta ahora no lo habías demostrado. En primer lugar, siempre está el dinero, ¿verdad, Mei? —Sonrío resentido—. Muchas gracias.

Retiro el brazo y me apoyo en la pared.

—¿Seguro que estás bien? —insiste conteniendo su ira, fría como el hielo.

—Tengo que hacer unas llamadas, y necesito intimidad, ¿lo entiendes, verdad?

—Esperaré abajo —afirma amable y respetuosa, y con las manos unidas según se inclina cordial y tradicional.

Tras corresponder su gesto como puedo, poco pero válido, entro en la habitación y me tumbo en la cama, abatido.

Eres una constante obsesión. Por qué te querré tanto...

Eres mi problema y esa solución a la ruindad de mi vida. La cúspide de la emocionante sensación de estar más vacío de lo que ya estoy. Eres la piedra filosofal que hace años sustituyó a esa de color verde, por la que yo creí sentir debilidad.

Ella se marcha y me abandona para regresar y despertar al hombre que era a su lado y, así, una vez tras otra hasta que, más tarde, desaparece, para luego presentarse en mi casa y revolver mi vida y mi alma. Y mi vida, en manos de Ding...

Tengo que hacer unas llamadas. Y una de tantas será a mi hermano. ¿Cuántas veces, en toda mi vida, lo he llamado? Me sobran dedos de una mano para contarlas, y en todas y cada una de esas veces, lo hice para pedirle ayuda. Ahora, si ato bien los cabos, no será diferente.

Primera llamada.

En mi lista de contactos hay varios croupiers del Bellagio, amigos de mi padre. Todos ellos acudieron a su falso entierro, y todos se ofrecieron a ayudarnos si lo necesitábamos. Hablo de mí y de mis hermanos, por supuesto. Pero hacia mí, que los conocí de niño y ya se percataron, junto a mi padre, de mis dotes de *Littel player*, tuvieron gestos de cariño y de mayor disposición a echar una mano. Supongo que se olían mi vida actual, o lo mismo que mi padre cuando me dijo que igual que se gana se pierde, e igual que se sube se baja. En cualquier caso, sus compañeros, acostumbrados a todo tipo de jugadores de cualquier clase social, también conocen el trastero del juego.

Ellos, de vez en cuando, tapan la organización de partidas clandestinas y que están fuera del alcance de los comunes, en donde el beneficio, en el caso de ser ganador, suele alcanzar máximos, excesivamente tentadores. En una sola noche se puede ganar miles de dólares que, de un plumazo, acabarían con esta mierda de vida de deshaucio que llevo. En una noche, le daría la vuelta a la torilla, y con ventaja. Es más, mis lentes prodigiosas dan forma a una idea que adquiere sentido según pasan los minutos aunque el dolor de los ojos se acentúe debido a lo que ven, en la pantalla del móvil.

Yisel, mi hermana pequeña, no lo entenderá, pero la vida es injusta, y no siempre se obtiene lo que se quiere, cuando se quiere.

Hablar con Shefill, el primero al que llamo porque era el mejor amigo de mi padre, soluciona, en parte, mi problema. La semana que viene se celebrará una timba en uno de los salones del Bellagio cuya asistencia es limitada.

Participar cuesta cien mil dólares, y, en total, se podrá jugar con un máximo de trescientos mil. Yo, sin dudar, me he apuntado. El premio gordo es un millón. Si lo gano...

Ya no me duelen los golpes del imbécil de Ding. Me estoy emocionando. Por dentro, recorriendo mis venas, siento que se despierta esa pequeña y serpenteante burbuja del azar, sinuosa como mi hermosa piedra de jade, y que yo tanto acariciaba.

Segunda llamada.

Hace años que no lo veo, pero tengo su teléfono. Erik, Yisel y yo, lo tenemos, y es así, desde la lectura del testamento de nuestros padres. Normalmente, es Erik quien contacta con él, en caso de necesitarlo, algo que no ha sucedido nunca porque se han cumplido, a raja tabla, los términos de la concesión de nuestro pequeño y efectivo legado, pero, y así consta, dicha concesión es modificable, por causas mayores. La única pega es el estricto cumplimiento de un epígrafe, y eso es lo que le pediré al notario.

Sin haber podido contactar con él debido a su ausencia del despacho, le dejo un mensaje a su secretaria para solicitar una cita. El Ilustrísimo señor Swarch Doven será mi próxima visita, después de convencer a Chen de que me dé más tiempo. Quizás exista una posibilidad de escapar de este círculo vicioso en el que encuentro. Es más, creo tener la solución al problema, pero a la bombilla que se me ha encendido dentro de mi cabeza no la llamaría responsabilidad fraternal, precisamente.

Primera y segunda parte solucionada, a falta de la tercera llamada, y ya empiezo a notar cómo fluye por mi interior la extraordinaria sensación de misterio y de incertidumbre que me enseña, de manera fehaciente, a ese yo arrogante y ganador.

Ahora te toca a ti...

Mirando fijamente el móvil me cuesta apretar el botón.

Toc, toc, toc...

—¿Puedo pasar?

Al oír a mi oriental preferida, la elijo a ella.

—Adelante.

Sigilosa abre la puerta y cabizbaja entra en la habitación. A continuación, tras cerrar el pestillo como si temiera que alguien pudiera invadir nuestra intimidad, se mantiene inmóvil y de espaldas a mí. Lleva puesta una bata negra y el pelo recogido, con dos palillos cruzándolo. Su olor a jazmín se esparce por el cuarto y penetra en mis narices, seduciéndome. Y su figura, esbelta y delicada, es oscura a mi visión, y eso la envuelve en un halo de misterio, absolutamente excitante.

—Siento mucho no haberte demostrado hasta qué punto me importas —dice desatando su bata—. Y no solo por esto...

Dejando caer la sedosa tela que recubre su cuerpo, admirar su espalda me mantiene fascinado. Los dibujos florales, sutiles pero vistosos, adornando la línea vertical de su columna, son impresionantes. El escalofrío que me recorre es intenso, pero yo la observo, detenidamente, soportando la increíble sensación de abalanzarme sobre ella y de apoderarme de todo cuanto es como mujer según quebranta cualquier mal pensamiento, sobre su actitud hacia mí. Sea cómo sea o quién quiera que sea, yo siento que no existe razón para no amarla. Y sé que me llevará a la locura. Lo hace al darse la vuelta y al mirarme a los ojos, felina indómita, que en mi cama y a mi lado se sienta. Y lo hace, a cada instante. Y lo hará, a pesar de que yo me resistiré a permanecer por detrás del embrujo de su sombra.

Sin hablar y sin tener que hacerlo, percibo la atracción que la lleva a acariciarme despacio y con dulzura extrema. Procura mantener la firmeza, a pocos centímetros de mí, y yo, pético hombre dolorido que ansía deshacerse en diferentes formas de excitarla, solo puedo derretirla con mis manos, adentrando en un mundo plétórico de deseos carnales.

—Taylor... —suspira arrastrando sus dedos por mi pecho mientras se tumba a mi lado dándome la espalda.

Me duele el cuerpo, pero ella saciará mi necesidad mientras yo soy objeto de codicia. De costado, sus nalgas permanecen en mi entrepierna, su espalda contra mi pecho, sus brazos alzados y sus muñecas sujetas por mis manos. En su cuello, mi boca no se resiente subyugada a saborear su piel, que tiritita, se eriza y se calienta. Cada vez que se mueve sinuosa entre mis piernas, estas arrojan las suyas. Cada vez que inclina la cabeza hacia atrás, yo sé que ella está en ese cielo inalcanzable para mí. Y cada vez que tiembla, si ascienden

mis dedos por su monte de Venus para enseguida regresar al profundo capricho de donde salieron, yo me apodero de ella hasta perder la cabeza, el control de mis manos, mi fuerza y cuanto soy como hombre.

—Bésame... —jadea excitada mientras separa su espalda de mí y me enseña, más de cerca, sus marcas—. Yo soy...

Del ser al tener, beso a beso. Del comprender al desear, mi boca enmudece. Del hablar al poder, solo amarla me satisface.

—Te he echado de menos...

Y entre suspiros y jadeos que aminoran el ansia de poseerla, la lentitud con la que abre sus labios es simultánea a la fuerza que ejerzo para arrimarla más a mí y apoderarme de su boca.

Creo, en este momento, que algo en mí se despierta. No es nuevo, pero no recordaba el significado de ser parte del yo soy estando y sintiendo. Es emoción trágica y ciega. El entusiasmo de su rasgar feroz, y lo único que me renueva. Es mi necesidad, mi sufrir desmedido y mi arrebató pasional de completa cobardía. Ella es la más valiosa inversión aunque sea el caos emocional de la única enredadera capaz de transformarme. Y algunos lo llaman amor, pero no lo entiendo.

Dándose la vuelta, en sus ojos solo hay hambre de mí. Y yo, incapaz de no satisfacerla como deseo, sobreponiéndome al dolor intenso del pecho la agarro para ponerla sobre mí según ella se desliza por mi cuerpo y me hace suyo, al instante.

Como yegua que somete a semental, debería ser yo quien mostrara esa fuerza bruta que a ella la empuja a desafiarme, sin haber rastro en mí de esa vanidad sobrecogedora, anteriormente suscitadora de su deseo. Amazona recubierta de dulzura, Mei arrastra las manos sobre mi pecho arañándome, en su incesante cabalgar. Sus rodillas aprietan mis muslos. Me absorbe egoísta y me desquita. Acaricia su cintura y asciende por sus pechos, que desnudos se endurecen, al sentir el roce de sus propios dedos. Mei, sinuosa gata que enloquece, seductora depredadora que contiene el aliento mientras yo sujeto sus caderas, es mi fiera empedernida si yo sustento el placer en un simple abrazo, que la convierte en mi presa. Sobre mí descansa como mujer, y en mis manos permanecen las suyas. Su rostro apoyado en mi pecho le permite besar, muy despacio, mi piel. Mientras tanto, entre sus piernas se oculta mi hombría. Y en mi cabeza cobra sentido la inquietud de saber si en ella hay algo más a

valorar que no sea el interés personal de tener sexo conmigo.

—Mañana te acompañaré a ver a Chen —murmura tumbada sobre mí—. No sé si servirá de algo, pero...

—No quiero que me acompañes.

—¿Por qué no? —pregunta deshaciéndose de mí, sin que yo responda—. Taylor... —insiste alargando el silencio mientras yo me restriego la cara invadido por las dudas, y ella se sienta, de nuevo, sobre mí—. Puedo ayudarte —sugiere imponente.

—No quiero que vengas.

—Taylor, mírame.

Sin poder confesar la razón de desearla en mi cama y no en un despacho, cabreado accedo a recibir, de sus ojos, su extrema convicción.

—Esa decisión no depende de ti, además, Chen no te hará daño si yo estoy presente. No se atreverá a dejarte en manos de Ding.

—Ese cabrón tiene los días contados —espeto furioso.

—Pero ¿en qué estás pensando? —Mantiene mi rostro entre sus manos obligándome a mirarla—. ¿No te das cuenta de lo serio que es esto? Si no encuentras una solución, tú y yo no volveremos a vernos. No volverás a ver a tus hermanos, Taylor. Eres tú quien tiene los días contados. Y yo no me quedaré esperando. No puedo pagar tu deuda. Lo he intentado, pero Chen no acepta mi propuesta. No puedo hacer otra cosa que estar presente e intentar ayudarte, de alguna manera. No sé lo que tienes pensado hacer, y me gustaría saberlo. Vine a Las Vegas por ti. He estado, todo este tiempo, preocupándome por ti aunque solo te viera cinco días al mes. Mis mejores cinco días del mes. Te lo aseguro —Me hace sonreír—. Me haces sentir diferente, completa. Contigo puedo ser libre. Jamás he sentido algo tan sincero y tan profundo por alguien, y no puedo permitirme no volver a verte.

—Si no fuera porque me haces daño en la mandíbula...

Alarmada retira las manos de mi cara y las pone en la suya.

—Lo siento —musita preocupada.

La pasión y el desenfreno de agarrarla de la cintura para no soltarla nunca y mantenerla bien pegada a mí son poderosas agujas contra mi pecho. No puedo demostrar cuánto la quiero porque no puedo ni moverme. Pero su boca es mía,

sus labios son mi delicia, su lengua es mi descontrol, y su intensa furia es la fuerza de mis piernas sobre las suyas.

—Lo siento... —jadea y me besa—Taylor, escúchame.

—No necesito ayuda, Mei. Solo necesito tiempo.

—Y yo puedo convencerlo —insiste aunque yo retire la vista—. A mí me escuchará.

—Y a mí también. No es fácil olvidar un millón de dólares. Si los quiere, tendrá que escucharme.

—¿Tienes un plan?

—Todavía, no.

Mentira. Tengo un plan, pero hay un gran inconveniente.

—Entonces, ¿has pensado en algo? —pregunta sonriendo mientras yo, inducido por su mirada felina, admiro su rostro, sus mejillas sonrosadas y la timidez que se apodera de ella, por momentos—. ¿Qué?... ¿por qué me miras así?... —Me besa con ternura—. No me mires así —susurra en mi oído—. No sé lo que piensas, y no me gusta perder el control.

Besándome en el cuello provoca un consquilleo que encoje mis hombros y a ella le hace reír mientras sigue besándome.

—Pues yo creo que sí que te gusta perderlo...

Y tanto que le gusta...

Del cuello al hombro, la humedad de su lengua. Del pecho a mis abdominales, el roze de sus labios. De la pelvis a las ingles, sus besos, uno a uno. Y mientras le gusta sentir que pierde el control, a mí me gusta más.

Hay una imagen que siempre me ha gustado, por la envidia que genera en los demás si es pública, y por la sensación de poder que se despierta en mí si es privada. Es aquella en la que el pelo enmarañado de una mujer se esparce por mis muslos, al mismo tiempo que los acarician, al ritmo del movimiento de su cabeza mientras la cara queda oculta entre mis piernas para el disfrute de mi virilidad. Sin embargo, no es lo mismo sentir que no hacerlo. No es comparable la excitación poderosa generada del automatismo del hombre, a la excelencia generosa creada a base de íntimos encuentros que, a lo largo de los años, aumenta el afecto y de forma grandiosa. Por tanto, si antes saciaba mi visión con cualquier mujer devorándome, ahora siento que mi hambre no es el

centro de mi mundo.

Que Mei adore mi glande, lo deguste con placer, y que junto al dulce masaje de mis testículos lo saboree y acaricie como serpiente adentrando en su cueva, destruye a mi orgullo y me suscita la inexplicable necesidad de admirarla, una y otra vez, una y otra vez y, una y otra vez, o hasta que ella me diga basta.

Todo lo que bien empieza bien acaba.

Me dolía el cuerpo. Me dolía. Pero ahora solo siento. Y no me gusta. Lo quiero, lo prefiero, pero no me gusta.

Mientras ella regresa a la misma postura que la mantenía en calma sobre mi pecho, yo hago conjeturas. No quiero que me acompañe. Me avergonzaría que me viera como a un despojo, y aunque más tirado que ahora no puede verme, no soporto sufrir sus idas y venidas, a cualquier hora del día, sin avisar.

—¿Y después, qué harás? —Sorprendiéndola, levanta la cabeza y me mira extrañada—. Si logro que Chen me dé más tiempo, ¿tú qué harás?

—Eh... —titubea y aparta la mirada—. Soy la directora de del departamento de inversiones de la compañía de Chen y, si él me necesita, continuaré con mi trabajo.

—No me refiero a eso.

Apartándose de mí, se sienta en el otro lado de la cama, se recoge el pelo y se hace un moño.

—No puedo quedarme —dice leyéndome el pensamiento.

Incómodo, resentido y decepcionado, me trago las ganas de decirle que la quiero.

—¿No puedes o no quieres? —inquiero insolente.

Sin responder, Mei se encierra en el baño.

Ding, dong...

Desconcertado miro hacia la puerta y, a la vez, Mei sale del baño, asustada.

—Espera.

Me levanto y voy hacia la ventana. Al mirar a través, veo un par de limusinas aparcadas en la entrada de mi casa.

—¿No habías dicho que Chen llegaría mañana? —pregunto al verlo salir

del coche.

—Eso dijo la última vez que lo vi.

—Pues se ha adelantado.

Cabreado comienzo a vestirme. Ella termina antes que yo.

—¿Adónde crees que vas? —Plantado en la puerta intento frenarla—. Déjame esto a mí, ¿de acuerdo?

—Pero ¿qué crees?, ¿qué no sabe que estoy aquí, contigo?

—Sé que lo sabe, y desde el primer momento en el que tú y yo nos conocimos, ¿crees que si Chen no hubiera mirado hacia otro lado, desde el primer día, te hubiera permitido venir? No seas ingenua, Mei, tampoco mi salvadora. Sé cuidar de mí, y lo único que quiero es que no te vea, por ahora.

Ding, dong...

Le cuesta aceptarlo. Diría incluso que rechaza el hecho de que somos muy parecidos. Incapaces de razonar cuando se nos mete algo en la cabeza. Pero ante su duda, yo estoy seguro, al cien por cien, de que de llevo razón. Entretanto, se mantiene inmóvil e intenta deshacerse de mis manos apretando los músculos de sus brazos mientras yo la sujeto, fuertemente. Sin embargo, al ver que no la soltaré, llena de rabia endurece la mandíbula, e inclina la cabeza respetuosa. A cambio, ella recibe un beso y un *nos vemos luego*, y yo la sonrisa de mi oriental preferida.

—Después, si quieres marcharte, eres libre de hacerlo. Aquí solo quedo yo, y ya no soy aquel hombre que conociste, ya no tengo nada que ofrecerte.

Sin dejarla hablar, le pido que eche el pestillo cuando salga, y, sin dejarla besarme, escapo de tener que arrepentirme de lo que he dicho, tras escapar de ella y cerrar de golpe. Bajando las escaleras quizá no vuelva a subirlas.

Ding, dong...

Tres vueltas a la llave y...

—Señor Chen, qué agradable sorpresa —saludo cordial e inclino la cabeza, imitándolo.

—¿Lo es, señor Carter?, a mi parecer, diría que trama algo. Esa sonrisa y tanta amabilidad no se corresponde a su estado físico, muy deteriorado. Por cierto, no querría ser mal educado, ¿se encuentra bien? —pregunta sarcástico.

—He tenido algún problemilla, pero nada que no pueda solucionar. ¿Quiere pasar?, le invito a una copa.

—¿Eso es todo lo que tiene?, ¿alcohol? —dice entrando en mi casa—. Prefiría otra cosa. No suelo beber, durante el día.

Detrás de Chen también entran, Ding y Xiong, a los que miro odiándolos y con ganas de machacarlos. Sobre todo, al imbécil de Ding, que soné maquiavélico.

—¿Es necesario que estén estos dos? —pregunto a Chen, que se queda observando mi salón, detenidamente.

—¿Sabe que esto podría haberse evitado, señor Carter?

—Podría si no fuera tan impaciente —replico, cabreándolo.

—No es cuestión de paciencia, sino de responsabilidad.

—¿Y qué va hacer si como ve no soy lo esperado?, ¿cree que dándome otra paliza conseguirá su dinero?

—No, pero las deudas se pagan, de una u otra forma.

—Mi vida no vale tanto como lo que le debo.

—No. Pero su vida es mi problema y, si el problema desaparece...

Hace una señal, y Ding y Xiong se acercan.

—¿A qué venido, señor Chen?, ¿a matarme o a negociar?

Enfrentándonos con la mirada, pero marcando las distancias, su picardía al sonreír me relaja, sin embargo, que hable en chino con los dos imbéciles me toca las pelotas. No obstante, se marchan y nos dejan a solas, relajándome, de nuevo.

—¿Sabe hacer té, señor Carter? —pregunta alegre—. Si no, podemos llamar a la señorita Ling y decirle que baje. Tiene una mano exquisita.

—No hará falta. El té ya está hecho —Compartiendo su misma sonrisa, cara a cara, el momento de sacar a ese jugador pasivo que dice ser, resulta ser este—. ¿Puedo hacerle una pregunta? —Accede inclinando la cabeza—. ¿No cree que es injusto el que yo me vea en esta situación, tras haber sido usted quien vino a buscarme?

—El hecho de que estemos intentando llegar a un acuerdo inclina la balanza, a su favor.

—¿A mi favor?... —inquiero irónico.

—Sí, a su favor. ¿Puedo hacerle yo una pregunta?

—Depende...

—¿Cree que puede gastarse mi dinero en fiestas, alcohol, drogas y putas?

—Bueno..., creo que eso forma parte de la buena racha de un gugador, y, a mi favor, le diré que las putas no eran para mí, muchas se las tiraban sus hombres —respondo sincero—. Su té, señor Chen.

Acercándose, él agarra mi mano.

—¿De dónde vas a sacar un millón de dólares?

—No tengo un millón. Todavía, no.

Estiro de mi mano.

—Todavía, no... —repite furioso mientras mantiene los puños apretados y observa, fijamente, el té.

—Solo necesito más tiempo —expreso sentándome enfrente de él—. He pasado una mala racha.

—Señor Carter, ¿cree que es la primera vez que escucho esa excusa?

—No, y he visto qué les ocurre a quienes no cumplen. Pero la suerte es así. Viene y se va, vuelve o no lo hace. Y a mí jamás me había pasado algo así —Observándolo, parece receptivo—. He tenido noches muy malas, funestas, pero siempre recuperaba lo que perdía. Usted me ha estudiado durante años, por eso invirtió en mí. Y aunque sabía que yo soy una apuesta arriesgada, siguió adelante —Chen asiente aunque de mala gana—. Sé que acumulo fracasos, pero esta vez será distinto. Solo tiene que darme más tiempo —Miro hacia el pasillo y entreveo las sombras de los chinos—. Y que aleje a esos dos de mí.

—Es no es negociable —impone.

—Está bien. Cargaré con ellos, pero deme más tiempo, y yo le devolveré su dinero.

—No lo creo, pero seré sincero con usted, señor Carter —Se pone de pie—. Me apetece ver qué es capaz de hacer para no pagarme con su vida. Espero que no defraude..

—Menos vivir en la ruina haría cualquier cosa.

—Eso es lo más extraño... —dice aturdido—. No entiendo qué ha visto ella en usted. Una mujer como Mei Ling no es gusto de cualquier paladar, y el suyo, señor Carter, huele a rancio. Si huye de usted es porque no tiene nada que ofrecer.

Endureciendo la mandíbula mientras mantengo los puños cerrados controlo mis ganas de partirle la boca. Ding y Xiong están mirando. Si lo toco seré una víctima.

—Me quedaré una semana, señor Carter. Ese el tiempo que le concedo. Y no crea que le saldrá barato. Cuando volvamos a vernos, su deuda habrá aumentado un veinticinco por ciento.

—¡Doscientos cincuenta mil más! —exclamo perplejo, y los dos chinos se acercan.

—¿Tiene mi dinero, señor Carter?

—No.

—En ese caso, le concedo una semana. Y no se acostumbre a mi benevolencia. Un millón doscientos cincuenta mil, a cambio, de su vida. ¿Estamos de acuerdo?

Me ofrece su mano, y yo la estrecho, furioso. Yendo hacia la entrada, por detrás de Xiong, al llegar a la puerta, Chen se queda plantado a los pies de la escalera y mira hacia arriba.

—¿Mei?

—¿Sí, señor Chen? —responde, desde el último escalón.

—La reunión dará comienzo en una hora, acompáñame.

—Claro, señor Chen.

Viéndola inclinarse ante él, me dan ganas de vomitar.

Colérico, traspaso a los dos chinos y me escabullo de Chen para subir y hablar con ella, pero al tenerla frente a mí, vestida y decidida a marcharse, sin hablar me quito del medio.

—Cuídate mucho, Taylor —susurra al pasar por mi lado incapaz de mirarme.

—Sí que puedes, pero no quieres —reprocho dolido según ella baja y saluda a Chen, obviándome.

—Gracias por el té, señor Carter —dice Chen al salir.

Por detrás de él va Mei, y por detrás de ella, Ding y Xiong, que se quedan dentro de su coche vigilando mi casa y a mí.

Ver cómo se marcha mi oriental preferida me deja como esta casa. Peor que esta casa. Me rompe, me destroza.

Me deja solo, vacío y engullido por el inmenso caos que albergo. Ahora, solo tengo ganas de correr hacia el coche del loco y del tonto para darles una buena paliza. Pero como me la llevaría yo, con cerrar la puerta de golpe y darle unas cuantas patadas me conformo. Sin embargo, entre ellas, un golpeteo armonioso me obliga a parar.

En silencio escucho y...

Toc, toc, toc...

Observo la puerta aturdido. Al mirar por la mirilla, solo hay oscuridad.

—¿Sí?

—Olvidé algo, señor Carter.

Parece Chen. Al abrir...

—Hola —saluda Ding, que me golpea en la cabeza, varias veces.

Pierdo la consciencia, o eso me parece. Clavándose en la médula, la intensidad de los golpes que me propina desciende por la base de mi cráneo como una grandiosa masa de dolor que se aferra a mis venas y a cada músculo y hasta el último hueso de mis pies. Nublan mi vista. Me encierran en la profundidad de un abismal espacio vacío. Me desploman moribundo arrollando con la escasa vitalidad que siento latiendo en mi corazón, y me ciegan y me ensordecen mientras limitan mi vida.

Tac..., tac..., tac..., tac..., tac..., tac..., tac..., tac..., tac...

Mi palpar, pausado y armonioso, firme y constante, invade mi mente.

Tac, tac..., tac, tac..., tac, tac..., tac, tac..., tac, tac...,

Intenso y acelerado, mi pulso cardiaco comienza a despertar a mi cabeza.

—Arg...

Al tocarme el cráneo, tengo la sensación de que hay algo clavado. Abro los ojos despacio. Apoyo las manos en el suelo e intento levantarme, pero el charco de sangre que hay junto a mí, me alerta. Al acariciar mi herida está

empapada como el pelo que la recubre.

—Putos chinos...

De nuevo, intento levantarme, pero acabo de rodillas en el suelo. Un profundo mareo me mantiene así durante un buen rato, con las manos apoyadas en la pared del pasillo. Tras respirar, varias veces seguidas, y reponer fuerzas, logro ponerme de pie. Pero, ipso facto, me derrumbo sobre el suelo y pierdo la consciencia, otra vez.

No sé cuándo, pero me arrastro por la pared para ir hacia el baño y verme. Antes de entrar, vuelvo a derrumbarme. Como puedo enciendo la luz y me molesta, pero nada en comparación a los golpes que me ha dado Ding. Otra vez mareado, si no me agarro del lavabo me caigo. De repente, la luz parpadea. Al cabo de pocos segundos, se apaga. Le doy al interruptor, pero no funciona. Sin poder erguirme, regreso al pasillo. Me arrastro por el suelo. La luz de la entrada tampoco funciona. Subiendo las escaleras dominado por un angustioso aturdimiento, no sé cómo lo hago, pero llego a la planta superior.

Agotado, me dejo caer para descansar. Cuando siento cómo mi corazón aminora su ritmo cardiaco, me arrastro por el suelo hasta la habitación. A los pies de la cama, hago un último esfuerzo y logro tumbarme sobre ella. Necesito deshacerme de los azotes que golpean mi cabeza, y no solo de los provocados por Ding, sino que, también, de los de mi propio egoísmo.

Sobre el colchón, agarro el móvil y miro la pantalla, sin que distinga los número y las letras. Busco a la única persona en la que puedo confiar, y la única capaz de ayudarme. Entretanto, trago saliva y respiro, con mucha dificultad, sometido al mareo incesante que me obliga a cerrar los párpados para sumirme a la incoscia que me empuja a sentir que muero.

Ahora o nunca.

Primer tono... Segundo tono...

—Vamos...

Voy a desmayarme...

—¿Taylor?...

—Erik... —balbuceo.

—¡Hola, hermano! ¡Qué sorpresa!

Sus entusiasmo rebota en mi cabeza. Me duele.

—Erik, escúchame...

—Taylor, ¿ocurre algo?, ¿estás afónico?

—Erik... —musito, muy débil—. Erik, ayúdame...

—¿Qué te pasa?, te oigo muy lejos.

No respondo. Intento respirar. Estoy a punto de marcharme hacia ese agujero sin vida.

—¡Taylor!, ¡¿qué pasa, hermano?!

—Estoy en casa, ven...

—¿En casa?

—Ven Erik, te necesito...

Mi mano, débil y blanda, cae desplomada sobre la cama, al igual que yo. El móvil está junto a mí, y mi hermano grita. Lo oigo en la distancia, pero se pierde como yo.

Las Vegas

La parte más complicada de mi plan era la de convencer a Erik de que hiciera lo que estamos haciendo, ahora mismo. Su firma es primordial. Y, sí. Soy como dice. Ruín, decepcionante, egoísta, miserable, veleidoso, arrogante, prepotente, ambicioso, frío y calculador. Un desgraciado infeliz capaz de embaucar al hombre más honrado. Eso lo digo yo, y porque mi hermano es la mejor persona que he conocido, en toda mi vida. Un hombre fiel, bueno, admirable, leal, generoso y con un gran corazón, siempre dispuesto a echarme una mano aunque esté en juego su propia honestidad. Él bien podría ser mi ejemplo a seguir, a pesar de ser todo lo contrario a mí, de ahí, que merezca sus reproches. A mi parecer, diría que se ha quedado corto. Si yo fuera él, añadiría muchos más. Y dado que no sabe todo sobre mí, o tan solo lo necesario para traerlo hasta aquí, su lista de defectos podría aumentar hasta el punto de no haber en mí virtud a destacar. De hecho, alguno de sus insultos son mis mejores capacidades dadas la vuelta o puestas del revés. Él dice que lo bueno que tengo se vuelve en mi contra si me excedo y lo llevo al extremo. Y, ciertamente, eso pasa conmigo. Que me excedo en lo que hago y no sé parar. Sin embargo, el hecho de que estemos en el despacho del notario es suficiente para mí, a pesar de todo lo que he tenido que escuchar y tragar desde que llegó a Las Vegas. Hasta ese momento, me mantuve dentro de la abstracción de mí mismo. Yo, cuando tuve consciencia de lo ocurrido, estaba tirado en la cama oyendo los pitidos del móvil.

Perdido en mi oscuridad, al mirarlo vi cientos de llamadas perdidas de Erik y Yisel, que me aumentaron mi angustia.

Para calmarlos, llamé a mi hermano.

Al hablar con él, sin haberme recuperado de los golpes que me propinó Ding, y tras comentarle, a groso modo, cuál era mi situación, me dijo que estaba en pleno vuelo, con destino nuestra casa. Y yo, para evitar que viniera a mi encuentro, le dije que iría a buscarlo al aeropuerto. Él accedió, muy

confuso y preocupado, pero aceptó mi sugerencia. Mientras tanto, sin que le hubiera comentado cuál era mi estado físico, deplorable como poco, y menos el caos que reina en la casa, intenté disimular las heridas de mi cara. Sin embargo, dado que no había otra solución que contarle la verdad de mi vida, desistí en el intento de camuflar mis lesiones. En cuanto me vió supe que mis mentiras, así las llama, o mi ocultación de la verdad como digo yo, habían tocado techo. Erik sabe de mí lo poco que yo le he contado, a excepción del día de su boda, en el que me explayé y le dije que estaba enamorado de Mei y que era feliz.

Por su parte, y sorprendido ante mi confesión, debido a que era la primera vez que le hablaba de mis sentimientos, sinceros, ocultos y profundos, así definió a mi actitud ébria y excesivamente besucona hacia mi oriental preferida, recibí un fuerte abrazo, la humildad de sus palabras y de su cálida buena esperanza, además de la alegría que mostraba cuando nos veía juntos, agarrados, bailando o besándonos. Y Yisel, que siempre se entera de todo, no tardó en acercarse para decirme que le había dejado a cuadros porque pensaba que yo era incapaz de amar si no es al dinero. Y no le quito la razón. Tampoco hizo falta que yo me descubriera, ya que, en cuanto nos vieron juntos, en sus bocas no había otra palabra que no fuera la de novia. Ese día acudí a un gran evento acompañado y no por cualquiera, sino por la mujer que más quiero y que más daño me ha hecho. Después de eso, nada. Nunca les conté, y menos en París, cuál era mi vida real. Sabían que jugaba, pero no que lo hacía para el dueño de la vida de Mei. No obstante, a pesar de su ignorancia, algo tenía que contarle a Erik para que se tranquilizara. Pero fui tan frívolo que lo volví loco, al relatarle ciertos pasajes que excusaban mi deprimente situación actual.

Jugaba en Las Vegas. Eso lo sabía. Y aunque nunca le gustó, lo aceptó y lo respetó como siempre ha hecho. Le dije que era el rey de las mansiones. Respecto a eso, él comentó que a mí me gusta fanfarronear y que por esa razón siempre me he metido en líos. Entonces, le dije que era el hombre de nombre ganador, y él no dudó de mi palabra porque siempre he sido un hombre con suerte y de suerte, no obstante, como me hubiera dicho mi padre, de su boca salió eso de que la suerte aparece y cuando menos lo esperas desaparece. Y yo, para evitar un discurso sobre mi fe basado en la atracción del azar, para él absurdo, le dije que era y que sigo siendo el afortunado hombre nocturno, capaz de apoderarse de la suerte del de enfrente para su propio oficio y beneficio. Pero su silencio demostró que no sirvió para convencerlo de que

confío en mí hasta el punto de exceder mi confianza. Él solo escuchaba e intentaba hacerme razonar lo que ya era imposible cambiar. Y en mitad de una conversación, demasiado intrínseca para mí porque no había palabra que no me hiciera reflexionar sobre todos los pasos que he dado en mi vida, fueran buenos o malos, decirle que era *Littel Player*, pero de mayor, fue el colmo de su paciencia.

Jamás he escuchado a mi hermano gritar como lo hizo ese día. Jamás lo he visto furioso o inmerso en cólera desmedida, exceptuando ese día, a pesar de no verlo. Él, asustándome, gritó lo excéntrico que era, de manera tan violenta, que hasta pude oír a la azafata ordenar su silencio inmediato mientras él pedía disculpas, una y otra vez, seguramente, avergonzado.

Cuando dejó de pedir perdón, su discurso fue una murga de tres pares de pelotas, en voz baja. Eso es lo que más rabia me dá. Que él siempre sabe lo que tiene que hacer o lo que no, en cada momento, mientras yo me pierdo por el camino. Pero tenía razón, y yo me la tragué porque no tenía réplica para sus opiniones sobre mí o sobre cómo hago las cosas. A partir de ahí, contarle que, en una noche de buena racha, unos tíos me propusieron un negocio, no le extrañó, pero despertó su curiosidad al tratarse del mismo hombre que, en el pasado, fue el epicentro de mis negocios y de mis logros económicos.

Erik, desconcertándome, se mantuvo tétricamente callado mientras yo le contaba que Chen era mi benefactor, y yo un jugador de su clan, pero según yo hablaba, las palabras se me trababan y no sabía pronunciar. Percibí su ira, a miles de millas de distancia. Intuí su decepción aunque no pudiera verlo. Pero lo peor de todo fue su largo silencio, intimista para mí, y no sé para él, pero incómodo fue poco para lo que yo sentí. Estaba defraudado. Los dos lo estábamos y de mí. Mi hermano mayor es capaz de hacerme sentir mal conmigo mismo porque lo correcto es su pesquisa mientras la mía es el riesgo. Por eso me mantengo alejado de él y, por supuesto, de nuestra hermana pequeña. Ella es como Erik, tiene cosas mías, pero el feeling se despertó con el mayor y no con el mediano de una familia, en la que el único que tiró para el monte fui yo.

Nací en Las Vegas, ¿qué esperaban?...

Lo más frustrante fue contarle que, de la misma manera que me enamoré de Mei, sus constantes huídas y venidas fueron el desencadenante de mi ruindad, junto a la desgracia de sentirme utilizado por ella y por su presencia, de día distante y de noche irresistible. A eso añadí que, a su lado yo no jugaba, que

sin ella yo ganaba, y que si no la veía mi mala racha se apoderaba de mis noches eternas de póker. Y Erik, como no podía ser de otra manera, me recordó lo que jamás reconozco porque no es cierto aunque sí una mala costumbre que, como todo, excedo.

»Echarle la culpa a los demás del fracaso personal, laboral o sentimental de uno mismo, no es excusa para las acciones que emprendemos, a la hora de encuazar nuestro presente».

Erik y sus reflexiones... Todas certeras, en cuanto a mí.

»Cada uno es responsable de sus actos. Nos debemos a ellos y a sus consecuencias, sean cuales sean. Somos libres de elegir, pero al hacerlo debemos ser responsables y consecuentes, ya que, en caso contrario, la idiosincrasia que nos identifica acaba siendo una madeja de mentiras y de hipocresía, irreconciliables con lo que de verdad somos.

Mi hermano y su reflexivo cavilar siempre fue de mi mayor envidia. Pero su forma de expresión es rebuscada y demasiado trascendental para mí, y aunque me gusta porque acierta en todo, me hace pensar tanto, que, sin más remedio, ahora hago lo que nunca he hecho. Confesarme. Decirle qué hago y cómo soy aunque él ya lo sepa. Y a pesar de comprender mi sufrir, a la perfección, mi sufrimiento de amor, algo que yo no entiendo, y menos en él, o eso dice, porque su vida es perfecta, insiste, a cada instante, en que la culpa de que él se sienta igual de ruin que yo, o así debería sentirme, es mía, solo mía.

He ahí, otra vez, a mi hermano mayor, el que siempre lleva razón, en todo.

Ni qué decir tiene, que tuve que explicarle en qué me gasté el dinero del señor Chen, en mis mejores momentos, al margen de mis partidas, ya que, tal cantidad de dinero no se pierde en tan poco tiempo, a no ser que basara mi vida en saciar a mi caprichoso ego, vanidoso, innato y desquiciado.

No pude mentir. Él me conoce.

Le conté lo de las fiestas, lo de los restaurantes de lujo, lo de los trajes de diseño, lo de las mujeres que pagaba para satisfacer a mis supuestos amigos, y lo de mi enganche, temporal y esporádico, a la drogas.

Como diría mi hermana, le dí el vuelo.

Vomitó. Tosió varias veces seguidas e incluso creo que se ahogaba. Su móvil llegó a quedarse sin batería. Y sin poder contactar con él, esperé a que me viera.

Al pisar tierra y encontrarse conmigo, ninguno de los dos se atrevió a ser el primero en acercarse para estrechar nuestras manos o darnos un abrazo. Sin embargo, y ahí reapareció mi hermano mayor, defensor del indefenso, su actitud mediadora y en calma fueron el palo en el que sostenerme, tras revelarles que mis marcas, y no solo las de la cara, eran la consecuencia inmediata de mi irresponsabilidad económica.

Entonces, Erik se asustó. Aterrado me abrazó y me hizo sentir protegido. Y su cariño me acompañó durante el trayecto del aeropuerto al hotel, y que yo había elegido para él, o para nosotros, en realidad.

Esa fue la primera de muchas sorpresas, en un día cargado de notables diferencias, tanto idealistas como activas.

Erik quería ir a casa, pero yo lo evité. Le dije que no había agua y que tampoco había luz. Mentira, por supuesto, pero no le extrañó aunque dudara de mí, tras la ristra de engaños y la excusa barata que le dí para justificar mi presencia en nuestra casa, cuando le llamé para decirle que viniera en mi busca. No me resultó complicado sacarlo de duda. Al salir del aeropuerto, los primeros chinos que se cruzaron con nosotros eran Ding y Xiong, y los utilicé, sin ser mentira, para explicarme.

Le conté que la manía persecutoria del señor Chen invade la intimidad, y que, un día, paseando por una avenida, me dí cuenta de que sus hombres me seguían. Desde entonces, lo han estado haciendo hasta encontrar el mejor momento en el que darme un buen escarmiento. Algo que supieron hacer y muy bien, en mi propia casa y de casualidad. Otra mentira, pero que no falta a la verdad. De hecho, jamás dejaron de perseguirme aunque yo no los viera. Y ahora, en este momento, mientras mi hermano lee las cláusulas del testamento de mis padres, cabreado, incrédulo de sí y sin mediar palabra conmigo, Ding y Xiong nos esperan a la salida del edificio, dentro de su coche.

Hace dos días y medio que vi cómo Mei se marchaba junto a Chen, sin más. Desde entonces, los dos chinos me siguen como cobradores de deudas si no lo son de vidas.

Erik me preguntó por ellos, al verlos en la entrada del hotel, y yo tuve que contarle, con pelos y señales, quiénes eran y qué hacían. Creo que haberlo hecho, con tanta minuciosidad, es lo único que despierta en él algún sentimiento bueno hacia mí, pero, en realidad, es la pena, y con ella no se va algún sitio, y menos a un casino.

He aquí la segunda sorpresa, si antes no lo fue comentarle que tendrá que pagar el hotel porque yo solo tengo un traje.

No sé cómo he conseguido que esté sentado a mi lado y a punto de firmar algo que podría acabar con nosotros incluida Yisel. Ella no sabe lo que estamos haciendo, y con su dinero, precisamente. Y estas cosas yo no debería pensarlas porque mi labor en este, mi plan, es la de volver a ser ese gran jugador de póker que tanta felicidad me ha hecho sentir, junto a la gran cantidad de dinero que me ha hecho ganar.

Firma ya..., que tengo que concentrarme..., vamos, Erik...

Cada vez que lee un párrafo, me mira fijamente y reniega cabizbajo mientras murmura las veces que me me dijo, en más de una ocasión, que la suerte acabaría conmigo. Sin embargo, yo lo ignoro y centro toda mi atención en acabar con la mala suerte y no con la suerte, ya que, al fin y al cabo, dependo del azar aunque las lentes vayan a servirme de ayuda. Esa es otra de las sorpresas que le aguardan a mi hermano, sin que yo sepa qué momento será el más adecuado para contarle mi plan, por completo.

Sabe algo. Casi todo, a falta del detalle de las lentes. Pero el resto, a su debido tiempo. De momento, lo he convencido para que haga algo que va en contra de sus ideas, y tengo que ser cauteloso con cada una de mis palabras para dar el siguiente paso. No quiero echar a perder el gran esfuerzo que yo he hecho al relatarle mis penurias, como tampoco tirar por el retrete el apoyo y la gran ayuda que él me está brindando. Por tanto, con contarle las cosas, paso a paso, ya va bien. Si lo envuelvo en mi caótica forma de actuar, probablemente vuelva por donde ha venido. Y si lo echo de mi vida, volveré a estar solo, y no puedo permitirme seguir estando sin más que yo mismo y la miseria que me rodea. Entretanto, impotencia es poco para lo que siento si observo en él la pena que le doy.

Antes de venir al notario, en la habitación del hotel le he enseñado los hematomas.

Sin esperarlo, he logrado apaciguar su ira, a pesar de haberla desviado hacia su lástima. En ese momento, me he dado cuenta de que hay sentimientos peores que el odio, el rencor, la frustración, la culpa, la decepción o el arrepentimiento.

No hay más desgracia que sentirse un desgraciado. Es más, saber que el de enfrente siente pena por ti es lo mismo que sentirse infrahumano. Un repudiado

sin solución, un miserable sin cabida en la vida porque la nada que lo invade solo vale para eso, para nada. Y quizá por esa razón, mi hermano está aquí. Porque siente pena por mí. Y en mi opinión, si es así, también tiene que sentir culpa. Eso es lo que suele ocurrir cuando sientes lástima de alguien. La sientes porque crees que podrías haber hecho algo más por esa persona y, sin embargo, te quedaste de brazos cruzados esperando a que se diera cuenta por sí mismo de lo que estaba haciendo con su vida hasta que llega el punto en el que ves que no sabe salir y lloras su desdicha mientras te agarras a un puñal ardiendo si es que, en algún momento de su vida, te necesita para sobrevivir.

—¿Qué ocurre, Erik? —pregunto acobardado.

—Recuérdame por qué estamos aquí —dice imponente según deja sobre la mesa el testamento y el bolígrafo—. Señor Doven, ¿puedo dejarnos a solas, por favor?

Amablemente, el notario se marcha. Nos concede media hora para reflexionar. Yo no tengo en qué pensar, pero mi hermano... Si no firma estoy perdido. Tendré que hablar claro.

—Erik, ¿me prestarías un millón doscientos mil dólares?

Sonriendo, incomprensiblemente, y como si yo tuviera doce años y lo hubiera interrumpido mientras pintaba uno de sus cuadros, Erik y su calma infinita me desconciertan porque sé que es una reacción forzada para evitar enfrentarse a mí y decir lo que piensa, realmente.

—Si los tuviera, no hubiera venido.

—Claro... —musito cabizbajo.

—Y ahora dime, Taylor, a pesar de haber conseguido que yo esté aquí, ¿qué razón es causa de fuerza mayor para que yo firme esto?

Tira los papeles al aire y estos caen junto a mí. Entretanto, paciente espera a que responda, sin cambiar su gesto amable y conciliador, pero impenetrable e imponente.

—¿Mi vida, tal vez? —digo mirándolo fijamente y sé que no me cree—. Ven, acércate —sugiero yendo hacia la ventana, y él me sigue—. ¿Ves esa limusina de ahí enfrente? —pregunto señalándola, y él asiente—. Los hombres de Chen se quedarán en donde están hasta que nos vean salir del edificio. Después, nos seguirán hasta el hotel y esperarán a que salgamos para volver a seguirnos. No pararán hasta que les devuelva su dinero o reciban la orden para

acabar conmigo.

Mientras él observa el coche, yo lo observo a él. Intuyo que no me negará su ayuda, pero su silencio, metódico y paciente, me hace dudar.

—¿Cómo pretendes explicarlo? ¿Qué le dirás a Yisel?

—Nada, Erik. No se lo diremos porque no voy a perder. Estoy seguro —aseguro—. Voy a ganar. Seré el único ganador, y le devolveré a Yisel todo su dinero, y a Chen también. Ya lo verás. Tengo un as bajo la manga.

—¿Qué quieres decir? —pregunta aturdido.

—Que con tu ayuda, y un poco de suerte, tú y yo seremos los triunfadores de la noche.

—¿Tú y yo?... —repite asustado según camina hacia atrás.

—No te preocupes, hermanito. Yo lo solucionaré. Tu papel no va más allá de mirar. Déjalo en mis manos.

—No me gusta..., esto no está bien, Taylor..., nada bien...

—A mí tampoco me gusta, Erik, pero no hay otra solución. Si tienes un plan, dímelo, soy todo oídos.

—¿Un plan? —dice alzando las cejas, perplejo—. ¿Por qué iba a tener un plan? ¿De dónde quieres que saque un millón doscientos cincuenta mil dólares? No tengo un plan, Taylor. Esto me queda muy grande...

—¿Y tus cuadros?

—¡Ja!..., mi cuadros... —espeta sarcástico, se ríe y regresa a la silla, confundiéndome.

—Eres un pintor magnífico, quizá, si vendes alguno...

—Pero ¿qué te crees?, ¿qué soy Picasso?

—Te tengo por alguien parecido...

—No digas sandeces...

—Joder, Erik. Tu mujer es hija de un conde, su padre es tu mecenas, tus cuadros están expuestos en una galería céntrica de París, y tu prestigio tiene un valor...

—Eso creí yo...

—¿Qué quieres decir? —pregunto intrigado, y él agacha la mirada y

endurece la mandíbula mientras se clava sus puños en los muslos.

—Déjalo, Taylor. No estamos aquí para hablar de mí, sino para robarle a nuestra hermana su dinero.

—No es un robo, solo es un préstamo. Además, aquí lo dice bien claro — Busco la cláusula permisiva—. *»Si alguno de los tres beneficiarios urge disponer de parte de su patrimonio o del ajeno, podrá hacer uso del mismo, siempre y cuando, dos de ellos firmen su consentimiento».*

—Sé lo que dice, Taylor.

—Señores... —sorprende el notario que, al entrar, se sienta en su sillón, cruza las manos, y nos mira expectante—. ¿Han tomado ya una decisión?

Ninguno responde, pero yo le digo que sí, con la cabeza.

—Erik, dependo de ti —expreso en tono de súplica.

Nunca le he mirado con cara de pena, y no me hace falta, ya doy pena, y él está acostumbrado a mi dependencia de su mano sanadora, pero lo hago, y él, agobiado, mira hacia otro lado.

Mi hermano me odia. Lo veo en sus ojos y en la forma con la que agarra la pluma y rubrica el documento, sin mirar cómo lo firma.

—Si esto sale mal, Yisel acabará contigo. Y si no lo hace, lo haré yo mismo, ¿me has oído, hermano?

Amenazándome con el dedo, Erik controla su furia aunque me mire con cara de asco. Yo, sin más, asiento.

—En veinticuatro horas, se hará efectivo el traspaso —dice el notario—. Solo entonces, se dará por cumplido el testamento de sus padres.

Con el rollo administrativo del notario agobiándonos, Erik y yo firmamos los documentos pertinentes para el traspaso de fondos, sin hablar. Al salir del despacho, él camina por delante de mí hasta la salida, en donde se para, observa la acera de enfrente y saluda a los dos chinos, mientras yo, perplejo, lo agarro del brazo y evito que cruce.

—No seas tan simpático —increpo enfadado.

—No vuelvas a tocarme —amenaza soltándose—. Y hazte un favor, hermano. Hasta que no tengas el dinero no me hables, ¿de acuerdo?

—Cómo quieras.

—Por qué te habré hecho caso... —murmura adelantándose a la carretera para llamar a un taxi.

Yendo de vuelta al hotel, si los muertos hablasen, lo harían más que nosotros, pero no más que el locutor de radio o que el taxista, que nos pregunta si somos turistas, sin que ninguno le responda.

Erik paga el taxi. También la comida aunque cada uno coma en un lugar diferente. Por supuesto, nada de copas y extras. Los caprichos son excesos. Lo justo es su premisa, y más, si tira de tarjeta. Mientras tanto, entre nosotros, silencio indecible.

—¿A qué hora es la partida? —pregunta, frente al ascensor.

—Mañana, a las diez de la noche.

Entrando a la vez, yo sonrío porque he chocado con él, de la misma manera que nos pasaba de pequeños mientras subíamos la escalera de nuestra casa. Erik, ofuscado, y en su deprimente arrepentimiento e injusta dolencia de honor, sonrío idéntico a mí aunque disimule para que yo no lo vea.

—¿Por qué has dicho que juntos triunfaremos? Yo no sé jugar al póker —dice, de repente.

—Yo jugaré, tú solo tienes que echarme un ojo.

—¿Echarte un ojo? —pregunta confuso, y yo le sonrío, con perspicacia, y le invito a pasar por delante de mí, ya en nuestra planta.

En la habitación, sentados el uno enfrente del otro, y ante su clara expectación, incrédula y aturdida, las lentes con cámara son mi sorpresa, y la suya. Otra más de tantas.

Contarle para qué sirven, llama su atención. Especificar que su uso está destinado para enfermos de diabetes, despierta su curiosidad. Y que las mantenga sobre sus manos y las observe mientras le cuento cómo las conseguí, transforma su asombro en sospecha.

—¿Estás hablando de hacer trampas? —pregunta cauteloso.

—No, exactamente —respondo titubeando, y él se restriega la cara, agobiado.

—¿Sabes cuántas veces te has librado de una buena paliza, gracias a mí?

—No, exactamente. Pero eso no importa. Ahora...

—Taylor —increpa serio—. No me gusta el juego. No me gusta tu manera de vivir. No me gusta estar aquí y ser cómplice de esto. No me obligues a ser como tú.

—Solo tienes que ponértela y observar las cartas del resto de jugadores.

—No pienso hacerlo —impone y me las devuelve—. Ya he defraudado a Yisel, no pienso defraudarme a mí mismo, más de lo que ya lo estoy. Me doy asco.

—No has defraudado a Yisel. A ella no la metas. Cuando llegue su cumpleaños tendrá lo mismo que nosotros. No sabe lo que hemos hecho, nunca lo sabrá —comento acercando las lentes a sus manos, de nuevo.

—¿Y si pierdes?

—No voy a perder.

—¿Y si pierdes? ¿Qué ocurrirá entonces?

—¡No voy a perder! ¡Maldita sea, Erik! ¡En este punto no desconfíes de mí o de mi suerte, ¿de acuerdo?! ¡Esto es más serio de lo que imaginas!

—Cuestión de vida o muerte, ¿verdad, Taylor? —increpa sacástico.

—¿Crees que no lo es?

—Ya no creo en ti. Me has estado engañando durante años. Ya no sé qué creer y qué no. Lo único que has conseguido de mí es que sienta lástima de ti y hasta el punto de haberme convertido en uno de tus demonios. No entiendo tu mundo, y no lo quiero entender, pero en algo llevas razón. He venido en tu ayuda. He sido cómplice de tu engaño porque me importas, así que supongo que llegados a este punto debo confiar en ti. Pero no por eso creas que yo seré el comodín que siempre has usado para salvar tu pellejo. No volveré a serlo, Taylor. No lo seré.

—Confía en mí, Erik. Sé que la suerte está de mi lado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de algo que es efímero y desconcertante, implacable con aquel que se excede y amable con quien menos lo merece? La vida no es cuestión de suerte, Taylor, es cuestión de honestidad, y tú no eres honesto ni contigo mismo.

Tiene razón. Me vendo al mejor postor. No sé ser íntegro.

Callado observo cómo mi hermano agarra la caja de las lentes y se las lleva al cuarto contiguo, decepcionado consigo mismo. Hacia mí siente de

todo, pero nada bueno. Entretanto, la presión emocional a la que estoy sometido es perturbadora y violenta. No deja un hueco libre para mi capacidad de atracción del azar. Es inexorable, inquietante, amarga y constante. Es la angustiada sensación de querer y no poder, o de poder y no deber. Incita a la duda y confunde a mi inspiración. Altera mis pensamientos y los desboca al vacío. La presión que ejerce mi hermano, a pesar de estar en la habitación contigua, es extrema y sobrecogedora. Me hunde en la soledad, lentamente, si es que no soy del capricho de la suerte.

Como si el cuarto me engullera, la ansiedad me impide respirar y aumenta mi nerviosismo. Me falta de todo para sentirme un hombre afortunado. Me falta el aliento de la misma forma que me falta dinero. Solo de pensarlo me ahogo.

Soy la nada y un no tengo. Eso soy. Un no tengo.

Perdido entre, seré o no seré triunfador, para poner fin a una etapa de mi vida convulsa y plagada de desdicha, a grandes rasgos, me marché del hotel decidido a encerrarme en mi pequeña y oscura habitación, a las afueras de Las Vegas.

Sin decírselo a mi hermano, regreso a nuestra casa. Allí, antes de entrar, le escribo para que no se preocupe por mí y para que mañana, unas horas antes de la partida, me llame. Y aunque no responde, sé que lo ha leído.

Ahora, sí. Ha llegado el momento de mi concentración.

Necesito que mi atención se centre en las cartas y en su manejo para, así, atraer a la suerte, convencido de que lograré envolverme en ella como tantas veces he hecho. En la que fue mi habitación, me siento en el rincón en donde mis barajas me hacían soñar mientras las mezclaba como ahora hago, con la promesa de volver a ser el jugador que ya no soy, pero quiero recuperar. Tengo que volver a ser el hombre que era. El mismo que abandoné y que perdí, tras conocerla a ella. Y para lograrlo tengo que olvidar. En primer lugar, de dónde procede el dinero.

Yisel... Estoy seguro de que regresará a tus manos...

En segundo lugar, olvido a Erik. Él no conoce mi mundo, y no tiene la culpa de ser un hombre justo y cabal. Y en tercer lugar, tras repudiar el recuerdo constante de mi hermano, lo mismo hago con nuestra hermana pequeña. La olvido. Y tiene que ser así porque para mí es como el lugar de procedencia de los quinientos mil dólares. Ojos que no ven, corazón que no siente. Y en

cuanto a la pasta...

No se echa de menos lo que no se tiene.

Para continuar con mi autocontrol mental, destinado a sumergirme en palos, colores, números y figuras, obviamente, olvido a los chinos que me han seguido hasta aquí, tras haber liberado a mi hermano de su sombra. Y menos mal. A saber qué le harían. Por supuesto, olvido a Chen, a quien le pagaré lo que le debo porque voy a ganar, sí o sí. Lo tengo claro. Lo siento. Lo percibo a mi alrededor. El verde de aquella piedra con forma de dólar, atrayente de azar, y que acaricaba a cada hora, me acerca al poder y a la fuerza que, por aquel entonces, transmitía imperioso. A su vez, adherida a mí está aquella extraordinaria y magnífica sensación de triunfo, cautivadora y adictiva, que, inevitablemente, me lleva a formar parte de la dichosa rueda de la fortuna, sin prevenirme de la presencia invasora de mi oriental preferida, que adentra en mi mente y arrolla con todo.

Siempre la imagino cuando menos lo necesito...

Olvidando o intentando olvidarla, lo más perturbador e incitante de las mil y una dudas que me emocionan es añorar a esa mujer que, noche tras noche y día tras día, me amarga la vida o la enriquece de ese sentimiento indescifrable y doloroso al que llaman amor. Por un instante, creí que ya no existía, pero existe, y no es razón para mi olvido aunque me obligue a ello y tampoco excusa para mi regocijo fraudulento y penoso estando solo. Además, aunque lo intentará no serviría para lograrlo. No conseguiría olvidarla. Mei está en mí, quiera no quiera. Y, mientras tanto, olvido un mundo ajeno y que no volveré a recordar hasta que me haga con todas las fichas o pierda las mías. Solo así lograré ser imponente, decisivo, valiente, seguro, perspicaz, arriesgado, sutil, seductor, paciente, observador y gran jugador. Un gran jugador de póker.

No puedo evitar que ella se apodere de mi corazón, pero me gustaría. Sin embargo, olvido. Y mientras ella ocupa el único lugar que hay en mí, sin lógica, pragmatismo o cordura, en mis manos mantengo una parte de mi pasado, valiosa y triunfadora.

Son siete tacos, y los siete me acompañan.

Tengo uno en cada habitación para que no falten las cartas allá adonde vaya, en mi propia casa. Los siete me mantienen concentrado, a cada hora y a cada instante. No hago otra cosa que tocar las cartas y barajarlas mientras se deslizan sobre las palmas de mis manos y pasan de una a otra, de una a otra y

de una otra, sin cesar, y como si fueran mi segunda piel. Ellas son parte de mí, y lo son incluso cuando duermo y cuando sueño con mis jugadas más notorias y aplastantes. Me recreo en las siete. Sí. En las barajas de mi padre. En las más nuevas y más caras. Y las mezclo incansable, las acaricio y las siento muy adentro siendo parte de todo cuanto hago. Es más, yo me muevo con ellas y ellas lo hacen conmigo.

Las cartas y yo somos uno, y en esta casa no hay más que nosotros, vástagos del tiempo y enmascarados del destino, dispuestos a dar la cara veinticuatro horas después o cuando mi hermano me llama.

Quedan tres horas para el gran evento.

Estoy preparado. Voy a ganar.

Una ducha de agua fría, mi único traje ocultando al hombre que fui, y la soberbia como fiel imagen de mí, acompañan a mi innato juicio lúdico, de regreso al hotel, junto al mejor taco de mi padre, con la marca del Bellagio. Los rebordes son de hilo de oro. El as de picas destaca, sobre el resto, al igual que el as de trébol. Los dos están hechos del mismo oro. Y el diamante y el corazón, a pesar de mantener su rojo escarlata, su contorno es del mismo oro que el de los laterales. Las figuras, en su color original, resaltan por los detalles también de oro. En general, si junto las cartas y las pongo de lado, da la impresión de que son un lingote.

Imaginándolo, lo adoro... Lo alabo mientras camino y me vuelve vanidoso mientras me retrotrae al pasado. Y, mientras tanto, me enorgullece sentir que todo gira a mi alrededor como si yo fuera el centro del mundo o el mismísimo Dios. Pero si lo fuera, si tuviese el poder de hacer desaparecer a cualquiera o de crear a alguien, ya me habría desecho de los dos chinos. Son como dos sombras adheridas a la mía, pero en la distancia.

Tienen ordenes de no tocarme hasta mi encuentro con Chen, pero se han asegurado de que recibiera un par de mensajes en los que me recordaban que, mañana, a mediodía, finaliza el plazo para el pago de mi deuda. Leerlos no ha cambiado mi buen humor adquirido tras horas y horas de autoconvicción basadas en el juego triunfador, al que siempre he estado acostumbrado. Esta noche tengo partida, la partida diría, y nada o nadie puede influirme, en ningún aspecto, a no ser que lo haga para atraer mucha más suerte hacia mí. Entretanto, si pudiera quitarme a estos dos chinos de encima...

De regreso al hotel para reencontrarme con mi hermano, intento evitarlos

distrayéndome con cualquier cosa que no proceda de China, pero me ponen nervioso y, de vez en cuando, me doy la vuelta para mirarlos con ganas de...

Cómo te odio, Ding...

¿Y si tomo un atajo?...

Para divertirme, un rato, giro un par de veces y callejeo. Así, los pierdo de vista. Sonriendo orgulloso mientras camino por una de las avenidas paralelas, me aseguro de que no me siguen, pero al cruzar la calle, aparecen por mi izquierda. Mirándome cabreados, obvio su ira de regreso al principio, consciente de que para que lleguen hasta mí, otra vez, tienen que dar una vuelta completa a la avenida. Una vez los he despistado, feliz y alegre sigo mi camino mucho más tranquilo hasta que llego al hotel, sin ser visto. Al subir a la habitación, encuentro a mi hermano en calzoncillos.

—¿Nervioso? —pregunto intuitivo.

—Inquieto, más bien —responde sereno aunque no deje de caminar de un lado a otro—. He estado pensando.

—Erik, no es el mejor momento —increpo agobiado.

—No se trata de eso. No pretendo ahondar en el cómo y en el porqué. Solo quiero ayudarte y hacer lo correcto.

—Erik, no le des tantas vueltas —Lo agarro de los brazos para intentar calmar su inquietud—. A partir de ahora, esto es cosa mía.

—Lo sé. Por eso tienes que escucharme. Será bueno para ambos que lo hagas.

—Está bien, pero si no te importa...

Señalo el minibar.

—Yo también quiero una.

—¡Marchando dos whiskys! —Sirvo dos copas y le doy una a mi hermano—. Brindo por una noche repleta de triunfos, junto a ti, Erik, mi hermano mayor, al que jamás creí que vería jugar al póker, conmigo, por supuesto.

—*Littel Plyer*, pero de mayor —dice sonriente.

—Exacto, hermano, exacto.

—Taylor, siento mucho haberte humillado hasta el punto de decir que no confío en ti. No es cierto. Confío en ti, hermano, siempre lo he hecho aunque

no me gusten tus métodos.

—Sabes que no me hacen falta esas cosas, ¿verdad?, yo no necesito que me pidas perdón por hacer lo correcto, Erik. Has hecho mucho más de lo que yo hubiera hecho, por tanto, olvida tu sentimiento de culpa porque el único culpable de todo esto soy yo. Eso no ha cambiado y nunca cambiará. Yo soy el que me meto en líos, y tú el que me sacas de ellos.

—Esto no es un lío, Taylor. Es un gran problema.

—Y se solucionará, esta noche. No te preocupes.

—Sí que me preocupo, pero haré lo que dices porque este es tu terreno, no el mío. Solo quería decirte que tienes mi apoyo, que te deseo mucha suerte y que pase lo que pase yo estaré ahí para echarte una mano, en lo que pueda o sepa.

—¿Necesitas sentirte bien contigo mismo?

—Siempre, Taylor, lo sabes.

—Está bien. Te perdono.

—No te he pedido perdón.

—¿Otra copa?

—Sí —responde, más inquieto que antes.

—Ven, Erik. Probemos las lentes.

Mientras lo hacemos recibo más mensajes de Ding. Dice que no lo he despistado, que está abajo esperándome, que me quedan quince horas para saldar mi deuda y que, si no me pongo en contacto con Chen para entonces, mi hermano y yo seremos fiambres, sobre la arena del desierto de Nevada. Erik, a quien no le leo los mensajes para no asustarlo, solo hace que preguntarme que qué ocurre. Yo, a pesar de confesar que me meten presión, logro calmarlo con un simple tranquilo.

He ignorado los insultos y las amenazas directas contra él, a pesar de que me encabrona que lo metan por el medio. Eso sí, en cuanto tenga la cara de Ding frente a la mía, no perderé el tiempo. Se comerá mi puño.

Piensa en verde, Taylor... En cómo resbalaban mis dedos por el jade... En qué sentía y hacia dónde me llevaba...

Directo al triunfo.

—¿Preparado? —pregunto entusiasmado, tras varias copas y unas partidas rápidas para recordar las cartas.

—¿Y tú?

—Siempre.

—De acuerdo. Vamos allá.

Mi hermano no lo sé, pero yo siento que somos dos hombres extraordinarios dispuestos a apoderarse del mundo, de camino al Bellagio. Por detrás de nosotros vienen, Ding y Xiong, a un ritmo lento y marcado por el tráfico y los semáforos, que nos permiten distanciarnos de ellos, poco a poco.

—Ven, vayamos por aquí —sugiero en un cruce—. Quizá logremos despistarlos.

—Eso espero... —musita intranquilo—. No me gustan esos tíos ¿Cómo pudiste unirte a ellos? Llevan la palabra muerte escrita en la cara.

—Las mujeres pueden llegar a ser muy peligrosas.

—No vuelvas otra vez a lo mismo, Taylor.

—¿Qué quieres que te diga? Es la verdad.

—¿Y dónde está ella, ahora?

—Ni lo sé ni me importa.

—¿De verdad?

—No, pero prefiero no saberlo.

—¿Le has dicho que la quieres?

—¡¿Estás loco?! ¡Jamás haría algo así!

—Quizá por esa razón no está aquí, contigo.

—Erik, déjalo, ¿de acuerdo? No estamos aquí para hablar de ella, sino para jugar al póker.

En la acera, enfrente a la gran fuente del Bellagio, mi hermano se queda pasmado observándola.

—Preciosa, ¿verdad?

Palmeo su espalda, con cierta alegría.

—Ha cambiado mucho, pero sigue siendo espectacular.

—Vamos, entremos.

Sin ver a los chinos, Erik y yo entramos en el casino, él de manera estupefacta, y yo muy relajado y acostumbrado al bullicio, al sonido incesante de las máquinas tragaperras, al pasar de centeneras de turistas, a la concentración de personas en lugares estratégicos, en donde las apuestas a la ruleta embriagan el ambiente de un vicioso aire lúdico festivo, y al continuo cruce de mujeres despampanantes, mayores, jóvenes, solteras, en pareja, acompañadas por más mujeres o solitarias buscavidas, que despiertan mi hambre de sexo.

—Mira estas dos... —murmuro yendo por detrás de una morena y de una rubia que, de vez en cuando, se giran para mirarnos y sonreír—. ¿A cuál eliges?

—A ninguna —responde molesto.

—No te pongas así, solo era una broma.

—Pues deja de coquetear.

—Y tú de mirarle el culo a la morena.

—Yo no lo estoy mirando el culo —replica agarrando mi brazo—. Concéntrate, ¿de acuerdo?, estamos aquí para jugar al póker, no para satisfacer tus deseos carnales.

—¿Por qué te enfadas? —pregunto extrañado—. ¿Y qué es eso de deseos carnales? ¿Te cuesta decir sexo, follar?...

—Déjalo ya, Taylor.

—Mirar no es pecado, Erik. Y hazte un favor, hermano. Cálmate, y disfruta de las vistas.

—De las vistas... —repite irónico—. Está bien, me calmaré, pero no disfrutaré de ninguna vista.

—Tomemos una copa. Todavía falta una hora —sugiero sonriente mientras él se pierde entre mujeres, visualmente, pero con disimulo.

Yendo hacia la barra más cercana a la sala en donde tendrá lugar la crucial partida de la que dependemos mis hermanos y yo, principalmente, por mucho que Erik se sienta incómodo e infiel, yo no puedo evitar seguir con la mirada a muchas de las mujeres con las que nos cruzamos. Y ellas, que no me evitan, comparten conmigo, cómplices del deseo, sonrisas y guiños, extremadamente

seductores. Erik, mientras tanto, por mucho que intente controlarse no puede evitar ser casanova, hombre como yo, aunque su estado civil no sea la razón para obviar su mayor aptitud, innata. La de la observación.

Ahora, diferenciándose de lo que significa poseer una virtud psicológica y empática, su mayor capacidad prevalece, sobre el anillo de su dedo. Como yo, mi hermano se deja querer, pero él, tímidamente, y como a mí, las mujeres lo observan de arriba abajo, sin pestañear.

—Monique debe ser extraordinaria —comento curioso, y él no habla—. Es una mujer muy atractiva, y en la cama tiene que ser una fiera.

—Tú lo has dicho, una fiera —afirma desinteresado.

—¿Ocurre algo, hermanito?, parece que lo digas por decir.

En la barra, mientras espero a que hable, Erik endurece la mandíbula y tuerce el gesto, airoso.

—¿Podríamos cambiar de tema?

—¿Eso quiere decir que tienes problemas? ¿Que la condesita y tú sois un matrimonio convencional? —pregunto asombrado.

—Todos tenemos problemas, Taylor. Y el matrimonio no es el camino correcto para hallar la felicidad.

—Esto no me lo esperaba... —expreso—. ¿Te arrepientes?

—¿Qué van a tomar? —pregunta el camarero.

—Un whisky con hielo y un vodka—dice Erik conteniendo su ira.

—No puedo creelo... —musito estupefacto—. Mi hermano, el perfecto caballero, fiel y galán, pintor de prestigio y bohemio de apellido, tiene problemas conyugales. Increíble...

—Vuelvo a repetir, Taylor, ¿cambiamos de tema? —De un trago acaba con su vodka—. No quiero hablar de Monique.

—Nunca me gustó.

—Lo sé, te jactaste en decírmelo el día de mi boda.

—¿Y por qué te casaste con ella?, no lo entiendo.

—Y no tienes que entenderlo. Tienes que concentrarte en el póker —dice tajante según llama al camarero—. Otra ronda.

—Quizá pueda ayudarte... —sugiero, agobiándolo—. Está bien, no insito.

—Brindemos —Alzando la copa, mi hermano sonríe—. Por una noche repleta de triunfos.

—Brindo por eso...

A la vez, Erik y yo bebemos mientras observamos a nuestro alrededor. Enfrente hay varias ruletas. Intrigado, Erik me incita a apostar, y yo, para saciar su curiosidad, accedo.

De una apuesta de cien dólares, los Carter ganamos el triple, y la sonrisa entusiasta de Erik se convierte en diversión, en cuestión de segundos.

Ni qué decir tiene que siete copas ayudan a que nuestro divertimento vaya acompañado de aromas y toqueteos, para él cortantes aunque receptivos, y para mí derrochadores de deseo.

— Puedo? —pregunta agarrando unas cuántas fichas para apostarlas.

—Por supuesto...

Ofreci ndole paso, mi hermano observa la ruleta. A su lado, dos mujeres acarician su espalda y le indican números elegidos al azar para que él les siga la corriente. Mientras tanto, según me alejo para que pueda sentir el afecto de las mujeres que lo rodean, y a la suerte navegar con viento a favor, él se desinhibe y se deja querer, tanto por ellas como por el azar, que le sonríe y le hace ganar setecientos dólares más, de un plumazo.

— Lo has visto?! —exclama orgulloso.

—La suerte del principiante... —comento alegre.

—No es la primera vez que vengo al casino.

— No? —pregunto incrédulo.

—Fui, en una ocasión, pero no estuve mucho tiempo.

— Par s? —pregunto obvio.

—San Petersburgo.

— Y qué lleva a un creativo, restaurador de arte pictórico, a ir a un casino?

—Dos años dan para mucho —dice, con nostalgia y tristeza.

— Te gusta el frío y el vodka?

—No. Al frío me acostumbr , pero el vodka no lo soporto.

—Nadie lo diría... —musito señalando su copa.

—Te ayuda a entrar en calor.

—¿Sabes?, tengo la impresión de que no te conozco.

—Lo mismo podría decir de ti.

—Ejem, ejem... —sorprenden Ding y Xiong.

—Buenas noches, señor Carter —saluda Ding mientras Xiong se inclina, y mi hermano corresponde su saludo—. ¿Y usted es?...

—Erik Carter.

—Es un placer conocerlo.

Ding estrecha su mano.

—Siento no poder decir lo mismo —replica Erik.

—¿Ha venido a hacerse cargo de su deuda? —pregunta señalándome.

—¿Algún problema, Ding? —inquiero enfrentándome a él.

—Tú, pero dentro de poco dejarás de serlo.

—Deberíamos tranquilizarnos —interviene Erik—. Si no me equivoco, mañana finaliza el plazo marcado por el señor Chen, ¿cierto? —Ding se inclina afirmando—. Entonces, les sugiero que se mantengan alejados. En este momento, no les conviene interferir en nuestros asuntos.

—Le agradezco su manera afable de deshacerse de nosotros, pero siento decirle tendrán que soportar nuestra presencia hasta que me ordenen lo contrario, ¿de acuerdo?

Ding sonríe cruel, pero sin amedrentar a mi hermano.

—En tal caso, que disfruten de la noche.

Sonriente, Erik les da la espalda y camina hacia la gran sala de póker seguido por mí, que lo imito, pero a mi estilo. Alzo la cabeza soberbio, chasqueo los dedos provocando la furia de Ding, y altivo camino por delante de ellos como si estuviera en mi casa o fuera el dueño del mundo. Entretanto, Ding habla por teléfono.

Chen ya sabe dónde estamos.

Cuarenta mesas, en las que nosotros no estaremos. Cientos de personas alrededor, con las que no jugaremos. Miles de cartas sobre las mesas, con la

marca del Bellagio, que no son para mí. Cientos de miles de fichas desperdigadas, desde la de menos cuantía hasta la más alta, y que no serán las que yo gane aunque vayan a ser las mismas. Un croupier, un coordinador del juego y un jefe de mesa, por las cuarenta que hay, a pesar de que yo seré vigilado por tres más, al tratarse de una partida especial y de acceso restringido. Y la suerte esparcida según su capricho, y que atraigo a cada paso que doy, de manera intensa y abrumadora, son capaces de hacerme sentir el rey del juego, el único capaz de ganarlos a todos y el hombre más dotado por el azar, en cuanto a fortuna y dicha lúdica.

—¿Adónde tenemos que ir? —pregunta Erik, perdido.

—Hacia Bobby's room.

Al señalar la puerta de la sala, Erik se dirige hacia ella y yo le sigo. Entonces, un aroma inconfundible capta mi atención y desvía mis pasos, tras su rastro.

—¡Taylor! —vocifera mi hermano, que viene detrás de mí.

—Creo que está aquí —expreso oteando entre la multitud.

—¿Quién?

—Mei. Creo que Mei está aquí. Si ella ha venido, Chen no andará muy lejos.

Juntos observamos la sala, sin que los veamos, sin embargo, en la entrada, a punto de cruzar la puerta, las siete flores de loto de la espalda de Mei me precipitan hacia ella.

—Ahora vuelvo.

—¡Taylor, espera!

Ignorando a Erik, echo a correr hacia la entrada. Al acceder al pasillo, entre cientos de personas que se cruzan conmigo, no consigo verla. A las morenas las obligo a darse la vuelta, sin que ninguna se le parezca, pero insisto, por si acaso.

Y el por si acaso se esfuma igual que ella. Sin encontrarla, continúo caminando hasta llegar a la sala central, en donde no logro ver más allá de las cinco ruletas más cercanas a mí.

—Taylor —dice Erik, sorprendiéndome—. ¿Estás bien?

Al mirarlo, sé que sí, pero me tiemblan las manos y las dudas me invaden.

Sin responder, vuelvo a echar un vistazo alrededor, pero no hay una morena con una espalda como la suya. Tengo la horrible sensación de que mi mente me está jugando una mala pasada.

—Taylor, la partida está a punto de empezar —avisa, y yo miro el reloj.

Quedan diez minutos.

—Vamos. Saludemos a Shefill —sugiero calmado.

—¿Shefill?, ¿Bill Shefill? —pregunta aturdido.

—Sí, Erik. El mejor amigo de papá. Estamos aquí, gracias a él. Qué menos que ser agradecidos, ¿no crees?

Sonriente lo animo a seguirme hacia las salas interiores, en donde no está permitido el acceso, pero sí para las consultas. Al preguntar por él, nos dicen que enseguida baja. Y no tarda en hacerlo, pero sí lo suficiente para que Erik se ponga nervioso, muy nervioso.

Quedan menos de cinco minutos para que dé comienzo el fin de algo. No sé exactamente de qué, pero como mínimo el fin de mi relación con Chen.

—¿No empezarán sin ti, verdad? —pregunta inquieto.

—No, pero si hay alguien dispuesto a sustituirme, aceptarán su dinero.

—¡Los Carter!... —exclama Shefill asustando a Erik.

—Bill...

Estrecho su mano.

—¿Cómo lo llevas, Taylor?

—Hazme esa pregunta al salir de esa habitación —sugiero señalándola mientras él sonríe, cómplice.

—Hola, Bill —saluda mi hermano.

—Erik..., cuánto tiempo, muchacho —Shefill lo abraza emocionado—. Eres igual que tu padre —opina abstraído en su imagen—. ¿Qué es de tu vida? Lo único que sé es lo que me ha contado tu hermano. Por lo visto, te has hecho un hueco en el mundo del arte ¿Cómo te va?, ¿qué te trae a Las Vegas? Creí que no era tu ciudad predilecta.

—Y no lo es, pero parte de mi familia vive aquí y...

—Ja, ja, ja, ja..., lo entiendo, Erik, lo entiendo...

—Shefill, la partida está a punto de empezar, ¿algún consejo?, ¿algo a destacar? —comento al escuchar que llaman a los participantes.

—No me tientes, Taylor..., si pudiera te diría de qué pie cojea cada uno de los jugadores.

—Te pido disculpas, Shefill —sorprende Erik—. Taylor no pretendía ser un tramposo, ¿verdad, hermanito?

—Erik, vámonos —Cabreado agarro su brazo—. Has bebido demasiado —Tiro de él—. Bill, nos vemos luego.

—Suerte, Taylor. Erik, ha sido un placer volver a verte.

—Adiós, Bill.

Alejados de Shefill...

—Cómo vuelvas a abrir la boca para decir estupideces danos por muertos —murmuro, asustándolo—. Ven aquí.

Yendo hacia los baños, el aroma que invade mis narices me vuelve a despistar. Al darme la vuelta, encuentro a Mei a poca distancia de nosotros hablando con dos mujeres.

—Espérame —ordeno.

—¿Adónde vas?

Ignorándolo, de nuevo, camino hasta Mei. Estando detrás de ella, le hago un guiño a las mujeres, que sonríen cómplices. A continuación, agarro a Mei de la cintura.

—¿Dónde te habías metido? —pregunto arrimándola a mí mientras ella, cohibida, mira hacia el suelo.

—Estaba saludando a unas amigas —dice inclinándose ante ellas, que me observan curiosas.

—Encantado de conocerlas, ahora, si nos disculpan...

Amablemente obligo a Mei a que dé un par de pasos hacia atrás mientras sonrientes nos alejamos de ellas.

—He dado mil vueltas buscándote —revelo contenido.

—Taylor, tengo que decirte algo.

—¿Dónde están tus amigos? —pregunto cabreado y la llevo hacia los ascensores—. ¿Y tu querido señor Chen, dónde lo has dejado?

Alejados del bullicio, en un cruce de pasillos, la arrincono y me excito, pero contengo mis ganas de besarla. Mientras tanto, ella mantiene la mirada fija en mí, con verdadera ternura.

—Hola, Taylor.

Me desconcierta... Me cabrea y me hace sonreír... Me resulta desquiciante y me pierde... Me pierde observarla...

—Hola, Mei.

Acariciando su mejilla, ella pone su mano sobre la mía, inclina la cabeza acurrucándose en ella, y cierra los párpados con dulzura relajando mi ira y calmando mi ansiedad. Pero despierta mi voraz apetito sexual, entonces, espontáneo y sin que lo espere, retiro la mano de su rostro y doy un paso hacia atrás. Ella, confusa, retira la mirada avergonzada.

—Tengo una partida.

—Lo sé.

—¿Qué no sabes de mí? —pregunto, extrañándola—. Por lo visto, el único que desconoce cómo es el otro soy yo.

—Taylor, escúchame.

Agarrando mi mano evita que me aleje, todavía más. Me duele estar con ella, pero si ella no está, me duele más. Aun así, le permito acercarse. Hay partes de mí que lo deseaban, que la desean, pero hay otras que saben que será peor dejarla abrazarme como lo hace, dejarla apoyarse sobre mi pecho como hace, y dejarla acariciarme como lo está haciendo.

—Voy a presentar mi dimisión —revela, asombrándome.

Sujetando sus hombros la alejo de mí y la miro estupefacto.

—¿Por qué?

—Es la única manera de alejarme de Chen y de conseguir que acceda a transferirme el patrimonio de mi difunto marido. No podrá negarse. Tarde o temprano tendrá que hacerlo, y él lo sabe. No puedo seguir dependiendo de él, y creo que la mejor forma de convencerlo es apartándome de sus negocios.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —No responde—. ¿Por qué te escabulles si sabes que te estoy buscando como un loco?

—Solo pretendía despistar a los que tú llamas mis amigos.

Sonriendo seductora y con su rasgar sinuoso y embaucador, me es imposible no caer en su red, de hecho, lentamente me acerco a ella hasta arrinconarla, sin que me importe si hay alguien mirando.

Percibiendo su anhelante deseo, apoyo las manos en la pared para aprisionarla, todavía más. Mientras tanto, la observo de arriba abajo, y ella actúa con cierta timidez oculta, bajo su oriental ferocidad.

—¿Por qué estás aquí? —insisto rozando sus labios—. ¿Y qué esperas de mí, después de haberme utilizado?

Sorprendiéndome, Mei agarra mi mandíbula y comienza a besarme, desesperada. Cuánto me haces falta...

—Te quiero, Taylor... —jadea en mi boca—. Y quiero estar contigo...

Estoy acojonado.

—Mei...

—¡Taylor! —sorprende mi hermano—. ¡Te han sustituido!

—¡Qué! —exclamo alejándome de Mei para ir al encuentro de Erik, que camina hacia mí, pero para saludarla a ella.

—¡Cuánto me alegro de verte! —vocifera alegre.

—Lo mismo digo —saluda Mei inclinándose tradicional.

—Erik, ¿qué es eso de que me han sustituido? —pregunto asombrado.

—Les he dicho que estabas a punto de llegar, pero el resto de jugadores no quería esperar más. Ya han empezado, y tu puesto, ahora lo ocupa otro.

—¡Joder! —grito furioso, y Erik se acerca a mí.

¡Pum!... Me da un puñetazo.

—¡Qué coño haces! —grito dolorido.

—¿Qué hacemos ahora, Taylor!? ¡Acabamos de perder cien mil dólares!

—¡Crees que no lo sé! —replico furioso.

—¿Estás bien? —pregunta Mei, preocupada.

—¿Hay algún problema? —sorprenden dos tíos corpulentos, seguridad del Bellagio—. Señorita, ¿se encuentra bien?, ¿le están molestando estos dos?

—No. Estoy perfectamente. Disculpen, ya nos íbamos.

Mei se inclina, amable y cordial.

—Les pido disculpas, señores —dice Erik—. Mi hermano y yo hemos discutido, pero ya está todo solucionado.

—Lo siento, y gracias por su preocupación —expreso con la mano en nariz para taponarla.

Como si fuéramos delincuentes, mientras uno de los tíos acompaña a mi hermano y a Mei hacia la gran sala, el otro me sigue hasta el baño y espera a que me limpie. Al salir, continúa siguiéndome hasta que me reencuentro con Erik y mi oriental preferida, a la que observo, detenidamente, según habla con Shefill. Y este, al verme, ordena a los tíos que se alejen.

—¿Qué ha pasado? Deberías estar en Bobby's —pregunta Shefill, desconcertado.

—Me han sustituido.

—Es una pena, había un bote bastante succulento.

—¿Y no sabrás de alguna otra? —pregunto desesperado.

—¿Cuál es tu plan, hermanito? —increpa Erik, sarcástico.

—Cualquiera que no sea quedarme con los brazos cruzados, ¿te parece bien, hermanito? —Me enfrento a él—. Deja de agobiarme, ¿de acuerdo?, tengo que pensar.

—Será mejor que me acompañes, Erik —interviene Mei, que lo invita a acompañarla—. Tu hermano sabrá arreglárselas.

—Él siempre dice que lo solucionará, pero si no es por mí...

—Te juro que...

Apretando los dientes me acerco, pero Mei me detiene.

—A veces creo que te mereces todo lo que te pasa —opina Erik, con desidia, defraudándome.

—Vámonos, Erik.

Mei, tirando de él, lo lleva al otro lado de la sala, entretanto, mi nariz ya me duele menos.

Mientras Shefill habla por teléfono, sé que he despilfarrado cien mil dólares y la última oportunidad de recuperar el dinero de Chen. Y si pienso en cuál ha sido la razón... Ella siempre es la culpable de mi ruindad.

Pero me quiere. Eso ha dicho.

—Taylor, acércate —dice Shefill—. Quizás haya un hueco en una timba, al margen del Bellagio.

Cómplice de lo que significa, accedo a participar. Mientras él avisa a la sala yo voy al baño para ponerme la lente. Tras hacerlo, le escribo un mensaje a mi hermano para decirle que se ponga la suya y para que se dé prisa en volver. Junto a Shefill, yendo hacia el lugar en cuestión, una sala contigua a otra alejada de la sala principal y situada en una zona exclusiva y que la mayoría desconoce, incluido yo, mientras uno de mis ojos ve todo cuanto me rodea, el otro ve lo mismo, pero con menos claridad. Es como si una pantalla invisible disminuyera la intensidad de luz. Es como si la penumbra invadiera la mitad de mí aunque abarque mi visión, por completo. Es confuso ver la realidad por un ojo mientras por el otro veo lo mismo, pero oscurecido.

—Cuatro jugadores. Póker cerrado. Sin límite —comenta Shefill, junto a la puerta de la sala.

—Perfecto...

—Suerte, Taylor, la necesitarás.

—Gracias, Shefill. Si ves a mi hermano, dile dónde estoy, lo necesitaré a mi lado.

—De acuerdo —Estrecha mi mano, con fuerza—. Siento lo de los cien mil.

—Tranquilo, Shefill, no tardaré en recuperarlos —comento seguro de mí y de mi suerte.

Toc, toc, toc...

Al abrir, Shefill le dice al croupier quién soy.

—Buenas noches —saludo al entrar.

—Adelante, señor Carter.

En una sala pequeña, cuadrada, con una barra de bar en un lateral y unas grandes cortinas ocultando la pared de enfrente, exceptuando los cuatro jugadores y el croupier, el resto son simples mirones conocidos por mis rivales. Contrariamente a lo que viene siendo costumbre, aquí no hay jefe de sala, superior al croupier.

Tras inclinar la cabeza para saludar, ocupo la última silla de las cinco que rodean una mesa redonda mientras el croupier baraja rápido e impecable. Sentado a mi derecha está Franky, un cincuentón rubio. A mi izquierda,

Gutierrez, un mexicano con bigote y sombrero. Y enfrente de mí un chino llamado, Zhao Tsao, al que observo fijamente y de forma audaz porque él lo hace conmigo.

—He oído hablar de usted, señor Carter —dice el chino.

—Siento decir que yo de usted no, señor Zhao.

De repente, se hace la luz en mi ojo.

—Solo llevo una semana en Las Vegas —comenta Zhao mientras yo veo interferencias.

—¿Y cuando lleve más tiempo será la comidilla? —opino sarcástico, sin mirarlo.

—No sé si llegaré a su nivel.

Sonriendo presumido, disimulo la confusión de lo que ven mis ojos.

—En ese caso, le aconsejo que rece para que todo lo que digan de usted sea tan bueno como lo que dicen de mí.

—O todo lo bien que se puede hablar de usted... —concreta sonriendo irónico.

—Exacto. No es necesario exagerar... —replico soberbio.

En silencio, mientras amontono las fichas, mi ojo derecho las mira, y mi ojo izquierdo ve el pasillo de acceso a esta sala, con más claridad. Erik está a punto de llegar.

—Creo que me gustará jugar con usted, señor Carter —dice el chino.

—Lo mismo digo, señor Zhao.

—¿Han terminado? —pregunta el rubio cincuentón—. Las peleas de gallitos se dejan para más tarde.

Veo la puerta de la sala. También las manos de mi hermano.

—¿Preparados, caballeros? —avisa el croupier, y los cuatro decimos que sí—. Recuerden, póker cerrado, sin límite.

—Les machacaré, *güey*... —dice el mexicano mientras deja, sobre el tapete, más de lo que yo llevo encima.

O gano con mis cuatrocientos mil, o como dice, machacado.

Mientras el croupier mezcla las cartas, mi hermano restriega sus manos.

Por uno de mis ojos veo la mesa, las manos de mis contrincantes y sus respectivas fichas. Por el otro, el puño de Erik.

Toc, toc, toc...

—¿Se espera a alguien más? —pregunta el croupier.

Mi hermano accede a la sala.

—Buenas noches —saluda nervioso y expectante.

—Señores, les presento a Erik Carter —expreso sonriente según aparecen en mi lente unos números.

Descendiendo hasta el punto de llegar a cero, deben de ser los metros y centímetros de distancia, de lente a lente, y según se aleja mi hermano de mí los números aumentan hasta que él se detiene, en la barra, por detrás de Zhao.

Saludándolo con la cabeza, todos asienten a que sea uno de tantos mirones, entre nosotros.

Junto a él se encuentran los respectivos acompañantes de mis contrincantes, con los que habla y se entretiene mientras yo me concentro en el juego, a punto de comenzar la partida. Debo aprender, en cuantión de segundos, a concentrarme en una única visión. La real. Porque si me despisto y desvío mi atención hacia lo que ve mi otro ojo, me arriesgo a perder y no solo dinero. También mi vida.

Como siempre hice en mis momentos de gloria, observo, cavilo, pierdo alguna partida mientras tanto, me contagio de los descuidos y de los gestos premonitorios realizados por los tres jugadores de turno, de los cuales me valgo para conocerlos, y me centro, exclusivamente, en mi ojo derecho. El otro lo tengo perdido en las manos de Erik, en su copa de whisky, en la corta distancia que nos separa y en las imágenes que captura, sin darse cuenta, cuando su pestañeo dura más de dos segundos. Al margen de esto, me concentro, sí, pero estando medio ciego.

El mexicano, Gutierrez, es un hombre de apariencia alegre y dicharachera aunque se ofusque si es que no hay una buena jugada en sus manos. Sonriendo divertido juega al póker como un showman, que ameniza la velada, incomodando a otros. En este caso, al rubio cincuentón, que, de vez en cuando, pierde la paciencia ante sus bruscos aspavientos o ante su imprevista y exagerada felicidad. Lo cual me da a entender que Franky pierde el control si alguno muestra, impetuoso, cualquier tipo de emoción. Entretanto, Zhao hace

lo que yo y, al mismo tiempo, mi hermano bebe y habla más tranquilo mientras uno de mis ojos ve la mesa de juego y capta lo más relevante y a tomar en cuenta sobre mis rivales, y el otro está inmerso en imágenes dispares y sin sentido.

Mientras regreso a la realidad visual y certera, en esta noche desconcertante, misteriosa y frenética, Zhao me observa, me analiza y me transmite sus ganas de derrotarme. Serás el último al que me enfrente... Lo sé...

Cuarta mano, y habla Gutierrez.

—Veinticinco mil —sorprende aunque veamos su apuesta inicial.

A partir de aquí, el resto de apuestas serán idénticas o superiores y hasta que enseñemos las cartas. Para mí, que como el mexicano he perdido las tres primeras, veinticinco mil es demasiado, pero vistos, ya solo queda que el azar me sonría como lo está haciendo aunque me deje ganar para despistar.

Una a una, el cropier reparte cartas hasta cinco, por cada uno. Franki, que levanta la esquina superior de las suyas, observa las fichas esparcidas en el centro de la mesa y, enseguida, mira las suyas. Estoy seguro de que irá. Gutierrez, con el ceño fruncido, enreda el pelo de sus bigote en uno de sus dedos mientras mantiene la mirada fija en sus cartas, desconcertado. Él ha comenzado esto. Seguramente, cambiará más de tres cartas. Y lo hará aunque no tenga nada para no perder los veinticinco mil de inicio. De repente, mi ojo de visión ajena me muestra la imagen de mí mismo. Mi hermano me está mirando. Al yo hacerlo y comprender su pretensión, niego su ofrecimiento de espía. De momento, prefiero ver de qué lado está el azar aunque mi intuición me diga que está de mi parte. De mi lado. Entretanto, observando la realidad con el otro ojo, Zhao resulta indescifrable. Se mantiene cabizbajo y mira el tapete según mantiene las cartas boca abajo. Me observa, con disimulo, de la misma manera que yo hago con él.

Podría decir incluso que Zhao parece yo, o como mínimo me imita. Maldito seas...

Obviando su barata falsificación de mi forma de actuar, vuelvo la mirada hacia el mexicano, perturbado por las líneas incesantes de mi otro ojo. Su charlatanería con cualquiera que se le acerque o se le antoje hablar, incluido mi hermano, me evade de la tensión cortante que crean Zhao y Franky.

Aunque me cueste evadirme de ellos y de la visión de mi ojo izquierdo, soy

capaz admirar y de alabar a mis tres reyes, junto al ocho y el diez de corazones, sin que Zhao pueda adivinar si voy o no, ya que, intuyendo que su objetivo a batir soy yo, lo mínimo que puedo hacer es despistarlo y actuar como el mexicano, o mejor. Es decir, ahora tengo una alta probabilidad de lograr un póker. Él no sé lo que puede llevar, pero tiene suerte, por tanto, jugar contra él me supone un extra de adrenalina que aporta beneficios a mi estilo de juego. No importa lo que lleve. Lo importante es la actitud, Taylor, y eso sabes hacerlo.

Mientras el mexicano sigue pensando, yo veo la mano. Eso lo hace impacientarse y mirarme altivo, entonces, conteniendo su ofuscación revelada por su entrecejo arrugado, aunque ría alegre, también ve su mano. Y Zhao, llegado su turno, tras el abandono de Franky, no solo la ve, sino que, además, la aumenta en treinta mil.

—Hijo de la chingada... —dice Gutierrez, furioso, mientras iguala la mesa. Zhao ni se imuta.

Segunda ronda, y el croupier solicita los cambios. Mientras tanto, el cincuentón, que esperará hasta que comencemos una nueva partida, cuenta sus fichas, furioso, tras perder la apuesta inicial. Yo, que cuento el dinero del centro de la mesa, a la vista de todos, confiando en mi buena racha porque sé que me ronda, veo sus treinta mil. Entonces, enfrentándose a mí, Zhao sonrío, complacido.

—Siento curiosidad... —comento, con simpleza.

Igualada la mesa por los tres, nos descartamos. Gutierrez cambia cuatro. Tarda en mirar las nuevas que le han dado. Por lo visto, está esperando a que el chino y yo tengamos las nuestras. Pero... ¡Sorpresa!...

Según yo cambio dos, dispuesto a conseguir mi póker de reyes, Zhao dice que va servido. Maldito seas...

—Hijo de la chingada... —espeta Gutierrez, airoso.

Sonriendo por verlo cabreado y porque me cae bien, palmeo su espalda, y el mexicano, que murmura impaciente, confiesa que sus prisas lo llevan, casi siempre, a perder por perder. Yo, que lo incito a seguir porque tenemos un rival común y cuyo silencio y petrificada forma de estar despierta el misterio del juego, por dentro rezo a la suerte, y por fuera acaricio mis dos nuevas cartas.

Una jota de picas y...

Te tengo, Zhao.

—Cuándo quieras —sugiero contenido.

—Escalera —dice dejando sobre la mesa sus cinco cartas, del ocho a la qu.

—Casi logras que no fuera —comento orgulloso—. Me alegro de que no haya sido así.

Con mi póker de reyes sobre sus cartas para que vea bien que como yo no hay otro, el chino endurece la mandíbula y aprieta los puños mientras observa cómo me llevo ciento treinta y cinco mil dólares.

—¿Has visto, Erik? —sorprendo a mi hermano mientras él hablaba con uno de los amigos del mexicano—. Ya he recuperado los cien mil, ¿ahora, qué me dices?

Según se acerca, por un ojo lo veo a él y por el otro a mí.

Qué rara es esta noche aunque sepa dominar la situación...

Presumido le hago un guiño al chino, que enfurece aunque se controle, mientras tanto, que mi hermano ya esté a mi lado observándome aporta a mi cerebro una imagen de mí, en un primer plano.

—Enhorabuena —dice y palmea mi espalda—. ¿Una copa?

—Perfecto, hermano. Brindemos por una noche triunfante.

Apretando mi hombro con fuerza, Erik se inclina y susurra en mi oído que qué hacemos con las lentes.

Llevarla puesta le está afectando a la visión y ya nota el escozor, y aunque a mí no me pasa, entiendo que no están sirviendo para ayudarme en el juego debido a que no las necesito. Entonces, tras decirle que en el descanso planificado nos desharemos de ellas porque me siento afortunado, rechazo su espionaje, seguro de mí.

—Me siento triunfador —revelo cómplice.

—De acuerdo, hermanito. Creo que es la mejor decisión que has tomado en años.

—Gracias, Erik —correspondo su ironía—. ¿Qué te parece si me traes esa copa?

—Señor Carter, su turno —sorprende el croupier.

—Veinticinco mil, y gracias a ti, Gutierrez... —comento con las fichas en la mano.

—Sin límite, güey... —dice el mexicano igualando la mesa, de la misma forma que hacen Franky y Zhao, a quien paso de observar para concentrarme en mis otros rivales y acabar con ellos, cuanto antes.

Zhao, a ti te dejaré para el final... De momento, ya sabes cómo las doy. Ya vas conociéndome y echando por tierra tus falsa imitación de mí. Ya sabes que soy único y que la suerte está de mi lado. Exclusivamente, junto a mí. Sexta partida que gano, séptima que pierdo, y octava y novena que vuelvo a ganar. Al mexicano se le están yendo las ganas de jugar. El ala de su sombrero ha cambiado de color de tanto rozarla, sin cesar. Su ceño no ha dejado de arrugarse, en cada una de las manos en las que yo lo he vapuleado. Y si yo no gano, lo hace el chino, y eso, al mexicano, le saca de quicio. Ante su evidente cabreo, dejo de provocarlo porque prefiero que se retire, al igual que Franky, sin embargo, diferenciándose de Gutierrez, que solo ha ganado dos veces, el cincuentón está llevándose un buen pellizo aunque sea a golpes. Mienras tanto, Zhao y yo nos enfrentamos visualmente para demostrar quién es el mejor.

En las siguientes manos, pierdo bastante dinero, pero las cinco que siguientes las gano y de forma apabullante. Gutierrez cuenta con menos de un cuarto de sus fichas. Franky va aumentando su capital, a duras penas, pero ahí sigue. Y Zhao, entre disilumo y sobreestima indefinida, no me da tregua, cuando solo quedamos él y yo, en un mano a mano.

Siguientes dos manos, y las dos son mías, de nuevo. Doble pareja camuflada en acititud soberbia, y trío de ases que elevan, de manera estratosférica, el azar que me rodea y a los demás obvia. Soy un jugador intocable, de autocontrol imperturbable y certero. Me siento orgulloso de mí, y se nota. Todos, absolutamente todos, percibimos el halo afortunado que me rodea. Y según me sumerjo en el juego, afán incondicional que me alienta a seguir envuelto en la vanidad, mi suerte aumenta, por momentos. Entretanto, según dice el croupier, que recoge las cartas y las mezcla, en breve dará comienzo ese descanso de quince minutos, después de llevar más de tres horas jugando.

Por un ojo veo mis fichas, el tapete verde la mesa y mis dedos contándolas, y por el otro veo a todo aquel que se acerca a mi hermano y habla con él. Deja

ya de pestañear, Erik... Me estás atiborrando a imágenes que entretienen mi mente con rostros, manos, trajes, wisky, luces, más rostros...

—Última partida, antes del descanso —avisa el croupier.

Sobre la mesa, montones de fichas, con un valor mínimo de cien dólares. Alrededor de ellas, cuatro jugadores, a destacar, Zhao y yo. Mi dinero superando la cantidad de Franky y de Gutierrez, juntos. Y la pasta del chino, casi idéntica a la mía, ya comienza a descender, tal y como deseo. Vine al Bellagio con cuatrocientos mil dólares, y ya llevo ganados trescientos mil. Si sigo así, la noche será mía, solo mía.

Me siento pletórico y poderoso, exuberante y deichoso, me siento repleto de suerte, y estoy hipnotizado por las cartas que mantengo entre mis manos o sobre le tapete, o da igual en donde estén porque todas me sonrían.

Las figuras parecen arrastrarse hacia mí evitando colarse entre cartas menores. Los ases las persiguen y se unen a ellas para maravillarme con su imagen y con la inmensidad de posibilidades que me ofrecen y que harían de mí el único ganador de la noche. La escalera de color, el póker, algún full y los tríos que me marco, estos últimos aparentando ser grandes bazas con las que vencerlos despiadado, hacen que, en muy pocas manos, me haga con un importe bastante superior al inicial aunque no el deseado, convirtiéndome, así, en el objetivo principal y a aniquilar, por todos. Ya no hay amigos ni cómplices con los que arruinar al chino. Ahora, solo soy yo en contra el mundo y el mundo en contra de mí. Entretanto, mi hermano observa las jugadas embobado, yo también las veo y por partida doble aunque de perspectiva diferente, él ríe cuando gano, es decir, casi todo el tiempo, y yo sé que se enorgullece de mí según me demuestra que es así, cuando alguien le pregunta y él habla de mí.

—Se acabó —dice Franky, con dos montones de fichas en su poder, por valor de mil dólares—. Chico, te desearía suerte, pero ya la tienes —comenta ofreciéndome su mano—. Ha sido un placer jugar contigo, Carter. He perdido, pero sé reconocer a un buen jugador atrayente del buen azar.

—Gracias, Franky.

Tras retirarse, definitivamente, el cincuentón se marcha de la sala. Detrás de él van casi todos los que bebían en la barra, a excepción de los tres amigos del mexicano y, por supuesto, de Erik, que se restriega el ojo, incesantemente, oscureciendo mi visión y empañándola, por momentos.

—Señores, en quince minutos regresamos.

En la barra, junto a mi hermano, pido un vodka y me lo bebo de un trago, obviando los insultos del mexicano dirigidos hacia mí. Entretanto, Zhao se mantiene pegado a la silla mezclando las cartas, completamente solo.

Por un ojo veo a Erik y por el otro me veo a mí.

—Lo siento, Taylor, pero a no aguanto más —dice Erik, que sale disparado hacia el baño, afuera de la sala.

Ya ha llegado la hora de desahcerse de las lentes. Y menos mal. Ya me estaba agobiando ver demasiadas cosas a la vez. Y visto lo visto, si lo sé no las traigo. Doy gracias a la fortuna de que solo me haga falta yo mismo para ser ganador. Sí. Te siento a mi lado, suerte. Te siento dentro y fuera de mí. Te siento alrededor, pero solo de mí. Gracias a ti, fortuna y dicha lúdica, tengo en mi poder lo suficiente para arriesgar hasta el punto de, incluso, ganar ese millón y algo más que le debo a Chen. Y siento, suerte, que esta noche estoy siendo ese hombre que siempre deseé, que siempre fui y que, en algún momento, perdí. Ya ha llegado la hora, gracias a ti, suerte, de deshacerme de la lente.

Toc, toc, toc...

Mientras camino hacia la salida decidio a quitármela, la puerta se abre.

—¿Adónde crees que vas? —dice Ding enfrentado a mí.

—Buenas noches, señor Carter —saluda Chen al entrar.

Por un ojo veo a un montón de gente, visión de Erik, pero camuflada entre líneas que distorsionan la imagen.

Cuánto más se aleja Erik, menos veo yo. Por el contrario, a través de mi otro ojo observo la realidad.

Por detrás de Chen, que entra en la sala y saluda entusiasta a los presentes, está Xiong, que lleva del brazo a mi oriental preferida hasta un rincón. Detrás de él, dos chinos más entran en la sala, con cara de tontos, pero recios, firmes y serios. Los ignoro. Me dirijo hacia Xiong decidido a apartar a Mei de su lado aunque ella no haya sido capaz de compartir su mirada conmigo. Al hacer intención de acercarme, la veo negar con la cabeza. No quiere que me acerque, pero yo continúo adelante aunque Ding se interponga en mi camino.

—Apártate —espeto asqueado.

—No tengas prisa —dice el necio, amenazándome.

De repente, desafiando a su orgullo, observo en él su sed de sangre. Al mismo tiempo, según me acerco despacio freno mis pasos, al escuchar un ruido proveniente de detrás de las cortinas y que a Ding lo hace sonreír, alegremente.

—He dicho que te apartes —musito, entre dientes.

—Relájese, señor Carter —dice Chen—. No le conviene desviar su atención.

Volviendo la mirada, pero sin dejar de apretar los puños, cambio de estrategia.

Actitud, Taylor. Lo más importante es la actitud.

—¿Ha venido a asegurar su dinero, señor Chen? —pregunto altivo mientras él ordena a sus hombres que se mantengan alejados de la mesa de juego.

—Por supuesto, señor Carter —responde acercándose—. Y por lo escuchado, he hecho bien ¿Cuánto lleva ganado hasta ahora?

Curioso, observa mis fichas.

—No lo suficiente.

—Ya veo... —musita sonriente—. Espero que no le importe que mis hombres y yo seamos testigos de su extraordinaria y espectacular noche de suerte.

—Pues sí, me importa —replico orgulloso mientras observo a Mei, en la distancia.

—Lo siento, señor Carter, pero no era una pregunta.

—Señores... —sorprende el croquero—. Reanudemos la partida.

—Suerte, señor Carter.

Chen me sonrío, mezquino.

De vuelta a la mesa, por un ojo veo mis fichas y las de mis rivales, y por el otro una puerta que no es la del baño. Creo que mi hermano se ha perdido. Entre las interferencias, la gente con la que se cruza y las imágenes que capta, reflejo de la automatismo ocular defensor de su dolorido ojo, vuelvo a estar medio ciego. Aun así, debo concentrarme en el juego. He de centrar mi atención en mi ojo derecho. Mientras tanto, según ignoro mi otro ojo, espero a

que Gutierrez ocupe su asiento, y me doy cuenta de que los chinos me observan y de que Chen me analiza. Aunque me joda, tengo que reconcer que lleva razón. No debo desviar mi atención del póker. Hacerlo sería de necios y me llevaría a la ruina. Sin embargo, ver que Mei es incapaz de mirarme, alerta a mis cinco sentidos mientras percibo, a su vez, la agresividad de la mirada virulenta de Ding, que corrompe mi innata capacidad de controlar mis impulsos.

Qué asco me das...

Según Gutierrez regresa a su lugar, tengo la impresión de que ninguno se extraña de la visita inoportuna e indeseable de los chinos. Actúan como si estuvieran acostumbrados a estos imprevistos aunque no sepan de qué van y el porqué de estar aquí. Mientras tanto, por un ojo miro a Mei, con la que todavía no he cruzado la mirada, ya no digo palabras, y por el otro veo las baldosas blancas de lo que parece ser, esta vez sí, un baño.

Creo que mi hermano lo ha encontrado. Y si fuera por mí, debería quedarse dentro, un buen rato. Deshazte de ella...

Deshazte de la lente, Erik... Me están entrando nauseas.

Después de llevar varias horas viendo dos cosas a la vez, he aprendido a discernir cuál de mis visiones tiene que prevalecer, sobre la otra. Y menos mal, porque entrever un váter y el orín de mi hermano caer...

—Carter...

Sorprendido, miro al mexicano, que me avisa de que he de ver su apuesta o retirarme.

Como mínimo, veinticinco mil para empezar. A partir de ahí, mis cartas siguen siendo altas y de gran combinación mientras Gutierrez sigue con el entrecejo arrugado y con su rozar de ala, grasiento y continuo. Zhao, por el contrario, está más calmado y parece alegrarse, pendenciero, de mi inestable situación emocional.

En mis manos, unas dobles, entretanto, la subida de Zhao y la retirada acertada de Gutierrez. Viendo sus treinta mil, sonrío al chino, que imita mi sarcasmo, pero de cara a la galería, es más, si no me engaña mi intuición, de cara a Ding y a sus dos amiguitos de ojos alargados, que cabecean correspondiéndolo, custodias de la habitación, en donde la confabulación en mi contra se palpa indiscreta. Maldito bastardo...

Él va servido. Yo también. Solo hace falta voltear las cartas y saber quién gana a quién. Pero el entrometido del chino desvela su propósito, al compartir muecas con Ding.

—Eres uno de ellos, ¿verdad, Zhao? —pregunto perspicaz, sin que responda—. Por eso me imitas. Por eso estás jugando conmigo. Me estás vigilando. Llevas tiempo haciéndolo, ¿verdad, Zhao? Trabajas para él. Eres un perro de Chen.

—¿Qué están murmurando? —inquire Gutierrez, intrigado.

—Tranquilo, solo pretendía no ser hiriente, al mostrar mi mano —comento sosegando la inquietud del mexicano—. De nuevo, te gano, Zhao.

Exponiendo mis dobles superiores, con un as sobre el que apoyarlas, las tuyas distan mucho de lo que significa ganarme.

Observar cómo contrae los músculos de su cuello mientras aprieta los dientes engrandece mi orgullo. Sentirme triunfador suscita mi altanería incluso sin ser mano. Con nuevas cartas, hacía mucho que no tenía menores. Poco haré con esto...

Zhao eleva la comisura de sus labios. Lleva algo bueno. Su conteo de fichas pronostica una apuesta fuerte. Excesiva para mí. Pero enfrentado a él, arriesgo.

La veo. Pero como era de esperar, pierdo. Sin embargo, a pesar de que me jode, demuestro respeto por la suerte que ha tenido. Con nuevas en mis manos, las menores parecen haberse encaprichado de mí. Veinticinco mil es demasiado para perderlo sin ir más lejos que la primera mano. Mi apuesta es la cara oculta de la moneda. Cien mil, después de ver las cinco.

Vete, Zhao... No llevas más de unas dobles...

—Trío de dieces —revela presumido.

Sin hablar, mordiéndome la lengua, dejo mis cartas boca abajo. He perdido... He vuelto a perder. Suerte... No puedes haberte marchado...

Tres partidas más que pierdo, inexplicablemente, y vuelvo al principio. He perdido los trescientos mil que había ganado. Me quedan seiscientos mil dólares. La mitad de lo que le debo a Chen, sin contar con los quinientos mil de mi hermana.

—Me retiro —sorprende Zhao—. Si la mesa lo permite, mi sitio será

ocupado por el señor Chen.

Gutierrez me mira estupefacto, y yo encojo los hombros.

—¿Qué traman? —pregunta el mexicano.

—Nada, señor Gutierrez —responde Zhao levantándose.

—En ese caso, nadie ocupará su lugar, excepto él —impone Gutierrez, que mira al señor Chen, y este accede a complacerlo inclinando la cabeza, respetuoso.

—¿Podemos continuar? —pregunta el croupier viendo que Gutierrez y yo estamos dispuestos.

Mientras nos reparten las cartas, Chen habla con uno de los chinos, y este, a continuación, se esconde detrás de las cortinas.

Mientras otros dos custodian la puerta principal, Zhao me desafía y se entretiene en sus cartas, Ding me desafía y escucha atento a Chen, Xiong me desafía y sigue junto a Mei. Y ella, que no se atreve a mirarme, ya me gustaría que me desafiara.

Será mejor que mi hermano, que sigue en el baño y no para de pestañear, turbándome, se quede allí, todo el tiempo que pueda.

Según cavilo cuál debería ser mi plan de actuación más inmediato, en espera del reparto total de las cartas, sin que ninguno se descentre de la mesa de juego, nos sorprende el ruido de un cerrojo que parece abrirse, junto al chirriar de una puerta. A continuación, observamos perplejos cómo el chino que se fue abre las cortinas y cómo otros acceden a la sala, por una puerta trasera. Los tres amigos del mexicano, paralizados en la barra, se miran desconcertados e inquietos. Gutierrez, anonadado, sigue en su papel de jugador, al margen de lo inexplicable. Esto es surrealista. Y el croupier, que no alza la mirada y solo mezcla las cartas automática, se espabila asustado, tras las palmaditas en la espalda que le propina Ding, que rebosa de una alegría desquiciada.

Sin contar a Chen y a Mei, los chinos eran cinco, pero ahora son siete. Comenzado el juego, ante un público en silencio, mi mano a mano con el mexicano mientras ansío que Erik se deshaga de la lente me hace perdedor, en dos ocasiones. Sin embargo, soy ganador, en dos más. Seiscientos mil dólares tengo. Ya falta poco para que las fichas de Gutierrez sean poco más que la propina que le damos al croupier si es que nos da buenas cartas.

—Esta es mi última apuesta, *güey* —dice, y yo lo ignoro para no perder la concentración en mi jugada.

Él y yo nos batimos en duelo por ser los más afortunados. Y menos mal que lo yo soy, porque la presión que ejercen los malditos chinos sobre mí enturbian al azar que me estaba rodeando hasta que han llegado. No obstante, en la última mano de Gutierrez, triunfo con un full de reyes y reinas, frente al suyo, de jotas y dieces. Exuberante, en mi poder mantengo varios montones de fichas que son la alegría de Chen y la rabia de Ding, junto a la celosía de Zhao y el desinterés de Xiong, sin contar con la pasividad de los dos chinos tontos que custodian la puerta principal y los otros dos que se han quedado plantados en la puerta trasera, detrás de las cortinas. Mientras tanto, a mí, el que más me hace sonreír es el rabioso, y porque no ha dejado de observarme y de cuchichear con Chen, desidia hacia mí incluida. Ni qué decir tiene, el control que ejerzo sobre mí mismo para no mostrar la inexpugnable sensación que me invade y que demuestro, de manera veleidosa, rebosante de actitud, mucho más que positiva. Sí. Soy invencible, el mejor de esta sala, y aunque todos lo saben ni así logro apoderarme del rasgar sinuoso de la mirada que más deseo atraer. Mei sigue arrinconada como si el tradicional paso hacia atrás de las mujeres fuera responsabilidad suya.

¿Qué ocurre, Erik?...

Creo que tiene angustia. Creo que le dan arcadas. Creo, por lo que ve mi ojo, que mi hermano va a vomitar. No puedo estar en dos sitios a la vez. Me preocupa, sí, pero más me preocupa lo que está ocurriendo aquí. Intento desviar mi atención de lo que sea que le pasa a Erik. Separo fichas y las amontoño según su valor mientras olvido a Mei, a corto plazo. Escucho hablar a Gutierrez, que le comenta a su amigo la impotencia que sentía al jugar conmigo, ajeno a lo que tengo pendiente con Chen, que parece satisfecho de mi victoria y, en susurros, le oigo añadir que conmigo lo mejor es retirarse a tiempo si se desea regresar con algo de dinero en los bolsillos. Y no sé si con dinero, pero eso tendrías que hacer tú, chino mezquino... Retirarte de mi vista y dejar a mi oriental preferida en mis manos y solo en las mías. Lo mismo que esas cartas que barajas según caminas hacia mí y te sientas enfrente, con desidia...

—Bien, señor Carter. Ha llegado la hora de que me pague.

—Aún no hemos terminado —replico e invito a Zhao a seguir jugando.

—Se acabó, señor Carter. Su tiempo se ha agotado —insiste Chen mientras Zhao abandona la mesa y se sitúa junto a los dos chinos que custodian la puerta trasera.

—Si abandona ahora, el único que sale perdiendo es usted, señor Chen.

—¿Está seguro de eso? —inquire, con retintín, y yo sonrío obvio—. Veamos qué tiene aquí.

Chen arrastra mis fichas hacia sí y las cuenta.

—¿No es lo que esperaba?

—Llegado a este punto, de usted me espero cualquier cosa.

—Siempre hay que ser precavido.

—Por supuesto, pero dígame, señor Crater, ¿qué cree que debería hacer con usted dada su situación? —pregunta sonriente, y yo encojo los hombros, con desinterés—. ¿No le preocupa lo que pueda ocurrirle?

—¿Debería?, ¿serviría para algo?

—No intente hacerse el gracioso conmigo.

—Solo le he hecho una pregunta...

Sin esperar a que responda, le transmito mi audacia, mi gran paciencia lúdica, mi arrogancia y mi silencio.

—¿Tiene caprichos, señor Carter? —pregunta, de repente.

—Por supuesto —respondo mirando de reojo a Mei.

—Mujeres al margen... —murmura contando mis fichas, otra vez—. Si algo es de su capricho, ¿qué estaría dispuesto hacer para satisfacerlo?

—Depende del capricho.

—Buena respuesta, pero, en cualquier caso, haría cuanto estuviera en su mano, ¿cierto? —insiste, aturdiéndome.

—¿Adónde quiere llegar?

—Tengo un capricho, señor Carter. Uno que lo incumbe y que, quizá, lo beneficie. La solución más rápida y decisiva para ambos.

—Lo dudo mucho... —espeto pasando de él.

Mientras me levanto desinteresado en lo que pueda ofrecer aunque me tiene escucharlo, por el ojo izquierdo veo a mi hermano lavarse las manos,

tras haber vomitado varias veces seguidas. Entretanto, Gutierrez y sus amigos quieren irse, pero los chinos no se lo permiten.

—Será mejor que lo deje ir, señor Chen. No le conviene hacerlo enfadar —comento señalando al Gutierrez y los suyos.

—Podría, pero quiero que sean testigos de mi propuesta.

—Se acabó, señor Chen —impongo mientras los dos chinos de las cortinas se acercan y se ponen detrás de mí, sin tocarme, pero demasiado cerca—. Esto es el fin.

—¿El fin?... —increpa irónico.

—Sí, señor Chen. El fin —reitero sonriendo, soberbio.

—Faltan seiscientos mil dólares, señor Carter, esto no se ha acabado. Quiero mi dinero, y haré lo que sea necesario para recuperarlo. No intente joderme, o esto acabará siendo su peor pesadilla, ¿lo ha entendido?

Con los chinos detrás de mí bloqueando mi huída, y el dedo de Chen amenazándome, junto a su violenta mirada infernal, mi peor pesadilla es ver a Mei arrinconada por Xiong, sin que pueda moverse.

—Soy un hombre de palabra, señor Chen. Si le digo que le su dinero, no dude de que lo haré. Solo es cuestión de tiempo.

—Tiempo... —expresa sarcástico—. No hay tiempo, señor Carter. Y hace mucho tiempo que usted dejó de hacer honor a su palabra. Sin embargo, yo sí que soy un hombre de honor, y, a pesar de que faltaría a mi palabra si le dejara marchar, le respeto, señor Carter —revela, asombrándome—. De ahí, que quiera darle otra oportunidad.

—¿De repente se ha vuelto generoso?

—No es cuestión de generosidad, sino de comprensión. Sé cómo es la sensación de impotencia que lo invade si el azar lo abandona, sin explicación, y aunque usted excede mi paciencia, resulta divertido verlo en la cúspide del mundo y, al mismo tiempo, en los bajos fondos.

—¿Así se entretiene, señor Chen? ¿Arruinando la vida de hombres como yo?

—Fue usted quien decidió entrar en mi juego, ahora, no hay vuelta atrás. Ha de terminar su partida, y eso empieza por devolverme todo lo que me debe.

—Lo único que necesito es tiempo —aseguro—. No sé lo que se trae entre

manos, pero no aceptaré otra cosa que no sean días, horas, meses...

—¿¡Meses!?! ¡No tengo meses, señor Carter! ¡¡Y ella, menos!

Señalando a Mei, evito mirarla. También me mantengo en silencio. Mientras tanto, Ding se acerca a Chen y le habla al oído. Chen inclina la cabeza y le ordena volver a la barra. Serio y cabizbajo, se mantiene pensativo, durante un par de minutos.

Cuando alza la vista, se me queda mirando, fijamente.

—Como iba diciendo, le ofrezco una segunda oportunidad señor Carter.

Sin hablar, no negaré que me tienta saber de qué puede tratarse, y mi silencio, que da pie a su charlataneria, ni con el murmullo es capaz de desviar la atención del público.

—Mi capricho es este, señor Carter. Quisiera jugar un mano a mano con usted.

—¿Será una broma?

—¿Cree que bromeo? —inquire y chasquea los dedos avisando a Ding para que me enseña su arma—. Le ofrezco la oportunidad del doble o nada.

Ante su insitencia, sonrío petulante.

—¿En serio? —replico incrédulo, y él dice que sí—. ¡Habla en serio! —exclamo estupefacto—. Pero si usted no es un jugador. No sabe jugar. Solo es un prestamista al que le gustan las emociones fuertes. Es incapaz de enfrentarse a alguien. Y contra mí, perdería. Usted lo sabe.

—¿Entonces, acepta el reto? —insiste persuasivo y necio.

Mi hermano... Él se lleva un dedo al ojo. Veo la yema acercarse y pegarse a su glóbulo. De forma impulsiva, cierro los ojos temiendo que sea el mío el que toca. Entretanto, Ding se acerca a Chen, de nuevo, y murmura.

—¡Hijo de la chingada!... —sorprende Gutierrez, cabreado, tras intentar abrir la puerta.

—¡Hazlo callar! —ordena Chen—. ¿Qué me dice, señor Carter?, ¿acepta? No hay tiempo para dudas. Aún me debe el doble de lo que hay aquí. Y no tiene otra salida que aceptar mi reto. Además, como dice, el jugador es usted, por tanto, ¿no tendrá miedo a perder contra un simple prestamista cobarde?

Pensándolo, concienzudamente, comienzo a ver cómo se oscurece mi lente

hasta el punto de fundirse en negro. Erik se ha deshecho de la suya.

Ya solo faltó yo. Y Chen...

Él solo hace que tentarme con el juego. Doble o nada. Salir de aquí con la conciencia tranquila y mi deuda pagada o volver al principio y deberle mi vida.

—Doble o nada, señor Carter. Tiene un minuto. Si no acepta, dudo que vuelva a verla —amenaza señalando a Mei.

—¿Doble o nada?

—Sí, señor Carter.

—¿Si gano olvidamos mi deuda?

—Eso es —afirma convenciéndome—. Como dicen en su país, haré borrón y cuenta nueva.

—¿Y ella? —pregunto intrigado, sin mirarla.

—La señorita Ling es libre de hacer todo cuanto le plazca, siempre lo ha sido, y ahora también. Hágase un favor, señor Carter, no la meta en esto.

—¿Es usted quien la ha metido! ¡¿Cree que no sé que la utiliza?! —grito furioso y me acerco a él—. ¿Hasta dónde es capaz de llegar su avaricia, señor Chen?

—Quieto —Ding me frena—. Debería acabar contigo, aquí y ahora —sugiere el imbécil, haciéndome reír.

—El sitio me parece bien, las formas... —comento chistoso, y Ding me agarra del cuello.

—Suéltalo —ordena Chen.

—Si fueras cualquier otro, te aseguro que ya estarías bajo tierra —dice Ding lleno de odio.

Al soltarme, carraspeo un par de veces.

—Mi paciencia se agota —dice Chen—. Responda, señor Carter, ¿juega o no juega?

No debería...

Soy un hombre ganador y afortunado.

—Jugaré —afirmo seguro.

—Recuerde, si pierde...

—No perderé —replico convencido—. Adelante, señor Chen, si quiere jugar al póker conmigo, juguemos al póker.

Por un ojo observo a Chen mientras por el otro, hartándome, regresan las interferencias y se mezclan con el negro, a falta de apagarse, por completo. Si pudiera evitar a Ding, mi vigilante fisgón, podría quitarme la lente. Me molesta, me ciega, y no sé si alguien se da cuenta de lo que me pasa en el ojo.

—¡Acérquense, caballeros! —vocifera Chen—. Señorita...

Permisivo, ordena a Xiong que traiga a Mei hasta nosotros.

Mientras el croupier, confundido, mezcla las cartas, todos se agolpan alrededor de la mesa y expectantes nos observan, en silencio.

Una carta para mí y una carta para Chen. Nuestra miradas enfrentadas. Otra para mí y otra para él. Nuestras manos las sujetan mientras seguimos manteniendo la mirada clavada, e uno en el otro. Una más para mí y otra más para él. Según ocultamos su dorso, el croupier nos recuerda que jugaremos una sola mano, sin cambios, y que, en el caso de que ninguno logre combinarlas, ganará la más alta. Voy a destrozarte...

Una carta para mí y otra para él. Mientras esperamos la quinta seguimos desafiándonos con la mirada. La última para mí y la última para él. Sin perdernos de vista, cada uno unifica sus cartas según el croupier nos indica que, cuando estemos dispuesto, podemos voltearlas y enseñarlas.

Del diez al as. Esa es la numeración a combinar. Yo tengo, en la primera que miro, un as. Chen, que sonrío al ver dos de sus cartas, me da a entender que ya tiene pareja. Segunda carta a descubrir y..., una k. Ojalá tuviera una escalera... Chen vuelve a sonreír, tras ver otra de la suyas. Quizá lleve un trío.

En la esquina superior de mi tercera carta, una jota. Joder...

Mientras disimulo la rabia y la impotencia que siento, ante la posibilidad real de que pierda, Chen mengua su sonrisa, al ver su cuarta. Un trío. Como mucho lleva un trío. Suficiente para ganarme si yo...

Cuarta carta que observo y es otra k. Bien...

Con la quinta de Chen, el trío que imagino se corrobora, al observar su gesto altivo. Entretanto, mi falta de suerte se hace palpable, pero solo en mi interior. Mi quinta carta es otra k.

Quizá le gane si él...

Con mi trío de reyes apoyados en el as de trébol, paradójica que resume, a groso modo, esta noche de fortuna, Chen enseña sus cartas, una a una.

Un as. Otro as. Una jota. Otra jota. Y la última...

—Su turno, señor Carter —sugiere soberbio y ocultando su baza, a la espera de ver la mía.

Temiendo su full, me la he jugado. Pero si fuera así, Chen no habría mostrado su decepción. Sin embargo, ha optado por engañarme, visualmente, y yo he caído en su trampa, por avaricioso y confiado, muy consciente de que no habrá perdón para mí. Ya no hay vuelta atrás. Dependo del azar. Ojalá sean unas dobles y no la unión de un trío y una pareja que, sin duda, me arruinaría, y no solo literalmente.

Me siento como dice mi hermano que soy. Ruín. Pero confío en ti, suerte...

Sobre la mesa, ante un público callado, pétreo y de un desquiciado mental que me turba, descubro mis cartas.

Una a una, las observo. Un as. Chen asiente. Una k. Chen sonríe. Otra k. Chen me anima a seguir. Una jota. Su expresión demuestra su altanería y seguridad. Y, a falta de mi última, la mantengo boca abajo, en frente de la suya.

—¿Al mismo tiempo? —sugiero seguro de mí, a pesar de que la actitud de Chen es idéntica a la mía.

Soberbia innata... Furiosa adrenalina oculta...

—A la de tres. Una, dos y...

A la vez las volteamos y... Mi k gana a su qu.

—¡Sí! —grito orgulloso y me levanto y alzo el brazo con el puño cerrado—. ¡Sí!...

—No tan rápido... —espeta Chen, aturdiéndome.

—Dobles ases jotas contra trío de reyes —increpo señalando las cartas—. Rápido no, señor Chen, fulminante, ¿entiende lo que eso eso? —Me enfrento a él—. Se lo dije. Contra mí tiene todas las de perder. He ganado, y mi deuda ya no existe.

—Eso no es del todo cierto...

—Ha dicho que era un hombre de honor.

—Todo lo contrario a usted, señor Carter —replica y hace un gesto que avisa a los dos chinos que tengo detrás—. En mi país, a alguien como usted se le llama tramposo.

Los dos chinos me sujetan mientras yo intento deshacerme de ellos, entonces, al lograr apartar a uno, Ding se abalanza sobre mí y me tumba.

—¡Siéntalo en la silla! —grita Chen mientras Ding y sus dos compañeros me aprisionan.

Ahora, los que admiraban una jugada extraordinaria son testigos de la pelea entre Ding y yo. Aunque mis puños sean las rocas que en la cara de Ding se estrellan, entre los tres logran levantarme y mantenerme firme, enfrente de Chen.

Siendo el centro de todas las miradas y no por haber sido el vencedor de la noche, los chinos me sientan y me atan las manos al respaldo de la silla.

Una vez calmado el ambiente o, más bien, sumergido en un silencio tenebroso y suscitador de la violencia de los ojos de Chen, Ding se asegura de que no pueda soltarme.

Entonces, se acerca a su jefe para darle su arma, y este, sonriendo despiadado, se alza enérgico y camina hacia mí, con paso lento y firme.

—Le dí más tiempo que a los demás, señor Carter. De usted se esperaba mucho más. Y a pesar de haber vapuleado a todos sus contrincantes y de haber intentado engañar a mi jugador, con sus dotes de mago atrayente del azar, a mí no me engaña. Si he venido hasta aquí ha sido porque han visto que no jugaba limpio, por tanto, todo lo que ha ganado no vale para pagarme lo que me debe. ¿Entiende lo que le digo?

Cuando voy a responder, uno de los chinos de golpea en la mandíbula.

A continuación...

La primera vez que vi una pistola fue a los veintiún años. La segunda hace tres, pero del chaleco del tío no pasó. La tercera, fue hace menos de dos semanas. Esa vez me acojoné. Hoy, por *tramposo*, la misma apunta a mi cabeza.

...

Póker de ases

Capítulo 1

En la actualidad.

Me gustaba el dinero. Me sigue gustando. Me gusta mucho, pero, en algún momento, dejó de ser único.

Ahora, yendo hacia nuestra casa, después de haber vivido lo inaudito, creo saber cuándo dejó de ser mi mayor deseo.

El día que vi a Mei, el dicho ese de que *el dinero no da la felicidad* se mostró evidente, y dió paso a mi obsesión. Ella se convirtió en mi mayor capricho, por encima de todo lo demás, incluido el dinero. No obstante, a pesar de que ella me ha dado lo mismo que yo entregué a otras porque despreciaba cuánto pudieran ofrecerme, orgulloso de mí y de mi forma de vivir, la quise, aprendí a quererla en la distancia y en el tiempo, y no hubo momento en el que no estuviera ahí si ella me deseaba.

Te sigo queriendo, pero... ¿Por qué apareces y desapareces, en mis peores momentos?... Siempre te escuché y te creí, pero me planteo no volver hacerlo.

—Nos siguen —dice Erik a punto de llegar—. Tus amigos nos siguen — repite, agobiándome.

—¿Y qué esperabas? Ya los has oído. No pararán hasta que recuperen su dinero.

Mientras seguimos adelante, lo oigo murmurar, pero lo ignoro. Entretanto, observo el coche de los chinos, a muy poca distancia de nosotros.

Ding conduce, Xiong está a su lado y mira al frente, y en el asiento de atrás está Zhao, que me saluda inclinando la cabeza.

—Dame las llaves —ordena en la entrada.

Yo, titubeando, hago como si no las encontrara.

—Erik, antes de entrar, deberías saber algo.

—No quiero saberlo, a no ser que sepas cómo conseguir un millón doscientos mil dólares, en dos semanas —impone energético y con la mano abierta esperando las dichas llaves.

Las tengo en el bolsillo del pantalón, pero no quiero dárselas y que descubra, sin previo aviso, en qué estado se encuentra la casa.

—Taylor, dame las llaves —insiste controlando su rabia.

—No.

—Dame las llaves —musita, entre dientes, y se abalanza sobre mí para meterme la mano dentro del bolsillo—. ¡Dame las llaves!

Espantado por su cólera insospechada, a pocos centímetros de mi cara, se las entrego acobardado.

—Tuve que vender algunas cosas —revelo, confundiéndolo.

—¿Qué cosas? —pregunta intrigado según mete la llave en la cerradura.

—Las mesas de papá... —confieso, y él vuelve la mirada hacia mí—. Las joyas de mamá... —continúo, y él aprieta la mandíbula, sin dejar de observarme—. Algunas fotos de Yisel y...

—¿Y qué más? —gruñe y cierra los puños.

—Un par de cuadros.

—¿Un par de cuadros?

—Dos retratos.

—¿Mis retratos? —repite caminando hacia mí, y yo lo hago hacia atrás—. ¿Qué retratos, hermanito? —insiste perplejo y en tono jocoso y demoniaco.

—Dos vecinos se reconocieron en ellos y...

—¿Cómo se te ocurre vender mis cuadros, las joyas, las mesas, las fotos?! ... —grita como un energúmeno y, al instante, calla y respira, profundamente—. ¡Aaaah!... ¡Ahora mismo te odio, Taylor Carter!

—Nos están mirando, Erik —confieso sintiéndome ridículo mientras él abre la puerta de nuestra casa, sin importarle los chinos o los vecinos que han salido a fisgonear.

Sin acercarme, lo veo encender la luz principal. Al dar dos pasos al frente y entrar, se queda paralizado observando el interior. Al cabo de un minuto, se da

la vuelta y me dice, con el dedo en alto, que vaya hacia él. Entonces, yo, que estoy entre los chinos, aniosos por acabar conmigo, y mi hermano, que también desea acabar conmigo, opto por la consanguineidad, ante la mala fortuna.

—Puedo explicarlo —musito al entrar.

—Ven aquí...

Erik me agarra de la americana y me lleva al salón arrastras, después de cerrar la puerta, a cal y canto.

—Fueron ellos —excuso adelantándome—. Me siguieron hasta aquí y me dieron una paliza. Casi acaban conmigo. No sé cuánto estuve inconsciente, pero cuando desperté, te llamé.

Su silencio, perturbador para mí, aumenta la sensación de ahogo que me produce verlo pasear, lentamente, de un lado a otro. Pensativo y sereno, se acerca a la ventana, abre la cortina y observa el coche de los chinos aparcado en nuestra acera.

—¿Se quedarán ahí, toda la noche? —pregunta curioso.

—Sí.

—¿Y duermen en el coche?

—Suelen hacer turnos, pero, sí. Esos idiotas duermen ahí.

De vuelta al silencio indecible, parece no importarle el caos indescifrable que habita en nuestra casa.

—¡Aaaargh!... —gimo dolorido al tocarme la mandíbula.

En ese instante, Erik se acerca a mí.

—Deberías darte una ducha y curarte esas heridas —sugiere templado y cercano.

—Lo siento.

—No vuelvas a repetir cuánto lo sientes. Deberías haberlo pensado antes. Tú ya no eres el único que tiene un problema. Yo estoy aquí por tu culpa. He perdido mi honor, por tu culpa. Nuestra hermana se ha quedado sin su dinero, por tu culpa. Y solo por tu culpa, ahora yo soy responsable de tu deuda, y mi vida está manos de unos asesinos.

—Si conseguimos algo de dinero, quizá, pueda jugar y...

—¿Jugar?! —exclama incrédulo—. Se acabaron tus juegos.

—No hay otra manera de conseguir tanto dinero en tan poco tiempo.

—Eso no lo sé. Yo no vivo en la frontera del deber. Ese eres tú, Taylor, y te corresponde a ti buscar una solución.

—Podríamos robar un banco... —sugiero chistoso, y él enfurece, aún más.

—Lo primero que vas a hacer es venir conmigo a Madrid.

—¿Y qué vamos hacer en Madrid, Erik?! ¡Allí no está la solución a mis problemas!

—Pero está tu hermana, ¿la recuerdas?, esa chica a la que nunca llamas, por la que preguntas muy de vez en cuando, y la misma a la que tendrás que explicarle en dónde, cómo y cuándo, te has gastado su dinero, ¿te acuerdas de eso?, ese mismo dinero que tú y yo recibimos al cumplir treinta años, y que ella no podrá ni tocar. Cumpliré los treinta, y no recibirá lo que nuestros padres nos dejaron. Dentro de... —Mira su reloj y luego me mira a mí, desconcertado—. Felicidades, hermano. Hoy es tu cumpleaños. Espero que disfrutes del regalo que nos has hecho a los tres.

Perplejo, observo cómo se marcha hacia el piso superior, sin más. Hoy es treinta de marzo de dos mil diecisiete. Hoy es mi cumpleaños. Cumpló treinta y cuatro. Treinta y cuatro...

No sé qué pensar de mí. Me he quedado en blanco.

Sentado en el suelo, me restriego la frente, la cabeza, el pelo y la cara incapaz de pensar, ya no digo sentir. Yisel siempre lleva razón. Yo no sé sentir algo hacia alguien si no es hacia el dinero. Por él estoy en dónde estoy, y junto a un hombre que...

Mirando hacia la escalera, lo escucho dar golpes, más y más golpes a los cajones, a las puertas y a las paredes. Por mi culpa, el hombre más cabal que he conocido, además de sensato, honorable y magnífico, se está volviendo loco, en mi propia pesadilla.

No debería subir. Nunca le gustó que le molestase si se encerraba en su cuarto y no quería salir. Y aunque jamás le hice caso porque yo siempre intentaba animarlo invitándolo a jugar, nunca acepto una partida, apriosinado entre sus cuatro paredes, en las que, en más de una ocasión, se dibujó a sí mismo. Ahora, estando enfrente de su puerta, se acabaron los golpes. Pero a punto de llamar lo escucho sollozar, o eso me parece. Entonces, aturdido, pego la cabeza a la madera y afino el oído.

Incrédulo e incapaz de contener mi congoja, escucho a mi hermano llorar, desconsoladamente, exhalar entre gemidos de intenso dolor, respirar entrecortado y como si le faltara el aire, y expresar, arrepentido y culpable, su impotencia, con voz rota y grave, ante la monstruosidad de sensaciones y sentimientos que hacia mí se despiertan en él, sin quererlo, desearlo o sentirlo, realmente. Eso dice, y yo sé que lo siente.

»Tú no sabes que yo sufro. Eres mi hermano pequeño».

Lo escucho decir, angustiado.

No recuerdo haber llorado. Lo hice, al cabo del tiempo, por la muerte de mis padres. En ese momento sentí mis lágrimas, pero no eran como las de ahora. Por primera vez en mi vida siento un gran dolor en el pecho que me aprisiona, que me entumece y que me desquicia hasta el punto de no ser más que una bola dentro de una bañera, sobre la que cae el agua y de la que el agua brota.

Estoy acojonado. Cagado de miedo. Y me siento defraudado conmigo mismo, al mismo tiempo. Decepcionado de mí. Me siento mísero, ruín y un desgraciado que no ha hecho más que rebosar de penurias un alma pura porque la mía está podrida y no sé obligarla a seguir el camino recto. Soy un cobarde y un necesitado de todo, de todo y más. Soy un necio culpable de los males de un hombre que, en silencio llora, al otro lado de esta pared de baldosas corroídas y consumidas por el tiempo, el descuido y la distancia. Mis tres bazas, a la hora de no ser, lo que se suele llamar, un hermano.

Soy un mierda consagrado a la oscuridad de la angustia que no sabe sobrevivir en soledad, a pesar de ser su estado natural, más innato. Soy un miserable y un mal ser humano incapaz de reaccionar si no es de la mano del único al que he visto llorar, una sola vez, en toda mi vida. Y..., ¿por qué llora?... ¿Por qué muere de dolor en la habitación contigua?... ¿Cuál es la razón de su desdichado ahora?...

Yo soy el culpable de que esta mierda de vida que llevo esté arrastrando a mi hermano hacia mi propio infierno. Y ni las lágrimas ni el dolor de mi pecho ni la ansiedad del perdón son vencedoras a mi traición. Así me siento. Un traidor de los Carter. De Yisel Carter, precisamente.

Sin ser capaz de alzar la cabeza, avergonzado de mí, sereno mi desesperación y relajo los músculos porque no hay otra salida que no sea la de seguir el camino marcado por Erik.

Con los párpados abiertos, observando el incesante correr del agua hacia el desagüe quizás ha llegado la hora de ser parte de la corriente.

Si fuera el agua, me dejaría llevar.

En mí, como ser, seguiría el curso de los acontecimientos, sin plantearme adónde puedan llevarme. Algún sitio habrá para mí si me dejo arrastrar por la corriente. Y a la vista de que no solo depende de mí lo que suceda o no, a partir de ahora, mi papel, llegado a este punto, siguiendo el curso del río da un giro y da un salto hacia un segundo plano.

Teniendo la sensación de que no todo está perdido aunque no sepa por qué tengo el presentimiento de que todo irá bien, me pongo de pie y comienzo a ducharme consciente de que, esta vez, mi río es Erik, y yo soy su agua. Si él quiere ir a Madrid para que Yisel sepa de mi boca qué ha pasado con su parte de la herencia iré, pero será perder el tiempo.

Mirando el desagüe, el agua se mezcla con mi sangre.

Quizá lo de seguir la corriente...

Tendré que convencerlo para no ir a Madrid. Tendré que pensar en algo, pero a Madrid no iremos. Yo no.

Al salir de la ducha, convencido de hallar la mejor forma de solucionar mis problemas, sin involucrar a nadie más, pero caminando a ciegas, me acerco a la habitación de Erik y veo la puerta entreabierta. Asomándome, sin que me vea, vislumbro su sombra. Sentado en el suelo no se mueve. Está paralizado y observa algo, por encima de él. Tiene las manos llenas de pintura y está medio desnudo.

Típico de Erik...

Como hacía, a mis diez años, empujo la puerta suavemente y entro en su cuarto caminando sigiloso. Él sabe que estoy aquí. Yo sé que él lo sabe. Es un juego tonto, sobre el no te veo, y tú haces como si yo no estuviera, y, así, te dejo entrar y curiosear. Eso sí, siempre que terminaba de pintar.

Él jamás me dejaría pasar si su obra no estuviese terminada, y esta debe estarlo porque no me mira, y yo hago como si nada.

Sin embargo, al ver mi imagen en su cuadro improvisado, me doy miedo.

—¿Ese soy yo? —pregunto estupefacto—. ¿Así me ves, como a un demonio del infierno?

Sin que responda, y manteniendo su postura encogida, Erik me incita a acercarme a su obra. Y yo lo hago, pero me quedo embobado, incrédulo y petrificado mientras observo mi rostro plagado de llagas, de heridas sangrantes y de grietas abiertas.

Sin que sepa la razón que lo ha llevado a dibujarme con fealdad inframunda e inhumana, reniego de mi imagen atroz y doy dos pasos hacia atrás.

—No soy un hombre malo. No tengo el alma negra, tal y como tú la has dibujado —comento acariciando la carroña que da forma a mi cuerpo.

Erik, mientras tanto, se muestra indiferente ante mi espanto y continúa cabizbajo.

De base oscura, pero en ardiente fragua, la imagen de mi yo, tenebroso y violento, permanece sobre la pira infernal en donde, poco a poco, me voy calcinando. En mis manos, las fichas de póker y una baraja. Sobre mi cuerpo, la desnudez de mi alma. Un corazón desquebrajado, podrido y corrompido. En mi cabeza, sobresaliendo de mí, dos cuernos imitación de los del macho cabrío representando mi maldad. Y por debajo de mí están, sin haberse quemado, pero con las brasas debajo de sus pies, mi hermano y Yisel como espíritus blancos, con una cadena alrededor de su cuello y de la que yo mismo estiro para estrangularlos. A mi alrededor, el dinero brota del cielo, pero cayendo sobre mí no toca mi piel. A ambos lados, en apariencia extraña, unos individuos se arrancan la piel a tiras según caminan hacia mi figura para aniquilarla con sus largas y envenenadas espadas oxidadas. Horrendo... Y el cielo...

En el techo del mundo, del mismo mundo imaginario de mi hermano, reflejado en lo más alto del lienzo, hay siete flores de loto y una luz blanca y pura, lejana e impenetrable.

—No soy un hombre malo —repito alejándome del cuadro y de la crueldad que ha plasmado de mí, mi hermano.

Al salir, sin que él se haya movido del sitio, mis lágrimas ya no existen ni aunque desee desplomar toda mi amargura sobre mí. Ahora soy rabia incontrolada.

—No eres un hombre malo —sorprende Erik entrando en mi cuarto—. Y no te veo, tal y como te he dibujado.

—Seguro que no...

—No lo entiendes, Taylor. No entiendes mi arte. No sabes que solo es la manera de expresar mis emociones. Para mí no eres el demonio. De ahí, la luz que he pintado sobre ti. Eres tú quien se ve como un ser diabólico, ante la bondad de otros. Yo solo he reflejado la visión que tú tienes de ti mismo.

—Déjalo, Erik. Sé que soy vulnerable y que me dejo tentar. Sé que no estoy hecho para el cielo.

—No se trata del cielo y del infierno, sino...

—¿Podemos cambiar de tema? No tengo tiempo para el arte.

Tras un par de minutos, que yo invierto en curar mis heridas, y él en permanecer callado observándome, mi móvil suena, y los dos lo miramos, acojonados. Es Mei. Mi oriental preferida me manda un mensaje.

»Estoy bien. He regresado a Hong Kong. No respondas. Me vigilan. Cuidate mucho, por favor».

No te entiendo... ¿Por qué te alejas de mí?... ¿Por qué estás tan lejos?... Sabes que eres mi capricho... O..., ¿quizá, no?...

Quizá no lo sepas. Quizá debí decírtelo. Haberte confesado que eres mi piedra de jade. Mi mayor ambición. Pero admitir que te quiero sería aceptar tú eres mi ruindad disfrazada de as.

—¿Temes por ella? —pregunta, con cierta aflicción.

—Estará bien. Temo más por ti —respondo sincero—. Erik, no podemos ir a Madrid —comento, y él frunce el ceño—. No hay tiempo para viajes y para confesiones que no nos ayudarán a conseguir el dinero que debo. Lo mejor sería quedarse y...

—Taylor, no puedo quedarme. Lo sabes.

—Está bien. Márchate. Yo solucionaré mis problemas. Tú ya has hecho bastante.

—No me marcharé sin ti. Vindrás conmigo, Taylor.

—¿Por qué eres tan cabezota? ¿No te das cuenta de que esto va en serio?

—Tres cabezas piensan mejor que una, hermano.

—¿Acaso tienes un plan? —pregunto sorprendido.

—No. No tengo un plan, pero tú ya no estás capacitado para afrontar la que se nos viene encima.

—No tendría que haberte llamado...

—Escúchame —ordena impasible según se acerca—. Deja de hacerte el chico duro conmigo. Me necesitabas, por eso me llamaste. Y yo vine a ayudarte porque eres mi hermano. Ahora estamos juntos en esto aunque yo no lo merezca. Y estamos solos, hermano. Solos, tú y yo. Así que hazte un favor y deja que tu familia te ayude. Y tu familia incluye a Yisel, no lo olvides. Esos tíos nos siguen y vendrán a por nosotros, pero si no estamos, ¿qué pasaría?

—¿Pretendes huir a Madrid y que ellos no nos sigan?

—Quizá lo logremos.

—¿Y después qué? ¿Qué haremos?

—Ir a ver a tu hermana. Tiene que saberlo, Taylor, y no te escaparás.

—Qué pesado eres...

—Después, tú y yo iremos a París.

—¡¿París?!

—Sí, hermano. Después de visitar a Yisel, iremos a París. Tengo que asistir a la exposición. Es muy importante para mí, además, quizá pueda ampliarla y vender alguna de mis obras para conseguir algo de dinero.

—No sé, Erik... —expreso dubitativo—. Sigo creyendo que lo mejor sería jugar unas partidas.

—Como vuelvas a hablar de jugar, te juro que yo mismo te entrego a los chinos —amenaza, con firmeza—. Eso podemos hacerlo en cualquier momento y en cualquier lugar. Seamos serios, Taylor, ¿de acuerdo?

—Está bien. Lo haremos a tu modo, pero si no recaudamos lo suficiente, jugaré.

—Quizá no haga falta conseguirlo todo. Si le demostramos a Chen que...

—Creo que no lo entiendes, hermano —replico exasperado y con retitín—. Esos tíos serán nuestras sombras, aquí o adónde vayamos. Se asegurarán, sin que te des cuenta, de tenernos controlados, en todo momento ¿Sabes las ganas que tienen de quitarme del medio? ¿Acaso sabes cuánto me odian? Están deseosos de meterme un tiro entre ceja y ceja, y te aseguro, hermanito, de que no dudarán en hacer lo mismo contigo si no les devolvemos todo su dinero. Todo, Erik. Y en dos semanas, ¿lo entiendes, ahora? ¿Eres capaz de comprender que mi mundo no es tan diplomático como el tuyo ni sabe de

condonaciones?

Desconcertado asiente y traga saliva.

—Llevas razón, Taylor. No lo entiendo, pero no te dejaré aquí. Si como tú yo soy su flanco, déjame que sea yo quien decida cómo salir de esta. Llevo toda la vida escuchándote decir que tú lo solucionarás, pero resulta que nunca es así. Siempre has acabado llamándome a mí.

—Eres mi hermano mayor...

—Exacto. Y estás en mis manos, pero te prometo que si no conseguimos el dinero, y Yisel no encuentra otra salida, no me opondré a que juegues.

—Hecho.

Estrechando nuestras manos, las mías se ensucian de su pintura infernal, roja y negra. A continuación, mientras él se da una ducha yo vuelvo a leer el mensaje de Mei, preocupado por ella.

Sé que estará bien, pero preferiría que estuviera conmigo, a pesar de saber que yo soy un riesgo para ella y para cualquiera que intenta quererme. Sí, lo soy. Todos los que me rodean lo saben. Y ella busca la calma en una vida repleta de cordialidad, de cariño y de dulzura que yo no puedo ofrecerle porque no le convengo. Sí. Todos lo sabemos. Y aun así, la quiero.

Lejos quedan sus desprecios. Para mí no tiene valor el que me haya usado, despreciado y humillado, íntimamente, todas y cada una de las veces en las que desperté en soledad, en las que escuché de su boca un no, a la opción que quedarse conmigo, y en las que casi le confieso cuánto la quiero y cobarde no lo hice, por si ella se alejaba de mí como tantas veces hizo. Por tanto, siendo un riesgo, de nada sirve lo que he hecho, a pesar de que la quiero.

—¡Taylor!, ¡mi móvil, alguien me llama!

Al agarrarlo, en la pantalla veo la imagen de un hombre alto y corpulento de bigotes largos sin barba, con sombrero de pelo, y un bastón sobre el que se apoya, en la Plaza Roja de Moscú.

—¿Quién es este tío? —pregunto intrigado según le doy el móvil, y él se asombra, pero sonrío.

—Un coleccionista... —susurra alegre.

Oírlo hablar medio ruso me hace reír, entretanto, observo el coche de los chinos, desde la ventana.

¿Qué pasará cuando descubráis que nos vamos, al otro lado del océano?...

En unas horas habrá amanecido, hasta entonces, yo duermo en mi habitación, y mi hermano en la suya. Pero por mucho que lo intente no pego ojo, y creo que Erik tampoco, de hecho, he oído su deambular continuo, durante toda la noche.

Con los primeros rayos de sol despuntando al alba...

—¿Preparado? —pregunta, con amplia sonrisa.

—¿Cómo pretendes escabullirnos de ellos?

—Ignorándolos.

Mientras río su ingenuidad, Erik regresa a su habitación para terminar recoger sus cosas.

Es una mala idea la de ir a Madrid... Muy mala idea...

Como anoche, sin más remedio, soy el agua, y él corriente, mientras tanto, me dejo llevar consciente de que Yisel será el desagüe que me tragará, sí o sí.

Que ignoremos a los chinos... Con eso no basta.

Obviando la inocencia de mi hermano, en una maleta meto el único traje que me queda, junto al taco de cartas de rebordes dorados, una camisa y un par de zapatos.

—Ya tengo los billetes —revela inquieto—. ¿Lo tienes todo? Saldremos en quince minutos. He llamado a un taxi.

—Creo que sí —respondo observando alrededor—. ¿De verdad quieres hacer esto? ¿Estás seguro? Yo sigo teniendo mis dudas.

—Tú siempre tienes dudas cuando no eres tú el que mandas.

—Ya sabes, hermanito, me gusta mantener el control.

Sonriente, Erik muestra su lado más afable. Ese que a mí me falta.

—Me das miedo —revelo, asombrándolo—. Todas las veces que te he visto tan orgulloso de ti y con esas sonrisa en la cara has logrado todo lo que te has propuesto. Y tengo la impresión de que ideas algo y no quieres decírmelo.

—No ideo nada. Solo río porque me hace ilusión saber que el marchante con quien hablé, quizás, acuda a la exposición.

—¿Tan importante es?

—Sí, es importante, pero no solo él —responde, con cierto brillo en los ojos.

—¿Es rico?, ¿poderoso?

¡Pííí..., pííí!...

—Nuestro taxi —dice agarrando su maleta y su cuaderno de bocetos.

—Me gusta verte así —comento, de repente, y él vuelve la mirada—. Es cierto, Erik. Me gusta verte sonreír, y creer que eres capaz de lograr cualquier cosa.

—Algo que aprendí de ti, hermano —confiesa calmado, y yo sonrío su acercamiento fraternal—. ¿Nos vamos?

—Por detrás de ti...

Y por detrás de él camino hacia el taxi mientras obviamos a los chinos, que nos miran confusos y nos siguen.

—¿Crees que...

—No lo sé, Taylor. No sé qué pasará.

Como yo mi hermano duda de todo. Sin embargo, parece no perder la calma aunque yo no deje de mirar hacia atrás, por si perdemos de vista a los chinos.

En algún momento conseguiremos despistarlos... Estoy seguro.

—Deja de mirarlos —ordena, con cierto entusiasmo, y me quedo mirándolo, aturdido.

Está inmerso en su felicidad, confusa y desconcertante como mínimo, y de un repentina alegría que no concuerda con lo que sentía hace una hora y con lo que debería sentir, dada nuestra situación. Mi hermano, como yo solía hacer en mis momentos de gloria, cavila, reflexiona, tantea, explora, elije...

Que lo haga delante de mí, sin que yo sepa en qué y sobre qué, me turba y me desespera.

—Háblame de ese marchante. ¿Cómo se llama?, ¿por qué es tan importante? —pregunto curioso.

—Solo es un coleccionista —responde, con desinterés.

Sonriendo, de nuevo, aumenta mi curiosidad.

—¿Por qué estás tan feliz, de repente?, te juro que me estoy volviendo loco intentando adivinarlo.

—Tengo ideas, Taylor —dice perspicaz—. Muchas ideas...

—Ya hemos llegado —sorprende el taxista.

Sin que me explique su inesperada felicidad, mi hermano camina acelerado hacia la terminal, y yo lo sigo, pies con pies, e intento incitarlo hablar, pero es imposible. Con su rápido caminar, que nos entremezcla con la gente, que avasalla y se pierde entre unos y otros, me es imposible intentar conversar con él. Mientras tanto, sin haberlos perdido de vista, los chinos continúan detrás de nosotros, pero a cierta distancia.

—Espera un momento.

Intento acercarme a ellos, pero Erik me detiene.

—Ignóralos —impone.

—Solo voy a hablar.

Me escabullo y camino hacia ellos, altivo.

—Señor Carter... —dice Ding viniendo hacia mí.

—Llama a tu jefe —ordeno impasible.

—¿Tiene alguna duda?, quizá, yo pueda ayudarlo.

—Déjate de memeces y llama a tu jefe, ahora mismo.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —pregunta enfrentándose.

—Tú hazlo —insisto pegando mi rostro al suyo.

En ese instante, Xiong frena el empuje de Ding. Tiene que ponerse al teléfono. Chen lo llama.

—Qué suerte tengo... —musito, y él endurece la mandíbula y responde.

Con Erik a mi lado y teniendo enfrente a Zhao, Xiong y al ejecutor de Ding, nos mantenemos a la espera contactando con sus miradas, a veces acompañadas por sonrisas irónicas, y otras veces por murmullos e insultos, en voz baja.

—Toma, es para ti.

Ding me ofrece el móvil.

—Buenas tardes, señor Chen —saludo falseando mi sonrisa.

—¿Qué cree que está haciendo, señor Carter? Me sobra tiempo, poder y dinero para acabar con los dos, en cuestión de segundos, sin llamar la

atención. ¿Adónde cree que va?

—Creo recordar una frase suya... *»Búscate la vida, Taylor Carter«*..., sí, eso me dijo. Y eso hago, señor Chen. Buscarme la vida.

—¿Si no...

—¡Escúcheme! —grito acallándolo—. ¿Quiere recuperar su dinero? Yo quiero a Mei, y haré todo cuanto esté en mi mano para volver a verla, eso sí, después de haberme deshecho de sus lacayos ineptos. No me amedrentan sus asesinos a sueldo. Y son libres de seguirme si usted lo ordena, pero si se interponen en mi camino, o sus hombres le ponen la mano encima a mi hermano o a mí, seré yo mismo quien vaya a Hong Kong para meterle un tiro entre ceja y ceja, con o sin su dinero. No le tengo miedo. Y tampoco temo morir.

Antes de hacerlo acabaría contigo...

Sin darle opción a réplica, le devuelvo el teléfono a Ding, y este escucha los alaridos de su jefe. Mientras tanto, mi hermano y yo continuamos caminando hacia la puerta de embarque.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta nervioso.

—Nos desea un feliz vuelo.

—No es cierto...

—Sigues siendo inocente, Erik... —musito conmovido, y él sonrío—. Yo pensaba que la inocencia se perdía con la edad.

—De ti me espero cualquier cosa... —opina certero.

»¡Última llamada para los pasajeros del vuelo 7583KRF, con destino, Madrid!»

Tenemos diez minutos para llegar. Acelerando el paso, nos cercioramos de que los chinos no nos encuentren para que no vuelvan a seguirnos. Mi hermano y yo nos mezclamos entre la multitud y disimulamos que nos conocemos si es que entre nosotros se cuele algún oriental parecido a ellos. Al volver la mirada...

—Creo que nos han perdido de vista —murmuro y miro a Erik, que contacta conmigo.

Sin rastro de mis sombras, me uno a él. Caminamos mucho más deprisa en dirección hacia la masa de turistas españoles que han visitado Las Vegas.

Esperando en la cola como ellos, los dos cruzamos los dedos para que los chinos no nos vean.

—Buenas tardes —saludan dos azafatas de tierra—. Erik Carter y Taylor Carter —dicen, a la vez, mientras comprueban nuestros pasaportes y nos observan, de arriba abajo.

La bajita está buena... Y creo que a la otra le gusta Erik...

—Que disfruten del vuelo.

Mientras la bajita inclina la cabeza y me recuerda a aquella mujer que he perdido por ahí, no sé en qué lugar de mi camino, la otra le hace un guiño a mi hermano, y él sonríe, tímido.

—¿Te haces el interesante, hermanito?

—¿De qué estás hablando? —espeto.

—Eres el típico tío que fascina a las mujeres. Uno de esos que las embelesa y que las deja pasmadas mientras lo examinan con la boca abierta y..., y con las piernas, aún más abiertas. No sé si me explico.

Erik me mira incrédulo y continúa caminando, sin hacer algún comentario. Al salir del túnel, cruzamos buena parte de la pista para acceder al avión.

—Disculpe, ¿es necesario que tengamos que llegar hasta el avión invadiendo la pista? ¿No hay otra manera de acceder al aparato que no sea esta?—pregunto a uno de los guardias de seguridad que nos acompañan.

—Los pasajeros *Business* acceden al avión por la galería de la planta superior —dice señalándola—. El resto de pasajeros lo hace por la pista. ¿Es usted *Business*?

—No.

—En ese caso, continúe.

Sobre nosotros hay una rampa acristalada. Antes, yo era uno de esos que ahora la cruzan.

—Podríamos haber ido en primera —reprocho, con rabia, y mi hermano se sorprende.

—¿Para qué quieres ir en primera? —pregunta simple, y yo ni respondo.

A los pies de la escalera del avión, sin explicarle por qué porque no vale la pena ahondar en mi preferida forma de estar y ser para vivir, saludamos a un

par de azafatos, que no me hacen reír, y a Erik, menos. Lo han vuelto a llamar, pero lo que sea que le están diciendo no debe ser muy agradable. Él escucha, asiente, endurece el gesto, cierra los párpados y se mantiene en silencio. No sé si preguntar...

—Adelante... —saluda otra azafata, antes de que entremos.

Tras verificar los billetes y los pasaportes, otra vez, Erik otea en busca de nuestros asientos.

—Quince, jota. Ese es el tuyo —dice señalándolo.

—¿El asiento del medio?...

—Sí.

—No. Yo no me siento ahí ¿El tuyo cuál es?

—El de la ventana.

—Pues para mí.

Pasando por encima de él, me meto en el tercer asiento de la fila quince. Mi hermano, que lo conozco demasiado para saber que no quiere cambiármelo, por no hacer esperar al resto de pasajeros, caballeroso, amable y sonriente permite el paso, y, a continuación, guarda nuestras maletas en el porta equipajes, a excepción de su cuaderno de bocetos.

La última vez que curioseé uno de sus cuadernos, tenía trece años. Cuando se duerma, le echaré un vistazo a este.

—Si crees que vas a ir sentado ahí hasta llegar a Madrid, estás soñando, hermanito. Levántate de mi asiento —impone, con firmeza.

—Vamos, Erik..., ¿qué más te da?...

—Necesito luz para dibujar. La luz del sol. Te lo pido por favor, Taylor, regresa a tu asiento.

Nunca he ganado una batalla visual contra mi hermano.

—Hagamos un trato —sugiero divertido aunque a él, por la experiencia, le supere mi manera de motivar nuestra relación.

—No estoy para juegos...

—Quizá mi juego sea bueno para ambos —comento seguro de intentar unirnos.

Mi hermano, y por eso lo admiro, jamás se rinde. Parece ser, en todo

momento, la clave para solventar cualquier situación, por muy mala que sea. Pero a pesar de mantener la calma y la enterza, sé que oculta un gran dolor desconocido y porque jamás me he preocupado por él. Quizás ha llegado la hora de preguntar.

Erik, a pesar de ser un gran yugo para él, no sabe decir que no, y accede a jugar conmigo desconociendo que mi intención es la de ahondar en sus sentimientos como nunca he hecho.

—¿Qué tengo que hacer para que pueda sentarme, junto a la ventana? —insiste sereno y cansado mientras ocupa el asiento del medio.

—Anoche, cuando salí de la ducha, fui a tu cuarto —revelo captando su atención—. Te oí llorar. Y no creas que fuiste el único en hacerlo —confieso dolido, pero sonriente—. Quise preguntar, pero no me atreví.

—Taylor...

—Escúchame, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Te oí decir que sufrías, y quiero saber por qué.

Verlo respirar como si el aire le fuera intranspirable, verlo cerrar los párpados, y verlo negar con la cabeza su propia pena, me incita a animarlo a hablar, todavía más.

—¿Qué ocurre, Erik?, habla conmigo.

Pí...

Con la luz de los cinturones encendida, mi hermano y yo nos abrochamos los nuestros, sin mediar palabra.

Es desesperante... Él mira a la azafata, yo lo miro a él, y espero ansioso a que decida responderme.

—¿Podrás esperar hasta que estemos en pleno vuelo? Me incomoda el despegue —sugiere inquieto.

—No hay problema. Cuando quieras, te escucho.

Le hago un guiño, él vuelve la mirada hacia el pasillo, y yo retomo una de sus dudas. ¿Para qué quiero ir en primera?...

Meunda memez me pregunta...

Quizá para tumbarme en un gran asiento de piel, disponer de una manta de

pelo, de una zafata cada tres pasajeros, y de todo lo que desee y más. Quizá para sentir que sigo siendo el hombre que era y el hombre que fui. Lo echo de menos. Mi ser presumido ha desaparecido, y lo hecho en falta porque no tengo memeces como diría mi hermano. Sentado aquí, solo puedo mirar por una ventana empañada y sucia, no más grande que la palmo de mi mano, embadurnada del sudor de muchos. Solo veo el asfalto y yo quiero ver más allá del cielo. De repente, mirando aviones que despegan, los chinos invaden mi cabeza.

—Erik...

—Taylor...

A la vez, mi hermano y yo nos miramos y sabemos lo que queremos decirnos.

—Yo no los he visto —dice, con cierta cautela.

—Yo tampoco —aseguro.

Observando alrededor, ninguno los vemos.

—Hemos tenido suerte... —expresa relajado.

—Será mejor que eche un vistazo.

—Ahora no puedes levantarte. Vamos a despegar.

—En cuanto estemos en el aire, me voy a pasear.

—¿Por qué no puedes admitir que, quizá, yo llevo razón?

—No es cuestión de razón, Erik. Solo me resulta extraño no verlos. No es tan fácil despistarlos. Llevan siguiéndome desde que los conocí, y no me sorprendería que aparecieran, de un momento a otro.

—A lo dicho me remito. En tal caso, ignóralos.

Acomodándose en el asiento, mi hermano parece en calma, yo, en cambio, no me creo que Ding no haya subido al avión.

Oteo entre los pasajeros, sin que vea algún chino parecido a él, o al gordo de Xiong. Y a Zhao, al que odio por mentiroso, tampoco lo veo. Quizá mi hermano lleve razón...

Especular con la posibilidad de que los hayamos despistado suscita mi relax y mi calma. En este avión no parecen estar, por tanto... Sonríe nuestra ventaja.

Absorto en las luces parpadeantes de la pista, la velocidad del avión aumenta. En cuestión de segundos, sobrevolamos mi ciudad natal. Alejándonos de Las Vegas, resulta impresionante admirar la cantidad de luces que la envuelven mientras, a su alrededor, la nada abunda. Entretanto, bajo el sonido incesante de los lloros de un bebé, desesperantes para algunos, intento descansar, a pesar de tener la cabeza repleta de dudas.

Supuestamente, Erik no posee capacidad económica para hacer frente a mi deuda. De ahí, que se prestara a firmar la cláusula testamentaria. Su versión, convincente para mí, sobre su carencia de capital, incluye la falta de cobertura, a la hora de negociar la venta de sus cuadros. Según Erik, su prestigio como pintor ha decaído. Y aunque le he preguntado por qué, él se limita a decir que la crisis afecta al mercado y que, si por algún casual vendía o vende alguna de sus obras, la mejor vía es el mercado negro. Un mercado al que se niega acceder. Y de ahí, mi duda.

¿Será ese marchante con el que ha hablado la solución a mis problemas?...

Al mirarlo de reojo, descansa plácido, entretanto, mi claro y evidente desconocimiento sobre su vida plantea decenas de preguntas, junto a la terrible sensación ignorante que se adueña de mí, por no saber de él como debería saber un hermano.

—Erik, ¿estás durmiendo?

—Eso intento.

—¿Puedo preguntarte algo? —insisto intentando captar su atención aunque no se mueva ni para mirarme—. Cuando llegaste me dijiste que tus cuadros no tenían el valor que yo creí, pero ahora y según tú, quizá, su venta sea suficiente para saldar la deuda que yo tengo con Chen. Mi pregunta es la siguiente, ¿cómo han podido revalorizarse, en solo unos días?, ¿ese amigo tuyo marchante, tal vez?

Sé que siendo perspicaz y haciendo las preguntas adecuadas, mi hermano regresa al planeta aunque de forma extraña. Sin hablar, pero observándome, Erik mantiene la compostura, a pesar de mostrarse melancólico.

—No me dejarás dormir, ¿verdad?

—Tengo la sensación de que no estás siendo sincero.

—¿Me reprochas mi silencio, cuando tú has estado toda la vida engañándome? —inquire.

—No te he engañado. Solo he ocultado parte de la verdad.

—¿Y eso solo te atañe a ti, o yo puedo usarlo a mi favor?

—Puedes usarlo, pero no te ayudara a tener la conciencia tranquila, te lo aseguro —opino, y él extraña el gesto.

Pí...

Ya podemos desabrocharnos los cinturones. Erik, después de hacerlo, se pone de pie.

—Voy al baño. Cuando vuelva, quiero mi asiento.

Mi hermano y paciencia están al límite. Su cara es el reflejo de su alma.

Sin más opción que devolverle el asiento, me acomodo en el mío y miro al frente. La azafata está repartiendo el periódico y, a su vez, pregunta a los pasajeros si desea algo de beber o de comer. Aquí, en turista... Comer y beber... Yo no debería estar aquí.

La azafata, delgada y alta, no llama la atención, pero su constante y abierta sonrisa le otorga simpatía, a pesar de la imponente de su rostro, afilado y marcado. Detrás de ella, otra azafata arrastra el carro de las bebidas y de las banejas de comida, que distan mucho de lo que en primera nos darían.

Para qué quieres ir en *Business*...

Para no tener que soportar a tanta gente, y para no tener que escucharlos, o verlos beber o comer esta bazofia, desesperados.

—¿Café, agua, refrescos, té?... —pregunta la azafata, feliz.

—No, gracias. Pero si tiene una almohada...

—Por supuesto —responde amable, abre el porta equipajes y me entrega una—. Que descanse.

—Gracias.

Al apoyar la cabeza y cerrar los párpados, noto cómo me tocan en el hombro. Convencido de que es Erik los abro.

—Me alegro de verlo, señor Carter —sorprende Ding, que sonrío suspicaz—. ¿Creyó despistarnos? —pregunta, sin que responda—. ¿Está cómodo en esta lata de sardinas?

—Disculpe —dice Erik, a su lado—. ¿Me permite pasar?

Ding accede amable, entretanto, mientras yo lo observo con desidia, mi

hermano, sereno e indiferente, lo ignora.

—Volveremos a vernos —dice Ding, de vuelta al otro lado de la cortina.

Será cabrón... Está en la zona más privilegiada del avión.

Los malditos chinos están en donde yo debería estar si mi hermano lo hubiera pagado o si yo fuera el hombre de antaño.

—Llevabas razón —dice Erik—. No los hemos despistado.

—¿Y ahora qué? —pregunto irascible.

—Nada. La ignorancia es nuestra mejor baza.

—Nuestra baza... —repito incrédulo por su imitación de mi lenguaje—. No tienes idea de en qué estamos metidos...

—Tranquilo, el tiempo pone a cada uno en su sitio. Nosotros tenemos que limitarnos a seguir nuestro camino.

—¿Nuestro camino? —inquiero irritado—. ¿Qué camino, Erik? Nosotros no tenemos ningún camino marcado que no acabe en sus manos si no hago frente a mi deuda. Y no quiero recordarte que Mei está metida en esto y que...

—Todos tenemos un camino —replica tranquilo—. Solo hay que dejarlo aflorar —dice, sin más, enfureciéndome.

—¿Dejarlo aflorar?!

—¡Shhh!...

Tras ordenar mi silencio aunque los niños sigan llorando, observo a mi hermano sonreír, desesperándome.

—¿Y has tenido en cuenta que mientras seguimos tu camino ellos vienen por detrás? —replico sarcástico.

—¿Me dejarás dormir?

—No sé cómo me he dejado convencer...

—Taylor, olvídale, ¿de acuerdo? Ya estamos aquí, así que deja que los acontecimientos surjan por sí solos.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí —asegura.

—Está bien, caminaremos por tu camino y con ellos detrás, todo el tiempo —gruño agobiado.

—Ahora, ¿me dejarás dormir?

—¿Es lo único que te importa?, ¿dormir?

—Sí, Taylor. De momento, es lo único que puedo hacer. No tienes idea de lo agobiado y de lo derrotado que estoy. Así que hazme el favor de dejarme descansar.

—¿Puedo reguntarte algo?

Erik endurece la mandíbula, pero asiente.

—Cuando hemos subido al avión, parecías un alma en pena, ¿quién te ha llamado?

—Monique.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí, pero ¿tus problemas no son suficientes? —pregunta esquivo.

—Supongo que sí... —respondo cabizbajo—. Pero aun así, me gustaría saber qué ha pasado.

—¿Serviría para algo?

—Quizá para desahogarte.

Sé que lo admite aunque no lo diga. Me demuestra su dolor, pero no da su brazo a torcer para que me cuente qué es lo que le pasa. Repentinamente, lo llaman. Entonces, observa su móvil y de su aparente tristeza nace una sonrisa, desconcertante para mí.

—¿Qué ocurre?

—Es Vladimir —responde, con cierto entusiasmo.

De nuevo, la imagen del ruso despierta mi curiosidad. Y mientras él habla con él, su rabia amarga se transforman en alegría camuflada y en sonrisa sutil. No entiendo qué sucede, pero ese hombre estrambótico logra sonsacarle una sonrisa, cada vez que se pone en contacto con mi hermano.

Al finalizar su breve conversación...

—¿Cómo puedes cambiar de actitud, de manera tan dispar?

—Cuando hablo con Vladimir, recuerdo mis días en San Petersburgo.

—¿Qué hay en Rusia para que te brillen tanto los ojos?

Cauteloso como siempre y ocultista de costumbres, Erik me acerca su

cuaderno de dibujos.

Por primera vez, mi hermano me lo ofrece para que lo hojee.

—Ahí encontrarás la respuesta. La razón por la que vuelvo a empezar, cada día, y lo único por lo que vale la pena luchar.

Confundido, observo la nostalgia que lo invade. Al abrir el cuaderno en donde plasma sus ideas, varias pinturas llaman mi atención, al margen de la mayoría. En primer lugar, la imagen de mí mismo sobre varias cartulinas, sin ser lo que esperaba de un retrato de mí, pero sí del estilo de mi hermano.

—Dices que no me ves como a un ser demoníaco, pero tus dibujos dicen lo contrario, ¿qué debo creer, Erik? —pregunto intrigado según le enseño las cinco pinturas que ha hecho sobre mí.

—No les hagas caso, las hice en el vuelo que me trajo a Las Vegas. No lo entiendas como una visión de ti, sino como una faceta tuya, dadas las circunstancias del momento.

—Defínelo cómo quieras... —comento desinteresado—. A las pruebas me remito.

Tras enseñarle, de nuevo, mis imágenes diabólicas, en base a mi estilo de vida, desisto en seguir preguntando por ellas llevado por la curiosidad que despierta en mí la mujer de sus otros bocetos. Habrá más de cien dibujos de ella, a carboncillo y a mano alzada, que parecen hechos en sueños.

—¿Quién es? —pregunto intrigado.

—Natasha —revela pensativo y soñador.

—Es una preciosidad... —musito mirando su rostro de ángel, sus pómulos marcados y sus labios carnosos—. ¿Y Monique...

—No imagines cosas raras —increpa serio—. Natasha no es lo que crees.

—¿Y qué es?, porque hay demasiados bocetos de su rostro y de su cuerpo, ¿no crees?...

—No es lo que parece —reitera, sin convencerme.

—¿Es tu musa?, ¿tu inspiración? —insisto según le enseño más imágenes que él no observa, entrometido en sí mismo, mientras lo veo restregarse la cara, agobiado.

—¿Qué esperas oír? —espeta susceptible—. ¿Qué existe? ¿Qué estoy

enamorado de ella? ¿Qué la sueño y me desvelo necesitado de dibujarla para que no sienta la amargura de no poder tenerla? —confiesa, ante mi expectación—. ¿Qué te digo, Taylor? ¿Qué desde que la vi no concibo otra manera de vivir si no es con ella? —calla y agacha la mirada—. Podría contarte que mi vida es la amargura que me corrompe, cuando accedo a los deseos de mi mujer. Pero se acabó. Por ser fiel al perdón caí en la mala praxis de la carne, de manos del engaño y de tantas cosas más que...

Dejándome perplejo, la aflicción de mi hermano me daña, mientras tanto, su tristeza me mantiene en vilo. Me acojona, sin tener por qué.

—Erik, ¿Natasha es la razón por la que tienes problemas con Monique? —pregunto, y él ríe.

—Nooo...

—Pues..., no lo entiendo.

—No tienes que entenderlo —replica enfadado.

—Si me contaras lo que ocurre, quizá, te ayude mi opinión.

—No lo creo, además, es muy largo de contar.

—Tenemos mucho tiempo, y todo un continente y un gran océano por cruzar.

—Más que de sobra para aburrirte...

—Erik, habla conmigo —insisto, y él endurece la mandíbula cabizbajo—. Erik, háblame de ti, de Natasha, de Monique.

—Demaisado...

—Para mis oídos, no. Te lo aseguro, hermano. Escucharte es lo menos que puedo hacer por ti. Además, me conoces. Y ya sabes que tengo cierta experiencia con las mujeres que...

—Eres un fanfarrón.

—Sé mucho más que tú, Erik. No puedes negarlo.

—¿Crees que voy a entrar en tu juego de saber quién es el macho dominante? Yo respeto a todas las mujeres con las que he mantenido relaciones sexuales, además, tengo tres años más que tú, enano. Tres años más de experiencia —comenta certero aunque yo siga creyendo que lo supero.

Mirándolo desafiante, Erik agarra sus dibujos y los ordena, muy despacio.

—Erik...

—Taylor, quieres que te hable de mí, pero yo te he pedido que me dejes dormir, y a ti parece darte igual, ¿sería posible que cedieras, alguna vez? Quizá si das recibas.

—Está bien. Pero te aseguro que te vendría bien contarme lo que te pasa.

—Lo que me pasa es que, a veces, yo también soy un demonio como tú que yace sobre un lienzo en llamas —dice consternado.

—Tú no eres malo, Erik. Tú problema es que no sabes decir que no porque eres demasiado bueno.

—Quizás esa sea la razón por la que me encuentro en esta situación —añade pensativo.

—¿Qué te ha pasado?, no eres el Erik que recuerdo.

—Que tengo sueño, Taylor. Y que si no duermo no puedo ser yo.

Mi hermano se acomoda en su asiento, inclina la cabeza hacia la ventana para apoyarla sobre ella y, al segundo, cierra los párpados.

Por primera vez, siento pena por él. Siempre fui yo el que hacía de personaje viciado y de espíritu penoso, pero ahora, con él a mi lado, me siento más fuerte a pesar de que, de los dos, el más fuerte siempre fue él. Quizá, si soy ese agua que por su corriente fluye, sea capaz de ayudarlo a renacer como el hombre bueno y complaciente que es. Entretanto, con verlo dormir plácido, me conformo.

Continuación en...

*“Póker de Ases:
Erik, el joker”*